P. ANTONIO PACIOS, M. S. C.

LA VIRGEN
Y EL
CORAZÓN DE JESÚS

EDICIONES ACERVO
Apartado 5319 - Padua, 95
BARCELONA

NIHIL OBSTAT: Manuel Vázquez, Censor
IMPRIMATUR: Abel Robles, Provincial

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Depósito Legal: B. 29160 - 1971

Impreso por Gráficas Diamante, Zamora, 83 - Barcelona

DEDICATORIA

«A la memoria de mi madre terrena, que con su palabra y con el ejemplo de su vida, me indujo a conocer y amar a la Madre del cielo. Pueda yo gozarla y contemplarla un día, como ella ahora la goza y la contempla».

PRÓLOGO

La pasión actual de la Iglesia presagia y prepara su triunfo: el triunfo del Reino de Cristo, que es ella. Triunfo que se realizará con el Reinado del Sagrado Corazón sobre toda la tierra.

Pero ese reinado del Corazón de Jesús será traído por la Virgen María. Si Ella lo entregó a la humanidad en Belén, y lo sacrificó por la humanidad en la Cruz, Ella lo hará triunfar en el corazón de todos los hombres.

Por eso aquí queremos exponer las relaciones de María con el Corazón de Jesús. Más que exponerlas, solamente plantearlas y situarlas, haciendo finalmente de ellas una breve aplicación a la vida de la Virgen María, para que la exposición no quede demasiado vacía.

La explicación detallada de esas relaciones la dejamos para otros dos libros: La Amada, en que se expondrán las relaciones de amor de Dios a Ella; y La Amante, en que se expondrán sus relaciones de amor con su divino Hijo. A los que quizá siga otro que trate

de la asociación de actividad que la reciprocidad del amor causa entre la Virgen María y el Corazón de Jesús. Esas tres relaciones se insinúan al final del libro. La última con más extensión, tanto porque quizá no volvamos a tratar de ella, como porque es para nosotros la más atractiva.

Esas relaciones se sintetizan en el título «Nuestra Señora del Sagrado Corazón», que vincula a la Virgen con el Corazón de su Hijo. Por eso hablamos de los títulos, y de su utilidad en la devoción mariana. Pero advirtamos que no es el título lo que nos interesa —cada cual se servirá o no de él según le ayude—; lo que de verdad nos interesa y juzgamos sumamente útil a toda devoción mariana auténtica, son las relaciones de amor que el título expresa.

No queremos hacer una obra de teología, sino de devoción. A los amantes de María a quienes va dirigida, el plan teológico les dejaría fríos. Y teólogos presumimos que ninguno habría de leernos. Hay en ella cosas antiguas —muy antiguas—, y cosas recientes. Incorporamos aquellas quitándoles todo aspecto de plan teológico de que estaban impregnadas; añadimos éstas ya en plan de devoción pura.

Esta falta de toda pretensión teológica, éste carácter sencillo de obra de piedad que fomente la devoción mariana, valgan como explicación y justificación del método seguido y del estilo usado.

Estilo, no condensado y conciso cual sería propio de un estudio teológico, sino más bien algo difuso y reiteratorio, cual conviene a una meditación sobre la Virgen.

Método que aplica a la Virgen María, sin explicación o crítica alguna previa, cuantos textos bíblicos la misma Iglesia le aplica en la Liturgia. Si de devoción se trata, bien hará el cristiano en venerar a María con la

misma veneración y culto con que la honra la Iglesia.

Esto no quiere decir que la teología esté del todo ausente. Está siempre presente, aunque no manifiesta, como en el fondo. Presente como norma negativa, para no afirmar de María nada que la Teología pudiera reprobar. Presente incluso como norma positiva, pues cuanto de Ella digamos pensamos sinceramente que una recta teología mariana lo podría con todo rigor demostrar.

Pero esa demostración rigurosa no la intentamos. El intentarlo hubiera equivalido a secar y como matar la piedad del lector a quien esta obra va dirigida. Sería convertir en ciencia muerta lo que deseamos sea vida de su vida.

Recordaremos finalmente que este libro es como la introducción a la tercera parte de la trilogía sobre la devoción al Corazón de Jesús que anunciábamos como proyecto en nuestro libro EL AMOR —El Amor, Amor por Amor, La Amada—. Quiera Dios y su Dulce Madre concedernos llevarla a feliz término.

Capítulo Primero

A LAS JAMBAS DE SU PUERTA

«Bienaventurado el hombre que me oye, y que sin interrupción vela ante mi casa, y está atento ante las jambas de mi puerta: quien me descubriere o atisbare encontrará la vida, y beberá del Señor la salvación» (Prov. 8, 34. 35).

Hablar de María, y más aun tratar con María, entraña siempre en el alma que lo hace un doble sentimiento: gozo profundo e inenarrable, y temor, sobrecogimiento, resistencia, no menos profundos.

Hay dos modos de hablar de la Virgen María: uno hablar de Ella a otros, pero no con Ella, cual lo intentamos hacer en este libro: es el que menos vale: produce en quien lo hace el doble sentimiento mencionado, pero con menos intensidad, menos viveza, cual sucede con toda consideración especulativa, que aflora en el alma, pero no penetra en ella, no se hace vida. Otro es hablar de Ella, pero con Ella: hablando consigo mismo, con Dios y con la Virgen, mirándola y contemplándola, y charlando sobre Ella, pero con Ella: ese es

el mejor, el que nos impregna de gozo inenarrable y de temor sobrecogido, tanto más intensos cuanto más auténtico es el contacto que con Ella establezcamos. Facilitar en algo ese contacto y ese trato personal en los lectores es la única finalidad a que tiende cuanto se diga en este libro.

En ese trato hay un gozo extraordinario. Hay también un temor de que luego hablaremos más extensamente. El temor es agridulce: tiene su gozo también ese temor: se parece al gozo y temor que se siente al contemplar una tempestad imponente; uno de los elementos del gozo es precisamente ese pavor que sobrecoge. Y en todo lo sobrenatural, cuando es auténtico, entran los dos elementos: un atractivo enorme hacia Dios que se comunica, y un aplastamiento y temor ante ese Dios que se comunica.

1. Gozo en el trato con María.

Las motivaciones del gozo son tan claras que bastará enumerarlas sumariamente.

Primero, porque somos verdaderamente hijos de la Virgen María, y a todo hijo le gusta hablar bien de su madre, oír hablar bien de su madre, y, sobre todo, hablar y tratar con su madre. Y ese gozo nadie nos lo puede quitar. Tanto más cuando esa madre es, como decimos en la Salve, «vida, dulzura, y esperanza nuestra».

El gozo se acrecienta porque hay una serie de promesas de la Virgen —de dicha y salvación—, en textos del Antiguo Testamento, que directa y literalmente se refieren a la Sabiduría divina, y por tanto a Jesucristo —Sabiduría del Padre—, pero que la Iglesia en la liturgia ha siempre aplicado a la Virgen María. Y si la

Iglesia los aplica a la Virgen María es porque también a Ella le convienen, pues nos muestra lo que esa misma Iglesia infaliblemente asistida por el Espíritu Santo siente y cree de la Virgen. No hemos, pues, de temer entender de la Virgen María lo que la misma Iglesia entiende de Ella.

Entre estos textos destaquemos dos que contribuirán muchísimo a hacernos sentir ese gozo en el trato y conversación con la Virgen María.

El uno dice: «Los que me explican, aclaran o hablan de Mi, tendrán la vida eterna» (Eccli. 24, 31: «Qui elucidant me, vitam eternam habebunt»). Esto debe animarnos sobremanera a hablar de la Virgen María, a darla a conocer a los demás, comunicándoles nuestra devoción hacia Ella. Cosa no exclusiva de los sacerdotes: es más bien propia de todo cristiano, de todo el que se siente y sabe hijo de María, que debe aprovechar toda ocasión, servirse de todos los medios y circunstancias, para comunicar a cuantos trata la devoción mariana, haciéndose así objeto de esta promesa de salvación, a la vez que comunica la salvación a los demás al llevarlos a María.

Lo que en este libro digamos quiere ayudar a todos a que sepan hablar de Ella para comunicarla a los demás; sólo ayudar, porque lo principal para acertar a hablar debidamente de Ella no es el conocimiento especulativo que de Ella se tenga, sino el cariño y amor filial que se le profese.

Y no sólo es hablar de la Virgen cuando se explica lo que es a los demás. También es hablar de la Virgen cuando uno en su interior la considera y medita, y habla de Ella con Ella mediante la oración: éstos se hacen acreedores igualmente a la promesa de la vida eterna, y su modo de aclarar a la Virgen en sus corazones supera al predicarla a los demás como la oración supera

a la acción. Por eso todo verdadero devoto de María tiene asegurada la salvación.

La segunda promesa consoladora se encuentra en el Libro de los Proverbios, y tiene por objeto, no la predicación de la Virgen María, sino la contemplación de Ella, el trato con Ella por la oración.

«Bienaventurado el hombre que me oye o escucha, y que sin interrupción vela ante mi casa, y está atento ante las jambas de mi puerta: quien me descubriere o atisbare encontrará la vida, y como de fuente inagotable beberá del Señor la salvación» (Prov. 9, 34, 35).

Aquí la Virgen nos invita a todos al trato con Ella por la oración, prometiendo a cuantos perseveran en ese intento de contemplarla a Ella, no sólo manifestárseles, sino también conducirles infaliblemente a la fuente de salvación, que es el Señor, su Hijo divino: quien trata con María, beberá a raudales la salvación de la fuente inagotable del Corazón de su Hijo, que Ella le entregará.

Si, pues, estamos atentos, mirando a la Virgen, y esperando su manifestación a cada uno de nosotros, la encontraremos, porque Ella se nos hará la encontradiza, ya que tiene Ella más deseos de manifestársenos del que nosotros podamos tener en su manifestación; y en el momento en que la encontremos, habremos hallado la vida, y beberemos de Dios la salvación, cual se bebe en la fuente que no se agota.

Y por eso, a todo el que medita, y piensa, y contempla, y mira a la Virgen María le está evidentemente prometida la salvación; pero una salvación que ya es Vida desde ahora y que está brotando como una fuente que no se extingue, cumpliéndose en esa alma las palabras de Cristo a la Samaritana: «Si conocieras el don de Dios, y quien es el que te pide de beber, tú le pedirías a Él, y se haría en tu corazón una fuente de aguas

vivas que brotaría hasta la vida eterna» (Ju. 4, 10), y lo que dice también el mismo Jesús: «Si alguno creyere en Mi, ríos de agua viva fluirán de sus entrañas» (Ju. 7, 38).

Esto respecto al gozo. Teniendo asegurada la salvación, teniendo asegurada la vida ya desde ahora, una plenitud de vida espiritual, si la contemplamos, la miramos y estamos con Ella, siendo además nuestra Madre, y Madre que «es vida y dulzura y esperanza nuestra», no hemos de hartarnos de estar en su presencia. Y aunque no supiéramos decir nada, importa poco: el niño pequeñito que está al lado de su madre nada sabe decir, aun no sabe hablar; pero está contento de tenerla presente, y en eso goza, y no se cansa. Y si alguna vez se ausenta, entonces se siente solo y abandonado, y entonces llora.

2. Resistencia y temor en el trato con María.

Hasta aquí es aliento. Pero hay también un elemento de resistencia y de temor, cuyos elementos conviene enumerar y destacar. Es un temor agridulce, como el temor de la tempestad: temor que sobrecoge y frena, a la vez que inconmensurablemente atrae.

3. Primer elemento de temor: la Virgen compendio de todos los misterios.

La Virgen María es el tema más difícil de todos en el cristianismo. De Ella se podrá hacer poesía, pero cuando se trata de decir lo que es y cómo Dios procede en Ella, evidentemente es el tema más difícil, incluso más difícil que el tema de Cristo.

Y hay varias razones de esa dificultad. La primera es que entendiéndola a Ella entenderíamos todos los misterios; y como éstos, aunque nos podamos acercar a ellos en esta vida, nunca podemos penetrarlos, así nunca, hasta el cielo, podremos comprender a la Virgen María.

Por eso al acercarnos a la Virgen nos encontramos de repente con una zona de oscuridad en que solo queda la fe pura. Por eso es María el gran ejercicio de la fe, y por eso el demonio y el mundo repugnan enormemente a la Virgen María, porque repugnan a la fe, por la que infaliblemente son vencidos (cf. 1 Petr. 5, 9: «al cual (al demonio) resistid fuertes en la fe», y 1 Joan. 5, 4: «esta es la victoria que vence al mundo: vuestra fe»). Y la devoción a la Virgen María es el ejercicio total de la fe.

En efecto, entendiéndola a Ella, entenderíamos todos los misterios.

El que entendiera bien su concepción inmaculada, entendería el misterio del pecado original y de su transmisión: esto es un verdadero misterio —cómo un pecado que yo personalmente no he hecho se me imputa justamente por la libertad de mi primer padre—: se dan explicaciones que lo aclaren un poquito, mas ninguna lo aclara del todo, aunque sepamos que Dios es suprema justicia y que nada nos imputaría injustamente. Mas si uno conociera bien cómo la Virgen fue exenta de ese pecado original, conocería perfectamente en qué radica esa transmisión, y cómo Dios con toda justicia nos hace a todos empezar nuestra existencia como pecadores.

La Virgen María es Madre de Cristo y Madre de Dios: si uno entendiera bien esa maternidad divina, entendería por el mismo hecho el misterio de la encarnación del Verbo, porque no puedo entender cómo la Vir-

gen es Madre de Dios al ser Madre de Cristo, si no entendiera en qué consiste la encarnación del Verbo; mas esta encarnación es misterio absoluto. La Iglesia me dice: La Virgen es Madre de Dios; pero me quedo a las jambas de la puerta, en oscuridad y tiniebla.

La Virgen es Madre nuestra: desde el momento que yo entendiera bien cómo es madre nuestra, entendería automáticamente todo el misterio de mi redención, porque es madre mía en cuanto me comunica la vida sobrenatural, la vida de gracia; y esa comunicación de la vida de gracia cuando estábamos en pecado por la herencia original, es el misterio de nuestra redención.

Si yo entendiera cómo Ella me transmite la vida y viera la parte que Ella toma, vería también la parte que toma Dios. Igualmente entenderíamos en qué consiste el misterio de la gracia, que es la vida que Ella me comunica: es madre porque me da la vida, me da la gracia. Entendería igualmente el misterio de la Trinidad, porque la gracia que me da es la semilla que, al desarrollarse en mí, se transformará en luz de gloria que me hará ver y entender la Trinidad.

Todo eso es misterio, y así al acercarme a María, vislumbro los misterios, pero me quedo a las jambas de su puerta, sin poder penetrar, mientras vivo en esta tierra, aunque perciba a esas jambas no poca luz y consolación.

Otro misterio que siempre ha preocupado a los hombres es el de la predestinación: quien entendiera lo que es la Virgen en el plan divino eterno, en la elección que de toda eternidad hace Dios de Ella, ordenando a Ella todas las cosas, entendería el misterio de nuestra propia predestinación, por cuanto somos predestinados en Ella, con Ella, por ser nuestra Madre, y por Ella, para honra de Ella.

Igualmente entenderíamos lo que es la creación has-

ta su misma raíz, porque toda la creación ha sido hecha para incorporarse a Cristo como a su Cabeza (Efes. 1, 10) —ese es el designio eterno de Dios—; incorporación que procede también de María y para María, por quien Cristo se hace hombre, y a la que asocia totalmente a su obra. Quien conociera bien ese designio eterno de Dios con relación a la Virgen María, entendería por qué Dios ha creado los átomos, las hierbas, los gusanos, los animales, los hombres; y en cada uno de los seres, en cada mosquito y en cada hierba, vería su destino sobrenatural, la finalidad para la que fue creado, y por tanto su misma esencia y constitución, que viene dada de acuerdo con esa finalidad.

Por la creación sale todo de Dios para Cristo hombre; por Cristo toda la creación vuelve a Dios del que saliera, alcanzando su perfección y destino final; pero vuelve por Jesucristo en cuanto la Virgen María lo da al mundo, y es constituida con Él Reina de todo lo creado.

Ninguno de esos misterios entendemos, y, al no entenderlos, nos sentimos como perdidos, e igualmente nos sentimos así necesariamente perdidos al acercarnos a la Virgen María. No nos queda más remedio que quedarnos a las jambas de su puerta, esperando a ver lo que Ella quiera manifestarnos.

Pero no nos ha de importar sentirnos perdidos —y ahí viene lo agridulce, o el gozo que hemos de tener—: ¿Por qué no me he de gozar en que sea la Virgen María tan grande que entendiéndola a Ella entienda todos los misterios y todos los designios de Dios? Y por consiguiente alegrarme de que sea tan grande que yo no pueda entenderla y comprenderla, sabiendo que eso que es tan grande —eso sí que lo sé y lo entiendo— es mi vida, mi dulzura y mi esperanza, es abismo infinito, y es madre mía, y madre más que todas las madres, aun-

que no entienda cómo; y por tanto todo lo de Ella es mío, y ese abismo infinito es mío.

Entonces bien podemos alegrarnos todos en Ella, y alegrarnos precisamente de sentirnos perdidos y abismados en ella, no de comprenderla; como el niño pequeñín se alegra en la grandeza de su madre, aunque no la comprenda.

4. Segundo elemento de temor: María noche oscura, surcada de relámpagos.

El segundo motivo de temor para hablar de la Virgen, y para meditar sobre Ella, es que la Escritura apenas si nos dice nada que pueda guiarnos y orientarnos, y entonces sentimos la impresión de correr el peligro de ser subjetivos e inventar.

Santo Tomás de Villanueva nos advierte empero que ese silencio relativo de la Escritura se debe al designio divino de que, al hacerla nuestra Madre, fuera el cariño de sus hijos el que la descubriera. Pero aun así ese silencio nos ocasiona acerca de María una gran oscuridad, que no aparece tanto cuando se trata de Cristo.

De éste se nos dicen tantas cosas, y tantas enseñanzas suyas se nos transmiten, que se puede hablar mucho de Él sin entrar para nada en los misterios —aunque si se entra en el misterio de Cristo, es el mismo que el de María, ofreciendo idéntica dificultad.

Pero podemos hablar mucho de Cristo sin entrar en el misterio; no así de María: no más se acerca uno a Ella ha de entrar dentro de la persona. Y por eso en realidad la Virgen María es como una noche oscura para nosotros, un abismo de perfección, pero abismo oscurísimo. Noche que no proviene de falta de luz, sino de ex-

ceso de ella; para el murciélago es el mediodía la noche más oscura; sólo a la luz crepuscular puede ver algo. Eso es precisamente lo que a nosotros nos sucede.

La Virgen es el gran portento, la mujer vestida de sol, con corona de doce estrellas, y la luna bajo sus pies (Apoc. 12, 1): toda luz y perfección creada se ha concentrado en ella —sol, estrellas, luna—: es natural deslumbre y como ciegue a quien se le acerca. Pero también se ha concentrado en Ella la luz increada, pues el sol de que está vestida es el mismo Verbo Encarnado que lleva en su seno —Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero—: y Dios habita la luz inaccesible (1 Tim. 6, 16): inaccesible a toda creatura; y por eso necesariamente deslumbra y ciega a cuantos la contemplen, aunque sea velada por la Virgen María.

Todos los misterios del cristianismo son tales en cuanto dicen relación directa a Dios y a su visión. Por eso la Virgen María, vestida de esa luz, es compendio de todos los misterios, noche que nos ciega, luminosidad a la que no podemos penetrar, debiendo contentarnos con gozar la dicha de detenernos y permanecer vigilantes a las jambas de su puerta. Igual que a Dios, de quien está revestida, sólo por fe podemos percibirla. Cuando con esa fe simple y sencilla nos acercamos a Ella, y velamos a sus puertas sin osar penetrar el misterio, ése se nos va manifestando.

Por eso podemos decir que la Virgen María nos es una noche surcada de relámpagos que nos iluminan fugazmente. Relámpagos que no son luz sobrepuesta a la luz, sino por el contrario algo que vela la intensidad de esa luz cegadora.

Los relámpagos son las manifestaciones creadas. Igual que Dios se nos manifiesta por la creación, y lo que era totalmente inaccesible se nos hace en algún modo, aunque imperfectamente, asequible, así la Vir-

gen se nos manifiesta por algunas actuaciones y algunas palabras que aparecen en la Escritura. Pero esas palabras son creadas, humanas, y entonces cubren con un velo la luz que es la Virgen María, y a la vez nos la manifiestan poniéndola a nuestro alcance.

5. Relámpagos que iluminan la noche de María.

Por eso todos los lugares en que el Evangelio nos habla de la Virgen María, nos chocan: nos dan a conocer algo de Ella, pero al mismo tiempo nos dejan como suspensos, sin entenderlos, sobre todo las manifestaciones de su alma que se refieren a Dios.

Así en la encarnación, nos dice el Evangelio que a las palabras del ángel «se turbó, y se preguntaba sobre su significado». No acabamos de entender esa turbación: la única explicación que podemos aducir es el sentido de lo numinoso: siempre que uno establece contacto con Dios experimenta atractivo inmenso hacia Dios que se le comunica, y a la vez un temor y sobrecogimiento ante la majestad de su contacto, especie de atracción y de rechace simultáneo, aunque, si el alma tiene amor, siempre predomina la atracción.

Al ser asumida por Dios a su máximo destino se nos hace asequible y como natural su turbación; pero al ser ese destino, destino de Madre de Dios con toda la familiaridad divina incomprensible que implica, su turbación se nos hace inaccesible, misteriosa, incomprensible. En cambio, las palabras del ángel las entendemos perfectamente, ya que no hacen más que confirmar las profecías, que ahora van a cumplirse. Las palabras de la Virgen nos manifiestan su profunda humildad y su profundo amor; pero nos deja un tanto desconcertados su turbación.

Lo mismo la aceptación final: «He aquí la esclava del Señor»: nos manifiesta por una parte su entrega total de creatura a Dios; pero nos choca a la vez cómo se concilia ese anonadamiento total con la dignidad de esa maternidad. Nos sirve, no obstante, la oscuridad de la fe, de lección profunda de humildad, para que nunca nos engriamos ante Dios; nos gocemos en Él, pero no nos atribuyamos nada, y mantengamos la subordinación; pero en Ella no deja de chocarnos.

Igualmente, el episodio del Niño perdido en el templo nos manifiesta con claridad meridiana su amor humano de madre, pero queda en la oscuridad del misterio el amor maternal que llamaríamos divino, e incluso la fe de la Virgen María, como si sobrepusiera el amor natural al amor sobrenatural. Y es que el amor sobrenatural, al ser perteneciente a aquella noche que es la luz inaccesible de Dios en la que está sumergida, no se nos puede manifestar. Atendiendo a esto, nunca nos escandalizaremos de lo que en el Evangelio se nos dice de la Virgen María, porque aparece el elemento humano asequible a nosotros, mientras se esconde y se vela el elemento divino.

Igual en su diálogo con Jesús: Ella se confiesa su Madre, Jesús parece en cambio no reconocer más que a su Padre celestial. A nosotros nos choca, porque aunque no niega que sea su madre, prácticamente prescinde de Ella como si no lo fuera: «¿No sabéis que había de estar en las cosas de mi Padre?»

Dejaría de chocarnos si supiéramos que en el aspecto ese divino sobrenatural en que la Virgen está sumergida en el misterio de Dios, en que participa de la luz inaccesible como la mujer vestida de sol, todo lo que es del Padre con relación al Hijo, lo es también de la Virgen María por participación de esa luz. Entonces, las palabras de Jesús no implican desconocimiento de

la maternidad de la Virgen; por el contrario la ponen en el plan divino misterioso e inefable, equiparándola a su mismo Padre celestial.

Similarmente, en las bodas de Caná, la manifestación o relámpago que se nos da del alma de María es primariamente con relación a Dios, la súplica que hace a su Hijo por nosotros. Hay una cosa clarísima ahí: se manifiesta el amor humano de María con toda claridad: la ternura, la preocupación por todos los hombres; y aunque todavía no ha sido promulgada como Madre nuestra, ya está preparándola Dios para serlo, y por eso va manifestando ya esos sentimientos de madre, que se preocupa no sólo de lo espiritual y sobrenatural, sino de todas nuestras necesidades materiales, cosa que hemos de tener en cuenta cuando a veces oigamos condenar como piedad desviada el hacerle peticiones de orden temporal.

Así esa manifestación del amor de la Virgen con relación a nosotros es clarísima y sumamente aleccionadora para nuestra devoción. Pero la manifestación que Ella nos hace en ese mismo episodio de Caná, de su alma en relación con Dios, queda sumamente oscura, noche, misterio; porque Jesús parece no reconocerla; ni siquiera la llama madre —«Mujer, ¿que nos importa a ti y a Mi»—, y añade: «No ha llegado todavía mi hora».

La primera impresión es un rechace: es natural, pues se trata de su relación con Dios, que nos es misterio impenetrable. Pero al mismo tiempo se nos muestra que no hubo tal rechazo, pues después de esas palabras Jesús hace sencillamente todo cuanto la Virgen le ha pedido; y lo hace tras afirmar que aun no ha llegado su hora. De modo que quizá es este uno de los episodios en que más brilla la omnipotencia suplicante de María, que hace que los decretos divinos se den

según Ella quiera: el mundo ha sido creado para ella.

Y precisamente al llamarla «Mujer», como hay que conciliar las dos cosas, la apariencia de rechazo y la realidad palpable de que Dios hace lo que Ella quiere y desea, cuando sin la intercesión de Ella el plan de Dios sería diverso, muestra, por una parte, que Ella está en esa luz divina inaccesible, y que hay una verdadera especie de identidad, de intercomunicación total, entre la luz inaccesible de Dios, los decretos del Padre, y la voluntad de Ella. Y por otra parte, el nombre de «mujer» ahí muestra que Ella es la imagen y el compendio de toda la creación, porque la Virgen María es llamada «La Mujer» como el origen de la vida y del ser de todo el universo. Y por eso, al hallarse la creación desvalida, cuando Ella se vuelve a Dios, es como si toda la creación se volviera, y se obtiene para toda la creación cuanto Ella quiera.

También en el episodio de la Cruz, Jesús no la llama Madre, sino «Mujer»: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». El significado ahí es el mismo, y el mismo también el misterio con que nos encontramos.

Evidentemente, las palabras de Jesús muestran su cariño hacia Ella: cariño para no dejarla abandonada cuando Él se va; pero cariño además porque le entrega y confía todos aquellos que Él ha redimido, pidiéndola los ame y cuide como a hijos. Si Cristo murió por cada uno de nosotros, el precio y valor que cada uno de los hombres tiene para Cristo es un precio prácticamente infinito; precio también ante el Padre, que da a su Hijo por Mi y lo entrega a la muerte —«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su mismo Hijo por nosotros»—; valor casi infinito ante el hijo que lo da todo para salvarme a mí. Y precisamente en ese momento en que está pagando el precio por cada uno de nosotros, entrega a su cuidado y como hijos reales todos aque-

llos que Él ha comprado, y a los que tanto ama. Esa entrega muestra una confianza total de Jesús en su Madre, en cuyas manos pone todo el fruto de su encarnación y de su redención, para que lo cuide y lo desarrolle.

Mas no la llama Madre, sino Mujer; y eso nos desconcierta un poco, como si no fuera madre en relación con Él. Aparece, no obstante, que lo es, porque Jesús al redimirnos nos ha hecho miembros suyos, hermanos suyos, e hijos de Dios; y así, al darnos a su propia Madre como Madre nuestra no hace nada más que hacernos partícipes del mismo don y del mismo tesoro que Él tenía.

Y ahí también el llamarla «Mujer» es para indicar el papel que tiene de ser dadora de la vida a toda la humanidad. Plenitud de origen de vida natural y sobrenatural para todos los hombres que no hubiera tan eficazmente destacado si le hubiera dicho: «Madre, ahí tienes a tu hijo».

Y aun quizá la palabra «Mujer», con que se la designa, encierra un significado todavía más profundo, rico, extenso y misterioso. Mujer indica la pasividad, el concurso pasivo, propio de creatura, a la obra divina: es la materia, la tierra, la potencialidad, el universo creado todo entero. Por eso se llama también «Tierra» —la parte por el todo de la creación— a la Virgen María, cuando se implora en el Adviento: «Cielos, enviad vuestro rocío: ábrase la Tierra y germine el Salvador»: al designar a María como «Mujer» se la señala como compendio y resumen de toda la creación: su correspondencia a Dios, su docilidad a la acción divina, es la correspondencia y docilidad de toda la creación, que en Ella y por Ella produce el fruto divino que Dios en y con la creación quiere lograr, y gracias a Ella efectivamente logró.

Finalmente, recordemos en el Evangelio otro relámpago que nos habla de la relación misteriosa de María con Dios. No son palabras de Ella, sino sólo de Jesús: «¿Quién es mi madre y mis hermanos?... el que cumple la voluntad de mi Padre, ése es mi Madre, y mi hermano y mi pariente». Palabras aparentemente duras para María, que a más de uno han escandalizado, por olvidar el misterio; pero que son la mayor alabanza de la Virgen.

Jesús no niega que sea su Madre: solo afirma que la maternidad proviene de la conformidad de la voluntad humana con la divina, conformidad de la que deriva toda fecundidad creada. Y siendo María madre natural, real y física de Jesús, las palabras de Cristo nos indican el modo virginal con que su Madre le engendró: con solo el acto de su voluntad; pero de una voluntad tan enamorada y olvidada de sí misma, tan maravillosamente conforme con la voluntad del Padre, y a ella dócil, que la asoció a la acción eterna con que el Padre real y físicamente engendra a su Hijo. La excelencia incomprensible de su maternidad deriva precisamente de la excelencia de su entrega a Dios, de su conformidad con la voluntad del Padre, haciéndonos barruntar la incomprensible excelencia de la aceptación que implican sus palabras: «He aquí la esclava del Señor, hágase en Mi según tu palabra».

Y la misma explicación tiene la respuesta aparentemente dura de Jesús a la mujer que le dice «Dichoso el vientre que te llevó, y los pechos que te amamantaron»: «Di mejor: Dichoso el que escucha la voluntad de Dios y la cumple»: la dicha de María, su grandeza, es que de tal modo amó a Dios y le rindió su voluntad, que ese acto de amor fue de eficacia tal para engendrar al Verbo en su humanidad cual el amor del Padre fue

eficaz para engendrarle en su divinidad de toda eternidad.

Pero al entrar en esa asimilación de la acción de María a la del Padre eterno, entramos en el misterio absoluto, las palabras humanas no pueden explicárnoslo, y por eso el Evangelio calla, limitándose sólo a indicárnoslo, quedándonos así también aquí a las jambas de la puerta, sin poder penetrar el misterioso abismo de grandeza.[1]

Sólo una vez se abre María a los hombres. Es en el Magnificat. Aquí no habla con Dios, sino con Santa Isabel, con todos nosotros, mostrándonos las profundidades de su alma humilde y agradecida. Y precisamente porque habla con nosotros, el Magnificat lo entendemos mucho mejor, no nos ofrece misterio, aunque nos dé a conocer el alma de María.

Precisamente por su claridad hemos de meditarlo con frecuencia, lo que nos hará ver a María como Ella se ve: puro don de Dios, al que se entrega.

1. Mas la indicación del Evangelio no puede ser más explícita y precisa. En todos los lugares en que Jesús parece como desconocer a su Madre, llamándola «Mujer», o pasando por alto sus derechos y dignidad, los Evangelistas la llaman siempre y casi machaconamente «la Madre de Jesús», previniéndonos contra posible engaño o desviada interpretación. Como autores humanos instrumentales del libro sagrado, ellos, instruidos por el mismo Cristo, ven en María a la «Madre de Jesús», y así no ven que en tales pasajes Jesús la desconociera o negara como Madre suya. Y como autores inspirados por el Espíritu Santo, que es el autor principal de las Sagradas Escrituras, nos testifican que el mismo Espíritu Santo da explícito testimonio de su maternidad divina precisamente en aquellos lugares en que las palabras de Jesús pudieran inducir a equívoco al lector. Quien, pese a esto, se llame a engaño, rechaza el testimonio, no sólo de los Evangelistas, sino del mismo Espíritu Santo, y así sólo a sí mismo puede inculparse del error en que incurre, no a las palabras de Jesús (así: Lc. 2, 48: «y díjole *su Madre*»; Lc. 2, 51: «Y *su Madre* conservaba todas estas palabras en su corazón». — Juan 2, 1: «Y estaba allí *la madre de Jesús*»; 2, 3: «y dícele a Jesús *su Madre*»; 2, 5: «Y dice *su Madre* a los criados». — Juan, 19, 25.26: «Junto a la cruz de Jesús estaba en pie su *Madre...* Y viendo Jesús *a su Madre...* dice *a su Madre*: Mujer, he ahí a tu hijo»).

Precisamente por abrirse a nosotros, y a nuestra medida, podemos rezar nosotros como propio el Magnificat, unidos a Ella y con Ella. Si «desde ahora la llamarán dichosa todas las generaciones», también desde ahora nos llamarán dichosos a cada uno de nosotros, porque si es dichosa nuestra Madre porque hizo en Ella grandes cosas el que es poderoso, las hizo para nosotros y por nosotros, y la dicha mayor del niño pequeñito es que su Madre sea dichosa, sea poderosa, sea hermosa, y tenga todo poder en sus manos. Y por eso podemos y debemos recitar el Magnificat nosotros, no como de la Virgen María sólo, sino como nuestro, como algo propio; eso sí, unidos a Ella, porque es propio nuestro porque somos hijos de Ella, porque vamos protegidos en sus brazos.

6. Los pueblos no cristianos a las jambas de su puerta.

Esta misma mezcla de atracción y misterio aparece en el culto tributado por casi todos los pueblos a la Virgen Madre. La promesa del Protoevangelio —«Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya; ella quebrantará tu cabeza, y tu herirás su calcañar»—, se conservó, con más o menos pureza, en casi todos los pueblos, en quienes de modo practicamente unánime aparece la creencia en una Virgen terrena que maravillosa y virginalmente concibe, por obra del Ser supremo celeste, un hijo que es a la vez hijo suyo e hijo de Dios.

Y a esa Virgen Madre se le tributa culto lleno de devoción: culto que parece impregnar toda la religiosidad de los hombres. Su imagen aparece con las primeras manifestaciones del arte en el remoto Auriñacien-

se —hace ya treinta mil años—, y su representación continúa ininterrumpida hasta los tiempos protohistóricos e históricos, hallándose con profusión, no sólo en santuarios, sino en chozas y cabañas, y hasta bajo el fuego del hogar, mostrándonos la confianza con que individuos y familias recurrían a Ella como protectora y refugio de afligidos.

Pero mientras se narran con profusión las hazañas de su hijo, su lucha con el Adversario de los hombres o demonio, su muerte sacrificial, resurrección y subida a los cielos, su futura vuelta a este mundo para restaurarlo todo, los pueblos primitivos apenas dicen nada sobre Ella, que permanece en la penumbra, como amparada en el misterio: esos pueblos primitivos la honran y veneran, pero permanecen a las jambas de su puerta, sin atreverse a entrar en lo que saben es misterio.

A medida que los pueblos evolucionan, la curiosidad humana quiere describirla, acumulando sobre ella mitos y narraciones; mas, faltos de la guía segura de la revelación, no hacen más que corromper su figura, ya convirtiéndola en diosa suprema, ya insistiendo en su maternidad con olvido creciente —aunque nunca total— de su virginidad, hasta considerarla como prototipo del amor sexual.

Pero aun cuando corrompida con tales mitos, conserva toda su pureza en las oraciones con que la honraban los pobres y afligidos —de ellos es el reino de los cielos—, que de Ella imploran el perdón de sus pecados, la pureza de conciencia, la reconciliación con Dios. Ejemplo de ello tenemos en la Ishtar mesopotámica —una de las figuras más corrompidas por el mito—: la pureza que respiran las oraciones a ella dirigidas, el ansia de perdón, la confianza, la seguridad en su pro-

tección, convierten a esas oraciones en émulas de nuestra Salve.

Las almas piadosas no se inspiran en los mitos denigrantes; acatan el misterio, y para ellas Ishtar es la omnipotente ante Dios, la madre amorosa de los hombres, la toda pura, que reviste con su misma pureza al alma pecadora que se arrepiente y la invoca, llena de filial confianza.

Por eso la Iglesia no halló dificultad en sustituir todas esas diosas Madres por la imagen de la Virgen María, incomparablemente pura: los hombres pasan gozosos a este nuevo culto, porque era Ella la que honraban, sin saberlo, en todos los cultos anteriores; Ella era el ideal por el que sus corazones como a tientas suspiraban desde el día en que perdieron el paraíso, confortados por la esperanza y promesa de la Mujer que había de venir y darles el Redentor.

Así la Virgen María da a Jesús a Belén, lo da a todos los lugares del mundo, como lo da también a cada alma en la Eucaristía: Madre de vida, del buen consejo y del amor hermoso, Ella nos comunica los buenos pensamientos y el recto amor con que agradaremos al Jesús que en la comunión nos entrega.

7. Tercer elemento de temor: la indignidad propia que nos distancia de Ella.

Un tercer motivo de temor al tratar de la Virgen y con la Virgen son nuestros propios pecados y miserias.

Dificultad más aparente que real, aunque psicológicamente muy fuerte. Nos sucede como a San Juan de la Cruz cuando de edad de unos doce años se cayó a un pozo: la Virgen, que sobre él tenía sus especiales designios, se le apareció como hermosísima señora, y

extendió hacia él su mano para sacarlo; mas él, que se estaba ahogando, no se atrevía a coger la mano que se le tendía: «Señora, no puedo darte la mano, que la tengo muy sucia»; hasta que finalmente María acabó con la porfía cogiéndolo con su mano y sacándolo, pese a su resistencia. Esa impresión tenemos nosotros: nos sentimos muy sucios, y nos resistimos a dejarnos coger por Ella.

Esta dificultad la venceremos si nos volvemos como niños, sintiéndonos hijos pequeñitos suyos —«si no os hiciereis como niños no entraréis en el reino de los cielos», que es María, donde Dios habita y por la que se nos comunica—. Sabiendo que es nuestra Madre, de quien deriva toda maternidad —las madres terrenas son simples vicarias suyas, amándonos con el amor que Ella les comunica—, igual que de la paternidad de Dios deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra. Y como el hijo pequeño no se aparta de su madre por verse sucio, ni ésta por sucio lo rechaza, antes no se cansa nunca de volver a lavarlo y arreglarlo, así ni nosotros nos hemos de apartar del trato de María por nuestra suciedad e indignidad, ni Ella se cansará nunca de nosotros por muchos que sean nuestros pecados.

Precisamente es el ser pecador mi verdadero título para tratar e intimar con Ella. Por eso la Iglesia me enseña a decirla: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». No podría, pues, invocarla, si no fuera pecador: y cuanto más lo soy y me siento tal, más derecho tengo a invocarla y a tratar con Ella.

Por eso estoy seguro de que al llamarla, ni me deja ahora, ni me dejará en la hora de mi muerte. Como su Hijo divino, de cuya misión y sentimientos participa, «no vino por los justos, sino por los pecadores; no por los sanos, sino por los enfermos, los débiles y los sucios»,

para purificarlos con su pureza inmaculada y hermosearlos con su santidad. Por eso, sabiéndola nuestra Madre, no hemos de tener preocupación ninguna ni para el presente ni para el futuro, sabiendo que estamos en sus manos y bajo su cuidado, y que no van a impedir su protección y providencia todas nuestras infidelidades y pecados.

8. MOISÉS, JEREMÍAS Y PABLO A LAS JAMBAS DE SU PUERTA.

La Escritura nos da dos hermosos ejemplos de cómo armonizar en nuestro trato con María el gozo profundo y el respeto ante el misterio, que se detiene a las jambas de su puerta.

El primero y más expresivo es el de Moisés. Apacentando sus ovejas en el monte Sinaí, ve una zarza que arde sin consumirse: el prodigio misterioso le atrae irresistiblemente —«voy a mirar este prodigio»—. Pero ese atractivo se vio frenado por la voz de Dios que salió de la zarza y le dijo: «Párate, cubre tu rostro y descalza tus pies, porque el lugar en que estás es santo». Moisés se asusta sobremanera, se postra en tierra, y ya ni se atreve a mirar la zarza: el atractivo le impide alejarse; pero tampoco se acerca, pues el temor lo frena.

Dios le encarga entonces de liberar al pueblo de Israel. Y es tanto el espanto y sobrecogimiento que embargó a Moisés a su contacto con Dios, que se vuelve tartamudo, como niño que apenas sabe balbucear.

Quedó tartamudo a su contacto con Dios: no lo era antes, ni lo fue después para el habla ordinaria; pero sí para comunicar lo que de Dios recibía. Quien percibe la manifestación divina nunca hallará palabras para expresarla a satisfacción: todos sus intentos para ha-

cerlo le dejarán insatisfecho, le parecerán como balbuceos de niño que aun no sabe formar las palabras. Por eso Dios le da como intérprete a su hermano Aarón: comunicará a éste cuanto Dios le diga, aunque sea con balbuceos; y éste, a quien no sobrecoge la comunicación divina, transmitirá el mensaje ya en términos humanos que los demás puedan entender. Que el tartamudeo de Moisés no era congénito a él, sino procedente del sobrecogimineto de la comunicación divina y de su incapacidad para transmitirla, se deduce claramente del hecho de que sólo en esta ocasión del Sinaí habla la Escritura de su tartamudez.

Es la misma impresión que experimentó el profeta Jeremías cuando Dios se le manifestó, destinándolo a profeta de las naciones: Jeremías, turbado, responde: «A, a, a, Señor Dios mío, he aquí que no sé hablar, porque soy como un bebé» (Jer. 1, 6): tiene la impresión de que al intentar comunicar el mensaje divino no va a saber hablar, pudiendo sólo repetir la primera letra del alfabeto, sin lograr pasar adelante. Esto quizá nos ayude a comprender la turbación de la Virgen María en la encarnación, donde tuvo un contacto con Dios inmensamente superior al de Moisés o al de Jeremías.

Pero el caso de Moisés es directamente modelo de nuestro trato con María, pues la experiencia que de Dios tuvo Moisés fue por medio de la Virgen María: fue Ella el misterio que le anonadó hasta dejarle tartamudo.

Así lo ha visto la Iglesia, cuando nos dice en el Oficio de la Circuncisión del Señor: «En la zarza que Moisés viera arder sin consumirse reconocemos tu maravillosa virginidad, siempre conservada: Madre de Dios, intercede por nosotros».

Como Moisés, pues, postrémonos ante el misterio

de María, ante ese prodigio que sorprendió con su hermosura a los mismos habitantes del cielo (Apoc. 12, 1 ss.); pero, como Moisés también, no nos alejemos de Ella: permanezcamos a las jambas de su puerta, a la vez gozosos y sobrecogidos, escuchando su voz, gozando en la comunicación de que Ella quiera hacernos partícipes.

Y como él y Jeremías, pese a su tartamudez y balbuceos, son obligados por Dios a comunicar a otros sus palabras, sepamos que también nosotros estamos obligados a comunicar las glorias de María sin que a ello obste nuestra incapacidad.

Caso similar tenemos en San Pablo, arrebatado al tercer cielo, donde «oyó palabras arcanas o secretas, que no es lícito —es decir, no es posible— al hombre referir» (2 Cor. 12, 4).

Pese a ello, Dios le obliga a comunicarlas y predicarlas: «Ay de mí, si no evangelizare» (1 Cor. 9, 16). Pero cuando en sus Cartas nos describe lo que vio, nos sentimos perdidos, como también se sentía él: ignora la gramática, desconoce la sintaxis, multiplica los giros como niño que aun no sabe hablar, que está buscando, sin lograr encontrarlo, un lenguaje adecuado con que expresar lo que vio y sintió, como niño que al empezar a hablar hace toda clase de esfuerzos e intentos para darse a entender. Y tras tanto esfuerzo y giro de lenguaje inverosímil, San Pablo se muestra siempre insatisfecho: se da claramente cuenta de que no ha logrado expresar satisfactoriamente lo que sentía, ni como lo sentía.

Por eso San Pablo es el escritor apostólico más oscuro y difícil, porque su experiencia divina fue mayor —arrebatado al cielo—, y así es también mayor su tartamudez, incapaz de expresar la infinita riqueza contemplada. Y algo similar nos sucede con el Apocalipsis.

9. Como niños pequeños en brazos de su madre.

La Virgen María es mucho más que el tercer cielo: Ella es el cielo total. El cielo es la comunicación de Dios. Mas Dios está en María, por Ella se da al mundo, por Ella se comunica a cuantos tienen la dicha de contemplarle.

Por eso nosotros, aunque nos sintamos perdidos como San Pablo y como Moisés, hemos de hablar de Ella, hemos de entretenernos con Ella, y hemos de meditar en Ella, hemos de estar en su compañía.

Cuanto más nos sintamos perdidos, cuanto más la veamos como abismo, más nos hemos de hacer como niños pequeñitos, ponernos en sus brazos, y gozarnos de estar perdidos, porque es buen y hermoso lugar ése en que estamos perdidos. No pretender decir cosas muy bonitas o grandes, sino contentarnos con balbucear, como el niño, las alabanzas de su madre. Tampoco hace el niño grandes discursos, pero con palabritas pequeñas y a medio formar que diga, su madre le entiende y se llena de alegría, y el niño goza. Si nosotros sabemos hablar con esa simplicidad de niños pequeños con la Virgen habremos hallado el modo y el sistema de estar con Ella.

Si, como acabamos de ver, María es cielo, también para lograr acertar el trato con Ella valen egregiamente las palabras de Jesús: «Si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt. 18, 13).

Sólo quien se sintiere como hijo suyo pequeñito, gateando como bebé a las jambas de su puerta, será por Ella llamado y acariciado, tomado en sus brazos, reclinado en su seno, para ser introducido en el santuario de la divinidad, en que se anegará en gozo pleno e inefable, aunque no halle palabras para describirlo, ni aun

ideas para entenderlo o formularlo en su mente: «Quien la hallare a Ella encontrará la vida, y beberá del Señor la salvación, embriagándose de sus frutos».

No comprenderá a María, pero la gozará y la vivirá, lo cual es mucho mejor. Tampoco comprendemos lo que es la vida natural, pero la vivimos y gozamos, sin que para ello sea menester comprenderla.

CAPÍTULO II

VÍAS DE ACCESO

«Sus caminos, son caminos hermosos; y todas sus sendas inundan de paz. Árbol de vida es para cuantos la alcanzan, y quien llegare a poseerla será bienaventurado» (Prov. 3, 17, 18).

Ya a las jambas de su puerta, hay dos modos de acceder a Ella: el uno pasivo; el otro activo.

1. VÍA PASIVA.

En el pasivo, la iniciativa parte de María, que se comunica al alma cuando menos lo espera; de María que «tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres» (Prov. 8, 13), porque son hijos suyos, y como tales los ama y acaricia, sintiendo gozo grande en desbordar sobre ellos su Corazón y sus ternuras, mucho más de lo que lo experimenta cualquier madre en abrazar y acariciar a sus pequeñuelos. Por eso, «dichosos cuantos perseveran velando a las jambas de sus puertas,

y correteando cerca de Ella», porque no tardarán en ser tomados en sus brazos, en ser estrechados en su seno, en ser inundados de su ternura y de su amor.

Este modo de acceso es ciertamente el mejor: la comunicación sacia totalmente al alma, inundándola de gozo, paz y seguridad, haciéndola gustar al mismo Dios que mora en Ella: un río de amor corre por todas sus venas, penetra todas las fibras de su ser, llenándola de alegría, y haciendo germinar en ella frutos divinos, según lo que está escrito: «Embriaga sus ríos y arroyuelos, multiplica sus brotes y sus frutos; y en medio del rocío que la empapa, germinará llena de alegría» (Salmo 64, 11).

Esta comunicación de la Virgen María es total y plena: da todo su amor a sus pequeñuelos. Por eso nos llena y nos desborda. Pero nosotros lo recibimos a nuestra medida pequeñita; por eso, aunque sintiéndonos llenos, y saciados en nuestro deseo de amor, no hacemos sino eflorar el misterio de la Virgen, el abismo infinito de amor con que nos ama, sin que lleguemos a conocerlo; también la madre humana vierte todo su amor en su pequeño cuando lo abraza y acaricia, y el niño se siente lleno y satisfecho de ese amor, pero es incapaz de sospechar siquiera la intensidad con que es amado, la riqueza que atesora para él el corazón de su madre.

Pero cada comunicación de María a sus hijos dilata y ensancha la medida en que son capaces de recibirla. Por eso cada comunicación, llenando siempre, y colmando todo su deseo, le hace adentrarse más en el misterio de María, penetrar más la riqueza abisal de su amor y su hermosura.

Y esa experiencia repetida, en que cada comunicación nueva le hace ver era como nada lo que en la anterior percibiera comparado a la plenitud presente,

acaba haciéndole presentir que María es abismo insondable; y ese presentimiento se convierte finalmente en claridad meridiana.

Desde entonces, cada comunicación de María, aunque sea siempre más rica y siempre le llene, ya no sacia su deseo: desea conocer todo el misterio, contemplar a su Madre cara a cara, conocer su inconmensurable riqueza. Por eso cada manifestación acucia su deseo de dilatarse en su capacidad, de crecer hasta la medida de la edad de la plenitud de Cristo, para poder como Él contemplar a su Madre divina.

Así María nos atrae a la santidad, y en su seno nos va conformando día tras día según la imagen de su Hijo Jesús, configurándonos a Él, impulsándonos a dejarnos modelar según su imagen.

Y nosotros, que como hijos todavía no nacidos nos estamos formando en su seno, comenzamos a movernos impacientes, deseosos de nacer cuanto antes —la muerte es nacimiento—, para poder contemplarla, sin que en ese deseo nos detengan todos los dolores y angustias que el nacimiento implica; ansiamos que la noche de la fe se transforme en luz de gloria que nos permita verla en el cielo, donde Ella misma nos entregará a Dios en la visión divina. Sólo allí desaparecerán los misterios, aunque no la grandeza siempre incomprensible en esos misterios entrañada.

Esta comunicación pasiva la han experimentado muchas veces cuantas almas frecuentan el trato con María y velan a sus jambas. Aunque no en todos ha llegado la transformación por esas comunicaciones operada hasta excitar en ellos el deseo ardiente de morir para contemplarla sin limitación ni velos.

Mas de ella nada diremos: temerario e inútil nos parece todo intento de describirla. Para quien la experimenta, toda descripción resultaría fría e inadecuada:

sería como querer describir al niño pequeño la dicha que siente al ser abrazado por su madre: esa dicha se vive, pero no se puede describir: toda descripción es algo muerto, y así no puede reflejar la vida.

Y para quien no la ha experimentado, la descripción le parecería sueño vacío y enfermizo de una mente alocada: jamás podría entenderla.

Baste, pues, recordar a todos el modo de alcanzarla: quien sin desfallecimiento persevere en intentar el trato con María, velando a las jambas de su puerta, no tardará en recibir su comunicación: y viviéndola ya en su interior, no necesitará de que nadie intente describírsela.

2. Vías activas.

Pero también hay un modo activo de acceder a María. El niño no se limita a esperar pasivamente las caricias de su madre; también él tiene sus propias vías para acercarse a ella, y hasta sus trucos para robar sus caricias.

Mas dada la perfección y riqueza inconmensurable de la Virgen María, ningún camino nos da acceso a su totalidad: cada uno de ellos nos lleva a un aspecto de Ella, a contemplarla desde un punto de mira diferente.

Ella es como el mar; nosotros como el pececillo perdido en sus aguas: por más que las recorra, nunca agotará todas sus sendas. Por eso dice el Salmo (76, 20): «En el mar tu camino, tus sendas en muchas aguas», y por eso Isaías expresa su esperanza: «y caminaremos por sus sendas» (Is. 2, 3), porque son innumerables los caminos por los que hemos de abordar a la Virgen María, como innumerables son las sendas que el pez recorre en el mar.

Sólo «Dios conoce su camino» (Job, 28, 23), el camino que conduce a la comprehensión total de la Virgen María; Dios «que la poseyó en el comienzo de sus caminos» (Prov. 8, 32). Pero nosotros ignoramos ese camino del Señor (Sab. 5, 7). Por eso vimos que el alma que va conociendo a María siente ansias de morir para transformarse en Cristo, y así participar del secreto de su camino, para conocer a María como Él la conoce.

Mas mientras vivimos en carne mortal, hemos de usar de múltiples vías para acercarnos a María, para acceder a Ella. Cada camino nos da un aspecto parcial de Ella: al sumarse y armonizarse los diferentes aspectos bajo los que la contemplamos, nuestro conocimiento de Ella se enriquece más y más; pero nunca es pleno, jamás llega a comprensivo.

Esas múltiples vías de acceso están como plasmadas en los títulos o advocaciones marianas, con que el pueblo cristiano ha honrado a la Virgen. Cada uno de ellos nos da un aspecto de Ella, la contempla desde un punto de mira diferente, nos da visión parcial distinta de su única y abisal perfección.

Por eso trataremos primero de los títulos o advocaciones marianas, dando a la vez los avisos que juzguemos oportunos para que el devoto de María mejor se sirva de ellos. Aquí solo advertiremos dos cosas.

La primera que no hay título despreciable: todos y cada uno de ellos nos llevan a nuestra Madre, en la que hallaremos la gracia y la verdad (Eccli. 24, 25), tras obtener misericordia (Sal. 24, 10). Por eso se nos dice: «Sus caminos, son caminos hermosos, todas sus sendas inundan de paz al alma» (Prov. 3, 1): Inundan de paz mientras se recorren, porque nadie los anda si no es atraído por la gracia de María (Eccli. 24, 25: «en Mi la gracia de todo camino»); e inundan de paz por el término a que conducen, que es siempre la unión con

nuestra Madre, el encuentro con Ella, para que, unidos a Ella, encontremos la Vida, y bebamos del Señor la salvación.

Es la segunda que el cristiano no debe ser exclusivo con un título o senda de acceso, antes bien debe usar de todos ellos, pues cuantas más vías de acceso use, más aspectos de su Madre conocerá, más rica será la visión que tenga de su hermosura y de su persona, y así más intensamente se sentirá atraído por su amor, más fácilmente y más profundamente se enamorará de Ella. Por eso la Escritura nos exhorta, no a recorrer una sola senda, sino a recorrerlas todas: «Y caminaremos por sus sendas» (Is. 2, 3), «Dichosos cuantos andan por sus caminos» (Sal. 127, 1); y la misma Virgen María nos lo suplica: «Hijos míos, escuchadme: dichosos los que trillan mis caminos» (Prov. 8, 32).

3. Las sendas y el camino en que todas las sendas se entrecruzan.

Pero nos interesa también sobremanera hallar un modo complexivo, ya que no comprehensivo, de abordar a nuestra Madre: un modo que nos dé el punto crucial al que confluyen todas las sendas, integrando todas las perfecciones por ellas descubiertas en la persona única de María: ese modo será, no ya senda, sino camino, y camino único. Ese modo nos lo indica la misma Virgen María cuando nos dice: «Yo resido en el Camino, en el punto en que todas las sendas se entrecruzan» (Prov. 8, 2).

El Camino es Cristo (Joan. 14, 6), verdadero Dios y hombre, hijo de María. Todo aspecto de María a cuyo descubrimiento me lleve cualquiera de las sendas que recorra, ha de encajarse y sintetizarse en ese Camino

en que todas las sendas se cruzan, ha de integrarse en las relaciones que median entre María y su Hijo divino.

Mas Cristo se nos ha presentado como Corazón, como amor. Por eso hemos de ver a María en sus relaciones con el amor divino y humano de Cristo: como Amada; como amante que corresponde al amor con que es amada; como asociada por amor a toda la actividad de Cristo con relación a nosotros. Contemplada en esa luz de amor, al que nos llevan todos los caminos, la Virgen se nos presentará en toda su unidad y totalidad, aunque no podamos comprender toda su riqueza hasta llegar al cielo.

Por eso trataremos luego de las relaciones de amor entre la Virgen y el Corazón de Jesús, así como del título que felizmente las expresa.

Bástenos anticipar aquí una breve justificación.

4. María, signo y bandera de salvación para ángeles y hombres.

María es el signo de los tiempos: de todos los tiempos y para todos los seres; pero especialmente de los tiempos difíciles y de crisis, de los tiempos finales; y más especialmente el signo o bandera cuyo seguimiento o rechazo decide irremediablemente de la suerte eterna de cuantos Dios ha invitado al banquete de las bodas de su Hijo, a la visión del cielo. Y es bandera decisiva, porque quien la encuentra, hallará también a su Hijo —la Vida—; quien la rechaza, jamás econtrará a Cristo.

Así en Apoc. 12 —y la misma Iglesia entiende el texto de la Virgen, a quien lo aplica en el introito de la fiesta de la Asunción—, Dios presenta la Virgen María a los ángeles recién creados, y todavía no glorificados: tras abrirse el templo de Dios en los cielos, «Un signo

o prodigio grande apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas», y estaba en cinta, y el Hijo que va a tener es Cristo «el que había de regir a todas las naciones con vara de hierro» (Apoc. 12, 5, cf. Sal. 2, 9).

Precisamente por eso la Mujer aparece vestida de sol, porque lleva en su seno a Cristo —Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero— que irradia a través de Ella, y por Ella se comunica al Universo, a la vez que se sirve de Ella como de un velo que hace a la luz misma inaccesible.

Mas la aparición de María vestida de sol es bandera que conmueve a los ejércitos angélicos, y decide de su predestinación.

Satanás y la tercera parte de los ángeles conciben odio a esa Mujer que los aventaja inmensamente en luminosidad y hermosura, y odio contra el Hijo que de Ella ha de nacer. Odio sin motivo, e inútil, pues ni acabarán con el Hijo, ni podrán hacer daño alguno a la Mujer, maravillosamente protegida por Dios, y ayudada por la creación entera —la tierra abre su boca para absorber el río de orgullo y baba con que Satán quisiera atraerla o seducirla—. El único resultado positivo es ser arrojados del cielo, perder para siempre su destino divino. Mientras los ángeles que adhieren a la Mujer y a su simiente, y luchan contra el dragón, obtienen la visión beatífica gracias a esa adhesión: la predestinación y salvación depende toda en los ángeles de su amor o de su odio a la Mujer vestida de sol y a la simiente que lleva en su seno: se salvan los que la aman; se condenan cuantos la odian.

5. Lucha del dragón con María y su simiente.

Ya arrojados a tierra, la lucha sigue en nuestro terreno. Fracasado en su intento de perder a la Mujer y destruir a su Hijo, «el dragón se airó contra la Mujer, y fue a hacer guerra a los demás de su simiente, que guardan los mandatos de Dios y mantienen el testimonio de Jesucristo» (Apoc. 12, 17). Donde es de observar que la razón por qué el demonio hace guerra a los hombres es su odio a María, de la que son hijos cuantos adhieren a Cristo. También, pues, en la lucha de los hombres por la salvación no hay más que una bandera: la Virgen María.

6. María en el primer acto de esa lucha.

Esta lucha tiene tres momentos cumbre, y en los tres aparece María destacada.

Es el primero, el triunfo del demonio sobre nuestros primeros padres. Mas Dios promete entonces mismo la victoria futura plena por obra de la Mujer: «Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya: Ella quebrantará tu cabeza, y tu morderás su calcañar» (Gén. 3, 15).

También aquí la salvación está vinculada a María: quienes se adhieren a Ella, se salvan como hijos y simiente suya; quienes la odian y rechazan, se convierten en «hijos del demonio» (Joan. 8, 44), y con él se condenan. La predestinación depende así, en el hombre como antes en el ángel, de su vinculación con María. Sólo que la del hombre, como más débil, es una vinculación mucho más estrecha, vinculación de hijo sobre el que su Madre vela y al que defiende: por eso el demonio puede hacer sufrir a María al hacer sufrir

a sus hijos con sus ataques; pero no puede perder a ninguno, mientras no renuncie a ser hijo de su Madre.

7. María en el segundo acto de esa lucha.

El segundo momento cumbre es la encarnación, pasión y muerte del Hijo de Dios, el Hijo de la Mujer, con lo que se alcanza la victoria total contra el dragón, prometida en el Génesis 3. Y también aquí está en primer plano María con sus dolores y sufrimientos, a lo largo de su vida, y al pie de la cruz. María corredentora sigue siendo bandera cuyo seguimiento o rechazo decide de la salvación del hombre.

Así lo afirma el anciano Simeón cuando la dice: «He aquí que Este (= tu Hijo) ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y como signo de contradicción (= en favor o en contra del cual lucharán los hombres); y una espada atravesará tu misma alma para que se revelen o manifiesten los pensamientos o designios procedentes de muchos corazones» (Lc. 2, 34. 35). Es decir, los sufrimientos que por nosotros padecerá María harán que se manifiesten y declaren las secretas disposiciones de los hombres: unos, al ver cuánto por nosotros ha sufrido, y con qué amor tan inmenso, la aceptarán gozosos por Madre y se refugiarán en su regazo: y éstos se salvarán. Otros —la simiente del demonio por obra del orgullo de que se dejan inocular—, odiarán aún más a María, como la odiaron los ángeles que cayeron, y se condenarán con éstos.

En definitiva, tanto en el caso de los ángeles, del Apocalipsis, como en la promesa del Protoevangelio (Gén. 3, 14. 15), como en las palabras de Simeón, parece que el odio de la serpiente y su simiente no va directamente dirigido a Cristo, sino más bien a la Mujer.

El odio a Cristo se da, pero parece más bien como consecuencia del odio a la Mujer su Madre, y por rabia de los dones con que a su Madre adornó.

En efecto, lo que más humilla a la creatura orgullosa —al ángel ensoberbecido, y al hombre simiente suya, que le imita en su soberbia—, no es precisamente Cristo, al fin y al cabo Dios verdadero, aunque también sea hombre, y por tanto evidentemente superior a toda creatura existente o posible.

Lo que humilla sobremanera al ángel caído y al hombre que le sigue en su soberbia, es la visión de una creatura humana —una frágil Mujer— encumbrada por elección divina hasta emparentar con la Trinidad Santísima en la relación más estrecha concebible en pura creatura, hasta el punto de hacer derivar de Ella a todas las creaturas la luz y la salvación.

Esa visión explica sobreabundantemente la rabia del demonio y sus ángeles, a la vez que convierte en heroica la humildad de San Miguel y de sus fieles seguidores: humildad que les merece una gloria que, al ser dada por medio de María y para honra de María, la inconcebiblemente amada de Dios, es inconmensurablemente superior a la que hubieran merecido si no hubieran hecho su elección bajo el signo y bandera de María.

Y explica también la rabia de los hombres dominados por el orgullo contra la devoción a María, la envidia que la tienen. Por eso suelen empezar su desviación diciendo: «Cristo sí, María no»: mas cuando esto dicen o piensan, ya se han convertido en simiente del demonio, porque rechazan ser hijos de la Mujer —si la tuvieran por Madre, ¿cómo podrían decir: María no? ¿cómo podrían dejar de amar y venerar a su Madre?

Pues no hay medio: o se es simiente de María, hijos de la Mujer, o se es simiente de la serpiente, hijos del

diablo. Por eso, si en ese rechazo perseveran, acabarán también rechazando a Cristo, y finalmente a Dios. Son los sabidos pasos: Cristo sin María, Cristo sin la Iglesia —la Iglesia es prolongación visible de María, como su presencia en la tierra, y por eso, como María, es nuestra Madre—; Dios sin Cristo; Dios ha muerto.

E igualmente explica el cariño y la ternura con que todas las almas humildes y sencillas aceptan a María como a su Madre, se refugian en Ella, lo esperan de Ella todo, y de Ella quieren todo recibirlo.

María, que quería engendrarnos a todos, ser Madre de todos, y así salvarnos como a hijos, y llenarnos de Dios de que Ella está llena, quiso ayudarnos a vencer este orgullo que nos impedía aceptarla. Y esta ayuda, si no nos equivocamos, introdujo una modificación en los planes divinos, que hubieran sido distintos de no mediar el deseo de la Virgen María. Veamos de explicarlo, para más amarla.

8. María, por amor nuestro, hace cambiar el plan originario del Padre Eterno, introduciendo en él sus propios dolores y la pasión de su Hijo.

En su presentación inicial como la Mujer vestida de sol, cual se describe en el Apocalipsis, 12, 1 ss., la Virgen María es ya bandera de contradicción, cuyo seguimiento o rechazo determina la salvación o condenación de los ángeles, como determinará después también la de los hombres. Pero aunque intensamente odiada y perseguida por los ángeles caídos, de modo tan eficaz es protegida por Dios, que ni Ella sufre daño o mal alguno, ni tampoco su Hijo, que se nos presenta como arrebatado al cielo tras el parto de su Madre. Sólo los restantes de la simiente de la Virgen —los hombres redimidos

por Cristo y seguidores de Él—, sufren las consecuencias de la guerra diabólica, aparentemente sin la protección divina tan eficaz que la misma Virgen tuviera (Apoc. 12, 17).

Parece lógico que la Virgen Madre sufriera por la angustia de sus hijos —pues por odio a Ella los ataca el demonio—; pero en el texto no se indica, como tampoco se indica la muerte redentora de Cristo, sin duda porque predomina en la descripción el plan originario divino: todo por Cristo y por María, pero sin sufrimientos de Cristo y de María. Todo para la grandeza y exaltación de ambos, nada para su dolor y aflicción.

Pero al ser inficionados los hombres por el pecado original, gracias a la sugestión diabólica de nuestros primeros padres, fue tal la compasión de la Mujer Madre al ver a sus pequeñuelos tan desvalidos, que quiso atraerlos de nuevo a Ella y salvarlos mostrándoles los tesoros de amor que su corazón maternal abrigaba para todos y cada uno de ellos.

Y el modo de mostrárselo fue asociarse como madre a todos sus dolores: sufrir los dolores de los hombres todos de todos los tiempos, para que todos la sintieran verdaderamente madre, y así con gozo y confianza se refugiaran en Ella, por muchos que fueran sus pecados.

Por los ángeles caídos no sufrió: dado su orgullo perfecto eran ya insalvables, por incapaces de arrepentimiento. Mas el orgullo del hombre caído aun no era perfecto: y así la Virgen se carga de todos los dolores como Madre, para de este modo atraerlos hacia Ella mediante el amor y la confianza, convirtiéndose en refugio seguro de pecadores.

Seguirá siendo signo y bandera que determine, como Madre aceptada o rechazada, la salvación o condenación de los hombres. Pero no ya una Madre absolutamente

feliz, sino dolorosísima, a la que consolaremos y haremos feliz si nos echamos en sus brazos. Y una madre así no humilla al hombre, no excita su orgullo ni su envidia, sino sólo su amor: sólo los monstruos de ingratitud, de crueldad y egoísmo podrán condenarse, rechazando a tal Madre que sufre y llora por ellos, que les pide consuelo, que les ruega como un favor el que se dejen salvar y hacer eternamente dichosos por Ella.

Y Dios que amaba infinitamente a María, en cuyo seno había entregado su mismo Hijo Unigénito y eterno, accedió a sus deseos, dándole tantos dolores y sufrimientos cuantos su corazón de Madre deseó.

Por eso ese cambio de plan, aunque eterno en sí, se nos manifiesta por vez primera en la caída original: la serpiente morderá a la Virgen María en su calcañar, causándole aflicciones sin número por el pecado que inoculó en los hombres, sus hijos. Pero en ese mismo morderla, fue aplastada su cabeza, porque son los dolores de la Virgen María los que facilitan en grado sumo la salvación de todos los hombres, y con ello la derrota total del demonio.

Los dolores no alcanzarán a su cuerpo: son dolores de Madre por sus hijos, y por tanto dolores del corazón, dolores del alma. Por eso la dice Simeón: «una espada atravesará tu alma». Y María, con el alma así atravesada, será la que hará se revele el interior de los corazones: poniendo de manifiesto el orgullo y crueldad total de quienes se condenen, porque ni aún viéndola así afligida por ellos han querido aceptarla como madre ni recibir su cariño; y haciendo fructificar con el incomparable atractivo de su amor dolorido las más mínimas buenas disposiciones que aun quedaran en cualquier hombre pecador, moviéndole a dejarse amar por Ella, consolándola así en su dolor.

Pero esa aceptación, por parte de María, de todos

nuestros dolores para sufrirlos en su corazón de madre, lleva consigo la pasión y muerte de Cristo. Su Hijo no quiso dejarla sola: Él dará eficacia divina a la atracción de los dolores de su Madre, muriendo por todos y cada uno de nosotros.

Siendo Dios, su obra de atracción de amor superará a la de María: «Varón de dolores» (Is. 53, 3), tanto en el alma como en su Cuerpo sacratísimo, atraerá a sí por el amor todas las cosas, como Él mismo lo afirma: «Cuando Yo fuere elevado sobre la tierra (=sobre la cruz, cf. Joan. 12, 33), atraeré a Mí todas las cosas» (Joan. 12, 32).

Esa pasión no era necesaria para redimirnos —cualquier acto de Jesús, aun placentero, bastaba para ello, pues cualquier acción suya tenía valor infinito—; sí era necesaria para atraernos y hacernos aceptar de Él la salvación, quebrantando nuestro orgullo; o al menos sumamente útil y eficaz. Y era necesaria sobre todo para corresponder al deseo de la Virgen de sufrir por sus hijos, no dejándola sola en su dolor, en su esfuerzo por atraernos a todos.

Así la pasión y muerte de Cristo por nosotros parece presentársenos como un don de la Virgen, del amor que Ella nos tiene: Ella lo dio al mundo en Belén, Ella lo entregó por el mundo en la Cruz, ofreciéndolo al Eterno Padre; y Ella lo da a cada alma en la Eucaristía, aunque tan mal se lo tratemos.

9. María, manifestación del amor infinito de Dios.

Así, por medio de la Virgen María, por complacer a sus deseos en favor de sus hijos desvalidos, se nos manifestó el amor infinito de Cristo, que muere por nosotros; y el amor infinito del Padre, que entrega a su

Hijo por nosotros; y el amor infinito del Espíritu Santo que se difunde en nuestros corazones para enseñarnos a corresponder a tanto amor. Ello explica que en quien se condena no queda absolutamente nada bueno. Nada bueno puede haber en quien sea capaz de resistir a tanto amor.

En la ejecución, así, del plan divino de salvación, todo se nos da, todo es, todo se hace por María y para María, para complacer su corazón de Madre.

Pero no olvidemos que todo don perfecto proviene de arriba, del Padre de las luces (Jacob. 1, 17). Y el Corazón de nuestra Madre es don perfecto del Padre Eterno: Él lo hizo y lo dotó de los sentimientos maternales que lo llenan y la impulsan a desear a tomar nuestros dolores; Él lo hizo tal cual su Hijo lo deseaba, y tal cual nosotros lo necesitábamos.

Por eso, si nos maravilla y atrae el amor de nuestra Madre, más ha de maravillarnos y atraernos el amor del Padre que tal Madre nos dio, y de tales sentimientos la dotó —¡cuánto tiene que amarme, para darme tal Madre, y querer que así sufra por mí!—; y el amor del Hijo, que quiso que su Padre hiciera así a su Madre, y que tal Madre me diera a Mí; y el amor del Espíritu Santo, bajo cuyo soplo se originan y mueven todos los afectos, sentimientos y deseos de la Virgen María con la más absoluta docilidad.

10. María, medio. Dios, origen y término.

Así María es medio: medio por el que Dios se me comunica; medio por el que voy a Dios, al que Ella me lleva y me presenta.

Dios es el origen y el término: Origen que se me da por María, en la que veo el resplandor de su luz y de

su amor —Mujer vestida de sol—, que de otro modo me sería del todo inasequible; término al que llego por María, y en el que eternamente viviré sumergido, viviendo su misma vida, gozando de su mismo gozo —«entra en el gozo de tu Señor»— (Mt. 25, 21. 23).

Y en el don que de María me hace Dios se manifiesta, aun más que el amor de nuestra Madre, el amor eterno, infinito e incomprensible de nuestro Padre celestial, que ni en el cielo mismo llegaremos jamás a conocer del todo; y el amor de Jesús que por Madre nos la dio.

Por eso el alma que ha gustado de ir en los brazos de María, pronto se enamorará totalmente de su divino Hijo, y finalmente sólo podrá ya hallar reposo y paz en los brazos del Padre, en los brazos de Dios, sumergido y anegado en el piélago infinito del infinito Amor.

11. María en el tercero y último acto de la lucha.

El tercer momento crucial de la lucha del demonio con los hijos de la Mujer será al final de los tiempos, cuando el mismo Satanás será liberado para que seduzca a las naciones, y haga guerra a la simiente de la Mujer (Apoc. 12, 17, donde, desde el punto de vista de la eternidad divina, parecen fundirse todos los tiempos con el momento decisivo final).

Por no alargarnos, diremos solamente: la vía de seducción usada entonces por Satanás, si bien no exclusiva, será preferentemente la de orgullo —es Espíritu de soberbia—, incitando al hombre a suplantar a Dios. Y perseguirá por todas las maneras a quien se le resista, y se ensañará con la simiente de la Mujer.

Pero ninguno de cuantos invoquen a María y recurra a Ella como a Madre será vencido. Sobre ellos vomitará

la serpiente ríos de orgullo, para con su corriente arrastrarlos; pero María —la tierra que nos germinó al Salvador— estará a su lado protegiéndolos, y absorberá todos los ríos de orgullo que los amenacen, neutralizándolos y haciéndolos desaparecer con su incomprensible humildad. Al que esté en sus brazos, no le llegará el rumor de las aguas impetuosas del orgullo, sino sólo el susurro de la Virgen María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra»; la Tierra virgen que nos germinó al Salvador, y nos protege, «abrirá su boca, y absorberá el río que el dragón nos proyectó desde su boca» (Apoc. 12, 16).

En esos tiempos finales aparecerá más claro que nunca que el hombre sólo por María puede alcanzar su salvación, y que todo el que la invoca, de hecho infaliblemente la alcanzará. Por eso, sabiéndolo así el demonio, hará cuanto pueda para desarraigar la devoción mariana. Y por eso el mejor signo de esos tiempos será, por una parte el ataque descarado a la Virgen María, para borrarla del corazón de los hombres; y, por otra, la intensidad con que se volverán a Ella y la invocarán cuantos todavía deseen la salvación.

Así coincidirán el principio y el término: como en el cielo se alcanzó el máximo de odio a Ella y de amor a Ella entre los ángeles todavía viadores, así en la tierra, en los tiempos finales, se señalará el máximo de amor a la Virgen y de odio a la Virgen entre los hombres todavía viadores.

Y amor u odio decidirán la suerte eterna de cada cual, pues llevan implicados amor u odio a su Hijo, al Padre y al Espíritu Santo. Pero la Virgen vestida de sol, relacionada y unida a su Hijo, que le comunica toda su grandeza, su luminosidad y su hermosura, será la bandera por la que se ha de pronunciar cada alma.

12. Los tres actos de la lucha cósmica en la vida individual de cada hombre.

Indiquemos tan solo que esos tres momentos de lucha del demonio con la simiente de la mujer se dan en cierto modo en la vida de cada hombre, que en sí condensa la de la humanidad.

Primer momento: victoria del demonio —concebidos en pecado original—, y mirada de la Virgen María, llena de ternura, dolor y misericordia por su hijo pecador, que mueve a Dios a querer su justificación.

Segundo momento: justificación, ya de hecho —tal con el bautismo de los niños, que la Virgen María tanto desea para estrecharlos en sus brazos—, ya por invitación insistente a que aceptemos esa justificación, cual sucede con los adultos. Ese momento se prolonga todo el resto de nuestra vida: la Virgen nos engendra a la vida sobrenatural —nadie nace a ella si no es por su acción maternal que coopera a la de Dios—, la Virgen colabora a todo nuestro desarrollo, la Virgen sufre lo indecible con nuestras infidelidades, nuestros pecados, nuestras resistencias a su acción, y nos acompaña en todos nuestros gozos y dolores como la Madre a su hijo pequeño.

Tercer momento, en la hora de nuestra muerte, en el morir: la Virgen nos acompaña en los dolores que anuncian y provocan nuestro nacimiento, como la madre sufre con su hijo al dar a luz y, sobre todo, nos protege contra el demonio que nos dará el último y definitivo asalto: el asalto de la soberbia pura: nos proyectará como un río su propia soberbia para ver si nos seduce a compartirla; nos dirá que él nunca se ha arrepentido de haber elegido ser suyo, aunque con ello perdiera a Dios. Mas la Virgen estará a mi lado defendiéndome, mientras yo no la rechace como madre

—para impedir ese rechazo la deseamos tantas veces al pedirla «ruega por nosotros... en la hora de nuestra muerte»—: y el río del orgullo con que el demonio buscará seducirme, no llegará a Mí: María lo absorberá, y me hará repetir con Ella: «He aquí la esclava del Señor: hágase en Mí según tu palabra». Sólo quien entonces rechace a María será arrastrado por el río del orgullo, que el demonio proyectará sobre él.

13. Los últimos tiempos y la devoción al Corazón de Jesús.

Hay quienes piensan que ya estamos en los últimos tiempos. Yo no lo sé. Tampoco me interesa excesivamente, pues mi último tiempo será el de la hora de mi muerte, según acabamos de indicar.

Pero una cosa parece cierta: y es que María multiplica sus intervenciones en un intento de congregar a los hijos dispersos y atraerlos a cobijarse bajo la sombra de sus alas, cual si les esperara un peligro inminente, y que en esas llamadas multiplica las expresiones de su dolor de Madre para más atraerlos.

Y otra cosa es absolutamente cierta: que la devoción al Corazón de Jesús se nos ha dado como medio para reanimar en el amor a un mundo ya frío por la vejez, como último esfuerzo por parte de Dios para salvarnos; que el Corazón de Cristo se nos ofrece como bandera de victoria, arca de salvación, arco-iris de paz y de reconciliación, y que en Él hay que colocar toda esperanza (así en los Documentos pontificios; véase, para más detalle, nuestra obra EL AMOR).

Esa devoción —y esto lo creemos todavía más importante— es, según Pío XI, «forma perfecta de religión», lo cual implica que quien bien la practica lleva-

rá a la perfección sus relaciones con Cristo, con el Padre, con el Espíritu Santo, y aun con la misma Virgen María. Si la Iglesia quiere que en el Corazón de Jesús pongamos toda esperanza, si así nos incita a honrarlo, nos manifiesta que nuestras relaciones con Cristo han de ser matizadas todas ellas bajo el aspecto del Sagrado Corazón.

14. El Corazón de Jesús, encrucijada de todas las sendas que llevan a María.

Vimos que Cristo es el camino en el que se entrecruzan todas las sendas que llevan a María. Con más exactitud podremos, pues, decir hoy que, ya en Cristo, su Corazón es el camino en que se cruzan las sendas que llevan a María, donde debemos encontrarla y venerarla.

Así el Corazón de Jesús será el camino que nos lleve al conocimiento complexivo, y, en la medida posible en la presente vida, pleno de la Virgen María, para así aprovecharla a manos llenas como medio para nuestra unión con Dios.

El objeto espiritual de la devoción al Corazón de Jesús, es todo el amor humano de Jesús —a los hombres y al Padre—, y también el amor divino e infinito de Jesús —común al Padre y al Espíritu Santo—, con que somos amados. En una palabra, el amor infinito con que Dios nos ama, con que Dios ama a todas sus creaturas.

Ese objeto se plasma en un signo que nos lo hace asequible fácilmente a todos: el Corazón, símbolo del amor. Sólo la veneración del signo es nuevo, no la de la realidad significada, aunque ésta corría el peligro de olvidarse más de la cuenta al carecer de signo sen-

sible y cómodo. La devoción consiste en conocer ese amor, y corresponder a él con nuestro amor (véase EL AMOR), dejándonos amar y favorecer por Dios.

En esa encrucijada del Corazón divino hemos de ver a la Virgen como Amada —todo en Ella es puro don del amor divino—, y en Ella y por Ella sentir mejor el infinito amor con que somos amados; como Amante, sirviéndonos Ella de modelo en que inspirar nuestra correspondencia de amor; como intercesora y suplente cual madre de Jesús y madre nuestra —todo lo de la madre es del hijo—. Así nos llevará a la forma perfecta de religión, que es la devoción al Corazón de Jesús; nos encerrará Ella misma en el Corazón de su Hijo.

Por otra parte, esas relaciones de María con el Corazón de Jesús nos darán la visión más completa de Ella que nos es posible. Pues al amor que Dios la tiene debe todo lo que es —su perfección ontológica—; al amor con que corresponde debe toda su actividad, su perfección moral; y a la unión que ese amor mutuo engendra, con la correlativa comunicación de bienes, debe su asociación a toda la actividad de Cristo, y por lo mismo toda su acción en nosotros, sus hijos —omnipotencia suplicante, intercesión, cuidado, suplencia de nuestras deficiencias.

Nada podrá hallarse en María —ni aun su maternidad—, que no se deba al amor con que es amada; nada en que no se nos presente como amada y como amante. Por eso esas relaciones con el Corazón divino son como el hilo que engarza y unifica todos sus atributos, perfecciones y actividades.

15. El título que vincula a María con el Corazón de Jesús, compendiando sus relaciones de amor.

A esas relaciones convenía un título que brevemente las formulase y recordase, sin necesidad de explicaciones ni de enumeración. Es el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, o Virgen del Sagrado Corazón.

El título o formulación es relativamente nuevo, como lo es el uso del símbolo del Corazón de Jesús; pero el contenido fue profesado siempre por la Iglesia, como lo fue el contenido de la devoción al Corazón de Jesús. En uno y otro caso, el símbolo y el título nos hacen más asequible, más fácilmente recordable una realidad riquísima, que sin ellos difícilmente pudiéramos usar.

Trataremos, pues, primero de los títulos o advocaciones marianas. Pasaremos luego a las relaciones de la Virgen María con el Corazón de Jesús, así como al título que las expresa o formula. Y finalmente haremos una aplicación de esas relaciones a la vida de la Virgen María.

La explicación detallada de esas relaciones se hará, Dios mediante, en otros dos libros: LA AMADA y LA AMANTE, para no hacer excesivamente largo el presente.

En todo ello, ni pretendemos, ni queremos en modo alguno, hacer una especie de teología mariana —quien la desee hallará otras obras excelentes—. Sólo queremos ayudar, en la medida en que nos sea posible, a las almas ya devotas de María, a crecer en su devoción, facilitándoles más y más el trato y conversación con su Madre, y fomentando el cariño especial que ya la tienen, poniendo al alcance de todos ellos, en la medida de nuestra capacidad, las incomparables riquezas y hermosuras de la Virgen y la inmensidad y ternura del cariño que nos tiene.

La teología la tenemos presente; pero sólo para evitar errores, no para profundizar explicaciones que a muchos no moverían a la piedad.

Y ese es también el motivo por el que usamos y usaremos sin crítica alguna previa, aplicándolos a María, cuantos textos de la Escritura la misma Iglesia le aplica en la liturgia. Tratándose de piedad, es totalmente seguro que el fiel honre a la Virgen como la honra oficialmente la Iglesia, entienda de Ella los textos que la Iglesia oficialmente le aplica, y la medite y considere como la Iglesia la considera y medita.

Y ciertamente, si la Iglesia se los aplica, también a Ella le convienen, aunque muchos de ellos se refieran también, e incluso primariamente, a su divino Hijo. Es la asociación de la Virgen a las grandezas, privilegios y actividad de su Hijo, asociación real y propia, lo que la Iglesia con esa doble aplicación nos enseña.

Capítulo III

ADVOCACIONES O TÍTULOS MARIANOS

«Y caminaremos por sus sendas» (Is. 2, 3).
«Dichosos los que trillan mis caminos» (Prov. 8, 32).
«En mi la gracia de todo camino» (Eccli. 24, 25).

El pueblo cristiano se ha proyectado siempre con tierna devoción hacia la Virgen María. Sabe que sólo por Ella podrá ir a Jesús, quien por Ella se dio al mundo, y por Ella se da a cada alma: en Ella está toda esperanza de vida eterna.

1. Razón de la multiplicidad de títulos.

En esa proyección, informada de un espíritu filial lleno de confianza, se encuentra con la casi infinita riqueza de María —toda la gracia de Cristo está en Ella, aunque de modo distinto, en expresión de San Jerónimo—; y al no poder abarcarla, ha multiplicado los títulos o advocaciones con que la honra, en un

esfuerzo por captar su inmensa y simplicísima perfección mediante la variedad y multiplicidad de los puntos de vista o aspectos bajo que la considera.

Siglo tras siglo se han ido encontrando nuevos títulos: ninguna generación se ha contentado con los de las que la precedieron, aunque sin renunciar a ninguno de los de ellas recibidos.

Y el proceso continuará, porque la riqueza de María es inagotable. Ella es «la fuente de los huertos, pozo de aguas vivas que fluyen con ímpetu del Líbano» (Cant. Cant. 4, 15): de su contacto con la divinidad como Madre de Dios recibe todas las aguas de la gracia, que, comunicadas por Ella y repartidas entre los hombres, los harán producir frutos de vida eterna: ninguna gracia nos llega que no pase por sus manos, que no nos derive de ella. Y como el agua que baja de los montes, parte brota espontánea, manifestándose a nuestra vista, parte es sacada a luz por la industria humana; y una parte mucho mayor fluye escondida bajo tierra, esperando a ser sacada, sin que jamás se logre educirla toda, así ha sucedido con la Virgen María.

La revelación es bastante parca al hablarnos de ella; pero al afirmarnos que es Madre de Dios, ya nos muestra que en Ella están todas las aguas, todas las perfecciones, todas las gracias. El ir explicitando esos tesoros lo dejó Dios al cariño de sus hijos; y por mucho que ese cariño filial descubra sus tesoros, siempre quedará mucho más sin descubrir, sin explicitar. Por eso las advocaciones y títulos marianos irán creciendo siempre, porque ni se agota la perfección de María, ni se apaga el cariño y enamoramiento de muchos de sus hijos: siempre habrá sed de agua para buscar más y más; siempre habrá agua escondida que pueda ser sacada a luz por esa sed.

2. Dos actitudes desviadas frente a ellos.

Frente a esos títulos o advocaciones marianas no es infrecuente encontrarse con dos actitudes desviadas: la de aquellos que, por principio, son enemigos de toda expresión nueva, por creer bastan y aun sobran las heredadas, de las que desearían hacer poda no pequeña; y la de quienes, adhiriendo más al título que a la Persona en él honrada, cierran sus horizontes, circunscriben practicamente la perfección de María a su limitada formulación, y aun incluso llegan a mirar como hostil a su propia devoción toda advocación distinta de aquella o aquellas en que ellos a la Persona encasillaron: puede salir así —y a veces sale—, una especie de lucha o enfrentamiento de las diversas Vírgenes, cual si fueran distintas, y no formulaciones cognoscitivas parciales de una misma Persona, por todos venerada.

Ambas desviaciones podrán evitarse si entendemos rectamente lo que son las distintas advocaciones, así como los principios por los que deben regularse.

3. El título como nombre de honor o expresión de una función.

Título es un nombre de honor aplicado a una persona para expresar una excelencia suya —a veces una simple relación—, sea connatural, sea sobreañadida.

Así decimos que a fulano se le debe algo a título de hombre, de ser libre, de español, de hijo, de padre, etcétera, para expresar qué es lo que en él hay que tal obsequio exija. Así hablamos también de títulos de licenciado, de doctor, de nobleza o de gobierno. Siendo tan compleja la riqueza de la persona más humil-

de, jamás hallaremos una expresión o título que la exprese toda. De ahí la multiplicidad de títulos con que las honramos, de nombres que les damos: según las diversas excelencias que consideremos, hallaremos distintas fórmulas con que expresarlas.

Fundamental entre todos esos títulos es el de hombre o persona humana: es él el que hace posibles todos los demás. Posibles; pero no necesarios.

El título de persona humana se hallará presente en todos los demás —siempre recurro a un hombre, me relaciono con un hombre—; pero no será el motivo formal y suficiente de mi relación. Si estoy enfermo recurriré a un hombre *en cuanto es médico* —sólo ese aspecto de la persona me interesará—: y no todo hombre es médico. Si he de resolver algo en el ayuntamiento me interesa el hombre como alcalde; si soy hijo acudiré y trataré *como a padre* al hombre que me engendró; si soy padre me interesará en quienes engendré su cualidad de hijos míos; si busco ser instruido me interesará el hombre como sabio, licenciado, maestro, doctor, y según eso estableceré con él mis relaciones; si corro peligro de ser asaltado, despojado o injustamente muerto, me interesará el hombre como policía o guardián del orden público; si necesito zapatos, el hombre como zapatero, aunque sea a la vez sabio, policía, médico, y padre: todos esos otros aspectos o excelencias no me impresionarán en el caso concreto de mi necesidad. Según las circunstancias o necesidades de cada cual, se fijará uno más en un título o en otro, en un aspecto u otro, una excelencia u otra de una misma persona, y según esos aspectos se establecerán nuestras relaciones, permanentes o transitorias.

4. Aplicación a los títulos marianos.

Si aplicamos esto a nuestras relaciones con la Virgen María, veremos que hay en ella un título o cualidad que funda y hace posibles todas las demás: el de Madre de Dios. Pero es tal la posibilidad de riqueza ahí implicada, tantas las diversas facetas de actividad a que eso da lugar —piénsese tan sólo en su oficio de Madre de la Iglesia, de todos los incorporados a Cristo—, que la Persona de la Madre de Dios ofrece inagotables aspectos bajo los que puede ser considerada, o por nosotros abordada; y según nuestras circunstancias y necesidades personales, permanentes o transitorias, nos atraerá un aspecto u otro con preferencia.

Eso basta para justificar los diversos títulos con que honramos a María: ellos no son sino la expresión oral, más o menos feliz, más o menos comprensiva, de las inagotables perfecciones que la adornan, y que a Ella nos hacen recurrir.

5. El título como síntesis o resumen doctrinal.

También hablamos del título de un libro, un capítulo, o un párrafo. En tal caso, el título, si es acertado, nos da en forma feliz y fácilmente recordable, el resumen del contenido de todo el libro, capítulo o párrafo.

Igual sucede con los títulos marianos. Compendian en una sola frase, quizá en una sola palabra fácilmente recordable y preñada de significado, perfecciones de María, cuya explicación ocuparía libros enteros, que muchos no podrían leer, y a los que muchos, una vez leídos, olvidarían.

Bajo este aspecto, los títulos, con relación a la Persona, guardan una cierta analogía con los artículos de

la fe en relación al contenido de la revelación. Como los artículos ofrecen en compendio, y en forma fácilmente inteligible y recordable, el contenido de la fe, poniéndolo al alcance de las personas más ignorantes y ocupadas, así los diversos títulos marianos hacen fácilmente asequible a todos el conocimiento de María y de sus inagotables perfecciones, reduciéndolas a fórmulas felices, breves y fecundas, que todos pueden fácilmente retener, de las que todos pueden servirse en su devoción a la Virgen.

6. Jerarquía y subordinación de los títulos marianos.

Esta misma consideración del título de un libro y sus capítulos nos da a conocer la subordinación que hay, o puede haber, entre los diferentes títulos marianos. Muchos de ellos no son más que la expresión más explícita de perfecciones ya entrañadas en otros títulos más generales y comprensivos, no de otra manera que los títulos de los diversos capítulos con relación al que encabeza el libro.

Así el título de María Auxiliadora está incluido en el más general de María madre de los hombres, pues toda Madre auxilia a su hijo; la Milagrosa está incluida en el de Madre de Dios, pues es esta excelencia la que la dota de omnipotencia suplicante; y el mismo título de madre de la Iglesia, y madre nuestra, está incluido en el de Madre de Cristo-Dios, cuyos miembros somos.

Mas esta subordinación no hace inútiles los títulos explicitados, como el título del libro no hace inútiles los títulos de los capítulos y párrafos; antes tanto más se aclara el contenido de todo el libro cuanto más se explicita debidamente en subtítulos. Sólo un genio podría captar íntegramente el contenido de un libro

con sólo conocer su título general. E igualmente, si queremos llegar a un mejor conocimiento de la Virgen María necesariamente habremos de explicitar sus perfecciones en numerosos títulos, aunque debidamente subordinados.

7. Los títulos, necesarios a nuestro modo de conocer.

Nuestras ideas son, cada una de por sí, necesariamente limitadas: carecemos de idea que pueda agotar la riqueza contenida en cosa alguna por ella representada; de ahí la necesidad en que nos vemos de concebirlas bajo distintos aspectos, desde vertientes diversas. Más limitado es aún el significado de las palabras con que expresamos las ideas; por eso nos vemos obligados a multiplicarlas. Es la riqueza insondable de todo ser existente: por pequeño y despreciable que parezca a primera vista, la riqueza de Dios se encuentra en él, pues existe porque Dios está presente en él, comunicándole el ser, como vestigio de su infinito ser y realidad.

Piénsese en la inconmensurable perfección de la Virgen María, en quien Dios puso todas las perfecciones y hermosuras del universo, y se verá la necesidad de multiplicar los títulos para en algún modo acercarse a ella y comprenderla.

8. Los títulos y la canalización de las aguas.

Los títulos son como la canalización de las aguas, que las hace aprovechables.

Es más cómodo y fácil beber en una fuente que en río caudaloso. Y el río caudaloso no sirve para regar

y fecundar los campos, hermoseándolos con flores y enriqueciéndolos con frutos, si sus aguas no se dividen y canalizan para llevarlas a donde se necesitan; y aun los canales grandes, que sirven para transportar el agua, han de subdividirse en canalillos mucho más pequeños para que al verterse sobre los campos los fecunden en vez de arruinarlos: no basta el agua; es menester darle la medida conveniente a la tierra a que se aplica.

María es río caudaloso, mejor diríamos mar sin orillas; pero ha de aplicarse al alma según la medida apropiada a cada una: y eso hacen los títulos, al dividir y como separar sus perfecciones, presentándolas al devoto según su medida limitada.

El que quiera sumergirse en la perfección total de María es probable que se ahogue en aburrimiento, porque no la podrá vitalmente captar; por eso toda meditación distingue y separa. Y es tanto lo que en Ella hay para contemplar que se puede meditar en Ella toda la vida sin por ello agotar sus aguas.

La misma contemplación, no discursiva, no abarca la totalidad, sino sólo aspectos determinados de ella. La contemplación total, simultánea y comprensiva de la Virgen, no es de esta tierra, sino del cielo, donde la veremos, sumergidos en el seno de Dios, y por su luz de gloria dilatados, porque le veremos también a Él como Él es (1 Joan. 3, 2).

9. Que la canalización y división no rompan la unidad.

Pero esta canalización y como división no ha de romper la unidad. El desmenuzamiento en títulos intenta un análisis de la persona de María; pero no para dejarla desmenuzada, sino para mejor conocerla en su conjunto, en su totalidad: el análisis es sólo medio

para hacer una síntesis más perfecta, que facilite un mayor enamoramiento de la Virgen María.

Esto es verdadero de todo análisis; pero lo es especialmente cuando ese análisis deriva precisamente del amor que se tiene a la Persona cuyo análisis se hace, cuyas perfecciones se meditan, cual sucede en la devoción a la Virgen María. Del cariño brotan la multiplicidad de títulos, en ansia de conocer más y mejor a la persona amada. Todos han podido contemplar cómo una madre prodiga los títulos más inverosímiles a su hijo pequeño —mi sol, mi luna, mi cielo, mi tesoro, mi vida, culín de plata, etc.—; pero todos ellos no son más que intento de expresar el cariño total que tiene a su pequeño.

El honor va siempre a la persona, aunque sea por razón de la perfección que en ella veo, no a la perfección misma por la que la honro. Y ese honor será mucho mayor si considero la perfección particular que en un caso concreto me mueve a honrarla, no como separada, sino como engarzada en la brillante corona de todas las demás perfecciones, con lo cual la persona necesariamente me será más amable. El egoísmo podrá detenerse en una perfección particular; el amor jamás.

Después de Dios, no hay ser más perfecto que María; ninguno más digno de ser amado, pues, a más de habernos dado a Cristo, fuente de todo bien, ha querido llamarse y ser verdaderamente nuestra madre.

10. La riqueza de María, y el amor de sus hijos, originan la multiplicación de títulos.

Del afecto filial con que el pueblo cristiano le ha correspondido, y de la perfección cuasi-infinita que en su Madre ha encontrado, han brotado y seguirán bro-

tando en el seno de la Iglesia los más bellos, variados y encantadores títulos a esa Madre dulcísima, como brotan las flores en los húmedos campos a los primeros soplos amorosos de la naciente primavera. Quienes critican y se ofenden de tal exuberancia muestran ignorar la verdadera naturaleza del amor, que, no teniendo palabras con que expresarse, no se cansa de encontrar términos nuevos con que manifestarlo.

No hay novedad en la perfección de la Virgen; pero sí puede haberla en nuestro conocimiento y expresión de esa perfección, que por su misma naturaleza es siempre susceptible de un conocimiento más profundo, y por tanto de nuevos términos que expresen los también nuevos aspectos con que ahora explícitamente se la va conociendo.

La misma fuerza del amor que el Espíritu Santo pone en las almas hará que esa evolución homogénea, que ese progreso en profundidad, continúe hasta el fin de los siglos. Nuestra consideración jamás llegará a agotar los tesoros en María escondidos.

Y ni siquiera podrá el alma declarar, por mucho que multiplique los títulos, lo que ella interiormente siente de María: diríamos que se perfecciona la expresión exterior de lo que las almas sienten de María, no su sentimiento interno. Como progresan las lenguas, y avanzan las aplicaciones de las técnicas, pero no por eso aumenta la inteligencia de los hombres, así podríamos decir que progresa el lenguaje expresivo acerca de la Virgen, y se explicitan cada vez más sus perfecciones, sus relaciones con Dios, con nosotros y con el universo entero; pero sin que por ello aumente la devoción interior del pueblo fiel, la veneración con que desde el principio ha sido rodeada.

Pueden aquí aplicarse las palabras de San Juan de la Cruz, puesto que cuanto los santos y simples cristia-

nos han dicho de la Virgen son dichos de amor, erupción externa del cariño interior que consumía sus corazones: «Sería ignorancia pensar que los dichos de amor... con alguna manera de palabras se pueden bien explicar... Esta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos y misterios que con razones lo declaran. ...De donde se sigue que los Santos Doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir; y así, lo que de ello se declara, es lo menos que contiene en sí« (*Cántico Espiritual, prólogo,* 1).

11. El título es para la persona; no la persona para el título.

Para lograr la síntesis, y evitar el desmigajamiento a que la multiplicidad de títulos podría teóricamente dar lugar, es muy importante tener siempre presente que «el título es para la Persona, y no la persona para el título».

El relativo olvido de un principio tan sencillo y obvio es lo que da lugar a desviaciones en la devoción mariana —más aparentes que reales—, y sirve de pretexto a quienes sienten aversión hacia la multiplicidad de títulos, deseosos de ir directamente a la Persona; bien que esto sea imposible, pues no podemos amar a nadie si no es por las perfecciones que en él concebimos, y como las concebimos, cuya feliz expresión constituye precisamente el título.

El título expresa siempre una perfección de la persona, cuya consideración me lleva a honrar a la persona misma, a la que pertenece la perfección por mi admi-

rada. Claro está que si mi amor se dirige a la persona, estaré muy lejos de entristecerme al descubrir en ella otras muchas perfecciones que el título no expresaba, ni las despreciaré porque no fueran ellas las que me condujeran al objeto actual de mis amores; antes, por el contrario, me regocijaré sobremanera de ver que el objeto de mi amor es mucho más amable de lo que yo inicialmente barruntara, y así me aprovecharé de todas esas nuevas perfecciones que descubro cual de otros tantos medios o motivos con que honrar y amar todavía más a la Persona a quien he entregado ya mi alma. Y como a cada una de esas perfecciones corresponde, o puede corresponder, un título que sea expresión de ella, usaré también de ellos para honrar al que amo.

Por eso, la verdadera devoción nunca es exclusiva con un título, sino que usa de todos, más o menos, según le ayudan a conocer y amar más a la Persona: no es celosa del título, en el que, más o menos ocasionalmente, funda su amor, sino de la Persona, a la que ha entregado ese amor.

Verdad es que si encuentra títulos especialmente aptos para inducir al conocimiento y amor de la Persona, procurará darlos a conocer a los demás, para que se sirvan de ellos con preferencia a otros que serían menos eficaces. Pero no por eso excluirá o despreciará a ninguno, pues todos expresan alguna perfección de la Persona amada. Y tendrá igualmente en cuenta que, según las diversas disposiciones y circunstancias subjetivas, lo que a uno induce más al amor, puede a otro moverle o impulsarle menos.

12. Desviaciones debidas al olvido de este principio.

Del olvido práctico de este principio —olvido más aparente que real, pues, gracias a la enseñanza de la Iglesia, todos saben que la Virgen es una—, se origina el error de aquellas personas que parecen «tener su virgen», como ellas mismas dicen —refiriéndose a su título, cuando no a su imagen—, cuando lo que en realidad tienen es una perfección particular de la Virgen, que veneran, y, por ser pequeño su corazón, reducen toda la perfección de María a lo que ellos en Ella consideran, y así la empequeñecen.

Y hasta llegan a comparar una Virgen con otra, contraponiéndolas —aunque sepan que se trata de una única y misma Persona—, como si no advirtieran que las perfecciones que en esos títulos varios se veneran, lejos de contraponerse, se armonizan y enlazan en la única Virgen verdadera, formando su corona completa y refulgente.

Parécense esos tales al que, cavando en busca de tesoro, en la esperanza de una cantidad determinada, se encontrase al hallarlo con que sobrepasa inmensamente sus esperanzas en cantidad y calidad, con otros mil objetos más preciosos, y entonces se entristeciera porque, en su comparación, la cantidad que buscaba es irrisoria y casi carece de valor.

Otra consecuencia grave del exclusivismo en relación con títulos determinados, es que incapacita al alma para llegar al verdadero conocimiento, amor y devoción de la Persona, ocupada siempre en estudiar alguna perfección determinada, sin darle jamás vista del conjunto.

El que entrase en jardín hermosísimo, y fuese considerando flor por flor y admirando en particular cada una de ellas, pero sin dar al jardín una mirada de con-

junto, se saldría de él sin conocer su belleza. Conocería todas las flores del jardín, pero en modo alguno conocería el jardín, cuya mayor hermosura está en la armonía y mutua disposición de todas sus flores y plantas. Y el que saliendo de paseo no mirase el panorama, sino sólo, como miope, cada cosa en particular, jamás sabrá apreciar la hermosura del campo; y lo que consigue en su paseo, lo podría obtener mucho mejor sin salir de su casa, con una colección de hierbas que podría observar al microscopio.

Jardín cerrado es María, fuente sellada (Cant. Cant. 4, 12), la hermosura del campo está con Ella (Salm. 49, 11): jamás podrá gustar el alma el placer suavísimo que su contemplación causa, si no la abarcase de conjunto en una sola mirada. Esa mirada me dará a conocer lo que es la Virgen María; luego viene el mirar más en particular sus perfecciones y penetrarlas más, para situarlas nuevamente donde la mirada general me las mostró: así esa mirada general será cada vez más perfecta, más exhaustiva y penetrante, el conocimiento de María más profundo, el amor a Ella más sencillo y tierno.

13. A LA BÚSQUEDA DE TÍTULOS COMPRENSIVOS QUE DEN UNIDAD A LA DEVOCIÓN MARIANA.

A evitar el exclusivismo y a llegar más plena y fácilmente a la Persona de María, objeto de la devoción y del amor, ayudará no poco el servirse de algunos títulos que, por su especial característica, puedan servir como de hilo en que se engarcen y unifiquen todos los demás títulos que expresan perfecciones particulares.

Si la finalidad del título es llevarnos al conocimiento y al amor de la persona, subjetivamente aquel título

será más perfecto, y por ello deberá usarse como hilo conductor, que más lleve a uno a penetrar en la perfección de María, más mueva a amarla. Precisamente por tratarse de un aspecto subjetivo, no caben aquí reglas, si no es la del respeto a la forma de devoción de cada uno, aunque personalmente no se comparta.

14. Criterios objetivos para la selección de esos títulos.

Pero también hay criterios objetivos, de los que, por lo mismo, nadie debería prescindir.

Objetivamente, un título mariano será tanto más perfecto cuanto de sí mismo sea más apto para excitar el amor y el conocimiento de la Virgen María, a la que se dirige la devoción. Esta aptitud intrínseca comporta tres elementos: que conduzca a una perfección de María sumamente atractiva para el que la considera; que sea como la raíz de donde procedan todas las demás perfecciones; y que acompañe a todas las demás perfecciones —por los varios títulos expresadas—, de modo que nunca se nos presente una perfección del todo separada de ella, en la que ella no esté en algún modo presente.

El que sea sumamente atractiva para el que la considera, es condición necesaria para que excite el amor. Esta condición está egregiamente presente en el título de Madre nuestra: el amor con que nos sentimos por Ella amados, y el amor que le devolvemos, hará además muy fácil la incorporación a Ella de cuantas perfecciones nos descubran los títulos particulares. Parece así un título del qu enadie puede prescindir nunca; y, de hecho, el pueblo cristiano, bajo cualquier aspecto

que haya mirado a la Virgen, siempre la ha sentido «su Madre».

Que conduzca directamente a una perfección de donde, a ser posible, deriven todas, se requiere para que nos lleve a un conocimiento perfecto de la excelencia de la Persona, que jamás será bien apreciada hasta que de un solo golpe de vista se perciban todas sus perfecciones, con la mutua dependencia y concatenación que entre sí guardan.

Tal cualidad la tiene de modo eminente el título de Madre de Dios, que no sólo es la raíz de todas sus excelencias, sino que también las da a todas un matiz original y único, totalmente exclusivo de la Virgen María. Por eso este título ha estado siempre también presente en la devoción de todos los cristianos. Pero no excluye al anterior, pues la perfección de ser Madre de Dios no nos atraería al amor, nos interesaría poco, si no fuera también nuestra Madre.

La tercera condición, que acompañe a todas las perfecciones, es necesaria al título perfecto a fin de que no pueda haber perfección alguna de María que escape al objeto de su consideración. En cierto modo se da esta cualidad en el título de Madre de Dios, que como vimos, matiza particularmente toda perfección de María. En un modo inferior también se da en el título de Madre nuestra —Madre de la Iglesia—, por cuanto toda la actividad de María, al menos la relacionada con nosotros, va informada de ese cariño maternal.

Son así estos dos títulos los que jamás deben faltar en ninguna forma de devoción mariana —y de hecho, jamás han faltado—. Pero quizá hay uno que compendia a entrambos, que reúne eximiamente las tres condiciones, y que por lo mismo nos servirá de guía para la exposición de la devoción mariana: el que expresa sus relaciones con el Corazón de Jesús, con el Amor, ori-

gen de todo y explicación de todo: como la devoción al Corazón de Jesús es «forma perfecta de religión» (Pío XI), así el mirar a la Virgen a la luz de sus relaciones con el Corazón de Jesús y con el Amor por ese Corazón significado, es forma perfecta de devoción mariana. Mas de esto hablaremos más adelante.

Capítulo IV

TÍTULOS LOCALES

«A Ella fue consagrada la gloria y majestad del Líbano, la hermosura del Carmelo, y el ameno encanto de la llanura de Sarón» (Is. 35, 2).

Los títulos o advocaciones marianas pueden ser locales o doctrinales.

1. Títulos doctrinales.

Los títulos doctrinales son fórmulas que expresan de modo lapidario, y así nos dan a conocer, ya una perfección de María, ya una relación que funda en Ella una o más perfecciones, o tal vez incluso todas. Son doctrinales porque nos enseñan o dan a conocer la persona de la Virgen María.

Aunque el verdadero devoto pueda prestar más atención a un título que a otro, ya según su importancia objetiva, ya según el poder que pueden tener con rela-

ción a él para moverle al amor, no puede prescindir de ninguno, pues todos contribuyen a darle un mejor y más completo conocimiento de la Persona amada y venerada. Mas de ellos trataremos después.

2. Títulos locales.

Los títulos locales, en cambio, no connotan formalmente perfección alguna de la Virgen María. Se limitan a expresar una relación, muchas veces meramente transeunte, de la Persona amada con un lugar determinado: relación que no pone en la Persona perfección alguna, sirviendo sólo para recordarnos alguna manifestación de su bondad, ya de antemano conocida, y expresada en los títulos doctrinales.

Podríamos en cierto modo compararlos al recuerdo de una persona amada, que aunque en sí mismo no nos diga nada de ella —por ser indiferente—, no obstante nos la hace recordar y nos ayuda a revivir el conocimiento que de ella ya teníamos, y a reactualizar el amor con que ya nos atraía. Así el hijo, al ver los lugares donde su Madre le acariciara en otro tiempo, o donde jugó con sus hermanos, naturalmente se acordará de la primera y de los segundos, y revivirá actualmente de un modo más fácil y profundo el amor que por ellos sintió entonces.

3. Su multiplicidad y utilidad.

Los títulos marianos locales son numerosísimos, e irán siempre en aumento: cada pueblo y cada lugar tiene «su Virgen», y aun cada persona puede tenerla. Y, dada la naturaleza humana, son absolutamente nece-

sarios en la devoción mariana, aunque cada uno en particular pueda prescindir de cualquiera de ellos, y aun de *casi* todos ellos, al revés de lo que sucede con los doctrinales, de los que nadie puede prescindir.

Para entender la utilidad, y la necesidad relativa, de estos títulos locales, conviénenos distinguir tres clases de ellos, atendiendo a su origen.

4. Títulos puramente locales: la Virgen de mi pueblo.

Están en primer lugar los títulos puramente locales, que podríamos designar como «la Virgen de mi pueblo». Toda región, y aun todo lugar pequeño, tiene «su Virgen», ya esté adornada con un título doctrinal —vgr. Purísima, Dolorosa, etc.—, ya esté simplemente sin él, con sólo título local —vgr. Virgen de la Encina, del Brezo, etc.—. Que esa Virgen local esté revestida de título doctrinal o no, importa poco. Lo esencial es la carga afectiva que lleva en el alma del devoto, carga que lo hace apto para despertar la devoción en toda clase de circunstancias.

El niño cristiano aprendió a conocer y a venerar a la Virgen bajo esa imagen o ese título local: ante ella experimentó y vivió su amor a la Virgen María. Por ello, normalmente, ni podrá ni deberá prescindir de ese título o de esa imagen local, a la que estará indeleblemente unida su más profunda vivencia de la devoción mariana.

Un ejemplo nos lo hará entender mejor. Siendo yo niño, una prima y vecina mía entró religiosa siendo muy joven: Dios la maduró presto, y a los tres años moría en el Convento. En la desolación de su enfermedad, con que Dios la depuraba dándole la última mano para prepararla para el cielo, suspiraba por tener

la imagen de la Virgen del pueblo —una Inmaculada como hay muchas—, ante la que se había despertado su vocación religiosa, y ante la que había volcado sus afectos infantiles y su confianza de niña. No le faltaban imágenes en el Convento, ni siquiera imágenes de la Inmaculada; pero sí le faltaba la de sus amores de niña, que, recordándole antiguas efusiones de amor y confianza, pudiera remediar su presente desolación.

Eran tiempos en que la fotografía era rara, y más en los pueblos. Pese a ello, los padres, atendiendo a su deseo, llamaron a un fotógrafo de la ciudad más próxima, le hicieron sacar una fotografía de la Virgen del pueblo, y la llevaron como don a su hija, que halló en ella consuelo no pequeño, y murió confiada en brazos de la Virgen con la misma paz y seguridad que en sus brazos se había puesto tantas veces cuando niña.

Creemos que sólo quienes se empeñan en desconocer la naturaleza humana podrán calificar de una especie de idolatría este apego a la Virgen local, a la Virgen del pueblo, a la Virgen en que se formó la devoción y el conocimiento mariano desde la más tierna infancia. A esa imagen, o a ese título local, va unida tanta experiencia de las ternuras de María, tanta vivencia mariana, que su sola presencia los hace aptos para revivir en el recuerdo todas las antiguas consolaciones, toda la bondad de la Virgen, toda la solicitud con que ha atendido las plegarias. Aptitud que no podrá hallarse en ninguna otra imagen o título, carentes de la carga afectiva con que la imagen o título local están revestidos.

Esto sucede con todos los títulos locales, y aun con todas las imágenes, sin que en ello tenga gran parte su expresividad artística o doctrinal.

Un catalán que haya sido formado desde su infancia en la devoción a la Virgen como «Virgen de Montse-

rrat»; un aragonés que la haya venerado desde niño como «Virgen del Pilar», o un andaluz que haya aprendido a conocerla en su pueblo como «La Dolorosa» *de su pueblo*, o el que haya aprendido a venerarla como «Virgen de la encina», «del brezo» o «de la peña», ha asociado a cualquiera de esos títulos un potencial afectivo tan grande que su solo recuerdo bastará para reencender en él la devoción y la confianza en su dulce Madre. Quererle despojar del apego a ese título, bajo capa de depuración de la devoción mariana, es en realidad matar su devoción, al hacerle renunciar a toda la carga afectiva que para él esos títulos entrañan, en virtud de una larga vivencia desde sus más tiernos años.

5. Su utilidad relativa y su importancia afectiva.

Esto nos enseña al mismo tiempo la relatividad de la utilidad de estos títulos. Como su utilidad se debe totalmente a la carga afectiva que los acompaña, el título que es útil, y aun quizá imprescindible para uno, puede ser perfectamente inútil para otro. Por eso ha de dejarse y respetarse a cada uno el suyo; pero no empeñarse en imponer a nadie ninguno de ellos. La Virgen de Montserrat puede dejar totalmente indiferente a un gallego, y no hay mal alguno en ello; ni sería verdadera devoción a la Virgen empeñarse en atraer a un gallego a la devoción a la Virgen de Montserrat —bástenos con atraerlo a una devoción siempre mayor de la Virgen—; igualmente, es lo más probable que a un catalán nada le diga la Virgen del Brezo, o de la Encina, o de la Peña: ni hace falta que le diga algo, pues ninguna carga afectiva acompaña para él a esos títulos.

La devoción se dirige a la Virgen María: esos títu-

los locales sólo deben usarse en cuanto, por la carga afectiva que desencadenan, lleven a una mayor devoción de la Persona. Igualmente, la Virgen de mi pueblo puede dejar casi del todo indiferentes a los del pueblo vecino, porque sus vivencias marianas las han tenido con la Virgen *de su pueblo,* no con la del mío; sólo en el caso de que también las hayan tenido con la del mío, empezará ésta a serles útil.

Esto nos ha de dar un gran respeto por el título local con que otros honren a la Virgen, aunque sin pretender incorporarlo en nuestra devoción, ni aspirar a que ellos incorporen el nuestro.

Esto nos hará evitar igualmente toda comparación entre unas Vírgenes y otras —como si no representaran la misma Persona—, toda preferencia *objetiva,* como si unos títulos locales fueran en sí mismos mejores que otros. Todos son igualmente buenos y útiles para el que se sirve de ellos: si alguna diferencia hay, no se debe al título mismo, sino a la carga afectiva de la devoción mariana individual de quien los usa, carga que evidentemente varía de un individuo a otro, aunque no de un título a otro.

Podríamos decir de esos títulos locales —e igualmente de las imágenes locales— que son como diferentes fotografías de una misma madre: ningún hijo puede venerar una colección numerosa de esas fotografías: según su inclinación escogerá entre todas una para llevarla en su cartera, o tenerla en la mesa de su despacho: y la elección la hará según los recuerdos que de su madre sea capaz de despertar la fotografía elegida: según ellos, a un hijo le gustará más una, a otro otra.

Añadamos finalmente otra ventaja de esta primera clase de títulos: hacen sentir a la Virgen María como algo propio, de su tierra y de su patria, facilitando el

instinto de posesión con relación a nuestra Celestial Madre.

Es Madre de todos; pero no basta concebirla como Madre universal; es también realmente Madre individual de cada uno, y como tal debe contemplarse, si ha de excitar en nosotros la correspondencia filial individual, sin la que no existiría devoción mariana alguna, aunque sí quizá pudiera existir una teología mariana, muy verdadera, pero totalmente árida, fría e ineficaz.

Y a esa concepción individual de su maternidad *con respecto a mí* ayuda no poco el título local. Por eso el uso de éste es practicamente necesario para la inmensa mayoría de los hombres: su necesidad deriva de la misma psicología humana. Aunque la verdadera devoción ha de procurar no olvidar nunca la universalidad de esa Maternidad —ese olvido es el principal peligro de un mal uso del título local—; saberla Madre mía sin olvidar que es Madre de todos; y saberla madre de todos, sin olvidar nunca que es también Madre *mía.*

6. Títulos locales por sustitución.

Hay una segunda clase de títulos locales, cuyo origen se debe a una *sustitución.* Sustitución buscada y procurada por la Iglesia, conocedora eximia de la psicología humana.

Muchos títulos locales marianos, así como numerosos santuarios y capillas, fueron instituidos para suplantar cultos paganos, de otro modo imposibles de desarraigar.

Todo lo extraño, todo lo extraordinario, o fuera de lo normal, o aun todo lo importante, despierta en el hombre el sentido de lo numinoso: cruces de caminos,

piedras de forma extraña, fuentes, lugares notables por su aspecto, fueron siempre lugares de culto que el pueblo poblaba con sus númenes para explicarse en algún modo sus características. Tras la conversión, la gente dejaba fácilmente sus grandes dioses, pero no abandonaba esos lugares de culto. Para cristianizarlos, la Iglesia puso allí imágenes de la Virgen —la Gran Misionera—, y, a veces, imágenes de Cristo Crucificado.

De ahí la abundancia de capillas marianas en los lugares más inverosímiles y lejos de toda población, presente o pasada —junto a fuentes, ríos, bosques, rocas, etc.—, a los que el pueblo hace peregrinaciones periódicas o romerías bulliciosas.

Esas romerías no hacen más que sustituir las antiguas paganas, que volverían a repetirse hoy si esos santuarios y capillas desaparecieran, porque, dada la psicología humana —que ningún teólogo, sociólogo o filósofo podrá cambiar—, esos lugares atraen hacia sí el culto del hombre.

7. Su utilidad histórica y presente.

En este aspecto, los títulos locales han sido utilísimos para sacar al hombre de los cultos idolátricos; y siguen siendo utilísimos para evitarle recaer en ellos. Y así quienes buscando una depuración racional de la devoción mariana —basados en el falso supuesto de que el hombre es ángel y no hombre—, se oponen a esas formas de culto, lo que en realidad trabajan por traer, no es una depuración de la devoción, sino un renacimiento del paganismo.

Los defectos que a tales romerías pueden o suelen mezclarse, no se suprimirían con la supresión del santuario o de la veneración mariana local: la romería

seguiría al mismo lugar o a otro semejante; pero despojada de todo su sentido mariano y cristiano, se convertiría en mera romería secularizada, pagana, y acabaría en verdadera bacanal —ejemplo de ello tenemos en las vigilias de San Juan donde se han ya del todo desacralizado—. Hágase, pues, lo posible, por corregir los defectos; pero aumentando el espíritu religioso y mariano que extirpe los últimos vestigios paganos, no suprimiendo el elemento religioso.

Por lo demás, no se exageren los defectos. Si para algunos son tales romerías casi mera diversión secular, para muchos en cambio es verdadero acto religioso, cargado de enorme potencial afectivo, y se dirigen a esos lugares en peregrinación llena de mortificación —muchas veces de rodillas o descalzos—, para impetrar de la dulce Madre las gracias que desean, y que obtienen y agradecen, perfeccionando sus relaciones y su trato filial y confiado con la Madre del Cielo.

8. La medalla de la Virgen, como ejemplo de sustitución.

En este apartado puede colocarse la costumbre tan cristiana de llevar una medalla de la Virgen. El hombre necesita psicológicamente de una protección individual celeste.

El que dude de esa necesidad, no tiene más que contemplar todos los pueblos y religiones: en todos es costumbre llevar colgado algún símbolo o imagen religiosa; y cuando ésta falta, se sustituye por amuletos o por el rabo de una lagartija, las uñas de un animal carnicero o los pelos de cualquier bestia del campo. Cuando al hombre le quitan sus dioses particulares,

no tarda él en recreárselos a su gusto, y por cierto bien inferiores a los que la religión oficial le ofrecía.

Y que esta tendencia humana no sea simplemente algo primitivo, ya superado por nuestra cultura super-civilizada, sino algo simplemente humano que durará cuanto dure el hombre, aparece claro de la proliferación de las mascotas, muñequitos, etc., que ponen en su coche cuantos se niegan a colocar en él la imagen de la Virgen; y lo prueba igualmente la proliferación de las medallas zodiacales, cruces imantadas —pero desacralizadas—, etc., que la gente que prescinde de la medalla de la Virgen lleva a porfía, como verdadero amuleto del que cree recibir protección y salud.

La Iglesia, sabiamente, extendió la práctica de llevar la medalla de la Virgen, y la dotó de privilegios, indulgencias y promesas de salvación —piénsese en la medalla escapulario, que reúne en sí a la Virgen y al Corazón de Jesús— para acabar con los amuletos, con la confianza en los falsos dioses que nada pueden remediar. Reconoció la necesidad que el hombre religioso siente de protección sobrenatural particular, cercana y sensible; pero le dio un objeto auténtico: el cariño maternal de María, la presencia sensible de Dios mediante el símbolo o representación.

Añadamos que para el alma enamorada nada hay más natural: no hay hijo que no tenga gusto en llevar consigo el retrato de su madre, ni novio que no lleve el de su novia, o novia el de su novio; ni padre o madre que no lleven el de su esposa e hijos, de su marido e hijos: y esa presencia de los retratos, al fomentar el amor y el recuerdo, favorecen también su fidelidad y su entrega.

Cuánto más no favorecerá la fidelidad y la entrega sobrenatural propia del cristiano el llevar la imagen de su Madre consigo. A lo cual se añade aquí la protección

física y real de la Virgen María sobre cuantos la aman, la recuerdan y la honran, pues, aunque en el cielo, no deja de estar presente a cada uno de sus hijos.

Por eso, cuantos presumiendo de espíritus fuertes, quieren desterrar de los cristianos, como práctica que juzgan supersticiosa, la costumbre de llevar la medalla de la Virgen y del Corazón de Jesús, no buscan depurar el cristianismo, sino extender la superstición, sustituir la presencia sensible del Dios verdadero y de la verdadera Madre por dioses falsos que no pueden proteger, por madres lujuriosas que incitan al pecado: desacralizándolo todo, lo único que logran es demonizarlo todo. No son apóstoles de Cristo —aunque en algunos casos puedan presumir de vestir sotana—, sino mensajeros del diablo y sembradores eficaces de su cizaña: falsos pastores, disfrazados de piel de oveja, de los que el cristiano debe con todo cuidado huir, a los que debe evitar, si no quiere perder su fe.

9. Títulos locales por aparición o manifestación sensible y milagrosa de la Virgen.

Mas pasemos ya a la tercera clase de títulos locales. En ellos se encuentra siempre, como nota fundamental característica, una aparición —real o supuesta—, o, al menos, una manifestación especial de la Virgen en un lugar determinado, que hacen de ese lugar, y de la imagen en él venerada, un objeto a propósito para recordarnos de María y de sus bondades. Esto, y el que al manifestar la Virgen su protección especial en un lugar determinado es señal de que desea recibir allí también culto especial, es motivo más que suficiente para fomentarlos y frecuentarlos.

Para los excesivamente críticos, que quisieran se

probara con evidencia la aparición, manifestación, o declaración del deseo de la Virgen María para recibir allí culto, les recordaremos que la realidad objetiva de la manifestación sobrenatural que se cree haber dado origen al culto tiene en realidad muy poca importancia. Lo importante es el culto mismo. La devoción del pueblo en ese lugar plasmada da lugar a numerosas manifestaciones de orden sobrenatural, pues la Virgen atiende siempre a quienes con fe la invocan. Y así, el solo hecho de la permanencia del culto popular carga al lugar y al título local de una fuerza afectiva capaz de desarrollar la devoción y la fe en todas las almas sencillas y de buena voluntad. Y la Virgen, como Madre amorosa, no deja de corresponder a esa devoción filial con que allí se la invoca.

Añadamos que dado el carácter maternal de la Virgen María, es indudable que sus apariciones son numerosísimas; y que si es verdad que, en absoluto, podría darse que uno de esos títulos locales no se basase objetivamente en una aparición de la Virgen María, son indudablemente muchos más los lugares en que se ha aparecido, sin que por ello se hayan transformado en objeto de un culto especial. La veneración especial de la Virgen María en esos lugares no corre así peligro de pecar por exceso, sino más bien por defecto, por falta de agradecimiento y correspondencia de aquellos a quienes maravillosa y sobrenaturalmente socorrió, y a quienes se manifestó.

Esta clase de títulos marianos locales es tan numerosa que apenas se hallará región que no conozca alguno de ellos, que sea como centro de la devoción mariana de todo el contorno; algunos han alcanzado incluso una difusión practicamente universal. Recordemos como muestra, entre los antiguos: la Virgen del Carmen, la del Pilar, la de Covadonga, la de Montserrat,

la de la Encina —numerosas en diferentes lugares—, la del Brezo, la de la Peña, la de Guadalupe —tanto la extremeña española como la mejicana—, la de La Aparecida del Brasil, la de Loreto en Italia, etc. Entre las modernas, baste recordar las de Lourdes, Salette, y Fátima; así como las que más recientemente han conmovido a España —y por tan recientes todavía sometidas a estudio crítico—, la de Garabandal y la del Palmar de Troya, en Utrera.

La legitimidad de la veneración de éstos títulos locales ha sido siempre reconocida por la Iglesia. Por una parte, favorecen la devoción del fiel, al secundar su instinto particularista de sentirse particularmente amado y cuidado de María. Por otra, el hecho de manifestarse la Virgen María en un lugar ya indica su deseo de ser allí especialmente honrada, deseo las más de las veces manifiesto en las mismas apariciones.

10. Su relación con los títulos doctrinales, en cuanto en cierto modo continúan la vida de María.

Pero, lo más importante en esta tercera clase de títulos, es que empalman con los títulos doctrinales, dándonos un conocimiento cada vez mayor de nuestra dulce Madre. Y esto por una doble vía: una general, otra particular según los casos.

Por vía general, esas manifestaciones de la Virgen María son una especie de continuación de su actividad con relación a nosotros, y con relación a los intereses de Dios. E igual que la actividad que de Ella nos da a conocer el Evangelio sirve para hacérnosla conocer mejor, de modo análogo la actividad manifiesta que sigue desarrollando en la Iglesia nos ayuda a penetrar cada vez mejor sus sentimientos, y su función en la

misma Iglesia y en el plan divino. Y cuanto más parco es el Evangelio en hablarnos de María, tanto más útiles nos son para su connocimiento esas manifestaciones.

Por eso el conocimiento y el culto de María ha sido y seguirá siendo fruto especialmente de la devoción con que las almas la han honrado.

Es ese contacto y trato del alma con la Virgen lo que nos va descubriendo su hermosura.

El pueblo helenista la llamó desde el principio Panagia —«Toda santa»—; los Santos Padres «Toda pura y sin mancha»; todos recurren a Ella como Madre de Dios, y defienden ese título con toda vehemencia contra los herejes, como Nestorio, que querían rechazarlo por no estar en la Escritura. Siempre son nombres que salen del cariño escondido en el corazón, que lo limpia y purifica para poder mejor ver el objeto amado.

Por ese cariño la coloca el bárbaro invasor en las encinas consagradas a los ídolos, en las rocas de antiguo veneradas, en los templos antes morada de demonios, en las casas particulares, y en el mismo pecho suyo y de sus hijos... Y en cada parte su título local, considerándola como Reina: reina del individuo, de la familia, de la nación, del mundo entero. El Universo es poco para entronizar a María, para consagrarlo a la dulce Reina y Madre universal. Y así María fecunda las naciones, destruyendo con su sonrisa la idolatría reinante, aplastando con su pie inmaculado todas las herejías, amansando con su dulce mirada los corazones más fieros, los ánimos más crueles.

Y la devoción a María va creciendo, siempre en virtud del cariño de sus hijos: ahora es una aparición que le consagra un lugar o hace resaltar una virtud, ahora su ayuda implorada en un caso particular que le da un título apropiado al socorro, ahora un ataque que se dirige a su pureza sin mancha y ocasiona su defensa más

cumplida, dando origen a la cristalización de un título o formulación feliz que expresa con luz nueva sus atributos y perfecciones; ahora una evolución lenta en la devoción que acaba por plasmarse en una idea feliz que fija un nuevo título —como el caminante sediento que tras mucho buscar encuentra al fin la fuente en que saciar su sed—; ahora el agradecimiento, impotente durante mucho tiempo, que no por eso deja de buscar, hasta lograrla al fin, una nueva perla con que embellecer a su Madre Inmaculada.

Si el conocimeinto de Cristo se acrece principalmente a base del estudio de las fuentes reveladas y de las definiciones de la Iglesia, el descubrimiento de María, nos advierte su gran devoto Santo Tomás de Villanueva, quiso Dios dejarlo al cuidado del amor de sus hijos. La Iglesia jerárquica ha ciertamente intervenido; pero casi siempre, no para descubrir, sino para aprobar y estructurar teológicamente lo que ya el pueblo había descubierto y de mucho tiempo veneraba.

Así aprueba el rosario cuando ya estaba extendido entre el pueblo; incorpora el Avemaría cuando ya el pueblo la rezaba; define con Pío IX la Inmaculada cuando ya desde tiempo inmemorial la creía tal el pueblo; define la Asunción con Pío XII cuando se veneraba ya por todo el pueblo como uno de los misterios del santo rosario; es declarada por Pablo VI como Madre de la Iglesia y por tanto madre de sus miembros, los cristianos, cuando ya los fieles y los santos la habían siempre invocado como Madre, confiado en Ella como en Madre.

Y a ese afán amoroso de sus devotos hijos ha correspondido siempre la Virgen manifestándose: ya a almas particulares que contribuyeron así a hacer progresar su conocimiento y devoción —recordemos tan sólo a Santa Gertrudis, San Bernardo, Santo Domingo de

Guzmán, San Juan de Eudes, San Griñón de Monfort—; ya dirigiéndose al pueblo en general, como en los títulos locales que se basan en apariciones suyas, con las que invitaba a todo el pueblo a darle culto, se les daba a conocer en su cariño y en su poder, corroborando cuanto decía con los innumerables favores concedidos a sus hijos en esos lugares.

Son así esos títulos y apariciones locales como una ininterrumpida manifestación de la Virgen María a sus hijos, mostrándoles su ser, sus perfecciones, su cariño, su cuidado vigilante y maternal sobre nosotros.

11. Su frecuente y fácil evolución a títulos doctrinales.

Por vía particular, no pocos títulos originariamente locales evolucionan, ya por la devoción popular, ya por obra de la liturgia que les aplica determinados textos bíblicos, en verdaderos títulos doctrinales.

Como la fuente que brota en un terreno inculto aparentemente para saciar la sed de unos pocos, va regando, a lo largo de su límpido curso, cuanto a su paso encuentra, convirtiendo en praderas deliciosas terrenos antes áridos, y en jardines llenos de hermosas flores lo que era un erial antes, sin que por eso sus aguas disminuyan, antes bien aumentándolas con nuevos afluentes, así no pocos títulos marianos, salidos cual tenue fuentecilla para aplacar la sed de un individuo, tienen la propiedad de engrosarse, adquiriendo contenido doctrinal a través de una evolución admirable, hasta constituir las delicias de innumerables almas, produciendo así en el mundo jardines de belleza incomparable, frutos eternos de inmarcesible vida.

Un rey se pierde en medio de un bosque: una estre-

lla ilumina de pronto las tinieblas, le señala el camino. Y surge la Virgen de la Estrella, que ilumina, no ya el camino de la tierra, sino el del cielo; que anuncia la venida de Jesús, Sol de Justicia; que guía a las almas y las mantiene en la esperanza.

Unos espinos florecen en el invierno, antes de tiempo: sus flores brillan en medio de la noche como luces suaves y serenas; entre ellas... la imagen de la Virgen. Y surge el título de Nuestra Señora de las espinas florecidas. Pero las religiosas que allí mismo se establecen, ya no ven en este título un hecho meramente histórico y milagroso, sino que contemplan a María como lirio del valle, lirio entre espinas (Cant. 1, 1. 2): ellas las espinas, María lirio florido que entre ellas mora. Lirio que nacido del espino ingrato y punzante de la naturaleza humana, en Adán corrompida, hace agradable a Dios esa misma naturaleza, hasta enamorarle de ella y hacérsela tomar, a pesar de todos los dolores que consigo llevaba, y hace que ame mi alma, en que María florece, a pesar de todas mis ingratitudes y pecados.

Ejemplo típico de esta evolución lo encontramos en el título de Nuestra Señora de las Nieves, que la Iglesia conmemora en su liturgia del cinco de agosto.

Un patricio romano y su esposa quieren honrar a María, haciéndola heredera de sus bienes. La nieve, señalada por la Virgen como signo, cae durante la noche del cinco de agosto, designando el lugar del futuro templo que desea le construyan. Y surge Santa María de las Nieves —llamada también después Santa María la Mayor, por razón de la suntuosidad de su templo.

Mas este título, que en sí nada decía de María, toma otras proporciones en las almas: María es la nieve, por su blancura y pureza sin mancha; nieve que hace penetrar el frescor inmaculado de la gracia aun en aque-

llas almas que se sienten devoradas por el fuego abrasador de la concupiscencia: estas almas, desesperadas de victoria sobre sus pasiones, acuden a María, y encuentran en ella el rocío refrigerante, aunque humanamente fuera tan imposible como hallar nieve a principios de agosto en la sartén de Roma.

La Iglesia canta esa pureza llamándola «candor de luz eterna, espejo sin mancilla»; y las almas ya no contemplan en ese título la nieve que indicaba la colina del templo, sino la pureza y blancura de la que es Templo de Dios, sagrario del Espíritu Santo, así como su poder de purificar las almas para hacerlas también a ellas digno templo de Dios: al alma en que cae la nieve de María, con la ternura de su devoción, Dios la escoge para templo suyo, por manchada y miserable que antes fuera.

Por eso, el que pensare conocer un título por saber su origen histórico, se parecería al que creyere conocer bien una palabra porque sabe su etimología. El origen de un título local es ocasional, muchas veces casi irrelevante para el conjunto de la Iglesia. Pero si persevera, necesariamente se irá revistiendo del contenido de los títulos doctrinales: el devoto revestirá a *su* Virgen de las perfecciones de Ella, enriqueciéndolo. A su vez, el título local, al ser objeto de devoción sincera, necesariamente enriquecerá, en más o en menos, el conocimiento de conjunto de la Virgen María.

Capítulo V

EL CRISTIANO Y LAS APARICIONES DE LA VIRGEN MARÍA

«Mis delicias, estar con los hijos de los hombres» (Prov. 8, 31).

«Ven del Líbano, esposa mía» (Cant. 4, 8).

«María fue presurosa a la montaña ...y saludó a Isabel» (Lc. 2, 39. 40).

«Si un ángel de Dios os anunciare algo distinto a mi Evangelio, sea anatema» (Gál. 1, 8).

Antes de pasar a los títulos doctrinales, conviene decir algo de la actitud que el devoto de María debe adoptar ante las apariciones de la Virgen, que han dado origen a no pocos títulos locales.

1. El motivo de la «visitación».

El tema es y será siempre de actualidad, pues tales apariciones o visitas sensibles de la Virgen a sus hijos se han dado siempre, se dan hoy, y probablemente se

seguirán dando hasta la consumación del mundo, ya que son consecuencia natural del cariño maternal que la Virgen nos tiene. Es el eterno tema de la Visitación: María visita a su prima lejana Santa Isabel, no más enterarse de que la necesitaba. ¿Cuánto más visitará a sus hijos, siempre de Ella necesitados?

Pero esas visitas y presencias sensibles de la Virgen María no son más que un signo —un signo milagroso— de otra visita y presencia sobrenatural, mucho más real, sólo por la fe perceptible: la visita y presencia de la Virgen María a cada uno de sus hijos, asistiéndolos y protegiéndolos en todas sus necesidades.

Aquí podemos aplicar lo que San Agustín dice de los milagros, a propósito de la multiplicación de los panes. Dios multiplica de continuo los panes, al hacer que de pocas semillas se produzca abundancia de ellas para alimentar a todos los hombres: ese es el gran milagro, milagro continuo, acción de Dios, padre de los hombres que los alimenta multiplicando sin cesar las semillas sembradas.

Pero lo usual y acostumbrado acaba por depreciarse: los hombres corren peligro de olvidar que es la acción de Dios, siempre presente en todas las cosas, la que multiplica los granos. Por eso Dios se reservó, desde toda eternidad, hacer algunas cosas fuera del orden común y habitual para llamarnos la atención sobre su acción bienhechora: y esos son los milagros, como la multiplicación extraordinaria de los panes. Su contemplación, al llamarnos la atención, debe llevarnos a la intuición de la acción divina siempre operante en favor nuestro, a ver a Dios siempre presente en todas las cosas, a Dios «que obra todas las cosas en todos». (1 Cor. 12, 6). Así el alma no ha de pararse en el milagro mismo como signo sensible, sino pasar a lo significado, adentrarse en la contemplación divina, en el cono-

cimiento de Dios; participar en el gozo de su Señor (Mt. 25, 21).

2. Reglas de comportamiento, de San Juan de la Cruz.

Partiendo de la realidad frecuente de las manifestaciones sobrenaturales, tanto individuales y privadas —apenas se hallará santo que no las haya tenido muchas veces—, como dirigidas a un público más o menos extenso por medio de intermediarios —casos de Lurdes, Fátima, etc.—, es menester tener muy presente la enseñanza de San Juan de la Cruz, en su Subida al Monte Carmelo, para sabernos conducir debidamente frente a ellas.

Debe tenerse en cuenta:

1) Todo lo que necesitamos o nos conviene para salvarnos está ya revelado, contenido en el depósito de la fe que profesamos. Las revelaciones particulares son útiles; pero no buscan darnos algo nuevo, sino llamarnos la atención sobre puntos de fe que teníamos tal vez descuidados y como olvidados, y hacernos penetrar más profundamente su contenido, para que mejor lo entendamos, creamos y practiquemos. Por eso nada debe hacerse porque *ahora* se nos revele, sino porque ya está revelado, dando gracias a Dios de que nos llame misericordiosamente la atención sobre algo que casi teníamos olvidado, o corríamos peligro de olvidar, con grave riesgo de nuestra salvación. En esto las revelaciones son *una gracia más*: la gracia nos actualiza la revelación, haciéndonosla vivir y moviéndonos a conformar nuestra vida con lo que ella nos enseña.

2) En toda manifestación sensible sobrenatural, no

sólo es Dios quien suele obrar. No pocas veces interviene también el demonio —San Juan de la Cruz dice expresamente que cuanto más Dios obra en un alma, más deja también obrar en ella al demonio, para que la lucha sea proporcionada, y mayor el mérito del alma. Interviene también siempre el propio sujeto que recibe la revelación o manifestación particular: para comunicarla —e incluso para recordarla él particularmente— tiene que formularla, y en esa formulación interviene su modo de ser, sus prejuicios, el ambiente en que se ha formado o vive —el mundo—, sus propias inclinaciones —la carne—: todo ello hace que en más o en menos pueda viciar el mensaje divino, desfigurarlo; puede llegar incluso a interpretar de modo falso un mensaje objetivamente verdadero, como realmente proviniente de Dios.

De aquí se deduce que aunque conste que un mensaje determinado sea sobrenatural, ello no implica que otros mensajes de los mismos videntes no sean diabólicos, o mera invención o modificación humana personal. E igualmente, el hecho de que algo se compruebe como diabólico, o meramente humano, no implica el que otros mensajes de esos mismos videntes no sean verdaderamente sobrenaturales y de origen divino. Cada mensaje se ha de examinar aparte, con la piedra de toque de su conformidad con el contenido de la fe, conformidad que es el único criterio que ha de decidir su aceptación o su rechace.

3) La vida sobrenatural es una, aunque admita muchos grados de perfección. Igual que en la actuación ordinaria de la gracia se interfieren la acción divina, la diabólica, la del mundo, y la humana del propio individuo, exactamente igual sucede en la acción extraordinaria de la gracia en los santos, o en los simples videntes santos o no.

Por eso, en la misma Sagrada Escritura, no es la revelación hecha por Dios a sus autores humanos lo que garantiza su verdad, sino la inspiración divina, es decir, la asistencia de Dios en la formulación de lo revelado, asistencia tal que hace a Dios verdadero autor de cuanto en la Escritura se ha consignado.

4) En los mensajes particulares se hacen con frecuencia anuncios del futuro, especialmente en forma de promesas o de castigos anunciados. Como bien advierte San Juan de la Cruz, tanto castigos como bienes anunciados suelen ser condicionados al comportamiento libre humano, aunque no se diga expresamente, y simplemente se anuncien como venideros.

Puede así el anuncio ser verdaderamente divino, y no cumplirse, cual sucedió en el anuncio de Jonás a los ninivitas. Puede igualmente el anuncio ser divino, y ser por el hombre mal interpretado o mal entendido, ya dando como próximo y casi inmediato lo que en medida humana será todavía lejano —tal inicialmente los apóstoles con relación al anuncio de Jesús acerca del fin del mundo, y tal San Vicente Ferrer con relación al mismo acontecimiento—, ya interpretando de un modo temporal lo que es anuncio de salvación espiritual. Así tanto más nos conformaremos con la finalidad de esos anuncios cuanto más nos despreocupemos de su cumplimiento, y más centremos toda nuestra energía en crear en nosotros actualmente aquellas disposiciones de espíritu que los anuncios exigen. Son estas disposiciones las que Dios busca al hacerlos, y son ellas las que nos harán estar dispuestos al llegar el momento de su cumplimiento.

5) Por lo dicho, esas manifestaciones son puro medio para ayudarnos a llegar a la pureza de la fe: por

eso, si nos quedamos en ellas, nos acabarán haciendo más daño que provecho, aunque sean verdaderas.

Para algunos —los incrédulos—, pueden ser punto de partida para llegar a la verdadera fe; pero también éstos, a medida que van descubriendo la fe cristiana, deberán irse desprendiendo del apego a esas manifestaciones, superándolas en la oscuridad de la fe humilde.

E igualmente ha de procurar el mismo vidente: San Juan de la Cruz dice incluso que no debe pensar luego en nada de lo que ha recibido en su comunicación con Dios, sino en el contenido de la fe a que esa comunicación le ha llevado; que todo el fruto de ese contacto ya lo ha logrado por el hecho de tenerlo, sin que lo aumente en nada el pensar luego en él; diríamos que el contacto con Dios-amor es como el contacto con el fuego: quema en el amor al alma, sin que ésta necesite el pensar sobre ello y sin que este pensamiento aumente en nada la quemadura de amor.

Si, en cambio, se apegare a esas manifestaciones y comunicaciones, sin pasar a la pureza de la fe, inevitablemente caerá en engaño del demonio, que irá sustituyendo cada vez más a Dios, cuya acción, nos advierte el santo, se retirará del alma.

6) Finalmente, como aun los más encumbrados en santidad pueden decaer, y aun llegar a condenarse, síguese que si bien un vidente es transmisor de un mensaje divino para el resto de los hombres nunca es intérprete de ese mismo mensaje: es el cristiano quien debe interpretarlo *a la luz de la fe,* no a la luz de las interpretaciones del vidente. Nuestra guía y luz ha de ser la fe, no vidente alguno.

3. Aplicación de esas reglas a las manifestaciones sensibles de la Virgen María.

De estas enseñanzas de San Juan de la Cruz se deduce fácilmente cuál ha de ser nuestra actitud con relación a las apariciones de la Virgen María, para que nos aprovechen y no nos dañen.

La aparición comporta casi siempre —a veces únicamente, cuando no hay mensaje alguno especial— un culto especial a la Virgen María en el lugar de las apariciones. Mientras el culto que se le tribute sea en sí legítimo —es decir, conforme al que quiere la Iglesia para Ella— nada puede objetársele. A Dios y a la Virgen se les puede honrar en toda clase de lugares, sin que haya excepción: por lo mismo, aun en el caso de que la aparición fuera pura ilusión, o incluso de origen diabólico, ningún mal, antes mucho bien, traerá consigo la honra especial que el fiel dé a la Virgen María en ese lugar, ya que cualquier lugar es apto para elevar capillas a la Virgen, así como para orar a Ella e invocarla: y cada uno ha de elegir con preferencia aquellos lugares que más devoción le inspiren.

Muchas veces, las apariciones entrañan también mensajes varios dados por la Virgen en los lugares de sus apariciones y con ocasión de ellas. Es acerca de estos mensajes que debe procederse con prudencia.

Lo importante aquí no es formarse juicio de la sobrenaturalidad del mensaje —cosa difícil, y que rara vez llevará a una certeza superior a la simplemente moral, y con frecuencia ni siquiera llegará a ésta certeza moral—. Lo importante es el análisis del mensaje mismo, que si es de origen divino no hará sino llamarnos la atención sobre puntos importantes revelados que corremos peligro de olvidar en nuestra vida práctica.

Lo que en esos mensajes coincida con el depósito

revelado de un modo positivo, debe atenderse y cumplirse, no porque se nos diga ahora, sino porque ya estaba dicho y revelado: entonces obraremos por verdadera fe, de cuyo acto sólo habrá sido ocasión la aparición, y aprovecharemos tanto si ésta ha sido legítima como si fue mera ilusión humana o diabólica.

De aquello que no coincida ni se oponga al depósito revelado, hemos de prescindir, sin hacer caso alguno. Si algo empero se opusiere o apareciere chocante con el depósito revelado, eso debe rechazarse en absoluto.

Finalmente, en lo que tengan de anuncios proféticos del futuro, sobre bendiciones o castigos, lo más prudente es no darles importancia, sino es en orden a movernos a actuar en nosotros las disposiciones presentes que la Virgen pida de conformidad con la espiritualidad cristiana. Son en efecto estas disposiciones las que Dios desea, y si las adquirimos estaremos preparados para enfrentarnos con fruto salvador a cuanto haya de acontecer.

No se olvide que el mismo Cristo anunció de tal modo los tiempos finales que todos los vieran como inminentes, a fin de que todos estuviesen *actualmente* preparados a ellos: precisamente porque individualmente a cada uno le llegan esos tiempos, aunque quizá colectivamente estén muy distantes todavía.

Esta es la actitud que pidió la Virgen en Garabandal, cuando dijo que lo importante no era creer que el mensaje era suyo, sino que se *cumpliera,* precisamente porque su contenido coincide con el depósito revelado, que corríamos peligro de olvidar.

4. MENSAJES BREVES Y MENSAJES LARGOS.

Ordinariamente los mensajes, cuando los hay, son breves y concisos, puesto que su finalidad es simplemente recordarnos elementos importantes del depósito revelado que corríamos peligro de echar en olvido. Tal sucede por ejemplo con los de Fátima y de la Salette; tal también con el más reciente de Garabandal. A veces, empero, se multiplican y repiten machaconamente.

Advertiremos dos cosas: cuanto más prolijos son los mensajes, y más múltiples, mayor peligro hay de que se introduzcan en ellos elementos ya diabólicos, ya simplemente humanos. Y esto es del todo inevitable cuando la prolijidad alcanza un cierto límite: a esos mensajes no ha de dárseles más valor que el que se da a los escritos de las personas pías, aunque quizá haya en ellos no pocos elementos verdaderamente de revelación sobrenatural —recordemos, por ejemplo, «La mística ciudad de Dios» de la Venerable María de Agreda, los mensajes de Josefa Menéndez, los de Benigna Consolata, los de la autora del POEMA DEL HOMBRE-DIOS, o los que hoy tanto se difunden de una monjita mejicana—.

El que los tomara simplemente e íntegramente como *palabra de Dios* incurriría en no pocos errores, y, sobre todo, perdería la pureza de su fe. Si en cambio los toma como escritos de hombres piadosos, podrá excitarse con ellos no poco al amor de Dios.

La segunda cosa que cabe advertir, es que una excesiva veneración por esos mensajes prolijos, al ocupar con exceso al alma, la aparta de la consideración directa del depósito revelado, con grave daño de su piedad, y aun de su fe, al convertir en término y objetivo lo que sólo era medio para llevarla a los tesoros de la fe.

Cuando los mensajes son cortos —y es lo más ordinario—, no tienen estos inconvenientes, y vale la pena tenerlos presentes, mientras los usemos como recordatorio de la doctrina ya revelada. Ellos mismos no suelen decir nada nuevo, sino simplemente recordarnos de algo que ya sabíamos, pero que se corría peligro de olvidar.

5. Un ejemplo: el mensaje de Garabandal.

Como ejemplo puede tomarse el mensaje de Garabandal. Sólo el mensaje va dirigido a todos. Debe, pues, prescindirse de cuanto lo ha rodeado, que no haría más que desviar la atención. Todos esos concomitantes podrán aprovechar a quienes participaron en ellos; pero no aprovecharán al público al que no iban dirigidos.

Y el mensaje mismo hay que examinarlo a la luz de la doctrina revelada, sin preocuparse gran cosa de si es auténtico o no, sino sólo de si es conforme con la enseñanza católica.

Destaca en él la urgencia de la conversión, en la que la revelación cristiana ha insistido siempre —«Hoy, si oyereis su voz, no endurezcais vuestros corazones» (Sal. 94, 8; Hebr. 3, 8. 15. 47)—; el aviso contra los falsos pastores —sean sacerdotes, obispos o cardenales—: contra ellos nos previene también el Evangelio (Juan 10, 12; Mt. 7, 15; Act. 20, 29; Apoc. 13, 11; Ez. 34, 8; Zac. 11, 5); y nos dice pulularán en los tiempos finales (Mt. 24, 11. 24; 1 Joan, 4, 1); y pululan en todos los tiempos de crisis. Si, en expresión de Pablo VI estamos en una «hora de tinieblas», es evidente la utilidad de recordarnos las prevenciones evangélicas contra los lobos disfrazados con pieles de oveja.

Igualmente pertenece al depósito revelado la insistencia en la devoción a Jesús Eucaristía, y el recordárnoslo era especialmente útil en estos tiempos en que una confusión cada vez más impenetrable rodea cuanto a ella se refiere.

Igualmente evangélica es la insistencia en la oración, y sumamente útil ahora su recuerdo cuando tanto se insiste en la acción —acción en realidad mundana, en cuanto considera como último objetivo al hombre mismo, y no a Dios—; la urgencia de la conversión —los últimos avisos— es también evangélica, porque debemos vigilar siempre ya que no sabemos la hora en que vendrá el Señor por nosotros.

Evangélica es la necesidad del arrepentimiento para obtener el perdón, y bien actual su recuerdo, cuando se tiende, no a reconocer nuestros pecados y lamentarlos, sino a declarar no pecado, justificándolo, cuanto es difícil a nuestra debilidad, o a la comprensión del mundo actual.

Evangélico es el sacrificio, la insistencia en la cruz, y necesario recordarlo en un tiempo en que se quiere reducir el Cristianismo a la búsqueda y establecimiento de un paraíso en esta tierra. Evangélica igualmente la voluntad salvífica de Dios, la eficacia de la oración de petición, etc. Y conforme con la enseñanza de la Iglesia la devoción al Corazón de Jesús, a la Virgen María, la práctica del rosario, etc.

Y ese es el motivo en fe por el que debemos esforzarnos en tener en cuenta el mensaje, y acomodarnos a él: no porque la Virgen lo haya dicho ahora, sino porque ya había sido enseñado; respecto a la comunicación actual, sólo ha de movernos a agradecimiento el que la Virgen nos lo recuerde. Si así procediéramos, el mensaje nos hará bien, y contribuirá a profundizar

nuestra fe, aun en el caso de que fuera diabólico o pura invención humana.

Respecto a los anuncios del futuro —aviso, milagro, castigo—, en los que no pocos centran casi exclusivamente la atención, han de usarse sólo en cuanto contribuyan a movernos a adecuar nuestras disposiciones actuales al contenido del mensaje. Es eso lo único que ahora está en nuestra mano, y en lo que hay que poner el esfuerzo. Y si así lo hacemos estaremos preparados según Dios para cuanto pueda sobrevenir en el futuro: futuro que ni sabemos cuándo vendrá, ni cómo vendrá, aunque individualmente se cumplirá en cada uno en la hora de su muerte.

Peor aún que centrar la atención en esos profetismos, es tomar a los videntes como oráculos de la revelación, para guiarnos en todo de su consejo. Esto es la muerte de la fe, que nos manda guiarnos por lo que Dios públicamente ha revelado para nuestra salvación. Por lo demás no se olvide que la misión de un vidente auténtico se dirige y acaba simplemente en la transmisión del mensaje recibido.

6. La introducción de nuevas prácticas de piedad.

No pocas apariciones o revelaciones particulares han dado origen a devociones y prácticas de piedad que han fomentado no poco la intensidad de la vida cristiana. Y es éste indudablemente uno de sus frutos más preclaros, según indicamos en LO MUDABLE Y LO INMUTABLE EN LA VIDA DE LA IGLESIA, donde dimos numerosos ejemplos. No puede, pues, rechazarse por principio una de esas prácticas nuevas.

Pero sí debe ser uno muy prudente en su adopción, y más todavía en su propaganda para que la adop-

ten los demás. Ha de fomentar en primer lugar la vida de piedad, facilitándola, sobre todo a los sencillos. Supuesto esto, no ha de sustituir prácticas ya aprobadas y recomendadas por la Iglesia, y cuya utilidad para la vida cristiana ha sido confirmada por los siglos: en tal caso no sólo se sustituiría lo cierto por lo incierto, sino que fácilmente nos quedaríamos sin lo uno ni lo otro: no se perseveraría fácilmente en la práctica nueva, por falta de arraigo, y tampoco se volvería a la antigua fácilmente una vez dejada.

Tomemos, por ejemplo, la nueva práctica del rosario de padrenuestros —50— atribuida, según hemos oído sin fundamento, al P. Pío de Pietralcina; y lo mismo podríamos decir de otras variantes de rosarios que conocemos. Que un alma totalmente dedicada a la oración, tras rezar el rosario mariano recomendado por los Papas, recite también esos rosarios, lo veríamos muy bien: sería un modo de mantener la oración continua variando. Pero pedir esto a un alma corriente y moliente, aunque sea muy fervorosa, está abocado al fracaso: si adopta la nueva práctica, dejará pronto infaliblemente el rosario auténtico, por falta de tiempo y de dedicación exclusiva a la oración.

El mal sería ya grande, solo con esto, al dejar una práctica revelada a Santo Domingo, recomendada por innumerables Papas, de utilidad comprobada por los siglos —familia en que se reza es siempre auténticamente cristiana—, y en la que ha insistido la Virgen María en todas sus apariciones desde Lurdes y Fátima hasta hoy, para sustituirla por una novedad.

Y el mal será aun mayor cuando, pasada la novedad, deje la práctica con que sustituyó el rosario sin volver al rosario sustituido. El demonio se disfraza de ángel de luz, y astutamente nos brinda una práctica

de oración nueva, buena en sí misma, para luego dejarnos sin ninguna.

7. Utilidad principal que ha de sacarse de las apariciones y visitas de María.

Pero pasemos ya a la utilidad principal que hemos de procurar reportar de las apariciones y visitas de la Virgen María.

Ellas son como acontecimientos milagrosos —extraordinarios y sensibles—, que han de servirnos para recordarnos de las visitas y presencia de la Virgen a todos y cada uno de sus hijos en la oscuridad de la fe.

Esta presencia de María, sólo por la fe perceptible, supera inmensamente en categoría y perfección a sus visitas sensibles, como la acción de Dios alimentando a cada hombre supera inmensamente su acción de multiplicar una vez pasando los panes para alimentar a cinco mil de ellos en despoblado.

Si la Virgen a veces se manifiesta, no es sino para recordarnos la realidad de su presencia oculta, no por eso menos operante: realidad tan alta y entidad tan sublime, que ni los sentidos ni el entendimiento humano pueden percibirla, y sí sólo la fe, que ve por los ojos de Dios.

La piedra no percibe la vida, ni el sentido animal percibe el pensamiento, no porque vida y pensamiento no sean reales, sino porque son enormemente superiores a la piedra o al sentido. Por eso, la presencia o visita sensible ocasional de la Virgen María no alcanza ni de lejos la plenitud de su presencia y de su acción en cada una de las almas de sus hijos, sólo por la fe perceptible.

Y es al gozo de esa presencia en fe al que han de llevarnos las apariciones transitorias de la Virgen María.

Si a Santa Isabel la visitó como prima, ¿cuánto más nos visitará y atenderá a cada uno de nosotros como a hijos? ¿Cómo va a resistirse a atender a quien la llame o invoque?

El Credó de Pablo VI nos manda creer que Ella es de tal modo Madre que nadie pasa a la vida si no es por Ella, nadie progresa poco o mucho en esa misma vida espiritual si no es por su acción. Ello implica que la Virgen María nos está presente y con nosotros operante en toda acción buena, en todo sacramento bien recibido, en toda tentación superada, en toda oración o clamor de nuestra alma. Al no poder hacer nada vital sin ella, es claro que estamos en su seno, aun no nacidos, mientras Ella nos va formando hijos de Dios.

Y esa presencia de la Madre al hijo en formación que lleva en su seno es inconmensurablemente más íntima, más eficaz y más perfecta que la presencia de la Virgen en sus apariciones. Poco importa que no la veamos ni sintamos: tampoco el niño en el seno de su madre ve todavía a su madre, ni aun se da cuenta de su presencia; pero nunca la madre le está tan presente, ni tan maravillosamente actuante.

Así el devoto de María, ante la contemplación de sus diferentes manifestaciones, no ha de maravillarse, ni darles importancia, sino despertarse del adormecimiento de su fe para darse cuenta de la realidad maravillosa de que vive en el seno de su Madre María, gozarse en Ella, sentirse en Ella seguro, y gozar de su compañía siendo cada vez más dócil a su acción. Entonces vivirá plenamente su vida mariana, su devoción a la Virgen, y no envidiará a los videntes, ni deseará manifestaciones extraordinarias, porque sabe y gusta que lo que

él ya posee es mejor que todo cuanto puedan percibir los sentidos; y que el amor que le envuelve es inmensamente superior a cuanto puedan indicar las manifestaciones o visitas sensibles de la Virgen.

Este es el fin principal de todas las manifestaciones sensibles de nuestra Madre celeste. Y quisiéramos inducir a cuantos se gozan con razón en ellas, que no se paren en ese gozo, sino que asciendan al maravilloso goce y seguridad de las verdades de fe que esas manifestaciones nos recuerdan. Sólo entonces sacarán de las visitas sensibles de la Virgen María todo el fruto que Ella quiere saquemos.

8. Respuesta a un reparo puritano.

Para acabar, recordemos finalmente un reparo que es frecuente oír contra el espíritu que suele informar esas apariciones. Ese reparo es que la mayoría de las almas que van a esos lugares buscan y piden gracias temporales, cosa que algunos puritanos ven mal.

Reconocemos que cosa mala es pedir y buscar *sólo* cosas temporales —salud, pan cotidiano, novio, trabajo, etc.—; pero es mucho peor no pedir nada. Y quienes quieren que los hombres procedan como ángeles, lo único que logran es convertirlos en animales, deshumanizándolos.

Es evidente que es lícito, bueno y hasta obligatorio pedir a Dios las cosas temporales convenientes —pues *todo* es don de Dios, limosna de Dios—, y el mismo Jesús nos enseña a hacerlo así en el Padrenuestro —«el pan nuestro de cada día dánosle hoy»: y si el pan, también el trabajo a que suele en su providencia vincularse, la salud, el acierto en la elección de estado, etc.; igualmente nos manda pedir «mas líbranos

de mal», en que ningún mal se excluye—. Y esto vale aun más de la Virgen María, pues si es Madre, necesariamente se preocupa de todo lo nuestro; sin contar que todas las cosas de orden material están de hecho ordenadas a nuestra salvación sobrenatural.

Lo malo no es así pedir lo temporal, sino pedir y buscar *sólo* o principalmente lo temporal, aunque indudablemente peor sería no pedir nada a la Virgen María.

Si, como humanos egoístas y poco espiritualizados todavía pedimos en un principio sólo lo temporal, el contacto con la Virgen María en esas primeras peticiones, si es sincero, nos llevará muy pronto a pedir y buscar también y principalmente lo espiritual; y no sólo lo nuestro, sino lo de Dios, buscando «primero el reino de Dios y su justicia, sabiendo que lo demás se nos dará por añadidura». Poco a poco, nuestra petición se irá conformando con las peticiones del Padrenuestro, pidiendo ante todo la glorificación divina, y, tras ella, también nuestro bien, tanto espiritual como temporal.

Jamás, pues, deberá ponerse el acento en condenar las peticiones de orden temporal —lo cual no haría sino suprimir toda oración, pues quienes sólo piden eso no estarán dispuestos a hacer otra petición no egoísta si se les condena esa—. Donde debe ponerse es en exhortar a que no se hagan *sólo* peticiones temporales. Y el que en estas se haya visto atendido y consolado, al conocer así la bondad de su Madre la Virgen, fácilmente será llevado a amarla por ella misma, y no por egoísmo; a buscar el Reino de su Hijo y no la satisfacción y dicha propia, que sabrá están bien seguras en manos de esa Madre que tan incomprensiblemente le ama.

Capítulo VI

TÍTULOS DOCTRINALES

«Fuente de los huertos, pozo de aguas vivas que impetuosamente fluyen» (Can. 4, 15).

«Tus sendas en muchas aguas» (Sal. 76, 20).

Títulos doctrinales son aquellas advocaciones marianas que, en fórmula breve, enuncian o destacan una perfección de la persona de la Virgen María. Todos ellos nos conducen a un conocimiento más profundo y pleno de la Virgen, y por eso de ninguno se debe prescindir, aunque, naturalmente, pueda sentirse especial predilección o devoción, ya por uno, ya por otro.

1. Justificación de la multiplicidad de títulos doctrinales.

Dada la inconcebible perfección con que Dios enriqueció a María, y la imperfección de nuestro conocer, que procede dividiendo y componiendo, los títulos doctrinales son necesariamente numerosos y varios, aunque

no tanto como los locales. Y como ningún título concreto, ni aun todos juntos reunidos, son capaces de agotar la expresión de la perfección de la Virgen, es evidente que siempre se podrán hallar nuevos títulos felices, que expresen mejor esa perfección, o en algún aspecto la completen.

Pero adviértase que esos títulos nuevos no nos descubren ordinariamente una perfección nueva de María, antes desconocida, sino que son sólo una expresión feliz y acertada de una perfección ya antes, y desde siempre, creída por los fieles, explícita o implícitamente. Así, por ejemplo, San Pío V declaró a María «Auxilio de los cristianos», tras la victoria de Lepanto, e hizo introducir esta invocación en las letanías lauretanas. Pero es evidente que desde siempre los cristianos la habían considerado como su auxiliadora y protectora. Precisamente, el mejor avale de un título nuevo es que exprese de un modo mejor, más completo, y a todos asequible, una perfeción mariana ya creída por el pueblo cristiano.

Como ejemplo de títulos marianos doctrinales están casi todas las invocaciones de la Letanía lauretana, que suele rezarse tras el rosario; están también todos los misterios de la Virgen María —Inmaculada, Anunciación, Visitación, Peregrina, Dolorosa, Asunción, etc.—, en cuyo honor son frecuentes los nombres adoptados por las mujeres cristianas cuya relativa abundancia puede servir de guía para saber el grado en que son por el pueblo venerados; están finalmente otros títulos ampliamente usados por el pueblo cristiano, como Reina de todo lo Creado, Omnipotencia suplicante, Mediadora de todas las gracias, Corredentora, Milagrosa, Auxiliadora, etc.

2. Su diversa importancia.

Entre esos títulos los hay más fundamentales, o por cuanto expresan perfecciones excelsas de María —vgr. Inmaculada, Asunta, Dolorosa, etc.—, o por cuanto de ellos derivan otras muchas perfeciones, expresadas por sus respectivos títulos —vgr. Madre de Dios, Madre nuestra, Virgen, etc.—.

Y hay títulos menos fundamentales, que podríamos llamar accidentales, o por cuanto expresan perfecciones o manifestaciones de la perfección de María no tan ricas e importantes, o por cuanto las perfecciones que expresan están ya incluidas, aunque no de modo tan explícito, en otros títulos más generales, de los que son mera explicitación —vgr. Milagrosa, Auxiliadora, etc.—.

3. Títulos que merecen especial atención.

Especial atención merecen —e igualmente especial devoción—, aquellos títulos que expresan una perfección que haya sido objeto de una definición solemne de la Iglesia —vgr. Inmaculada, Madre de Dios, Virgen, Asunta—, o bien ofrezcan sólida perspectiva de alcanzar esa definición —Mediadora, Corredentora, Reina, Madre de la Iglesia, etc.— por haber sido ya incorporadas a la liturgia. Efectivamente, el haber llamado de tal modo sobre sí la atención de la Iglesia magisterial muestra la importancia que esa misma Iglesia concede a esas perfecciones de María que los títulos expresan: importancia para el conocimiento de la persona de María, importancia para el auge de la auténtica devoción a la Virgen.

Igualmente merece atención especial el título con que cada pueblo suele designar ordinariamente a la

Virgen María, tanto porque ese título es concebido por el pueblo respectivo como el mejor compendio de lo que él ve en la Virgen María —lo que indica la gran excelencia de la perfección por el título expresada—, cuanto porque la diversidad de esos títulos según los pueblos nos indica la especial indiosincrasia o matiz de la devoción mariana de cada pueblo, e incluso, el matiz de su ideal de santidad y perfección cristiana.

Así los griegos designaron a la Virgen como la Panagia —la «Toda Santa», título que perdura en turco como Panaya Kapulu, con que se honra todavía en Efeso, en la pequeña capilla, centro de peregrinaciones, elevada sobre el lugar cercano a Efeso donde la Virgen vivió con San Juan—: para los Griegos, la nota destacante en María es su absoluta y total santidad.

Esa acentuación sobre la santidad permanece entre los alemanes —«Santa (Heilige) Virgen, y Santa Madre—, aunque asociada ya a la Virginidad, ya a la maternidad; e igualmente en los países de habla inglesa, en que se asocia especialmente a la maternidad —Holy Mother, y Blessed Mother: Santa Madre, y Madre bendita—; maternidad que, al quedar indeterminada, parece comprender tanto su maternidad con relación a Dios —Madre de Dios—, como con relación a nosotros —Madre nuestra—. Aunque sin destacarse en la advocación por antonomasia, esa santidad está presente en la mente de todos los cristianos, pues todos le rezamos no solamente «Dios te salve María, llena de Gracia», sino también «Santa María, Madre de Dios».

Ya entre los latinos, para los catalanes María es ante todo «La Madre de Dios» —La Mare de Deu—, captando acertadamente su grandeza fundamental, fuente de la que derivan todas las demás.

Los pueblos de habla castellana han destacado en cambio en María su virginidad —La Virgen, La Santí-

sima Virgen, La Purísima—, mostrando el aprecio que dan a la limpieza y al honor, así como a la integridad —diríamos quijotesca— de su entrega al ideal: esa entrega total al ideal constituye como el norte de su espiritualidad, y se expresa en el nombre con que invocan a María.

En cambio el pueblo italiano y el francés, y, en amplia medida, también el portugués, destacan en María el dominio, el señorío, el poder, aunque especialmente relacionado con nosotros y para nuestro bien, destacando la idea de esclavitud mariana en una entrega a Ella llena de confianza —no sin motivo fue un francés, San Griñón de Monfort, el mejor tratadista y propagandista de la esclavitud mariana—; para los italianos, María es la Madonna —la Señora, y, más en concreto, Mi Señora—, o, en título de cariño, la Madonnina; para los franceses es Notre-Dame, «Nuestra Señora».

Todos esos puntos de mira diferentes con que los pueblos contemplan y veneran a María son fundamentales; y por eso todos los cristianos de cualquier pueblo los comparten; sólo que cada pueblo acentúa especialmente un aspecto, mostrando con ello la variedad y riqueza inagotable de la perfección de María, a la vez que descubriéndonos los más profundos hontanares de su psicología colectiva.

4. Los tres títulos más fundamentales.

Pero entre los títulos más fundamentales, hay tres que, sin duda, llevan la primacía. Esos tres títulos son, a nuestro parecer: Madre de Dios, Madre nuestra, Virgen.

La maternidad divina funda, o mejor dicho constituye, la grandeza incomparable de María: todas las de-

más perfecciones de Ella, o se ordenan a esa maternidad, o son consecuencia de Ella: es esa maternidad divina, querida por Dios de toda eternidad, la que guía la acción divina en Ella, y la que orienta la acción de la Virgen María en su correspondencia a Dios. Es así la piedra fundamental inamovible de la devoción mariana, porque es la piedra puesta por Dios mismo.

La maternidad con relación a los hombres —Madre nuestra, Madre de la Iglesia— hace asequible a nosotros la grandeza de su maternidad divina. Y a la vez que amplía enormemente en extensión y universalidad la actividad del amor de María, hace posible nuestra devoción a Ella, nuestro amor y nuestra ternura, al sentirnos amados por Ella con amor verdaderamente maternal: tan maternal, que supera inconcebiblemente el de cualquier madre natural. Sin este aspecto de Madre nuestra, podríamos admirar a María; pero nunca podríamos quererla, nunca podríamos profesarla verdadera devoción.

La virginidad: Reviste de un matiz original y único toda la actividad de María, especialmente su amor, tanto como creatura con relación a Dios, cuanto como Madre de Dios y nuestra con relación al amor que profesa a su Hijo y a todos nosotros. Ese matiz es la ausencia de todo egoísmo: su amor es puro, es decir, sin mezcla, sin contaminación de egoísmo alguno. Característica que falta a todo amor humano, y, probablemente, a todo amor creado.

Eso hace del amor de la Virgen María algo único: él es la flor y compendio de la perfección posible en todo amor creado. La Virginidad física o de castidad no es más que un signo de esa virginidad total del alma y del corazón: en su comunicación de amor no busca gusto o placer alguno propio, sino el gusto y bien de sus amados. Así se destaca la generosidad sin límites

de su entrega a Dios, y la generosidad sin límites de su entrega a cada uno de nosotros como Madre nuestra. Es esa virginidad total la que distancia inconmensurablemente la perfección del amor de María de la imperfección del nuestro.

Ello explica que todo ataque a la Virgen María, en el deseo de rebajarla a nuestro nivel, se inicie siempre por la impugnación, de un modo u otro, de su virginidad. Ello explica también el ahínco con que la Iglesia ha proclamado solemnemente, y defendido siempre, esa virginidad, que convierte a María en algo único y sin parangón, pues «reuniendo los gozos de madre con el honor de la virginidad, ni tuvo antes de Ella semejante, ni lo tendrá en el futuro» (Oficio de Navidad).

Las perfecciones entrañadas por estos tres títulos se implican mutuamente: María, Madre de Dios, ama a Dios como Madre nuestra, representándonos, supliéndonos y completándonos, e incluso, llegado el caso, sustituyéndonos, en el amor que nosotros debemos a Dios; María, Madre nuestra, nos ama como Madre de Dios, usando en favor nuestro los tesoros divinos de que esa maternidad la hace poseedora; y ama a Dios y a cada uno de nosotros con amor virginal, sin mezcla de egoísmo, con una entrega plena y total: entrega que es fuente de gozo y complacencia para Dios, que en Ella obtiene con perfección el amor que de las creaturas libres deseara; y es fuente de seguridad para nosotros, pues, olvidada de sí misma, nunca nuestra ingratitud la hará desistir de su amor, ni aun disminuirlo.

5. El título que sintetiza toda la plenitud de la persona de María.

Pero para llevarnos a un conocimiento de conjunto de la inconmensurable perfección de la Virgen María,

madre de Dios y nuestra, nos serviremos de un título relativamente nuevo: nuevo en la formulación, bien que no en la sustancia, como es nueva en la formulación la devoción al Corazón de Jesús siendo su contenido plenamente neotestamentario.

Ese título, que relaciona precisamente a la Virgen María con esa forma perfecta de religión que es la devoción al Corazón de Jesús (Pío XI) nos servirá como hilo conductor en el estudio de la Virgen María, permitiéndonos situar armónicamente en su Persona todas las perfecciones: es el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, o, mejor, en su formulación litúrgica cual la ha propuesto la Iglesia, Virgen del Sagrado Corazón. Es mirar a la Virgen en sus relaciones con el amor divino: como Amada, a la que Dios enriquece —todo lo que recibe es don del amor divino—; como amante, que corresponde al amor divino, y, por ese amor, se da a nosotros; como asociada a la actividad de Cristo por la unión de amor recíproco.

Así aparecerá su perfección ontológica —Amada—; y su perfección moral —Amante—; así como su poder de intercesión y suplencia con relación a nosotros.

Modelo perfecto de la devoción al Corazón de Jesús, cuyo amor nos hace conocer eximiamente al ver cómo ese amor se manifestó en Ella, cómo la enriqueció y santificó; que nos hace conocer cómo debe correspondérsele al ver cómo Ella correspondió devolviendo amor por amor; que nos guía, ayuda y suple en esa correspondencia, al tomarnos de su mano como Madre para llevarnos al Corazón de su Hijo.

Capítulo VII

LA VIRGEN Y EL CORAZÓN DE JESÚS

«El que me hallare a Mí encontrará la vida, y beberá del Señor la salvación» (Prov. 8, 35).

«Yo tengo mi asiento en el Camino, en el punto en que todas las sendas se encuentran» (Prov. 8, 2).

1. María y Cristo.

La Vida es Cristo —«Yo soy el camino, la verdad y la Vida» (Joan. 14, 6), «El que me come a Mí vivirá por Mí» (Joan. 6, 58): el que encuentra a la Virgen, encontrará a Cristo.

Cristo-Vida sólo se comunica al alma por medio de María: por Ella se dio al mundo, y por Ella se da también a cada alma. Ave que quisiere volar sin alas, tal sería el alma que quisiere ir a Cristo sin servirse de María (Dante). De ahí la predilección con que el pueblo cristiano la ha representado con su Jesús en brazos: así testifica su esperanza de recibirlo de brazos de Ma-

ría, así expresa la imposibilidad de hallar a María sin encontrar con Ella a Cristo, y con Él su vida, su salvación.

2. El Corazón de Jesús y el amor que simboliza.

Del corazón dimana la vida a todo el cuerpo: el Corazón de Cristo es la fuente de la vida para su cuerpo físico, y no lo es menos para su cuerpo místico, para todos y cada uno de los fieles.

Cristo, que se dio al mundo por la Virgen María, y se da a cada alma por la Virgen María, nos ofrece una visión completa de sí mismo en la devoción al Corazón de Jesús —«He aquí el Corazón (=Cristo) que tanto ha amado a los hombres, y en cambio no recibe de ellos sino injurias y menosprecios». Por eso, la devoción al Corazón de Jesús es «forma perfecta de religión» (Pío XI).

Devoción que consiste en ver a Cristo como AMOR. Su objeto es el Amor de la Persona de Cristo en cuanto manifestado o simbolizado en su Corazón. Comprende así todo el amor humano de Cristo, tanto al Padre, como a la Virgen, como a nosotros y a todas las creaturas; y también el amor divino de Cristo, en cuanto tiene por objeto las creaturas.

En efecto, Pío XI nos dice que en la devoción veneramos «el infinito amor de Dios» (infinita Dei caritas); mas sólo el amor divino es infinito; y como ese amor divino con que Cristo nos ama es común al Padre y al Espíritu Santo, es el amor infinito de Dios —«Dios es amor» (1 Joan. 4, 8)— lo que veneramos.

Por eso a ese amor del Corazón de Jesús se atribuye en la liturgia, no sólo la redención, sino también la creación del mundo. Y ese amor infinito de Dios a las

creaturas —al que deben su ser y su destino, tanto natural como sobrenatural—, se manifiesta en el Corazón humano de Cristo, porque Dios lo hizo todo para gloria de Cristo Hombre, para alegría, y según los deseos de su Corazón. Y así el amor de Dios a nosotros se actúa y se manifiesta mediante Cristo Hombre, se plasma en el don que nos hace del Corazón de su Hijo por la Encarnación del Verbo. Si «todo consta o subsiste en Él» (Colos. 1, 17), y es designio eterno divino «vincularlo todo a Cristo como a Cabeza» (Efes. 1, 10), es evidente que nada fuera de Dios existiría de no haberse Cristo hecho hombre, o al menos nada de lo que en el orden presente existe, pues todo ello ha sido de hecho creado para Él.

En cambio, el amor trinitario que las Personas divinas se tienen entre sí no queda simbolizado en el Corazón humano de Cristo, ni es objeto directo de la devoción, pues se hubiera dado igualmente aunque el Verbo no se hubiera encarnado. Esa encarnación es efecto de un acto libre del amor divino; el amor trinitario, en cambio, es tan necesario como el mismo Dios.

Por eso, tanto la Liturgia como los Documentos eclesiásticos, que nos hablan del Amor infinito que crea, del Amor infinito que redime, del amor humano de Cristo a su Padre y a nosotros, no hace jamás alusión al amor intertrinatario como objeto de la devoción.

Pero si no es objeto directo de la devoción, es el término a que nos conduce, porque al llevarnos a la Persona de Cristo, nos lleva al Padre y al Espíritu Santo haciéndonos partícipes de su amor interno y de su Vida: Cristo es la Puerta (Joan. 10, 7. 9) para entrar en el santuario íntimo de la Divinidad, y su misma encarnación tiene como fin hacernos posible, e incluso fácil, el acceso a él. Viene a hacernos partícipes de su conocimiento del Padre, de su amor personal

al Padre —«Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt. 11, 27), «Felipe, quien me ve a Mi, ve a mi Padre» (Joan. 14, 9)—.

Por consiguiente, la devoción al Corazón de Jesús consiste en sentirse infinitamente amados por Dios —que se nos manifiesta en Cristo—, y en inspirarse en nuestra práctica del amor en el amor que tiene el Corazón de Jesús: el que tiene a su Padre, el que tiene a la Virgen María, y el que nos tiene a nosotros, procurando, en unión con Cristo, amar al Padre como Él le ama, amar a la Virgen como Él la ama, amar a todos los demás, a todos los hermanos, como Él los ama —«Amaos unos a otros como Yo os he amado» (Joan. 15, 12; 13, 34)—; y, especialmente, corresponder, querer pagar ese amor infinito de que estamos rodeados, amando totalmente a Dios, cual hizo la Virgen María, amando a Cristo como Él nos ama, amando a Dios como Él nos ama: cosa que jamás lograremos en esta vida, ni aun el mismo cielo, donde le amaremos «con toda nuestra mente, con toda nuestra alma, con todo nuestro ser, con todas nuestras fuerzas» (Mt. 22, 37. 38).

En eso consiste la práctica de la devoción al Corazón de Jesús —volver amor por amor—, que nos propone un ideal al que hemos de tender, pero de cuya consecución jamás deberemos estar satisfechos. Es el «sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 48): si ese Padre es Amor —«Dios es amor», nos dice de Él, como definición San Juan (1 Joan. 4, 8)—, sólo seremos perfectos como Él cuando nuestro amor sea también como el de Él.

Esto se cumplirá solo verdaderamente en el cielo —aunque ni aun allí exhaustivamente—, porque allí «seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es» (1 Joan. 3, 2), y porque allí, dóciles ya del todo al

Espíritu Santo, amaremos a las divinas Personas con el mismo amor sustancial con que Ellas se aman, que se derramará sin medida en nuestros corazones por la visión beatífica.

Por eso la devoción al Corazón de Jesús es forma perfecta de religión (Pío XI), porque lleva a la perfección de la caridad. En la prosecución de esa unión perfecta de caridad, ningún medio o camino puede añadir nada a la eficacia de la devoción al Corazón de Jesús, pues si algo pudiera añadirle, ya no sería forma perfecta de religión, pues le faltaría algo que otras formas podrían completar: la forma perfecta con nada puede ser completada.

3. Novedad del símbolo, no del amor simbolizado.

La sustancia de la devoción al Corazón de Jesús no es nueva: todo el Nuevo Testamento nos habla del amor de Dios y del amor de Cristo y nos exhorta a la correspondencia de amor.

Sólo es relativamente nuevo el símbolo sensible bajo el que ese amor se propone a nuestra devoción —el Corazón de carne—, que hace inmediatamente asequible la realidad del amor divino hasta a los más sencillos e ignorantes —si Dios se me presenta y quiere ser honrado y tratado como Corazón, es evidente que se me presenta y quiere ser honrado y tratado como Amor.

Fue precisamente la falta de ese símbolo y como plastificación sensible del amor, lo que hizo que los fieles fueran progresivamente olvidando en la práctica un amor tan claramente revelado, y enfriándose en la correspondencia de amor, predominando cada vez más el motivo del temor en sus obras.

Y cuando este enfriamiento progresivo corría pe-

ligro de helar al Cuerpo místico de Cristo por falta del riego de la Sangre del Amor, que es Vida, el mismo Cristo nos propuso el símbolo, para de nuevo reencendernos en su amor.

Por eso no es de extrañar que los Documentos pontificios que exponen la devoción apenas si aluden a las revelaciones privadas: toda la doctrina la sacan de las fuentes de la revelación pública, porque, en efecto, en éstas está íntegramente el contenido de ella.

4. María y el Corazón de Jesús.

Si el oficio de la Virgen María es comunicarnos a Jesús, llevarnos a Jesús, y Jesús quiere presentársenos como Corazón, que lo tratemos como Corazón, como Amor, el oficio de María es llevarme al Corazón de su Hijo.

Si la devoción al Corazón de Jesús es forma perfecta de religión, y por tanto de trato con Jesús y con Dios, es la Virgen María quien me ha de llevar y como conducir de la mano a la prática de esa devoción. Sólo Ella puede llevarnos a la fuente del Corazón de Cristo, dárnosla a conocer, enseñárnosla a amar, hacérnosla poseer.

Si Cristo «es el Camino» donde se entrecruzan todas las sendas que llevan a María, al querer Cristo ser honrado como Corazón y como Amor nos indica que su Corazón y su Amor son el punto mismo en que se cruzan todas las sendas marianas. Entonces, pues, conoceremos verdaderamente a María de un modo total —aunque nunca comprehensivo—, cuando la veamos y consideremos en sus relaciones con el Corazón de su Hijo, con el amor de Dios, que es el punto a que con-

fluyen todas las vías de acceso que a Ella nos conducen.

Así, la consideración atenta, la meditación afectuosa de las relaciones amorosas entre María y el Corazón de su Hijo nos llevarán a la vez a una forma perfecta de devoción mariana y a la práctica ideal de la devoción al Corazón de Jesús.

Esas relaciones de María con el Corazón de Jesús son necesariamente relaciones de amor, porque son relaciones con EL AMOR; y creemos pueden reducirse a tres: María amada —sujeto pasivo del amor divino—; María amante —correspondencia activa al amor divino—; y María asociada, por la intercomunicación de bienes que origina el amor mutuo, a toda la obra, amor y actividad de su Hijo con relación a nosotros, pero participando en esa acción de Cristo y de Dios —del Amor infinito— con relación a nosotros con un matiz propio y peculiar suyo: el de Madre nuestra: hace en nosotros la obra de Cristo, pero la hace como Madre nuestra.

5. Las relaciones de amor mutuo entre María y el Corazón de Jesús nos presentan la totalidad de María.

Con relación a la devoción mariana: del amor infinito con que María es amada derivan todos sus dones y privilegios, todo cuanto Ella es, incluso su maternidad divina: todo es efecto del amor de Dios «hizo en Mi grandes cosas el que es Poderoso».

De su correspondencia amorosa a ese Amor infinito deriva toda la actividad de María, tanto en la tierra como en el cielo, y esa correspondencia, ese devolver

amor constituye lo que podríamos llamar su santidad moral.

De ser infinitamente amada e incomprensiblemente amante, deriva la unión de amor que hace comunes todos los bienes de Dios y de Ella— quien se entrega a sí mismo, también entrega sus bienes—, su asociación a toda la obra divina —quien ama mucho nunca quiere obrar solo, sino con el amado, y menos cuando se trata de engendrar hijos—, y por tanto toda la actividad de María con relación a nosotros, para engendrarnos como Madre, cuidar de nuestro desarrollo como Madre, poner a nuestra disposición todos los bienes de Dios como Madre, suplir nuestras deficiencias como Madre, interceder por nosotros como Madre, sufrir y gozar con nosotros como Madre, sustituirnos pagando nuestras deudas como Madre.

Así nada de la Virgen María escapa a lo que de Ella me ofrecen esas relaciones de amor con el Corazón de su Hijo: cualquier cosa de Ella que considere, está inmersa en la luz de esas relaciones.

Contemplándola a esa luz, no percibo sólo aspectos particulares de Ella, como por las demás sendas, sino el conjunto de Ella, toda su Persona y su riqueza; no me deleito en una flor u otra del jardín, sino en el jardín entero; no bebo vasos de agua de la fuente, sino que me sumerjo y baño en la misma fuente, pues «jardín cerrado, fuente sellada» es María; pero se abre generosa y sin recelo a quien se acerca a Ella bajo la luz del Amor, porque el Amor es Dios —«Dios es Amor»—, y es Dios la llave de ese jardín, el sello de esa fuente. Y así quien a Ella se acerca bajo la luz del Amor y en alas del Amor no hallará llave ni sello que le impida penetrar en el santuario en que Dios mora.

6. La contemplación de esas mismas relaciones nos conducen a la práctica perfecta de la devoción al Corazón de Jesús.

Con relación la devoción al Corazón de Jesús: María como amada nos da a conocer el amor del Corazón de Cristo, su intensidad y su eficacia, al ver lo que ha hecho en Ella; el amor que Cristo a mí me tiene, pues al hacerme hijo de la Virgen muestra querer hacer en mí lo mismo que hizo en Ella: así al contemplar a María como amada, me entra como por los ojos el infinito amor de Dios, que es el objeto de la devoción.

María como amante, es modelo excelso e inigualable que nos enseña cómo debemos corresponder a ese amor, llevándome así a la práctica de la devoción.

Y María asociada a la obra de Cristo como Madre mía, suple con su amor nuestras deficiencias, nuestras frialdades, nuestras inconstancias en esa correspondencia, poniendo así en nuestra práctica de la devoción la fidelidad y perfección que pudiera faltarle, para que Jesús esté siempre contento de ella.

Así la contemplación de la Virgen en sus relaciones con el Corazón de su Hijo nos lleva a la práctica perfecta de la devoción al Sagrado Corazón, que consiste precisamente en conocer el amor de Cristo y corresponder a él con un amor entero y una entrega total.

7. Lo nuevo y lo viejo en la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Cual sucede con el contenido de la devoción al Corazón de Jesús, esas relaciones de la Virgen con el amor infinito no son nuevas: siempre fueron conocidas por la Iglesia, que siempre la tuvo como Amada,

como amante, y como asociada a la obra de Jesús con el matiz de Madre nuestra.

Lo que faltaba era el título que las sintetizara, que las hiciera asequibles en su conjunto y simplicidad a todos, aun los más ignorantes y sencillos. El título que la vinculara expresamente al Corazón de Jesús.

Ese título sí que es relativamente nuevo: no podía darse hasta que el mismo Corazón de Cristo no fuera propuesto como símbolo del amor divino, no fuera aceptado por la Iglesia como signo y bandera de salvación en el que se ha de poner toda esperanza.

Y el título que necesariamente brotó de la devoción al Corazón de Jesús para expresar sus relaciones mutuas con María es el de NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN, o bien, cual lo adaptó la liturgia de su fiesta, VIRGEN DEL SAGRADO CORAZÓN.

Mas del título, útil como lo es el símbolo del Corazón, pero no necesario, hablaremos después. Ahora nos interesa más explanar brevemente las relaciones que el título quiere expresar, y que es lo verdaderamente importante en orden a fomentar nuestra devoción a María y en orden a llevarnos a la devoción del Corazón de su divino Hijo.

8. María, la Amada del Corazón de Jesús, que nos lo da a conocer.

María como amada me da a conocer todo lo que es capaz de hacer el amor del Corazón de Cristo, me hace penetrar su intensidad y su eficacia.

Las grandezas de la Virgen son insondables: diríase que se agota en ella la divina omnipotencia del infinito amor. Hasta el punto que San Agustín exclama: «Dios no tuvo más que darla, no supo darla más, no pudo

darla más», y San Buenaventura: «Dios pudo hacer un cielo mayor, una tierra mayor; pero mayor madre que la Madre de Dios no pudo hacerla el mismo Dios», y San Jerónimo: «toda la plenitud de la gracia de Cristo está en María, aunque de modo diferente».

Así, al ser la Virgen la Amada de Dios nos da a conocer mejor y más profundamente el objeto de la devoción al Corazón de Jesús.

Poco vale que sepa que Dios me ama infinitamente: con ello me quedo sin saber lo que es ese amor, pues infinito ese término negativo —*no* finito—, por lo que me deja sin saber positivamente lo que es. Mas cuando uno ve lo que hizo Dios en la Virgen María, entonces palpa lo que es el amor de Dios y su eficacia.

Siendo toda la Virgen María, incluso su maternidad divina —que Ella no mereció— puro don gratuito del amor de Dios a Ella, nada más contemplar a la Virgen María vemos la inmensidad y la eficacia del amor que Dios nos tiene, manifestado en Ella.

Como ese mismo Amor me la dio por Madre, me indica que me ama a mí con el mismo amor que la tiene a Ella, quiere hacer en mí lo mismo que hizo en Ella, pues el hijo ha de convertirse en imagen de la madre, llegar a la misma perfección de ella, aunque naturalmente empiece siendo pequeñito y lleno de debilidad, y tendrá que ser objeto de muchos y largos cuidados, y recibir sana y prolongada alimentación antes de que, convertido en adulto, alcance la perfección de su madre.

Por eso, al darme Cristo por Madre a la Virgen María, me indica que me tiene a mí el mismo amor que a Ella le tiene, que desea hacer en mí cuanto hizo en Ella, aunque derivando de Ella, viniéndome por Ella.

La misma Virgen se sentiría defraudada si, haciéndola en verdad Madre nuestra, hubiera de ver a sus hijos eternamente raquíticos, incapaces de comunicar

en su perfección: el desdoro no sería nuestro, sino suyo, que se vería como Madre impotente para llevar a cabo su misión.

Por eso, ciertamente, al contemplar a María como amada, sé y percibo el amor que Dios me tiene a mí, aunque ese amor aun no se haya manifestado en mí; pero el verlo manifiesto en mi Madre, es prenda segura de que también en mí acabará manifestándose como en Ella, pues así lo exige su mismo oficio y misión de Madre mía, y a eso se dirigen todas las ansias de su corazón de Madre.

Por eso, al contemplar a la Virgen María como amada, diría que, más que contemplarla a Ella, hemos de contemplar el amor infinito de Dios en Ella manifestado, amor que es el objeto de la devoción al Corazón de Jesús. No considerando las grandezas de María en sí mismas, sino el amor de que provienen, el amor que las informa; mirándolas como un don del amor, tal cual las miraba la misma Virgen María.

Así vemos a María a la luz a la que se ve Ella misma; nos unimos a Ella, participando su mismo gozo. Ella no se alegra en sus grandezas, sino sólo en Dios que se las da; no goza en los dones, sino en sentirse amada por Quien con tales dones la regala: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu exulta en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su esclava».

Tal la novia que no se goza en el valor del anillo que le dieran en prenda, sino en el amor del esposo que se lo dio; tal el hijo que guarda como un tesoro el rosario raído y sencillo que su madre le dejara al morir. En ninguno de los dos casos cuenta para nada el valor del objeto, sino el amor y recuerdo de los que va cargado: es ese amor quien los convierte en un tesoro.

E igual pasa con cualquier don recibido de una per-

sona amada. Sólo cuando lo recibimos de alguien a quien no amamos pasa a primer término de la apreciación el valor intrínseco y material del objeto: sólo cuando el amor falta tiene lugar el sentimiento de egoísmo y utilitarismo en el alma.

Por eso agrada tanto a la Virgen esta forma de devoción. Con ella le recordamos de continuo el amor de que Dios la ha hecho objeto, el amor que es la fuente de su dicha y alegría: todo lo debe al amor del Corazón de Jesús, de Él lo recibe todo; y ese recibirlo todo del Amado constituye su más puro gozo. Todas las grandezas recibidas son nada comparadas a la dicha que experimenta al sentirse infinitamente amada.

Y esa alegría puesta únicamente en ser amada, en no ser nada ni tener nada por sí misma, para así gozar en que todo lo sea y tenga por el amor del Amado, constituye la raíz y esencia de su incomprensible humildad. Todo el que ama, tiene más gozo en poseer algo recibiéndolo como don del amado, que no en haberlo alcanzado por propia industria y esfuerzo. Por eso en la creatura se identifica el amor con la humildad. Por eso en María humildad, amor y gozo son una misma cosa.

Así María, contemplada a esta luz, nos lleva a conocer la extensión, intensidad y eficacia del amor de Cristo que tales obras hace, que tal felicidad causa en quien del todo se le entrega, cual se entregó María; en quien con humildad total se deja hacer y enriquecer por el Amor, poniendo en esa docilidad pasiva todo su gozo, como lo hizo la Virgen.

Pues *con el mismo amor* que la ama a Ella nos ama a cada uno de nosotros, y en cada uno está dispuesto a hacer, y desea ardientemente obrar lo mismo que en María hizo y obró. El hijo ha de ser retrato de su Madre: al hacernos hijos de Ella, retratos de Ella quiere también hacernos. Aun la misma maternidad divina

quiere Jesús comunicarnos: «Aquel es mi Madre... que cumple la voluntad de mi Padre».

¿Por qué medio podría conocer mejor al Corazón de Jesús que contemplando su obra en María, sabiendo que quiere hacer en mí lo mismo que hizo en Ella?

9. María, la Amante del Corazón de Jesús, que nos enseña cómo corresponderle.

María como amante es el modelo inigualable de nuestra correspondencia al Corazón de Jesús: su amor a Dios, modelo del que yo debo tenerle, y al que debo mirar para intentar copiarlo. Si yo amare como María, el amor de Dios irá obrando en mí la misma santidad que en Ella obró.

Toda alma suspira por grandezas, aunque casi siempre yerra al concretarlas, y así fracasa al querer conseguirlas. Mas Dios nos muestra en María dónde está la grandeza verdadera que debemos buscar. Sólo seremos grandes en la medida en que sea grande nuestro amor.

Por eso en la vida de María todo es sencillo, todo es pequeño. En Ella sólo es grande el amor: el amor con que es amada, y el amor con que ama. Y es la grandeza de ese su amor incomparable lo que comunica valor y dignidad incomprensibles a sus obras y actos más pequeños.

De casi todos los santos, así como de los grandes del mundo, se conservan reliquias y recuerdos. Ninguna de las cosas en que se ocupó o de que usó María ha pasado a la posteridad: ¡tan deleznables eran! Pero el amor con que las hizo la constituyó en Reina del Universo, y en Madre de todos los hombres. La esterili-

dad aparente de sus obras quedó bien compensada con la fecundidad gloriosa de su amor.

Pongamos, como Ella, nuestra grandeza en el amor. No demos importancia a lo externo de nuestras obras, ni miremos si es grande o pequeño, si es glorioso o humilde, si reportará éxito o fracaso: procuremos tan sólo que las informe el amor, cada vez más amor. Una pajita levantada del suelo con un grado más de amor tiene más valor ante Dios que evangelizar o aun convertir a todo el mundo con un poco menos de amor.

Dios, como Padre, sólo nos pide amor —¿Pedro, me amas?—: porque nos quiere nos usa para sus obras, asociándonos a su actividad; pero no nos necesita para ellas, que, como omnipotente, pudiera muy bien hacerlas sólo. Pero sí necesita de nuestro amor, que puso en manos de nuestra libertad; y ansía ese amor: «Hijo, dame tu corazón» (Prov. 23, 26). Por eso, al morir, sólo el amor nos queda, sólo sobre el amor seremos interrogados, solo según él se nos juzgará.

¿Quién no estará contento con ser tan grande como María? Imitemos su amor, y en la misma medida participaremos su grandeza. Madres y criadas, amos y obreros, sabios e ignorantes, sacerdotes y fieles, ¡qué fácilmente alcanzarían la santidad con sólo imitar el amor con que María procedía! Y en el cielo participarían su grandeza y su gloria: la gloria que dura eternamente, la grandeza sin mancha ni defecto, que jamás se marchita.

10. María, la Asociada al Corazón de Jesús, la gran suplente.

María asociada por el Amor a la obra de Jesús, como Madre e intercesora nuestra. El amor, cuando es per-

fecto, hace comunes todos los bienes y cosas de las personas que se aman: todo lo de Cristo es así de María, y de todo puede disponer como propio en favor nuestro.

Ella, como Madre, es la administradora nata de los tesoros de luz y salvación que encierra el Corazón de su Hijo, y aun de las mismas riquezas infinitas del Padre Celestial, ante el que usa de su omnipotencia suplicante en favor de los hijos que el mismo Padre le dio. Ella es el vínculo que nos une al Corazón de Jesús y nos mantiene en Él. Y, sobre todo, Ella es la Gran Suplente: la que suple todas nuestras deficiencias, para que el Corazón de Cristo no nos las tome en cuenta.

A pesar de nuestro deseo de amar a Dios, y aun sinceramente procurándolo, la experiencia continua de nuestra debilidad, ingratitud e inconstancia tiende a disminuir nuestra confianza en el amor de Cristo. Es entonces cuando interviene María como Madre que nos suple, y la confianza renace, y se aviva la unión. Los bienes de la Madre son del hijo: todos los bienes de María son míos: mío su amor, mía su inocencia, mía su pureza, mía su humildad, míos todos los dones con que Dios la adornó.

Por eso en mi debilidad, en mi tibieza, en mis quiebras, puedo ofrecer a Jesús *como mío* el amor de su Madre, la fidelidad de su Madre, y así obtener de Él todas sus riquezas *como si yo mismo le amara.* ¡Qué fácil y qué eficaz resulta así, en unión con María, la devoción al Sagrado Corazón! Con el Apóstol podemos exclamar: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Rom. 8, 35). Nuestro amor puede desfallecer, pero el amor de María no desfallecerá jamás. Y siendo *nuestro* ese amor, jamás nos veremos sin amor mientras queramos usar de él.

11. María, mi tesoro: todo lo de Ella es nuestro.

Al alma se le hace psicológicamente difícil sentir que el tesoro de María es suyo, que todo lo de María es suyo. Como se le hace igualmente difícil percibir que Dios la ama con el mismo e idéntico amor con que ama a María, e incluso con el mismo e idéntico amor con que ama a Cristo.

Respecto a lo primero, si María es Madre, tiene sentimientos de Madre, y más perfectos y extremados que ninguna Madre sobre la tierra.

Si a una madre terrena le diéramos o regaláramos algo con la condición expresa de que sus hijos no lo participaran, ésa madre no lo aceptaría: con tal condición ya no querría nuestro don. Si Dios al colmar de dones a María le hubiera dicho: «Todo eso es para ti; pero no para tus hijos, sino para ti sola», la Virgen, dentro de su profundísima humildad, no hubiera podido menos de responderle: «Pues, en tal caso, o no me des esos dones, o bien no me hagas madre de los hombres ni me des sentimientos de madre para con ellos».

Es, pues, evidente, que cuanto Dios dio a María, se lo dio para mí, no sólo para Ella; y así todo lo de Ella es mío, puedo usar de ello como propio, ofrecerlo a Dios como propio, y esto por decisión y decreto del mismo Dios, que me la ha dado por Madre, ha querido fuera mi Madre, ha puesto en su corazón los sentimientos de madre.

Y si miramos los bienes adquiridos por industria de nuestra de Madre, mediante su correspondencia activa, su entrega al Amor, es igualmente evidente que cuanta riqueza alcanza o conquista una madre buena sólo para sus hijos la quiere, es de sus hijos. Puedo, pues, disponer de ella igualmente como propia.

Y son bienes totalmente míos, aunque sean muchos

los hijos que los participen o usen como suyos. Porque los bienes del espíritu, a diferencia de los materiales, no se dividen al poseerlos muchos, antes todos y cada uno los poseen enteros sin división. Por ejemplo, mi posesión de la verdad no es menos entera y total, y hasta exclusiva mía, porque la conozcan muchos que si la conozco yo sólo. Mi posesión de la verdad no disminuye, sino más bien aumenta, cuantos más son los que conmigo la participan.

12. Dios me ama con el mismo amor con que ama a María.

Respecto a lo segundo, es igualmente evidente que Dios me ama con *el mismo amor* que ama a María, pues el mismo amor que va a la Madre se extiende al hijo, que es amado precisamente porque es hijo de su Madre: sin esa extensión no se daría verdadero amor a la madre.

Y, en el caso, con amor igual en intensidad y eficacia: porque si Dios me hace hijo de María, o, lo que es lo mismo, hace a María mi Madre, es que quiere hacerme a mí hijo perfecto de Ella, imagen suya. No hijo raquítico y desmedrado, lo que sería en desdoro y desagrado de la Virgen María.

E igualmente al darme por Madre a la que es madre natural de su Hijo unigénito, muestra que quiere hacer en mí la imagen de su mismo Hijo Unigénito, haciéndome los mismos bienes que a su Hijo, amándome con el amor que ama a su Hijo.

Por otra parte, soy hijo del Padre celestial, e hijo de María, mediante la incorporación como miembro a Cristo. Mas el amor con que se ama a un miembro es el mismo que el amor con que se ama a la persona cuyo

es ese miembro. Por tanto, el amor con que a mí me ama el Padre Eterno es el mismo con que ama a su Hijo; y el amor con que me ama la Virgen María es el mismo con el que ama a su Jesús.

Y esa identidad de amor la quiso Jesús, y murió para que se diera y realizara en mí, para merecérmela; y esa voluntad de Jesús aparece en el hecho de que me diera por Madre a su misma Madre, de que me diera por Padre a su mismo Padre celestial: no hubiera hecho esa donación, si no quisiera que el amor de que Él es objeto se extendiera a Mí.

Sólo hay algunas diferencias de matiz, que no afectan, empero, a la identidad de ese amor. De ellas hablamos en EL AMOR. Aquí sólo indicaremos dos, sin entrar a explicarlas.

La primera es que, así como la vida deriva al hijo de la madre, así todo en nosotros deriva de María: ella es la fuente, nosotros los receptores y beneficiarios; e igualmente, todo nos deriva de Cristo: somos amados en Él y en Ella, por Él y por Ella —y por eso con el mismo amor—, no por nosotros mismos. Como no vive el hijo por sí mismo, sino por la vida que de los padres recibe.

Es la segunda, que si nuestra posesión de los bienes de Cristo y de María es plena, total y sin limitaciones, según vimos, *nuestra medida* de posesión no es comprehensiva, ni aun en el cielo.

Todos somos hijos distintos: imagen perfecta, no raquítica, de nuestra Madre; pero imagen distinta, pues su riqueza es indefinidamente imitable, como es infinitamente imitable la de Dios. Por eso ejercemos esa posesión según nuestro modo de ser, no la agotamos. Pero en el ejercicio de esa posesión no tenemos más límite que nuestra capacidad de usarla. Y así, cuanto

seamos capaces de querer usar, lo usaremos como verdaderamente propio.

Sólo teniendo esto presente nos servirá adecuadamente la consideración de las relaciones amorosas de la Virgen María con el Corazón de Jesús para adentrarnos en este Corazón, para sumergirnos en Dios y disponer de Él a manos llenas.

13. Solución de una dificultad.

Terminemos resolviendo una dificultad que fácilmente ocurre a nuestra mente. Si me ama Dios como a la misma Virgen María, y con el mismo amor que la ama a Ella, ¿Por qué no me ha hecho los mismos privilegios que a Ella? ¿Por qué no fuimos todos concebidos sin pecado original, no hemos sido exentos de la concupiscencia, no hemos sido liberados de la muerte y corrupción corporal como Ella?

La solución es muy sencilla. No nos ha dado esos privilegios porque no le inspirábamos la misma confianza que Ella.

Cuando un niño es pequeño e irresponsable, no se le regalan cosas valiosas. Si queremos mucho a un pequeñín de una familia, y deseamos regalarle un billete de mil pesetas, o un diamante que valga medio millón a una niña chiquitita de la que tal vez seamos padrinos, no entregaríamos billete ni diamante directamente al niño o niña, que no les duraría más allá de un día sin perderlos o estropearlos, sino que lo regalaríamos a la Madre para que se lo conservara y custodiara.

Y eso ha hecho Dios con nosotros, entregándolo todo a nuestra Madre, pero para nosotros —por eso la ha hecho nuestra Madre.

Todo don grande que Dios conceda a un alma, será para su ruina, si no es humilde: el orgullo lo destruirá pronto todo. Cuanto más extraordinaria sea una gracia, más sirve para ruina si no hay humildad. Y como todos tenemos una dosis grande de orgullo —la humildad de la Virgen ha sido única, total desde el principio, en que hizo entrega total a Dios de sí misma—, si nos llega a hacer sin pecado original, exentos de concupiscencia, perfectos y sin pecado, carentes de las disposiciones de humildad de la Virgen María, habríamos derivado al orgullo perfecto, que todo lo arruinara, cual sucedió a nuestros primeros padres, y cual sucediera antes, con resultado peor todavía, a los ángeles rebeldes.

Y esa es la razón también de que Dios a veces no nos libre de recaer en un pecado o en un defecto por más que se lo pidamos o deseemos: no lo impide porque sería dañoso a nuestra humildad.

Eso no quiere decir que no haya que seguir pidiéndolo y deseándolo: si no se pide y desea la enmienda, el pecado no engendra humildad; más si se pide y desea ardientemente, va engendrando humildad profunda, al ver que nada podemos lograr si de Dios no nos viene. Y cuando esa humildad sea suficiente, Dios nos remediará, no antes. Y al remediarnos, no nos envaneceremos, ni nos atribuiremos a nosotros lo que hemos experimentado como puro don de Dios, en cuya consecución todos nuestros esfuerzos fracasaran.

Si, pues, Dios nos hubiera dado directamente los privilegios y dones con que adornó a la Virgen, hubiera puesto un tesoro de infinito valor en manos de un chiquillo irresponsable, que irremediablemente lo hubiera consumido y destruido en el fuego de su orgullo. Porque el orgullo, cuando entra en el alma, es muy malo de curar.

Así Dios no nos da los dones de la Virgen porque no nos conviene. Y no nos conviene, porque nos falta su profundísima humildad —que es la entrega total de nuestra libertad.

Dios con la Virgen se arriesgó: tenía que arriesgarse porque había de ser su Madre, y su Madre no podía tener pecado. Pero se arriesgó después de disponerla de tal modo que la atrajo a Sí todo cuanto pudo.

No obstante, la entrega de la Virgen en el primer momento de su ser, fue libre, pudo haber fallado. Pero se entregó; y al ser entrega total ya fue irretractable, y en adelante no tuvo peligro.

En sus manos puso también todo lo nuestro: en Ella lo arriesgó. Y por eso hemos de tener agradecimiento inconmensurable a nuestra Madre que nos salvó con su entrega libre los bienes nuestros a Ella confiados, y puestos en sus manos, al revés de nuestros primeros padres, que hicieron lo contrario. Nunca podremos agradecer bastante a María, ni aun en el cielo, su humildad, docilidad y entrega.

Ni a Dios el que, arruinado el don que en Adán y Eva nos hiciera, la escogiera precisamente a Ella para asegurarnos un don muy superior.

Por eso, los dones y privilegios dados a María son exclusivos de Ella sólo si se mira al tiempo o momento en que le fueron concedidos: en el primer instante de su ser, Dios la consideró como adulta, confió en sus manos el tesoro que quería para todos.

Pero los privilegios de Ella serán también nuestros cuando, hijos ya crecidos, perfectamente formados hijos de Dios, estemos en el cielo.

Allí no existirán nuestros pecados pasados, porque de tal modo habrán sido lavados y raídos por la sangre de Cristo que nunca habrán existido —porque no existirán para Dios, fuente de toda existencia—: allí no

nos sentiremos pecadores, ni siquiera en el pasado, de lo contrario ese recuerdo nos amargaría, lamentando eternamente haber pecado, no haber sido fieles a Dios: para Dios ese pecado no existió —redención sobreabundante de Cristo—, y por lo mismo tampoco habrá existido para nosotros: así participaremos el privilegio de la Inmaculada Concepción; allí estaremos en cuerpo y alma como María lo está ahora; allí nos sentiremos Madre de Jesús, a quien habremos formado en nuestro propio ser, transformado totalmente en Él.

Esto explica en gran parte la distribución de gracias, así como la diferencia del sentimiento pasivo de la familiaridad con Dios.

Dios se manifiesta según convenga al alma. Y el grado de esa manifestación es totalmente dependiente de la humildad.

No es que dé sus dones como premio al humilde. Es que al humilde le da sus dones y familiaridad porque no le van a hacer daño; los niega al soberbio, porque le harían daño.

Y esa humildad no siempre va dada por la fidelidad material a Dios, cuya perfección puede en parte depender de otras muchas causas. Por eso puede haber un pecador más humilde que un justo: en tal caso será más mimado el pecador que el justo, se le manifestará más Dios.

Capítulo VIII

NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

«Fuente de los jardines, pozo de aguas vivas que fluyen con ímpetu del Líbano» (Cant. Cant. 4, 15).

A medida que, con el progresar de la devoción al Corazón de Jesús, se iban viendo con mayor claridad las relaciones de la Virgen María con Él, de las que hablamos en el capítulo anterior, era de necesidad que esas relaciones acabaran expresándose en un título que, en forma breve y sintética, las presentase a nuestra consideración, canalizándolas y haciéndolas a todos fácilmente asequibles. Cuando la tierra está empapada en agua de las lluvias, pronto brotará la fuente, que se convierta en río que recoja todas las aguas y fecunde los campos con su riego, convirtiéndolos en jardines.

1. Origen histórico de este título mariano.

Y fue precisamente un alma enamorada del Corazón de Jesús y de su Madre santísima quien descubrió esa fuente, quien formuló ese título.

El P. Julio Chevalier, que habría de fundar la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, ya desde sus tiempos de seminarista no tuvo más que un ideal al que todo lo ordenó: que el Corazón de Jesús fuera amado por todos y en todas partes. De ahí el lema que legó a los suyos: «Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús».

Para inspirarse en ese amor tomó los dos modelos egregios que más habían tratado, conocido y amado al Corazón de Jesús en esta tierra: la Virgen María y San José. Respecto a éste, fundaría más tarde una Asociación de Amigos del Sagrado Corazón, bajo el patrocinio de «San José, modelo y patrón de cuantos aman al Corazón de Jesús».

Respecto a la Virgen María, que es lo que aquí nos interesa, era tal la vinculación que veía entre Ella y el Corazón de Jesús que quiso fundar la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón precisamente en el día mismo en que Pío IX definiera la Inmaculada Concepción (8 de diciembre de 1854), y tras una novena preparatoria dirigida, no al Sagrado Corazón, sino a la misma Virgen, mostrando que solo de Ella esperaba acertar con el camino que lleva al Corazón de su Hijo, que sólo Ella podía mantener en el corazón de sus hijos el verdadero espíritu de la devoción al Corazón de Jesús.

Por eso la prometió que, si le daba éxito en su empresa, la honraría con un nuevo título.

Que su confianza en María no fuera vana se lo confirmó el santo Cura de Ars, a quien fue a consultar al experimentar las dificultades y fracasos con que tropezaba su fundación. San Juan Vianney le dijo: «No se preocupe: la Virgen María lo hará todo en su Congregación».

Mas el nuevo título prometido a la Virgen no acababa de cuajar en su mente. Se estaba ya acabando la

basílica dedicada al Sagrado Corazón en Isoudun, y aun se discutía qué imagen de la Virgen se pondría y bajo qué titulación. Cuando se proponían varios títulos, él exclamó de pronto: «pondremos a Nuestra Señora del Sagrado Corazón».

2. El significado del título según su morfología.

Nuestra Señora es, según vimos, el nombre con que por antonomasia se designa en Francia a la Virgen María. Equivale al castellano la Virgen, y el título puede muy bien traducirse por «Virgen del Sagrado Corazón». Y efectivamente, fue esta última formulación, y no la primera, la que la Iglesia adoptó en la liturgia de la fiesta que posteriormente se instituyó en su honor, de modo que el título litúrgico es actualmente: «VIRGEN DEL SAGRADO CORAZÓN».

La partícula DE, en los títulos marianos, indica siempre relación, cuya naturaleza habrá de deducirse del segundo término. En los títulos locales, será una relación local —normalmente recordando su relación con el lugar en que se apareció, o en que su imagen se encontró—. En los títulos doctrinales, la relación será doctrinal, y su matiz habrá que tomarlo igualmente del segundo término. Basten dos ejemplos:

Si hablamos de Nuestra Señora del Buen Consejo, o Madre del Buen Consejo —Mater Boni Consilii—, claro está que expresamos una relación especial entre María y el Buen Consejo, ya sea considerándola como Madre del Consejero por antonomasia, Cristo —«Consiliarius», Is. 9, 6—, ya sea como inspiradora de los fieles a fin de que acertadamente elijan y decidan.

Si la llamamos «Madre del Amor Hermoso» (Eccli. 24, 24), recordamos una relación —de maternidad— en-

tre Ella y Jesús, el único amor puro y santo, al que el pueblo canta como «Amor de los Amores» en sus transportes eucarísticos, al mismo tiempo que reconocemos que sólo de Ella han de esperar nuestras almas el único amor que puede embellecerlas, que es el amor de Dios.

En general, siempre que para venerar el nombre de María lo unimos a otro objeto, expresamos las relaciones íntimas que con ese objeto guarda, y de las que sale un nuevo encanto con que nuestra Madre nos atrae.

El título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús expresa así las relaciones que median entre María y el Corazón de Jesús; y siendo el Corazón de Jesús símbolo del Amor, las relaciones de María con el amor de Cristo, tanto humano como divino.

Mas las relaciones con el Amor son necesariamente relaciones de amor. Y estas se reducen fundamentalmente a tres: aspecto pasivo —ser amados—; aspecto activo —amar—; unión y como identidad resultante de esas dos direcciones del amor, que hacen uno sólo de los dos que se aman, haciéndoles compartir cuanto posee cada uno, asociando a cada uno a la actividad del otro —el que ama nunca quiere obrar o actuar sólo, sino en compañía y colaboración con el amado—.

Toda esa plenitud de relaciones expresa realmente el título, o al menos puede expresarla. Lo cual no quiere decir que el que lo usa se dé necesariamente cuenta de todas ellas; antes puede prestar más atención a una que a otra, o incluso sólo a una que especialmente le atraiga.

Y seguramente, ni el mismo que por primera vez lo formuló vio toda su riqueza: todo título nace como una fuente, que si el terreno es rico en aguas se convertirá primero en arroyuelo —torrente que inunda gloria—, y más tarde en río caudaloso que anega en paz (Is. 66,

12). Pero ningún río en su primer brotar es ya río: sólo es fuente.

3. El significado del título en la mente de quien por primera vez lo usó.

Los que lo oyeron enunciar por vez primera creyeron expresaba mera relación local: Nuestra Señora del Sagrado Corazón, es decir, la Virgen venerada en la basílica del Sagrado Corazón —que se estaba acabando—. Mas la respuesta del Fundador les sacó de su engaño, incitándoles a contemplar la riqueza doctrinal que él mismo en el título veía:

«Al pronunciarlo, damos gracias y glorificamos a Dios por haber escogido para formar en su seno virginal y de su más pura sustancia, el Corazón adorable de Jesús. Honraremos especialmente los sentimientos de amor, de humilde sumisión, de respeto filial que Jesús experimentaba hacia su Santa Madre... Suplicaremos a la Virgen compaciente que nos conduzca al Corazón de Jesús, que nos revele los misterios de misericordia y de amor que el Sagrado Corazón encierra...».

Poco tiempo después, funda la archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón —que en poco más de 20 años alcanzaría más de veinte millones de asociados—, y al precisar sus fines, aparecen ya explícitas las tres clases de relaciones, aunque no en toda su comprensión y riqueza:

«Primero, ensalzar la gloria de nuestra Madre por este nuevo título que hace resaltar tan admirablemente sus gloriosas prerrogativas (=Excelencias de María derivadas del amor divino: María amada). Segundo: Tributar al Corazón de Jesús por medio de María el culto de adoración, amor, y sobre todo reparación que

Él pide (=María amante, y como tal nuestro modelo y nuestro guía). Tercero: glorificar el poder de intercesión de la Santa Virgen sobre el Corazón de Jesús, confiándole el buen éxito de las causas difíciles y desesperadas, tanto en el orden espiritual como en el temporal» (=Unión de amor, que hace comunes los bienes y la misma actividad de las personas que se aman).

No seguiremos los pasos de desarrollo histórico por los que este título pasó de fuente a arroyuelo, y finalmente a río caudaloso, que refresca y fecunda a la Iglesia de Dios, como lo hace la devoción al Corazón de Jesús a la que se ordena. Esa es obra de los historiadores, que escasamente podría interesar a los lectores. Y esta sólo quiere ser una obra de piedad, y que fomente la piedad. Si por ello no quiere hacer teología, menos todavía historia.

4. El significado total.

Por eso nos limitamos a condensar el contenido del título, aplicándole lo que de las relaciones entre el Corazón de Jesús y María dijimos en el capítulo anterior:

Nuestra Señora del Sagrado Corazón se nos presenta como modelo perfecto de la devoción al Corazón de Jesús, y como Maestra y Guía que nos ha de introducir en el Corazón de su Hijo. Resume así en cierto modo este título toda la devoción a la Virgen, cuya misión es darnos a Jesús y llevarnos a Él, al poner ante nuestros ojos sus relaciones con el Amor de Dios, que es también el Amor de Jesús, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad (Colos. 2, 9).

Esas relaciones arrancan de Dios —la Virgen como Amada—; se completan con la correspondencia libre de María —la Virgen como Amante—; y se terminan

en la unión perfecta, en que todos los bienes son comunes, común toda la actividad —la Virgen como tesorera y dispensadora de todos los dones divinos, con verdadera omnipotencia por donación del Amor; la Virgen asociada a la acción divina con que somos engendrados y formados hijos de Dios: si Dios es nuestro Padre, Ella es nuestra Madre, y ambos obran en nosotros juntos e inseparables, aunque con matiz diferente.

5. La Virgen como Amada y la devoción al Corazón de Jesús.

El verdadero devoto de Nuestra Señora del Sagrado Corazón no se complace tanto en los dones que Ella de Dios recibiera, cuanto en que esos dones son regalo del Amado, manifestación del infinito Amor con que a nuestra Madre amó.

Con esto alcanza un doble resultado. El primero: complacer a María, quien no se alegra en la inmensidad de privilegios y gracias recibidas —si en algo los aprecia, no es por Ella, sino por nosotros, como riqueza nuestra—, sino en el amor que supone y manifiesta esa donación de parte de Dios: su gozo es simplemente ser amada. Como la esposa no aprecia el valor material del anillo que recibe del esposo, sino el amor de que ese anillo es testimonio: ante la alegría que ese amor le produce, pasa a segundo término la complacencia que pueda engendrar el valor del anillo.

Por eso la Virgen se mantuvo siempre tan humilde, porque nunca se complació en los dones recibidos, sino en el amor con que Dios se los daba.

Y por eso le agrada tanto este título, porque le recuerda el infinito Amor con que es amada; porque con

él la contemplamos tal cual Ella misma se contempla: como Amada, como puro don y regalo del Amor.

El segundo resultado es darnos a conocer a nosotros el amor infinito con que Dios nos ama a todos, y la eficacia inimaginable de ese amor en cuantos, cual la Virgen, no le ofrecen resistencia.

En efecto, al hacer a María Madre nuestra, nos muestra claramente que los dones a Ella concedidos no son precisamente para Ella, sino para nosotros, como es de los hijos cuanto la Madre tiene. Por eso, todo el Amor que en Ella se ha vertido, ha de contemplarlo cada uno como deseoso de vertirse en él mismo. La misma maternidad divina ha de ser participada por nosotros, ya que todos hemos de engendrar a Jesús en nuestra alma, con ayuda de la Virgen, que en ella lo siembra, y en ella infatigablemente cuida de su desarrollo y crecimiento.

En este aspecto, la devoción a la Virgen del Sagrado Corazón nos conduce a la comprensión del infinito Amor con que Dios nos ama, poniendo de relieve la primera y principal vertiente de la devoción al Corazón de Jesús: la fe en su Amor, en el infinito Amor con que nos ha amado, para poner en Él toda nuestra confianza. Si nadie puede dudar de su amor a María, nadie puede dudar de que ese mismo amor se vierte en todos los hijos de María.

6. La Virgen como Amante, modelo de la devoción al Corazón de Jesús.

Mas nuestra creencia en el Amor divino debe completarse con nuestra correspondencia a ese mismo Amor: Amemos a Cristo, porque Él nos amó primero (1 Joan. 4, 19). Es la segunda parte o vertiente de la

devoción al Corazón de Jesús: ciertamente menos importante que la primera, pero como ella igualmente necesaria.

Y también en este aspecto, Nuestra Señora del Sagrado Corazón nos conduce a la verdadera devoción al Corazón de su Hijo, al presentársenos como modelo perfecto de amante.

Desde que, en el primer instante de su existencia, se entregó libremente y con toda perfección y absolutez al Amor divino con que se sentía amada, ya jamás en su vida se retractó, ni en lo poco ni en lo mucho, de esa perfecta entrega: es la única creatura humana que jamás resistió al Amor divino, que correspondió siempre perfectamente a él. Sólo Ella ha amado siempre a Dios «con todas sus fuerzas, con toda su mente, con todo su corazón» (Mt. 22, 37). Y así nos sirve de modelo que debemos imitar en el amor.

Y no solo de modelo, sino también de aliento y de ayuda. De aliento, porque su correspondencia puede también ser la nuestra, ya que los hijos deben haber heredado la capacidad de la Madre. De ayuda, porque siendo Madre, todo lo suyo es nuestro, y así también es nuestro su amor a Dios, verdaderamente nuestro, de modo que podemos usarlo como propio para suplir las deficiencias de nuestro amor menguado, ofreciéndoselo a Dios.

7. La Virgen partícipe en los bienes y actividad del Corazón de Jesús.

Finalmente, el Amor se termina, no sólo en la cuasiidentificación de los que se aman, sino en la comunicación y participación de bienes, en la asociación en toda actividad: quien entrega su persona, no puede regatear

sus bienes al amado; quien ama, no gusta de obrar sólo, sino acompañado.

Y esa comunicación y asociación son perfectas donde es perfecto el amor. Del mismo amor humano, destinado a engendrar hijos para el mundo, se dice en la Escritura: «serán dos en una sola carne» (Gén. 2, 24; Mt. 19, 6). Si tal unión se da en lo que es mero símbolo de la fecundidad sobrenatural (Efes. 5, 32), ¿cuál será la unión de acción entre Dios y la Virgen, Cristo y la Virgen, cuando Él actúa en nosotros como Padre, y Ella como Madre, para engendrarnos a la vida sobrenatural, cuidar de su desarrollo y crecimiento, y moldearnos hasta hacernos perfectos hijos de Dios, como es perfecto nuestro Padre?

Por eso, todos los bienes de Dios son de María, y de ellos dispone libremente como podría disponer Dios mismo: la riqueza y la omnipotencia de Dios están en sus manos. Y están, por designio del mismo Amor divino que la quiso Madre nuestra, para ser usadas en favor nuestro, porque una Madre nada quiere si no es para distribuirlo entre sus hijos.

Por eso, la devoción a Nuestra Señora del S. C. implica la más dulce y segura confianza en Ella, sabiendo se ocupa de todo lo nuestro, tanto de lo material como de lo espiritual, igual de lo temporal que de lo eterno. Quien la sabe Madre suya, por nada puede ya inquietarse, nada puede temer.

No siempre entenderemos sus caminos. Pero, por extraños que nos parezcan, y por mucho que en ocasiones puedan desconcertarnos, sabemos que cuanto nos sucede viene, o querido, o permitido por nuestra Madre para mayor bien nuestro: que en ese querer o permitir sólo la guía el amor de Madre que nos tiene.

Y también aquí Nuestra Señora del S. C. nos es

modelo y ayuda en la vía de la devoción al Corazón de su Hijo.

Ayuda, porque nos suple y sustituye en nuestras deficiencias: siendo su amor, sus virtudes e inocencia, sus tesoros nuestros, siempre podremos presentarnos agradables al Corazón de Jesús si nos vestimos de las disposiciones de Ella, ofreciéndoselas como propias.

Por esa vía hallaremos siempre abierto para nosotros el Corazón de Jesús: nada nos impedirá entrar y habitar en Él, tenerlo contento: ni nuestros pecados, ni nuestra frialdad, ni nuestro olvido e ingratitud. Si sabemos usar del tesoro que se nos dio en la Virgen María, nada de eso nos estorbará o impedirá el trato con Jesús y la inundación de su misericordia; todas las puertas y secretos de su divino Corazón se nos abrirán y comunicarán, y jamás hallaremos en Él puerta cerrada que no podamos fácilmente abrir si usamos de esta suplencia de nuestra Madre.

Modelo, porque nuestra correspondencia al Amor nos hace también participar como Ella en los bienes divinos, en la medida de nuestra entrega al Amor. Mas Ella nos enseña cómo usar de esos bienes puestos a nuestra disposición; cómo unirnos a la actividad divina ofreciéndonos a ella como instrumento dócil.

Como Ella, hemos de salir del egoísmo, usando de esos bienes, y enderezando esa nuestra acción instrumental para dicha y utilidad de los demás.

Es la escuela de la caridad: Si todos somos hijos de María, nada más agradable a Ella que el emplearnos totalmente en hacer felices a sus hijos: tal es el deseo de Ella, así como el deseo de nuestro Padre Dios. Ni hay otro modo de mostrar que es verdadero el amor que a Dios y a la Virgen tengamos, si no es amando a los hermanos: «Si alguno dice que ama a Dios, y no ama al hermano, es un mentiroso» (1 Joan. 4, 20. 21).

Por eso, todos los bienes recibidos, sean materiales o espirituales, los hemos de querer únicamente para el servicio ajeno, viendo en todos «hijos de Dios y de María», a quienes queremos agradar y servir. Sólo entonces imitaremos a María, alegraremos su corazón.

Espíritu de servicio en lo material, queriendo y usando los bienes de esta tierra, no para utilidad y comodidad nuestra, sino para utilidad y comodidad de todos los hijos de Dios.

Espíritu de servicio en lo espiritual: no buscando nuestra santificación o salvación —eso hemos de dejarlo confiado en manos de Dios y de nuestra dulce Madre: «cuida tú de Mí y de mis cosas, que yo cuidaré de ti y de las tuyas»—, sino la santificación y salvación ajena; trabajando, sí, en santificarnos, mas no por nosotros, sino por ellos. El que ama su alma la perderá; y el que por Cristo la perdiere u olvidare, ése la encontrará (Mc. 8, 35; Lc. 9, 24).

Es en ese olvido de nosotros mismos para darnos totalmente, por amor a Cristo, al servicio ajeno, donde imitaremos a la Virgen, transformándonos en Ella en la perfección de la filiación divina que Dios ha querido destinarnos.

Entonces seremos como Ella y con Ella reparadores de todos los pecados del mundo, intercesores por todas las necesidades, verdaderos corredentores, verdaderos mediadores que, al entregarnos al amor, llevemos en nosotros y con nosotros la entrega de todos aquellos que se olvidan de Dios y rechazan su intimidad. Y en ese suplirlos y representarlos ante Dios ha de estar el meollo de la verdadera caridad fraterna que Dios nos pide, y que nos acabará haciendo del todo semejantes al Corazón de Jesús y al Corazón de su dulce Madre.

Ahí ha de llevarnos la verdadera devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Y mientras ahí no llegue-

mos, es que nos hemos detenido en la mitad del camino, interpretándola sólo parcialmente.

Sólo si la vivimos totalmente nos sacará de nuestro egoísmo, transformándonos en el Amor, que extingue, por definición, todo egoísmo: El que ama ya no piensa en su persona, sus cosas e intereses, sino sólo en la Persona, en las cosas y en los intereses del Amado.

De cada una de las relaciones que abarca el título se tratará con detalle en otro libro.

Mas aquí haremos sólo una sucinta aplicación a la vida de María de los tres aspectos de su relación con el Amor, con lo que podrá ya el alma descubrir por sí misma cuánto puede ayudarla en la consideración de su Madre, y en la devoción a Ella, el mirarla desde el punto de vista de estas relaciones.

Capítulo IX

LA AMADA: LAS RELACIONES DEL CORAZÓN DE JESÚS A LA VIRGEN MARÍA, QUE FUNDAN SU PERFECCIÓN ONTOLÓGICA, Y SON ORIGEN DE TODOS SUS DONES, PERFECCIONES Y PRIVILEGIOS

«Con un amor eterno Yo te he amado; por eso con ternura te atraje a Mí» (Jer. 31, 3). — «El Señor Me poseyó en el principio o comienzo de sus caminos» (Prov. 8, 22).

1. El amor simbolizado en el Corazón de Cristo.

El amor simbolizado por el Sagrado Corazón es todo el amor de la Persona de Jesús, no sólo todo su amor humano, sino también el divino y eterno —común a las tres divinas Personas—, en cuanto tiene por objeto cuanto es exterior al mismo Dios.

Así la Iglesia, en el Oficio de su fiesta, le atribuye la creación, y, de un modo especial, la Encarnación, cosas ambas que no pueden proceder sino del amor divino, ya que preceden a la existencia del humano. Y, no obstante, ese amor que le impulsa a hacerse hombre, que lo convierte en artífice del universo, lo refiere al

Sagrado Corazón. Así lo canta en el himno de Maitines:

«Autor feliz del siglo, Oh Cristo, Redentor universal, Luz de la Luz del Padre, Dios veraz de verdadero Dios: Tu amor fue el que te forzó a tomar cuerpo mortal, para que, Adán nuevo, devolvieras, lo que el viejo nos había arrebatado. — Aquel tu amor, artista soberano de la tierra, del mar y de los astros, que compadece los extravíos de nuestros Padres, y rompe nuestras cadenas. — No se aparte *de tu Corazón* aquella vehemencia de amor ínclito: y de esta fuente las naciones beban la gracia del perdón».

2. La creación y predestinación de María, efecto del amor infinito y eterno de Dios.

Si toda la creación es obra del Amor —artista soberano— del Corazón de Cristo, es claro que la creación de María también es obra de ese amor.

Y si su amor le movió a encarnarse, dicho está que ese mismo amor le inclinó a elegir a María por Madre suya, y que, por tanto, la Maternidad divina de María con todas sus consecuencias es realmente *un efecto* de esa relación de amor gratuito, antecedente del Corazón de Jesús a Ella.

Para encarnarse hubo de escoger Madre de la que naciera. Para escogerla necesitó una especial predilección por Ella. Esta predilección gratuita es la causa determinante de la elección, el motivo de la Maternidad divina de María. En todos los órdenes antecede esta predilección a la Maternidad.

Entre los hombres, el amor sigue a la maternidad, porque los hombres no escogen madre: la naturaleza les inclina a amar la que les da. Mas nadie puede inclinar a Dios, si no es Él mismo: su voluntad es la causa

de todo cuanto es... su mirada de amor, lluvia es de dones. No es antes el don que el amor, ni antes la perfección que la complacencia, sino uno y otra efecto de su complacencia eterna e inmutable. María, nada de sí misma como creatura, debe a esta caridad perpetua del Corazón de Jesús todo su ser y su grandeza.

3. Existencia eterna de María en Dios.

Y esa mirada eterna de amor, que causa la existencia de María en el tiempo, con todas sus excelencias y grandezas, le confiere también una existencia eterna en la mente divina: existencia verdadera, y llena de prodigiosa actividad con la que acompaña a Dios en sus obras. Así lo reconoce la Iglesia al aplicarle lo que de la Sabiduría de Dios consigna la Escritura:

«El Señor me poseyó en el principio de sus vías o caminos, desde el principio, antes de que hiciera cosa alguna. Desde la eternidad soy ordenada, mucho antes de que la tierra fuese hecha. No existían aun los mares, y ya era Yo concebida, cuando aun no habían brotado las fuentes de las aguas, ni asentádose aún los gigantescos montes: antes que los collados era Yo engendrada. La tierra aun no había hecho, ni los ríos; ni fijado los goznes sobre que el orbe gira. Cuando Él disponía los cielos, Yo le asistía; cuando con ley cierta y con muro contenía los mares; cuando en lo alto fijaba el firmamento, y dividía las aguas de las aguas; cuando con su término circundaba el mar, y ponía ley a las aguas, que no traspasasen sus límites; cuando colocaba los fundamentos de la tierra: con Él estaba Yo disponiéndolo todo. Y me gozaba Yo continuamente, cual si jugara de continuo en su presencia, regocijándome en

la anchura de la tierra; y mis delicias en estar con los hijos de los hombres» (Prov. 8, 22-31).

Así María, amada de Dios desde toda eternidad hasta elegirla como Madre de su Verbo, se asocia íntimamente a Este, y con Él está presente en el seno del Padre, poseída por el Padre, como es poseído su Hijo; poseída desde el principio de los caminos de Dios, desde el primer momento en que de toda eternidad concibe y decide como salir de sí mismo para manifestarse y como hacerse presente por múltiples vías en la creación.

Allí está poseída. Pero todavía no actúa como el Hijo, que pertenece a la vida trinitaria: el Hijo para el que todo va a ser hecho, todo va a ser creado.

4. Existencia activa de María en la mente divina.

Pero desde el momento en que se inicia de hecho la obra creadora, la vida de la Virgen en el seno del Padre ya no es meramente pasiva, sino activa, porque se asocia a toda la actividad del Verbo como encarnado, en virtud de la relación que como Madre ha de tener con Él.

Por eso, al iniciarse en el texto la descripción de la creación, María aparece, asimilada y unida a su divino Hijo, como el instrumento del que Dios se sirve en esa creación, como fin a la que todo lo creado se ordena. Hasta ahora sólo era objeto pasivo del amor de Dios. Ahora acompaña activamente a Dios en su obra creadora. Ella *le asiste en esa obra,* «disponiéndolo todo».

Y todo sale según el gozo de Ella, todo es producido como un juguete para que ella se goce en la divina presencia divirtiéndose con él; los mismos hombres serán

creados porque Ella manifiesta que tendrá sus delicias en estar con ellos.

Si todo se hizo para gozo de Cristo, para gloria de Cristo-Hombre, no menos se hizo para gozo de María, para gloria y triunfo de María: pues uno mismo es el gozo, la gloria y el triunfo de ambos, indisolublemente unidos por la eterna complacencia divina que la eligió para Madre de su Hijo.

Aparece así María en la creación como cocreadora; e influyendo tan eficazmente en la obra que sale de las manos de Dios que todo sale según los deseos de Ella: existen las cosas que Ella quiere, como las quiere, y para el fin que las quiere; y nada se origina sin que medie el deseo y complacencia de su voluntad.

5. María, Consejera y Asesora de Dios en la obra de la creación.

Isaías (9, 6) llama al Verbo Encarnado, que nacerá de una Virgen, «Consejero, Dios». Precisamente por ser Dios —la Sabiduría eterna del Padre— guía y orienta la acción creadora de Este. Pero Isaías le llama Consejero como «Dios con nosotros» (Is. 7, 14; 8, 8; cf. Mt. 1, 23), como *encarnado,* como Hombre: y también como Hombre es Consejero del Padre en la creación, no en cuanto Sabiduría divina que le diga lo que ha de hacerse y cómo hacerse y ordenarse, sino como corazón humano de su Hijo, cuyos deseos humanos desea complacer en toda su obra creadora, pues para Él la hace, según el Corazón humano de Cristo la ha de desear, ya que por ese mismo Corazón ha de volver a incorporarse a Dios cuanto de Él salió por la obra creadora.

Mas Dios dio a su Hijo una Madre que fuera total-

mente según su Corazón: los mismos sentimientos humanos había de heredarlos el Corazón de Jesús del Corazón de su Madre, y habían de formarse y desarrollarse luego en la escuela de su Madre. Unos mismos son los sentimientos, los deseos y los gustos del Corazón de Jesús y los sentimientos, gustos y deseos del Corazón de su Madre.

Y esa identidad de sentimientos, deseos y gustos se hace incomprensiblemente profunda tanto por el amor que los une, como por la docilidad total de Ella a la moción divina.

Si, pues, la voluntad y deseos de la voluntad humana del Hijo de Dios dirigen como fin buscado la obra creadora del Padre, con la misma verdad se puede decir que la dirigen la voluntad y los deseos de María. Ella, indisolublemente unida a su Hijo, está presente y actuante en la acción creadora, jugando ante Dios, gozándose en la obra de Dios, disponiendo con su deseo y con su gozo cuanto Dios ha de crear, que sale todo como juguete que el Padre hace para el Hijo de su corazón.

Y así todas las creaturas deben su existencia a que María se complace en ellas: existen las que Ella quiere, y como las quiere, y solo las que quiere.

Con Isaías (14, 13) y con San Pablo (Rom. 11, 34) podemos preguntarnos admirados: «¿Quién pudo ser su Consejero?». Y la respuesta, aunque pasmosa, es que en la ejecución de la obra creadora, de toda la obra de Dios fuera de sí, sí tuvo un Consejero: el Corazón humano de su Hijo, para cuyo gusto lo hace todo, y el Corazón de la Madre de su Hijo. Y decimos *Un* Consejero, porque la orientación que de esos dos Corazones recibe es una y única, por la unión que la predilección eterna del Padre había obrado entre ambos, decidiendo formarlos con la misma voluntad, los mismos sentimientos,

los mismos deseos, los mismos gustos, determinando la existencia y el ser de ambos por «un mismo y único decreto eterno» de su voluntad (Pío IX y Pío XII).

Nuestra mente no acaba de entender cómo lo que está presente en el seno de Dios, en el pensamiento y decreto divinos, tiene ya verdadera vida, y plena actividad vital, aunque todavía no haya empezado a vivir fuera de Dios, no haya salido de Dios. No podemos comprender que Dios es «La Vida», Dios el «Ser» y la «Existencia», y que nada vive, es o existe más plenamente que aquello que vive, es y existe para Él y ante Él, según la complacencia de su voluntad.

6. Se corrobora la actividad de María en la creación antes de su existencia temporal.

Sólo podemos explicar ese misterio con otro quizá mayor, del que también nos habla la Escritura, que muestra sin lugar a dudas la actividad y existencia personal de la Virgen María en el seno de Dios, mucho antes de que esa existencia se plasmara fuera de Dios con la creación externa de María.

Vimos cómo, tras la primera fase de la creación —aparición del universo sensible y de los espíritus angélicos—, María es presentada a éstos como Mujer vestida de sol (cf. cap. II), y la adhesión o rechazo de Ella decide de la predestinación de los ángeles y de la condenación de los demonios: su presencia para los ángeles no pudo ser más real, ni su acción e intervención más eficaz, ni más tremendamente efectivo y palpable el objeto al que dedican su amor o su odio.

Si tal influjo ejerce en la decisión definitiva y en el destino eterno de los ángeles, mucho antes de ser Ella exteriormente creada, ya no nos extrañaremos tanto

de que su presencia ante Dios influyera en la acción creadora, para que de las manos divinas salieran a la existencia todas y solas las creaturas por Ella deseadas.

Y cuando, tras el pecado original, Dios se dirige a la Serpiente, María aun no había sido exteriormente creada —faltaban para ello todavía miles de años—.

Pero no por ello está menos realmente presente a la Serpiente infernal, ni menos terrible y formidablemente enemiga, cuando Dios le dice, señalándosela: «Enemistades pondré entre ti y la Mujer (=la vestida de sol), entre tu descendencia y la suya; Ella quebrantará tu cabeza» (Gén. 3, 15).

No era a la mujer Eva, vencida por él, a la que el demonio temía. Era la Mujer, la vestida de sol, que le perseguía como una pesadilla, le impedía tener paz en su odio, le amargaba y le convertía en verdadera y total derrota la mísera victoria que de Eva consiguiera.

Por eso, desde que en la eternidad divina se decidió la encarnación del Verbo, que de tal modo se complació en María que la eligió por Madre, María, aunque no es nada todavía en sí misma —y sólo Dios sabe cuánto tiempo habría de pasar para que fuera algo en sí misma—, lo es todo ya en la mente de Dios, en el seno de Dios, en la voluntad del Verbo —fuente de toda verdadera realidad—; y, en maravillosa relación de amor, influye en todas sus obras, que se ordenan a hacer resaltar más su grandeza: todos los seres le deberán así el ser, como a verdadera Madre universal; y sólo por Ella podrán esos seres alcanzar sus respectivos destinos.

7. María, la obra de los siglos.

Contemplemos así al Verbo amando de toda eternidad a María... y por ese amor inclinándose a Ella, esco-

giéndola por su Madre...; y ya puesta esta elección, convirtiendo hacia Ella más y más miradas de amor: de ese mirar de Dios que «es hacer mercedes» (San Juan de la Cruz): y esas mercedes y privilegios atrayendo aun más la mirada divina, con nuevo amor y complacencia en Dios, que se traduce en nuevas grandezas y privilegios, como inundaciones sucesivas del mar infinito del infinito Amor.

María es así la obra de los siglos: Dios se recrea en Ella sin prisas: la prepara y adorna más y más en su mente, cual si su misma sabiduría infinita no acertara el modo de hacerla digna de ser Madre de su Hijo —y efectivamente, nos parece que ni Dios mismo la puede hacer verdaderamente digna de ser Madre de Dios—: y sólo tras modelarla toda una eternidad en su mente, acaba plasmándola en la realidad tal cual la concibió, cuando llegó el tiempo en que el Hijo eterno del eterno Padre se había de hacer también hijo de María.

Luego quedaría la eternidad subsiguiente para enriquecerla más y más en contacto y unión con su Hijo: y ese enriquecimiento y progreso no acabará jamás, porque insaciable es Dios en su amor, en su deseo de colmar de bienes, de comunicarse más y más a Sí mismo como sumo e infinito Bien.

8. Todo procede en María de la mirada amorosa, eterna y gratuita de Dios.

De esa mirada amorosa, eterna y gratuita de Dios —gratuita porque no tiene causa alguna, fuera de la misma voluntad insondable divina—, proceden todas las grandezas de María, maravillosamente engarzadas y dependientes entre sí, en unidad inimaginable, aunque

complicándose siempre con nuevas relaciones de amor incomprensiblemente íntimas.

Porque Amada, Madre; porque Madre, Inmaculada, Corredentora, Mediadora, Madre de los hombres redimidos por su Hijo, Reina con él de Cielos y tierra, glorificada con Él, Asociada a toda su obra, a su actividad con relación a la creación entera, introducida en la misma Vida Trinitaria como por derecho propio —el derecho de la Madre del Hijo—, y por ello, como primera creatura a esa Trinidad introducida, bandera que a todos invita, puerta que a todos abre el acceso a la visión divina si de Ella quieren servirse, que cierra la entrada a cuantos no la aman ni la aceptan. Pero de todo esto se hablará en detalle en el libro LA AMADA. Nada podemos decir aquí.

9. El gozo sumo de María es el sentirse amada, el ser objeto y término del amor infinito de Dios.

Y toda esa grandeza de María, todos esos dones de que está adornada, son el efecto del amor de Jesús, son el fruto del ardor infinito que le inclina a manifestarse, a comunicarse a sus creaturas.

María conoce esos dones recibidos. Conoce cual nadie su incomparable grandeza. Se regocija en ella. Pero, enamorada totalmente de su Jesús y de su Dios, lo que más le agrada es que son un don de Él. La esposa que en su mano muestra una sortija salpicada de diamantes, si de verdad está enamorada, la aprecia más por ser don de su esposo, testimonio y recuerdo de su amor, que no por lo precioso de ella.

Y María es la más grande, la más delicada en el amor: por eso, lo que más la complace es que todo eso no es suyo, ni se debe a su esfuerzo o a su mérito, sino

que son dones de su Amado... y los aprecia inmensamente más por ser don de su Amado, que no por lo que en sí son.

Es la humildad inconcebible de María, que mana como torrente de gozo y alegría de su no menos inconcebible amor a Dios: amor y humildad tan interdependientes y trabados que en realidad son una misma cosa: amor humilde y exultante de gozo de la creatura al Creador, amor humilde y lleno de ternura adoradora de la Madre de Dios a Dios.

Por eso precisamente le es tan agradable este título, con que contemplamos todas sus perfecciones, y aun su misma persona, como derivadas del amor de su Amado. Por eso Ella es la primera en cantar esa dependencia en versos que respiran alegría la más arrebatada, gozo inefable:

«Engrandece mi alma al Señor, y alegróse mi espíritu en Dios mi Salvador: porque miró la pequeñez de su esclava, he aquí que desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones: porque me hizo grandes cosas el que es Poderoso, y Santo es su Nombre: y su misericordia de generación en generación, sobre cuantos le temen...» (Lc. 2, 46-50).

María, pequeña de sí misma, miserable, nada en fin, como creatura que es, recibe desde toda eternidad la mirada complaciente de Dios, que la inunda de sus misericordias: y sale de la nada Inmaculada, cual flor llena de fragancia y hermosura en una tierra maldita y corrompida; mana como río de agua de vida en medio de la aridez del desierto, para fecundar al mundo y hacerle producir frutos eternos: Madre de Dios, Madre de los hombres, bendita por todas las generaciones, la invocarán todos sus hijos, y en Ella hallarán la salvación.

10. María es la obra del Corazón de Jesús.

Y todo lo hace en Ella el amor del Corazón de Jesús. No hay en Ella ni la más mínima perfección, ni el matiz más fugitivo de su hermosura, o la más tenue variante de su gracia, que no sea efecto de ese amor.

Cómo resalta así en María, en esa obra perfecta del Amor infinito de Dios, la eficacia, el poder, el alcance, la inexplicable ternura e intensidad del amor del Corazón divino a las creaturas... hasta llevar al alma de María a esa unión íntima consigo: unión en el amor, y por consiguiente en los afectos, en los dolores, en las grandezas, en la actividad... hasta coronarla Reina consigo, hasta darle su propio Corazón.

Y esta obra que Jesús hizo con María, la quiere, por Ella, hacer también con cada alma. Precisamente para eso nos la dio por Madre: para que Ella nos forme a imagen suya. El hijo es el retrato de su Madre. Hijos de María somos, retratos suyos hemos de ser. Y el amor de Jesús es el que ha de hacer en nosotros esa imagen. Viendo la obra de amor que hizo en María, ¿quién no se le abandonará completamente, a fin de que en él haga otro tanto?

Capítulo X

LA AMANTE: LAS RELACIONES DE MARÍA AL CORAZÓN DE JESÚS, QUE FUNDAN SU PERFECCIÓN MORAL, Y LA CONVIERTEN EN MODELO DE NUESTRA CORRESPONDENCIA AL CORAZÓN DIVINO

«Mi Amado para mí, y Yo para Él» (Cant. 2, 16).

«Mi alma se ha empleado, y todo mi caudal en su servicio: ya no guardo ganado, ni ya tengo otro oficio, que ya sólo en amar es mi ejercicio» (San Juan de la Cruz, Cant. esp., canción 28).

La santidad moral consiste en la conformidad de nuestras obras —de nuestra libertad— con la voluntad divina. Conformidad de tanto más subida perfección cuanto más va ordenada y movida por el amor. El amor es el peso del alma: por él soy llevado a dondequiera soy llevado (San Agustín). Por eso el mismo Agustín dice: «Ama, y haz lo que quieras», porque, amando, no puede uno menos de inclinarse a hacer cuanto al Amado agrada.

1. En las almas santas, todo es amor y solo amor.

Este ejercicio de amor llega a ser tan perfecto en las almas santas que toda su ocupación es amor: todo en ellas se convierte en amor.

«Cuando el alma llega a este estado, todo el ejercicio de la parte espiritual y de la parte sensitiva, ahora sea en hacer, ahora en padecer, de cualquier manera que sea, siempre le causa más amor y regalo de Dios... y hasta el mismo ejercicio de oración y trato con Dios, que antes solía tener en otras consideraciones y modos, ya todo es ejercicio de amor. De manera que, ahora sea su trato acerca de lo temporal, ahora sea su ejercicio acerca de lo espiritual, siempre puede decir esta alma que ya sólo en amar es su ejercicio» (San Juan de la Cruz, Canc. 28, 9).

«Toda la habilidad de mi alma y cuerpo, memoria, entendimiento y voluntad, sentidos interiores y exteriores, y apetitos de la parte sensitiva y espiritual, todo se mueve por amor y en amor, haciendo todo lo que hago por amor, y padeciendo todo lo que padezco con sabor de amor» (San Juan de la Cruz, canc. 28, 8).

«De aquí es que esta alma, que está ya perfecta, todo es amor, si así se puede decir; y todas sus acciones son amor, y todas sus potencias y caudal emplea en amar, dando todas sus cosas, como el sabio mercader, por este tesoro de amor que halló escondido en Dios; el cual es tan precioso delante de él, que como el alma ve que su amado nada precia ni de nada se sirve fuera del amor, de aquí es que deseando ella servirle perfectamente todo lo emplea en amor puro de Dios. Y no sólo porque él lo quiere así, sino porque también el amor en que está unida, en todas cosas y por todas ellas la mueve el amor de Dios. Porque así como la abeja saca de todas las hierbas la miel que allí hay, y no se sirve de ellas

más que para esto, así también de todas las cosas que pasan por el alma, con grande facilidad saca ella la dulzura del amor, que hay que amar a Dios en ellas, ora sea sabroso, ora desabrido; que estando ella informada y amparada con el amor, como lo está, ni lo siente, ni lo gusta, ni lo sabe; porque, como habemos dicho, no sabe sino amar y su gusto en todas las cosas y tratos siempre, como habemos dicho, es deleite de amor de Dios» (Canc. 27, 6). — Y precisamente porque el Amado «no se sirve más que del amor», con ese amor hace el alma más bien a la Iglesia que con todas las obras exteriores, por muchas y grandes que sean (cf. Canc. 28, 10. 11. 12).

2. La vida de María, un acto ininterrumpido de amor.

A la vista de esta enseñanza de San Juan de la Cruz puede juzgarse con cuánta verdad decimos que toda la santidad moral de María, toda su correspondencia a Dios, es un acto de amor no interrumpido, desde su Concepción hasta su muerte, para continuarlo en la gloria. Bien podemos decir que no tuvo otro ejercicio, ni ocupación, sino fue amar. Por eso el Evangelio apenas si dice nada de Ella, porque todo lo de ella se resume en la palabra AMOR, y todos los libros del mundo no hubieran bastado a insinuar siquiera lo que esa palabra contenía en el Corazón de la Bienaventurada Virgen María.

3. Las tres etapas de ese acto de amor.

En este amor —u ocupación de amor— podemos distinguir tres etapas, perfectamente caracterizadas: amor

de deseo, o ansias de amor, hasta la Encarnación; amor de unión o de transformación, hasta la muerte de Jesús: es el amor de Madre; y, finalmente, si valiera el término, que con temor usamos: espiritualización, o sublimación de ese amor, que la lleva a la gloria de un modo análogo al que hubiera llevado a nuestros primeros padres, si no hubieran pecado, por una especie de evolución natural del amor, del desarrollo misterioso de la semilla gracia, que naturalmente, insensiblemente, como sin transición, acaba en gloria, en un deliquio de amor que eleva al alma a la unión perfecta con Dios.

No se olvide, empero, que los términos de esta división sólo de un modo analógico harto imperfecto se pueden aplicar a María.

4. Primera etapa: ansias de amor.

«Durante las noches, en mi lecho, busqué al que ama mi alma: busquélo, y no lo encontré» (Cant. 3, 1). — «Mi alma se derritió al oír su voz; en seguida lo busqué, y no lo encontré; lo llamé, y no me respondió» (Cant. 5, 6). «Dios mío, Dios mío, a Ti suspiro desde el amanecer; mi alma tuvo sed de Ti, y mi mismo cuerpo de cuán varias maneras te ansía a Ti. En una tierra desierta, sin camino y sin agua, así me presenté ante ti a las puertas de tu santuario, para ver tu poder y tu gloria» (Salmo 62).

5. Significado y sentido de estas ansias.

El término ansias de amor no hay que tomarlo en su sentido ordinario de ansia de unión con Dios por la gracia. María tenía esta unión de gracia con Dios, per-

fectísima, experimental, desde el primer instante de su ser: desde que existe es «la llena de gracias», pues ese es el nombre que le da el ángel de parte de Dios.

Pero no ha de olvidarse que esta unión no le bastaba. Sin saberlo Ella todavía, estaba destinada a otra unión exclusiva de Ella, no concedida a ninguna otra creatura: unión con el Padre como Hija, unión con el Verbo como Madre, unión con el Espíritu Santo como Esposa. No en la acepción corriente que tienen estos términos cuando se habla de Dios con las almas, sino en otra propia y exclusiva suya: había de ser realmente, físicamente, Madre de Dios, concurriendo con el Espíritu Santo a formar como Madre, de sus purísimas entrañas, el Cuerpo del Verbo humanado. ¡Qué santidad, y qué amor tan grande no requería este destino suyo!

Por eso, el Espíritu Santo ponía en Ella unas ansias de algo indefinible todavía; y esas ansias no la dejaban reposar.

Su Corazón se dilataba: estaba llena de gracia; pero no bastaba estar llena: había que dilatarse para tener más. Estaba destinada a contener en sí a Aquel a quien todo el universo es incapaz de contener. Y por eso esas ansias, que la hacían remontarse más y más, hasta divinizarla, hacerla, por decirlo así, igual a Dios, para poder recibirle y contenerlo en su seno... para lograr un acto de amor tan perfecto que fuese causa proporcionada para engendrar al Verbo en el tiempo, similar al acto increado del amor del Padre que le había engendrado en la eternidad.

Teniendo en vista esta finalidad y ese destino, ¡quién podrá comprender las ansias y congojas de la Virgen Pura! ¡Quién su pena de sentirse tan lejos todavía del amor por el que suspiraba, y al que el Divino Espíritu la impulsaba!

Quería amar; amaba con todas sus fuerzas —Ella es

la única que cumplió siempre a perfección el primer mandamiento del amor—; aprovechaba en todo momento con el máximo rendimiento las más leves mociones del Espíritu: no podía amar más.

Y sin embargo no estaba satisfecha, porque sentía en su interior que su amor había de ser aun mucho más grande, inmensamente más grande. Ignoraba para qué era eso necesario; pero que lo era, sí que lo percibía, porque el Divino Espíritu claramente se lo testificaba.

6. La noche oscura de María.

No hay noche oscura comparable a esa prolongada noche de María. No era noche de purificación: no había mancha en Ella. Pero era fatiga de ascensión, ansias de subida. Y subida tan alta para una pura creatura, que a pesar de que el Espíritu obraba en Ella cual jamás ha obrado en nadie, y a pesar de que Ella correspondía a esa obra como era absolutamente imposible corresponder mejor, no obstante se necesitaron catorce largos años para verificarla, para terminar esa ascensión, para darla la disposición última que la hiciese merecer de un modo proporcional (*de congruo*) el ser Madre de Dios.

Su noche no era noche de tinieblas; no era noche de oscuridad y dudas. Era noche de luz deslumbradora: había visto a Dios cara a cara, comprendido su infinita perfección, visto la distancia que de Él la separaba, siendo Ella creatura... Era el abatimiento de su humildad, la comprensión de su miseria, a la vista de la grandeza divina... Y era que el Espíritu la hacía vislumbrar que esa distancia, siendo infinita, se iba a pesar de eso acortando... que acabaría por desaparecer,

en cierto modo, con la maternidad divina. Dios se abajaría hasta Ella, y Ella así podría llegar hasta Dios.

Este abajarse de Dios la confundía. Mas este subir suyo en alas del amor la enardecía. Y conocedora de que estaba en su mano abreviar el tiempo de llegar a unión tan deseada, no se daba punto de reposo.

Cuán bellamente expresa este deseo la Escritura cuando pone en sus labios: «En todas las cosas busqué la paz; y moraré en la heredad del Señor» (Eccli. 24, 11): busca la paz, y la busca en todas las cosas, en todos sus actos; y su paz la pone en morar en la herencia de Dios, la herencia que ha legado a sus hijos, que es su Verbo. Y esta paz no la encuentra hasta que llega el día de su feliz maternidad. Sólo entonces la paz la inunda, sólo entonces salta y exulta de alegría.

Mas pasemos a explicar esta etapa con las descripciones que de ella nos ha dejado la Escritura.

7. Disposiciones del Verbo Encarnado al empezar su existencia como hombre.

Del Verbo Encarnado se nos dice en un Salmo (Sal. 39, 8, cf. Hebr. 10, 7): «En el principio del libro está escrito de Mi que haga, oh Dios, tu voluntad: Dios mío, Yo así lo quise y tu Ley en medio de mi corazón».

El Corazón de Jesús unido hipostáticamente al Verbo, comienza su existencia sin ansias de amor. Las ansias son de lo que todavía no se tiene; mas el alma de Cristo, que desde un principio goza de la visión de Dios, no puede tener ya unión mayor con la divinidad del Verbo, con quien está en unidad de Persona, llena de gracia y de verdad, de cuya plenitud todos recibimos, incluida la Bienaventurada Virgen María.

Su disposición es la de la obediencia por amor, no

la del ansia de amor, que es ya perfecto: ha tomado la forma de siervo, no para disminuir su amor, o carecer de él, sino para hacer la obra de su amor, redimiendo a los siervos, y dando honor al Padre en hábito de siervo (cf. Filip. 2, 5-11).

«Saltó gozoso como gigante, para recorrer el camino» (Sal. 18, 6). Pero esa vía o camino no es crecer en el amor al Padre, sino cumplir, en virtud de ese amor, la obra de redención que le ha sido encomendada por el Padre. Así como al hacerse hombre no dejaba de ser Dios, así tampoco dejaba la perfección del amor, incapaz de todo incremento (cf. Filip. 2, 6-11).

8. Disposiciones de María al empezar su existencia temporal. Primer instante: Deseo de Dios y visión divina.

De modo totalmente diferente nos presenta el Cantar de los Cantares la entrada del alma de María en la existencia. Ese Libro, que podríamos llamar el Libro de la vida interior de la Virgen María —Santos Padres, y la misma Iglesia en la liturgia, lo aplican a María frecuentemente—, comienza con éstas palabras: «Béseme con el beso de su boca; porque mejores son tus amores —o tu seno— que el vino, fragancia del mejor perfume» (Cant. 1, 1).

Su alma inmaculada tiene, desde el primer instante de su ser, una inclinación a Dios cuya inconcebible vehemencia era proporcionada a la no menos inconcebible grandeza y plenitud de gracias con que Dios la creara. Y así, con el atrevimiento que en su alma ponía el mismo Espíritu de Dios, pide lo que aun nadie había pedido ni soñado, porque a solo Ella estaba reservado, y sólo por Ella se había de comunicar a los demás: el beso

de Dios, la unión con Dios, el verle cara a cara... y unión de Esposa, unión para engendrar a Dios en sus entrañas.

Según opinión muy común entre los teólogos, Dios correspondió a este deseo vehemente de María, dándole, por modo transeúnte o pasajero, la visión clara de su divina esencia en el momento de su misma Concepción. Si a otros menos santos parece haberla concedido alguna vez —Moisés, Elías, San Pablo, quizá Henok—, cómo negarla a Ella que la pedía, siendo llena de gracia, cuando de Ella nos dice la Escritura: «Derramada está la gracia en tus labios por eso te bendijo Dios eternamente o para siempre» (Sal. 44, 3): y era Dios mismo quien había derramado esa gracia en sus labios, el mismo Dios que había de recibir su súplica, y por tanto no podía desatenderla.

Lo mismo parece indicarnos el Apocalipsis (11, 19-12, 2). Primero se abre el templo de Dios en el cielo; y luego aparece en el cielo, ya fuera de ese templo divino morada de Dios, la Mujer vestida de sol —y aparentemente salida del templo—, expuesta ya y visible a las creaturas angélicas que todavía no habían entonces penetrado en el templo de Dios, en la visión beatífica.

Así parece que María, antes de ser como presentada a la creación, de actuar en Ella, actúa en Dios, contempla a Dios, del que sale por la obediencia de su humildad, ya vestida de sol, para manifestarse al mundo y actuar en la creación: y es esa su renuncia temporal a la visión divina —cuya continuación no parece pidiera por amor a nosotros—, ese su salir del templo divino, lo que abre las puertas de este templo para que puedan entrar en él, primero los ángeles, y luego los hombres.

Y lo mismo ha presentido, con admirable acierto, el arte cristiano.

Todas las imágenes de la Purísima Concepción —y son innumerables— representan a María con la mirada elevada hacia lo alto, fija en el cielo: mas esa mirada no refleja ansia, ni deseo insatisfecho: sólo arrobamiento, felicidad, plenitud, paz infinita: la plenitud y la paz de la visión de Dios. La primera actividad de María una vez creada, en el primer instante de su ser, no se dirige a lo creado, no se orienta a la tierra: sólo a Dios, a quien contempla, a quien se entrega, en quien halla su paz, su dicha y plenitud.

Mas como su Hijo el Verbo se hizo Hombre a petición del Padre, para salvar a los hombres, así María, a petición del Padre a quien contempla en ese primer instante de su ser, y a quien rendidamente ama, ha de apartar de Él su mirada para dirigirla a un mundo al que ha de salvar con y por su Hijo, empezando con ello sus sufrimientos como, en otro orden, comenzaron también los de Jesús. También aquí nuestro agradecimiento a la Virgen María nunca será bastante grande, pues por nosotros renunció a la dicha total ya conseguida, para que nosotros pudiéramos también llegar un día a participarla.

9. Segundo instante: Signo y bandera en mundo hostil y en lucha.

En el segundo instante, se siente puesta como signo y bandera en un mundo hostil y en lucha al que ha de elevar consigo hasta la visión de Dios —el signo grande del Apocalipsis—; pero predomina aun el recuerdo de la visión divina que la deja ensimismada: «mejores son tus amores que el vino, fragancia de perfume excelente», o quizá mejor: «tu seno, en que un momento estuve, me ha dejado como embriagada y perdida, en

medio de este universo que es nada ante ti; pero aun conservo el perfume de tu presencia: él me guiará hasta ti de nuevo, como perro fiel y adicto a su Amo».

10. Tercer instante: María inicia su increible carrera de salvación.

Ya en un tercer momento, la realidad material se impone: la realidad del cuerpo que está animando, aunque ése en nada le estorba, por la integridad perfecta de que está dotada; la realidad del mundo al que ha de salvar... de ese desierto árido y sin camino, de ese universo alejado de Dios que ha de llevar sobre sus hombros hasta entregarlo a Dios y unirlo a Él.

Es entonces cuando se anima a su carrera, en ansias locas de amor, en busca de sus amores. Pero esa carrera la emprende identificando ya consigo a toda la humanidad, a cuantas almas quieran unirse a Ella; es el peso de todo el universo que lleva sobre sí al emprender esa carrera; y por eso, ya no habla en singular como hasta ahora, sino en plural: «Guiados por la fragancia que tú dejaste en Mí, para que supiéramos buscarte y encontrarte, correremos en tu busca» — «post te curremus in odorem unguentorum tuorum» (Cant. 1, 3).

11. Descripción de la primera etapa de esa carrera en el Cantar de los Cantares: Hacia el abismo de humildad de Madre de Dios.

Carrera larga y pesada, que hubiera hecho desfallecer a cualquiera que no fuera María, la Amada de Dios.

En el Cantar de los Cantares, 5, 6, describe lo desolador de esa carrera, que resalta más ante la dicha de

que poco antes gozara: «Mi alma se licuó cuando Él habló; busquéle, y no lo encontré; lo llamé, y no me respondió»: Su alma se había como disuelto en la divinidad al oír la voz de Dios, al comunicársele el Verbo —que es la voz de Dios—, el Verbo que había de ser su Hijo. Pero ya en vano lo busca, en vano lo llama: no hay respuesta; sólo queda el recuerdo: un recuerdo que exaspera al amor.

El Verbo sigue en Ella —María se presenta al mundo y en el mundo como la Mujer vestida de Sol—; pero ya no lo ve, porque su mirada ha tenido que volverse misericordiosa sobre el mundo que ha de salvar.

Las ansias y fatigas de esa búsqueda, en la carrera hacia un amor que ha de atraer al mismo Dios a nacer de sus entrañas, hacia un amor que ha de arrastrar a las creaturas consigo hasta llevarlas a la visión del mismo Dios al que Ella busca, nos las describe también el Cantar de los Cantares (3, 1-4): «En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma; lo busqué, y no lo encontré. Me levantaré, y recorreré la ciudad; por barrios y plazas buscaré al que ama mi alma: busquélo, y no lo encontré. Halláronme los centinelas que rondan y vigilan la ciudad: ¿por ventura habéis visto al que mi alma adora? Y no mucho después que dejé atrás los centinelas, encontré al que mi alma ama, le sujeté, y no le dejaré, hasta que le lleve a la casa de mi madre, a la habitación de la que me engendró».

Lo busca de noche —la noche luminosa de María, de la que hemos hablado—; lo busca muchas noches —noche prolongada—. Lo busca en el lecho: es decir, con perfecta pasividad: había contemplado al Amor divino, y, conociéndolo como lo conocía, sabía que volvería, que no la dejaría abandonada: bastaba esperar, aguardar su llegada.

Pero el amor ansioso es impaciente: y así pone

también sus propios medios, sin ahorrar ninguno por difícil y peligroso que fuese —por barrios y plazas, durante la noche temerosa, busqué al que ama mi alma—.

Consulta finalmente a los centinelas, venciendo su natural pudor —¡cuántas veces, mientras se educaba en el templo, preguntaría a los sacerdotes, puestos por Dios como centinelas para prevenir y orientar a las almas, sobre el camino que debía seguir!—.

Todo inútil: ¿quién podía orientarla en su camino, si nadie lo conocía, ya que Ella empieza su camino donde los santos acaban? (Salm. 86, 1). Sólo mezquinas palabras de aliento, cual las que dirían los centinelas: «Sigue buscando, no te desanimes, que ya aparecerá cuando menos lo pienses». Son al fin y al cabo las únicas palabras que nosotros podemos decir a las almas en las grandes crisis que pasan y no entendemos: «Aguanta y espera, aunque creas ahogarte: Dios es fiel, y no tardará». Y es ciertamente el mejor consejo si lo siguen, como la Virgen lo siguió.

Así creció la Virgen en humildad profunda, hasta alcanzar la humildad de la Madre de Dios.

La humildad propia de creatura la tuvo perfecta desde la entrega hecha a Dios en el primer instante de su existencia. Pero la humildad propia de la Madre de Dios es mucho más. No sólo humildad que se mantenga en tanta dignidad e intimidad, que de verdad se sienta esclava de aquel que la hace Madre suya. Mas también humildad de docilidad, de pasividad total ante la acción divina: Dios obra en la creatura libre según ésta en su pasividad dócil le deje obrar. ¿Qué pasividad humilde y dócil no sería necesaria en la Virgen María, para que Dios pudiera obrar en Ella la encarnación del Verbo, comunicarle su misma paternidad divina, haciéndola Madre de su mismo Hijo?

Siguió el consejo de los centinelas: aguardó a las puertas del templo del cielo, donde un instante penetrara, esperando la manifestación de Dios. Nosotros velamos a las jambas de su puerta —de la Virgen María—. Ella vela incansable a las jambas de las puertas de la divinidad.

12. Disposiciones de María al término de la primera etapa de su carrera.

Poco debió durar esa espera de humildad pasiva: «Apenas había dejado atrás los centinelas —que la habían aconsejado—, encontré al amado de mi alma»: ¿lo encontró, o le salió al encuentro? Ella ya no buscaba: simplemente daba vueltas y esperaba: jamás lo hubiera encontrado si no hubiera Dios mismo salido a su encuentro: pero como estaba atenta y vigilante a sus puertas, cuando salió lo descubrió, lo encontró.

Mas lo que sigue nos pasma, iluminando como ráfaga de luz el insondable misterio de María, a la vez que nos descubre algo de lo que había avanzado en su loca carrera: ha llegado a un punto en que todo egoísmo, tanto natural como sobrenatural, ha desaparecido de su amor: ya no quiere a su Amado para sí, sino para los demás.

¿No había corrido en nombre de todos, llevándonos consigo a todos? ¿No era ese el deseo que el Padre la expresara cuando lo vio en el primer instante de su ser? Por eso se alegra de encontrar al Amado, pero porque lo ha encontrado *para los demás*. Por eso añade: «Le sujeté, y no le dejaré, *hasta que* le introduzca en la casa de mi Madre, en la misma habitación de la que me engendró».

La primera parte de la frase no nos maravilla: tras

tanto buscarlo en ansias de amor, nada más natural que al hallarlo lo sujete y no lo suelte. Pero la segunda nos pasma. Lo natural y obvio hubiera sido, enamorada con la visión divina tenida en el primer instante de su ser, quisiera volver a ella, encontrado el Amado; que habiendo esperado tanto tiempo ante las jambas del templo de Dios quisiera entrar de nuevo en Él, sujetando a su Amado. Sin embargo, no es así: lo sujeta y no lo suelta, pero para obligarle a morar en la tierra, a habitar, a poner su tienda entre los hombres: es la salvación de éstos lo que ya parece únicamente interesarle, porque ése era también el interés del Padre eterno.

Por eso dice: «Hasta que le introduzca en la casa de mi madre, en la habitación de la que me engendró». Aquí la madre es Eva, su casa nuestra tierra, a la que la Virgen María atrae al Verbo, prendido de su amor: la tierra será santificada y salvada: eso es lo único que ahora importa a María.

La habitación de la que me engendró puede ser la misma tierra —ciertamente parte de ella—. Pero pensamos es más: María pide al Verbo, como prueba de su amor, que nazca como todos los hombres, haciéndose en todo como un hombre, sufriendo en todo como hombre, para más eficazmente redimir a los hombres. La habitación de la que la engendró nos parece hacer alusión clara al seno materno, en que se formó la Virgen María, en que nos formamos todos los hombres con excepción del primer Adán; seno en que María quiere que el Verbo se haga hombre.

No le pide que Ella sea su Madre: en eso no piensa, ni le importa —el que ama nunca piensa en sí mismo—; pero sí que tenga una Madre como todos los hombres, para que así mejor atraiga a todos los hombres, completando la obra que Ella había comenzado, inútilmente

intentado, y en la que en su humildad, y en virtud de la noche pasada, se sentía fracasada.

13. Pasmo de Dios ante María, y modificaciones que por amor a Ella introduce en sus planes de redención.

Y si es pasmo nuestro, debió también ser en cierto modo pasmo del mismo Padre Eterno, que había hecho su Corazón; del Espíritu Santo, que así lo desarrolló, y del Verbo, que así la amó y escogió por Madre.

Dios lo esperaba de Ella; pero no por eso debió como sorprenderle menos. En efecto, vimos cómo la actitud de la Virgen María parece haber introducido un cambio en los planes originarios de Dios (cap. II). El amor de María a los hombres la lleva a querer compartir sus dolores y sufrimientos, cargándolos todos sobre sí. Y este deseo lleva a Jesús a secundar a María, haciéndose «varón de dolores», que es en realidad lo que Ella le pide en este texto misterioso del Cantar de los Cantares. Y el Padre accedió al deseo de ambos.

Es verdad que también el Padre así lo quería. Pero lo quería sólo en el supuesto de que María así lo quisiera: de no quererlo, ni uno ni otro hubieran tenido sufrimientos. Es en este sentido que la actitud de la Virgen María, ciertamente deseada y esperada por el Padre, hizo cambiar los planes de Éste: María no le defraudó, ni aun en esto. Sólo al ver la generosidad de su correspondencia y entrega, Dios quedó satisfecho de su obra creadora. Aunque nadie correspondiera, la correspondencia de María vale por la de todos.

Y aun quizá hay otro cambio de plan. Jesús es el segundo Adán, celeste, que San Pablo (1 Cor. 15, 22, 45-50; Rom. 5, 12-21) contrapone al primero.

El primero no nació de mujer. Cristo pudo hacerse hombre sin nacer de mujer. La Virgen mereció, en lo que cabe en creatura, el ser Madre de Dios. Quizá no sea temerario sospechar que esta generosidad de la Virgen María fue la que le mereció el ser Madre de Dios.

El Verbo, para hacerse hombre, no necesitaba nacer de mujer: pero fue tanto el amor que sintió por la Virgen María, tal la complacencia que experimentó al verla en su humildad y su pureza de amor, que quiso nacer de Ella; diríamos que no pudo a resistirse a nacer de Ella, ni a secundar sus planes de redención por medio del dolor.

Pero en el deseo expresado por la Virgen María aún hay otro elemento de generosidad que pasma —y en éste sí que parece haberla cogido Dios por la palabra, accediendo como siempre a los deseos de su Madre—: «No le soltaré *hasta que* le introduzca en la casa de mi madre, y en la habitación de la que me engendró»: logrado esto, María parece no mostrar deseo de retener a su Amado: lo quiere inmensamente, pero no para su gozo, sino para gozo de Él y para salvación del mundo. Por eso, una vez garantizada ésta, y con ella la gloria divina y el plan del Padre, ya no se interesa por sí misma, en olvido total.

Logró lo que pidió; sufrió cuanto deseó para salvación del mundo. Y obtenida ésta, no sigue a su Hijo al Cielo, como bien pudiera. No sujeta a su Amado para no perderlo, antes lo ofrece al Padre por el mundo en la Cruz; y se queda sin él, y espera largos años para reunirse con Él en el cielo, para estar definitivamente con su Amado, para volver a la visión divina para siempre, porque prefirió quedarse para cuidar a los nuevos hijos recién engendrados, y todavía llenos de debilidad.

Todo sucedió así según el plan más generoso del

amor del Padre, que tanto amó al mundo que entregó a su Hijo para que el mundo se salvase.

Pero la ejecución y realización de ese plan quiso Dios hacerla depender de la colaboración y consentimiento de María, de las disposiciones de su Corazón —por eso hay expresiones de los Santos Padres que hacen depender nuestra salvación y redención de sus palabras de aceptación: «Hágase en Mí según tu palabra»—.

Al menos de esas disposiciones dependía el modo maravilloso de nuestra redención, como explosión increíble del amor divino. Y María no le falló. Su corazón se formó cual Dios lo deseara y lo pensara. Pero la última mano a esas disposiciones que nos pasman la recibió en la etapa de sus ansias de amor.

14. Descripción de esta primera etapa de su carrera en el Salmo 62.

De modo muy semejante al del Cantar de los Cantares se nos describe esa etapa de las ansias de amor en María en el Salmo 62: «Dios mío, Dios mío, a Ti suspiro —o velo— desde el amanecer; mi alma tuvo sed de ti, y mi misma carne de cuán varios modos te ansía a Ti. En una tierra desierta, sin camino y sin agua, así aparecí ante Ti ante las puertas de tu santuario, para contemplar tu poder y tu gloria».

Dado lo que nos hemos extendido, sólo una breve indicación haremos sobre este texto, que esperamos sirva para ayudar a las almas a meditarlo y gustarlo aplicándolo a María.

Desde el romper primero del día de la vida de María suspira por Dios, está atenta esperando su manifestación: son las ansias de amor. Ansias que consumen todo su ser, tanto su alma como su cuerpo: nada en el

mundo espiritual la atrae, nada en el mundo sensible, sino sólo el ansia de contemplar a Dios y unirse con él: incluso la movilidad cambiante propia de las facultades sensitivas sólo por Dios suspiran, sólo a Dios buscan —de cuán varias maneras mi misma carne te anhela a Ti—.

Pero, con todas esas ansias, se encuentra en una tierra desierta, sin camino, y sin agua. Es decir: se encuentra en el orden de la creación, sumergida y como perdida en un universo que nada dice a su corazón y nada le atrae. Desierta y sin vida, porque a esa tierra la halla separada de Dios que es la Vida; desierta, porque nada hay en ella que la atraiga o seduzca. Y sin camino, porque empieza donde nadie ha llegado, y así ni hay rutas trazadas, ni hombre alguno puede orientarla o entenderla. Sin agua, porque nada hay en ese universo que pueda consolarla o aminorar su sed de amor, mucho menos saciarla. Sin agua, porque el agua es la gracia, y es precisamente Ella quien ha de traerla al mundo: es Ella quien ha de hacer brotar en ese desierto ríos de aguas vivas que irrumpan hasta la eternidad y nos lleven a ella, tras cubrir, con su riego, de frutos y flores esa tierra desolada.

Mas a la vez se siente identificada con esa tierra, Ella, «la llena de gracia»: Ella misma es la tierra: no quiere abandonarla, sino llevarla consigo hasta Dios: para eso está en la tierra desolada, para que mediante ella acabe convirtiéndose en paraíso de Dios.

En esa desolación, hace suya la miseria, la aridez, la esterilidad de la tierra y del universo entero, con el que se siente como identificada en ansias de salvarlo y llevarlo a Dios.

Siente su miseria y pequeñez, su indignidad ante Dios. No se aleja de Él, porque está enamorada, totalmente enamorada. Tampoco entra en Él, porque no

quiere separarse de la tierra, del universo creado en que ha sido injertada. O todo o nada: O lleva todo a Dios, o no entrará en Él, quedándose a las puertas de su santuario.

En esa postración de impotencia, se limita finalmente a mostrarse a las puertas del santuario del cielo, en representación de todo lo creado, que, perdida toda esperanza, se había alejado más y más de Dios.

Y ahí espera, a las jambas de su puerta, como nosotros hemos de esperar a las suyas. Y espera hasta que Dios se manifieste a ella, y con Ella a la creación entera.

Pero lo que nos da el secreto de su alma, es lo que espera: «Ver tu poder y tu gloria»: su poder perdonando, redimiendo, santificando, beatificando —Jesucristo es la Fortaleza de Dios—; su gloria manifestándose, haciendo que todas las creaturas le alaben y bendigan y conozcan. Su dicha, y aun la de las creaturas, le importa muy poco en sí misma; lo que le importa es la gloria y el poder de quien ama, la glorificación del Dios, que la ha enamorado, por parte de todas sus creaturas.

No permanece así como indecisa a las puertas del santuario divino porque su corazón esté dividido, como solicitado por el amor a Dios y el amor a las creaturas. Su amor es todo para Dios, con olvido de sí y de las creaturas. Si permanece a las puertas sin entrar, es porque desea que todas las creaturas entonen el himno de alabanza al que Ella ama.

Y para lograr esto de la misericordia divina, prefiere esperar Ella misma a entonarlo según su amor desea hasta que pueda hacerlo, ya no sola, sino con todos los redimidos acompañándola.

Es así el amor a Dios quien la mantiene a sus puertas: y Dios, que tanto desea su himno de alabanza, acabará por manifestarse en su Hijo, atrayendo a Sí toda la Humanidad, para cuanto antes gozar de la pre-

sencia de María, y hacerla gozar a Ella, que totalmente se había olvidado de su propio gozo.

Esas ansias, esa búsqueda, en la soledad de su familia, en la soledad del Templo, en el hogar de Nazaret, resumen toda la vida de María hasta la llegada del gran acontecimiento que su amor esperaba sin desfallecer. Ansias del Mesías, del Salvador del mundo, la consumían; ansias de que en Él se manifestasen por fin el poder y la gloria de Dios.

Ella quería ser su esclava. Dios la mira complacido y admirado: ha llegado la hora de hacerla ya su Madre.

15. Segunda etapa: Amor de unión o transformante. Amor de Madre.

«El Señor es contigo».
«Mi Amado para Mí, y Yo para Él» (Cant. 2, 16).

16. Significado y sentido de la transformación de María.

Tampoco aquí se ha de tomar el término «amor transformante» como ordinariamente se entiende, cual si María no hubiera estado transformada, o hubiera habido en algún momento en Ella algo que no estuviera conforme al plan divino sobre Ella.

En María es inadmisible la transformación en sentido negativo, el paso de la no correspondencia a la correspondencia, de la imperfección a la perfección, porque Ella no conoció la mancha, ni la deslustró la imperfección. Ella fue, ya en su concepción inmaculada, «la Mujer vestida de sol» (Apoc. 12, 1), y «comparada a la luz, fue hallada más pura y resplandeciente» (Sab. 7,

29): «es la misma blancura de la luz eterna, y espejo sin mancha que la refleja» (Sab. 7, 26).

Pero la transformación en sentido positivo, el avance continuo a una perfección mayor, aunque siempre plena, a una dilatación increíblemente progresiva de la medida de la capacidad de su ser, a una semejanza cada vez más perfecta, más exhaustiva, con su Dios, ¿qué duda cabe que se verificó en María, y con más excelencia y propiedad que en ninguna otra creatura?

Y si esta transformación creciente comenzó ya en su Inmaculada Concepción, parécenos que, no sin propiedad, podemos aplicarla de un modo especial al amor de la maternidad.

El amor transformante es propiamente el amor de unión: entonces el hierro se transforma en fuego, y brilla como el fuego, y quema como el fuego, cuando se une al fuego.

El amor ansioso acerca al objeto de las ansias: a medida que se acerca se transforma, porque va recibiendo más su influjo —como el hierro, cuanto más se acerca al fuego—; pero la transformación perfecta sólo acaece cuando la unión se verifica también perfectamente.

El amor ansioso de María la iba acercando al fuego inmenso, eterno, inextinguible, de la Divinidad; y, a medida que se acerca, se transforma. Pero ha llegado ya el momento de la unión. El fruto divino esta ya en sus entrañas. La unión es tal cual creatura alguna jamás se aventuró a soñar. Y ¿quién podrá soñar la transformación que esa unión causa en su alma?

La transformación es proporcional a la perfección e intimidad de la unión, y a la eficacia del objeto con que se une. El objeto es Dios, causa eficacísima en grado infinito, por quien son eficaces todas las demás causas. La unión es unión de Madre a Hijo, de hija a Padre,

de Esposa a Esposo. Unión tan íntima que sólo una unión puede superarla: la unión personal de la naturaleza humana con el Verbo, dada en Cristo Jesús.

17. Dificultad y urgencia de hablar de la transformación que obra en María su maternidad divina.

Y así como sería locura querer investigar «las ininvestigables riquezas» (Efes. 3, 8) con que la Humanidad de Cristo fue adornada, así lo es querer describir las maravillosas ascensiones que se suceden en el alma de María en virtud de esta unión.

El alma se estremece al tener que hablar de ello, al tener que intentar investigar y exponer lo que en modo alguno puede comprender, ni comprenderá jamás, porque es un secreto de sólo Dios, que sólo Él puede debidamente comprender. Y sin embargo, nuestro deber es hablar, evangelizar, como decía San Pablo (Efes. 3, 8), las ininvestigables riquezas del Corazón de Cristo, y anunciar con gozo las incomprensibles perfecciones de su Madre.

Y aquí nuevamente nos alienta la promesa de la misma Virgen María: «cuantos me aclaran o explican, tendrán la vida eterna» (Eccli. 24, 31). Es el deseo de esa vida eterna, para gozar de tu presencia y de tu Hijo, y es la certeza de que está en tu mano concedérnosla, y de que si Tú no nos la concedieres nos perderemos sin remedio, lo que nos alienta a aventurar el todo por el todo, e intentar pregonar tus alabanzas, balbuceándolas como niño que aun no sabe hablar. Tal vez nuestro balbuceo te haga gracia, y te complazcas en él como en el de un hijo que aun no sabe más que el invocar tu nombre. Tal vez te mueva a mirarnos con ojos de misericordia, y a obtenernos la gracia del perdón, la

gracia de la Vida... esa Vida que no es otra que Tú, con tu Hijo en los brazos.

18. María y Jesús en su seno; la transformación que el Verbo hace en María es correlativa a la que María hace en el Verbo.

«Dominus tecum». «El Señor está contigo»... está en tu seno, donde vive y se forma a expensas tuyas.

¿A qué compararé yo en ese sagrario la obra de mi Dios? A la misma obra de María: no va a obrar menos el Creador que la creatura.

Y la creatura obra en Jesús su sumejanza. Jesús recibe su naturaleza humana por medio de María, y de María. Y esa naturaleza humana sale semejante a la de la Madre, no sólo específicamente, sino aún individualmente. Más que ninguna Madre imprimió María su imagen en Jesús.

Los hombres nacen de hombre y de mujer, de padre y madre. Y ambos dejan su sello en el nuevo ser; ambos tienden a imprimir su semejanza. Y así esas semejanzas se mezclan, se contrarrestan, en parte hasta se anulan, y sale una semejanza que tiene algo de entrambos, sin representar con perfección a ninguno.

Nada de esto acaeció en María. La formación del cuerpo de Jesús, en el orden natural, es obra exclusivamente suya. Dios aportó la Divinidad, creó el alma humana de Jesús como con todos los mortales; pero la formación del cuerpo es obra de María. Siendo virginal su maternidad, ninguna influencia extraña modifica la imagen que en su Hijo va plasmando, en ese Hijo común de Ella y del Padre Eterno. Si en la Divinidad es imagen perfectísima del Padre, en la Humanidad es imagen perfecta de la Madre.

Herencia es del Padre su Divinidad; herencia de la Madre su Humanidad santísima. Ella es quien la modela, la que pone su imagen en Jesús. Por eso los sentimientos humanos de Jesús son los mismos que los de la Virgen María, de quien los hereda, aunque ennoblecidos por ser asumidos por sujeto o Persona divina. Por eso el que conoce los sentimientos y amores de María, conoce los sentimientos y el amor humano de Cristo. De ahí la unión íntima y armonía indisoluble entre esos dos Corazones.

Si el Creador no obra menos que la creatura, el Creador ha de ir haciendo en María una imagen perfecta suya. ¡Admirables relaciones mutuas del amor! Y si María hace en Jesús una imagen perfectísima de su propia humanidad, y le comunica en herencia sus sentimientos humanos, sus delicadezas, su ternura —y ¡cuáles serían, para ser dignos de convertirse en sentimientos, delicadeza y ternura de Dios mismo en la Persona de su Hijo!—, Jesús, a su vez, hace en María una imagen perfectísima de su Divinidad, comunicándole sus sentimientos divinos, su amor divino, sus miras divinas.

¿Qué extraño pues, el que María aparezca indisolublemente unida a Jesús en toda su obra redentora, y que, precisamente, vaya a acabar esta etapa de su amor al pie de la cruz, corredentora con Jesús, Madre universal de todo el género humano, destinada a comunicar a todas las almas la vida de la gracia, cuya fuente es Jesús? Todo ello es consecuencia natural de esta mutua transformación, de esta transfusión mutua de amor, de sentimientos, de privilegios, de misiones, y hasta de naturalezas.

Y de esta obra de transformación mutua no diré más: esa obra mutua de Creador y creatura me parece basta para hacerla vislumbrar; y es cosa que, aunque

imperfectamente se pueda sentir, de ningún modo se puede explicar.

Sólo llamaremos la atención sobre un aspecto práctico. María, con Jesús en su seno, es el modelo que hemos de copiar en nuestras comuniones. Estas serán tanto mejores cuanto más imitemos, en el trato con Jesús en nuestro interior, la atención, amor, adoración, conversación y sentimientos con que la Virgen María le trataba en su seno. Mas de ese trato de María nada diremos. Es obra de cada uno adivinarlo, así como el copiarlo.

19. María y Jesús ya nacido: consagración perfecta al Corazón de Jesús; se inicia la reparación.

«Dominus tecum»: «El Señor está contigo». Ya ha nacido: lo tienes en tus brazos; lo duermes sobre tu pecho, lo estrechas contra tu Corazón. Le enseñas, y eres de Él enseñada; te obedece, y Tu obedeces sus inspiraciones; sustentas su cuerpo, viéndole crecer de día en día, y Él sustenta tu alma con el rocío de su gracia, y la hace amplificarse y crecer cada vez más en el amor.

«El Señor está contigo». En tus pensamientos, en tus ensueños, en tu Corazón. A donde quiera que te vuelvas, no ves más que a Jesús, no sientes más que a Jesús, no te gozas sino en Jesús. Por eso nada se nos dice de tu vida en estos treinta años, sino que estabas con Jesús. ¿Es que valía la pena hablar de otra cosa alguna, sino es de la posesión de ese tesoro?

A dónde llegara la perfección de su amor hacia Jesús, la obsesión que en todas sus cosas padecía por este divino Amor de los Amores, nos lo muestra una frase

del Cantar de los Cantares (8, 6): «Pónme como sello sobre tu Corazón, como sello sobre tu brazo».

Jesús era como un sello sobre el Corazón de María: ningún afecto podía ya entrar en Ella si no de Jesús o por Jesús. Era como un sello sobre su brazo, sobre su actividad: ninguna actividad suya, interior o exterior, procedía independientemente de Jesús.

Ella podía repetir de continuo lo del Salmo profético: «Dedico al Rey mis obras» (Sal. 44, 2): todas mis obras y actividades las dedico y consagro al Rey que está conmigo. E igual aquellas otras palabras: «Mi fortaleza la guardaré para ti» (Sal. 58, 10): todas mis fuerzas, toda mi actividad, la reservo para Ti. Ni una partícula mínima de esas fuerzas consagraba a otra cosa. Por eso Jesús la sentía como «jardín cerrado», en que Él sólo se recreaba, «fuente sellada», cuyas aguas de amor sólo Él bebía (Cant. 4, 12).

Era la consagración perfecta al Corazón de Jesús. Era el consuelo anticipado y suavísimo para aquel Corazón que había de ser triturado por tantas ingratitudes nuestras, mas que ahora descansaba tranquilo entre los lirios floridos del Corazón de su dulce Madre (Cant. 2, 1, 2, 16; 6, 1, 2).

María presentía, mejor sabía con certeza que estas ingratitudes habían de venir muy pronto, que incluso le habían de arrebatar a su Hijo adorado. Con qué ansia entonces lo abrazaba, con qué ternura lo miraba, dispuesta a defenderlo contra quienes se lo habían de arrebatar, si tal hubiera sido la voluntad del Padre.

«Encontré al amado de mi alma; le aferré y no le soltaré» (Cant. 3, 4): expresa el gozo de la Virgen en la posesión de su Hijo, en que encontró su paz; a la vez que la generosidad de su sacrificio, el dolor implicado al renunciar a Él para salvación nuestra. Pero su generosidad se impone al gozo. Solo lo retendrá «*hasta*

que» (Cant. 3, 4): vimos que el término de ese «hasta que» es la redención del mundo por medio de la pasión y muerte de su Hijo.

20. Reparación perfecta al pie de la Cruz.

Ese término ha llegado ya. María ya no retiene a su Hijo; libremente lo suelta. Ella misma lo ofrecerá voluntariamente al Padre, para la salvación del mundo, entregando por éste todo su tesoro, conformándose, como siempre, dócilmente, a los deseos del Padre y del Hijo, con olvido perfecto y total de sí misma.

Para este momento «ha guardado o reservado toda su fortaleza» (Sal. 85, 10): bien la necesitaba, para desprenderse libremente de lo que más amaba —de lo único que absorbía todo su amor—, y ofrecerlo al Padre para salvación del mundo.

Y también ha guardado toda su fortaleza para consolar y animar a su Hijo en su oblación. Ya que no pueda defenderle, ni siquiera morir físicamente con Él —¡cuánto lo desearía, siquiera fuera para de Él no separarse!—, le acompañará en su dolor, morirá espiritualmente con Él. Sufrirá en su alma todos los dolores que su Hijo padecerá. Y será llamada «la Reina de los Mártires», porque todos los sufrimientos de ellos comparados a los de María son como una gota comparada a la inmensidad del mar.

Mar amarguísimo el Corazón de María. Desde el pie de la Cruz invita a los hombres de todos los tiempos, con cuyos sufrimientos quiso cargarse como lo hiciera su Hijo: «Oh, vosotros, cuantos recorréis el camino de la vida, contempladme y ved si podéis hallar dolor semejante a mi dolor» (Lam. 1, 12). La misma lanza que atraviesa el Cuerpo ya muerto e insensible de Jesús, ha

tenido que transpasar antes el alma inmensamente afligida de María. Sólo la mano omnipotente de Dios es capaz de sostenerla todavía con vida, en pie, junto a la cruz, en medio del océano de soledad amarguísima que la inunda.

Ha llegado la hora de la reparación. Su alma recibe los últimos toques transformantes. Al pie de la Cruz acaba de ser asociada a toda la obra redentora de Jesús: Corredentora, Madre universal, Mediadora, Refugio de pecadores. En adelante, las actividades de Jesús y María con relación a los hombres permanecerán ya indisolublemente unidas. Nada hará Jesús en ellos sin María... todo por María.

La transformación se ha consumado, y el amor de María pasa a su tercera etapa: la de su espiritualización o sublimación.

21. Tercera etapa: Espiritualización o sublimación del amor de María.

«Hermosas son tus mejillas, cual de tórtola; tu cuello como adornos de desposada» (Cant. 1, 9).

«En soledad vivía, y en soledad ha puesto ya su nido; y en soledad la guía, a solas su querido, también en soledad de amor herido» (San Juan de la Cruz, Cant. esp., estr. 35).

Si el temor nos asaltaba ya al dar el nombre de «ansias de amor» y de «amor transformante» a las dos etapas primeras del amor de María, hemos de confesar que ese temor aumenta al hablar ahora de la «espiritualización» de ese amor. Y ante el temor de ser incorrectos en la expresión, y tal vez injuriosos, sin quererlo, a nuestra Dulce Madre, para quien toda honra es poca,

o, al menos, de ser mal entendidos, hemos añadido como explicación la palabra «sublimación».

22. Significación y sentido de los términos espiritualización y sublimación.

Porque la característica de este amor es, no ir pasando de la creatura al Creador, que siempre en Este lo tuvo María, sino de la tierra al cielo, hasta llevar allí, como arrastrados en su vuelo, el alma y el cuerpo de María, en su Asunción gloriosa.

Porque así como un líquido hirviente se va paulatinamente evaporando, hasta perderse por fin completamente, absorbido en la atmósfera pura y transparente, así María, en este período de su soledad en esta tierra, consumida por el ardiente fuego de su amor, se va transpasando al cielo con sus afectos, poniendo su Corazón al lado del de su Hijo, hasta no dejar de sí nada en esta tierra, ni aun su propio cuerpo.

Y, sin embargo, parece que también puede hablarse de espiritualización en este amor. Que lo que Jesús dijo a sus apóstoles: «de verdad os conviene que Yo me vaya» (Joan. 16, 7), también tiene su valor para María.

No porque esto fuera necesario para que el Espíritu Santo bajare sobre Aquella sobre quien con toda plenitud había ya descendido para formar en sus entrañas la Humanidad del Verbo, sino para hacer aun más espiritual su amor.

La presencia sensible de Jesús en las relaciones admirables de la Maternidad la había transformado. Pero había de embellecer más la hermosura del alma de María, el privarla de este objeto sensible.

Privada de imágenes sensibles, de todo objeto amado que pudiera ocupar a sus sentidos, la actividad de

estos cesaría, el amor sería puramente espiritual y se dirigiría con todas sus fuerzas a la Divinidad.

Todo elemento humano que pudiera haber —por voluntad de Dios— en el amor de María, cede ahora su lugar al divino. Su amor se hace del todo divino, llegando a la transformación de los bienaventurados, de sí sin necesidad de muerte, que únicamente tuvo —si la tuvo, pues la definición de la Asunción deja este punto más bien indeciso—, no como paso necesario para la gloria, ni como deuda del pecado o de naturaleza, sino para más conformarse con su Hijo, que, siendo inocente y fuente de la vida, quiso morir por todos.

23. Un texto del Cantar de los Cantares que describe esta tercera etapa: Soledad y afectos de María.

El amor de María en esta etapa viene indicado brevemente por la frase del Cantar de los Cantares (1, 9): «Hermosas son tus mejillas, cual de tórtola; tu cuello, como adornos de desposada».

En las mejillas está simbolizada la voluntad, donde se recibe el beso de Dios, y por la que se verifica la unión del alma con Dios.

Y como la tórtola busca la soledad, y gime por la ausencia del compañero a quien el cazador ha dado muerte, sin volver ya nunca más a buscar otro (cf. San Juan de la Cruz; en la misma creencia antigua parece basarse el simbolismo del Cantar de los Cantares), así María, muerto su Jesús, e ido a los cielos, vive en soledad sobre la tierra, sin buscar consuelo, sin amar cosa alguna sobre ella. Su Amado, su tesoro, está en los cielos: allí tiene Ella ya su Corazón (Mt. 6, 21). Y, separada de Él, gime en la ausencia. Y ese gemido, cual

columna de incienso perfumado, llega al trono de Dios, y lo conmueve.

En tanto que Jesús vivió en la tierra, el tesoro de María estaba en la tierra. Por eso decíamos que, en esta etapa, el amor de María se espiritualizaba, pasando de la tierra al cielo, aunque no de la creatura al Creador, sino siempre fijo en Jesús; o, si este término parece preferible, se sublimaba, cambiando, no de objeto, sino de lugar elevándose a las sublimidades de los cielos a donde su Hijo había ascendido.

Mucho mejor que el Salmista podía exclamar: «¿Qué hay que me importe a mí en los cielos? ¿y qué es lo que he deseado de Ti sobre la tierra? Nada me importan los cielos ni la tierra: Tú, Tú solo eres lo que Yo deseo, Dios de mi corazón, herencia mía, mi Dios eternamente» (Sal. 72, 26).

Espiritualización suprema del amor, que sólo a su Dios busca, sin preocuparse del lugar o circunstancias en que lo halle —de dicha o de dolor—. El amor se dirige ya a Dios solo.

¡Qué soledad tan grande la de María, al verse lejos de su Hijo, su amor único! Y qué fuerza tan inmensa la de su gemido, la de su deseo... tan grande, que la va elevando en ascensión progresiva hacia los cielos, hacia lo más alto de los cielos, aun antes de la Asunción gloriosa de su cuerpo!

Sólo a Ella, en ese estado, es totalmente aplicable la conocida estrofa de San Juan de la Cruz: «En soledad vivía, y en soledad ha puesto ya su nido; y en soledad la guía, a solas su Querido, también en soledad de amor herido» —también Jesús debió sentir soledad en el cielo, hasta no tener consigo allí a su Madre—.

Y sigue el texto del Cantar de los Cantares: «Tu cuello como adornos —o abalorios— de desposada».

Por el cuello sale la respiración, se emiten las palabras. Sus adornos, los afectos santos que brotan del corazón. Y María, la esposa de Dios y Madre de Jesús, está continuamente exhalando hacia el cielo esos afectos que la embellecen a los divinos ojos mucho más de lo que adornan a la desposada todos los collares de piedras preciosas a los ojos de su esposo.

Esas palabras nos dan la ocupación única de María en esa soledad en que ha quedado. Y a cada afecto que sale de su Corazón, una parte de su ser se va arrancando, para ir al cielo en compañía del afecto, y colocarse al lado de su Hijo.

María está ya más en el cielo que en la tierra. Su perfume se difunde en esta como la fragancia de una rosa, confortando la Iglesia naciente con su presencia y con la eficacia de su amor. Pero los pétalos de esta rosa María misma los va deshojando de continuo, y enviándolos al cielo, donde la flor se ha de reconstituir.

Hasta que un día sucedió lo inevitable: lo que los ángeles deseaban, y los primeros cristianos temían.

24. Tránsito al amor celeste, pacífico y eterno, que derrama bendiciones sobre los hombres.

Dice San Juan de la Cruz que la muerte en los santos no es causada por enfermedad o dolor, sino por el amor. Cuánto más María había de morir de amor.

Su Hijo atendió sus ansias y deseos, cuando la Iglesia naciente pudo ya pasar sin Ella en esta tierra. Su voz se dejó oír como un murmullo en el interior del alma de María —«He aquí que ya me llega la voz y llamada de mi Amado» (Cant. 2, 10)—. Y esa voz le decía: «Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven. Pues ya pasó el invierno, fuése la tempestad,

cesó la niebla, aparecieron las flores en nuestra tierra; la higuera ha germinado sus pimpollos, y las viñas florecidas esparcieron su olor. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven. Paloma mía, que anidas en los agujeros de la piedra, en la hoquedad del muro —de tu cuerpo, que de mí te separa todavía—, muéstrame ya tu rostro, resuene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce para mí, y tu rostro la hermosura misma» (Cant. 2, 10-14).

Y el alma de María se desprendió de su cuerpo sin dolor, sin estremecimiento —bastante dolor de muerte padeciera en la de su Hijo—, en un deliquio inefable de amor, atraída y absorbida por la invitación de su Jesús.

Una tradición antigua y venerable, nos afirma que a los tres días le acompañaba su glorioso cuerpo, resucitado, que no debía conocer la corrupción, como no había conocido el pecado. Esta tradición muestra con qué firmeza el pueblo cristiano quería sentir de la Virgen María lo mismo que de Cristo —resucitado también al tercer día—.

La Iglesia creyó siempre que la Virgen María fue elevada al cielo en cuerpo y alma, está allí en cuerpo y alma, como su Hijo Jesús —y así lo profesaba en el cuarto misterio glorioso del rosario—, mas nunca se pronunció sobre su muerte: en realidad, la verdadera muerte con Cristo la tuvo al pie de la Cruz. Y cuando Pío XII definió la Asunción en cuerpo y alma a los cielos, no sólo no menciona su muerte, sino más bien parece indicar que no lo hubo, que pasó al cielo sin muerte, como hubiera pasado Adán si no hubiera pecado —«consumada su vida terrena, fue asumida a los cielos en cuerpo y alma»—.

Y comenzó la etapa del amor pacífico, del amor fe-

cundo que influye y derrama bendiciones sobre todos sus hijos, del amor que se dilata eternamente acercándose más y más al amor infinito, sin que jamás lo alcance.

cie
pe

cu
ne
de

er
o
c
d

Capítulo XI

LA MADRE DE LA IGLESIA: MARÍA ASOCIADADA A LAS ACTIVIDADES DEL CORAZÓN DE JESÚS, ESPECIALMENTE EN RELACIÓN CON NOSOTROS, COMO REAL Y VERDADERA MADRE NUESTRA

«Si el Hombre (=Cristo) hubiere dado toda la hacienda y bienes de su casa (de su Persona) por el amor, pensará que es como nada lo que ha dado» (Cant. 8, 7).

El amor tiende a la semejanza: «el amor, o bien encuentra ya semejantes, o bien hace semejantes a quienes se aman» —«amor similes aut invenit aut facit»—, decían ya los antiguos.

Esta semejanza, obra del amor, la contemplamos ya en María, en cuanto en Ella se obró pasivamente por obra de las relaciones del amor de Dios a Ella, y en cuanto se obró activamente por obra de su correspondencia libre.

1. Mutua transformación y donación: María da al Verbo «forma de hombre», el Verbo da a María «forma de Dios».

Cuando dos se aman, buscan semejarse en todo, imitarse, y se ayudan a esta imitación. Así Dios, amando a María, quiso hacerla viva imagen suya, y María, por su parte secundó esta voluntad divina.

Mas para que la amistad fuera perfecta —con mutua imitación y donación—, también Dios quiso hacerse imagen de María, semejante en todo a María, tomando de Ella la naturaleza humana.

Efecto de esta doble transformación —de Dios y de la creatura—, fue, por parte de Jesús, lo que nos dice San Pablo: «Siendo Hijo de Dios —consustancial al Padre—, no se apegó como a presa de guerra a ese su ser igual a Dios —igualdad que le pertenece por naturaleza, no por conquista: por eso puede ocultarla ante los hombres sin peligro de que por ello la pierda—; antes se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho en semejanza de los hombres, y en su porte exterior presentándose en todo como un hombre» (Filip. 2, 6-7): hombre verdadero, que obedece, sufre y muere en la cruz (Filp. 2, 8), con verdaderos y propios sentimientos humanos, pues los hemos de imitar nosotros los hombres «Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo» (Filp. 2, 5).

Esta forma de siervo, esta semejanza y porte exterior —vestido— de hombre, estos sentimientos humanos delicadísimos —que son a la vez forma, semejanza, porte exterior de Dios, pues divina es la Persona sujeto de ellos—, son el efecto de la transformación de Dios en María: de Dios amante, que desea imitar, ser semejante a su creatura. Es la Virgen María quien le da, y de quien Él toma, esa semejanza.

Por parte de María, fue su divinización: da al Verbo la forma de hombre, recibe del Verbo la forma de Dios, para que la semejanza sea tal cual el amor perfecto la quiere. De ahí que los Santos Padres llamen con frecuencia a la Virgen María «forma de Dios» —forma Dei—.

Así como el Verbo, siendo Hijo de Dios, sin dejar de ser Dios tomó por amor a María, y de María, la forma de siervo, y la semejanza y hábito o porte exterior de hombre —siendo verdadero Dios y verdadero hombre a la vez—, así María, para semejarse a su Dios, ha tomado y recibido, sin dejar de ser creatura, la forma de Dios, la semejanza de Dios.

Y esto en modo y grado tan perfecto que casi podría decirse que lo que es Dios por sí mismo eso mismo es María por el poder de Dios, por donación de su infinito amor. Es un Dios recibido, puesto que lleva a Dios en sí y está en Él completamente transformada, como la esfera de cristal sin mancha ni color que contuviera en sí al mismo sol, tendría en sí la forma del sol, sería un sol recibido, sin dejar por eso de ser esfera de cristal.

2. La encarnación, un solo y único misterio con dos vertientes: Humanización del Hijo, deificación de la Madre.

Y así como la obra más grande de la Sabiduría divina es la Encarnación del Verbo, así, inmediatamente después de ella, y junto con ella, como que unida a ella indisolublemente, no podemos concebir misterio mayor en las obras de esa Sabiduría que la divinización conseguida en María al hacerla Madre de Dios.

El misterio de la Encarnación es uno sólo, y misterio absoluto que sólo en el cielo entenderemos; pero

tiene dos facetas o vertientes, inseparables, interdependientes: El Verbo que se abaja hasta ser hombre, y una Mujer que se eleva hasta ser Madre del Verbo, Madre de Dios. Aspectos del todo inseparables: el Verbo se hace hombre al tomar de una madre verdadera naturaleza humana; la Virgen se hace Madre del Verbo, Madre de Dios, al dar al Verbo esa naturaleza.

Y si es pasmo y misterio que Dios se abaje hasta ser hombre, no nos parece menos pasmo y misterio el que una creatura se eleve hasta ser Madre de Dios. Con razón San Juan Damasceno llama a María: «abismo de milagros, taller de milagros» —miraculorum abyssum, miraculorum officinam»—.

3. Comunión de actividad y bienes, fruto de la unión de amor.

Mas no sólo es exigencia del amor la tendencia a una naturaleza común por medio de la semejanza e imitación, sino también la inclinación a una actividad común mediante la cooperación y la comunicación de todos los bienes.

El amigo gusta de hacer sus cosas en unión con el amigo, aun cuando esa ayuda no la necesite; gusta de hacerle entrega de sus bienes y poderes; gusta de que en todo haga sus veces. «El amigo es otro yo» —amicus alter ego—, decían ya los antiguos: vale igual lo hecho por uno que lo hecho por el otro.

De ahí que ese amor entre Dios y María no se contente con obrar en ambos una mutua semejanza, sino que tienda a asociarlos en una misma actividad, y a hacerlos dueños de unos mismos bienes.

El amor, directamente, se entrega a sí mismo al amado; mas si esa entrega es verdadera, como consecuen-

cia inevitable entrega también todas sus cosas. Si María es de Dios por el amor, también todo lo suyo es de Dios; si Dios ha querido ser de María por el amor, también todo lo de Dios es de María.

4. El grado de esa comunión de bienes y actividad: criterios o principios para conocerlo.

El grado de esa comunidad de bienes y actividad depende, por una parte, del grado de amor que los una; y por otra, de la naturaleza del bien o actividad a cuya participación es llamada por ese mismo amor.

María es la Amada de Dios por antonomasia: «amada mía, paloma mía, inmaculada mía» se la llama en el Cantar de los Cantares (2, 10; 5, 2, etc.).

La intensidad de ese amor es la suma que pueda intervenir entre Dios y una pura creatura. Y la razón es que la ha hecho ser participante de la actividad divina y bien divino más perfectos: uno mismo es su Hijo y el Hijo del Padre Eterno; al que el Padre da la naturaleza divina Ella da la humana. El mismo Santo Tomás afirma que esta dignidad de María es en cierto modo infinita, y que en su orden no admite superior. Por lo mismo, el amor de que procede supera también toda comprensión, es infinito.

Si en la más grande obra con la que Dios se manifiesta fuera de sí mismo —ad extra—, es decir, en la Encarnación del Verbo, quiso Dios, por amor, dar a María una cooperación tal cual no es posible concebirla mayor, síguese que en las demás obras suyas de orden natural o sobrenatural, de creación y conservación, o de redención y salvación, Dios ha querido asociar a su propia actividad la de María; y que, así como la Encarnación

dependió de su libre consentimiento, así todo lo demás depende en algún modo de su libre voluntad.

El criterio para saber qué cooperación se ha de admitir, o hasta qué grado, no es el demostrar positivamente que haya existido, sino únicamente el mostrar que no repugne a alguna otra verdad revelada o de razón: todo lo que sea posible conceder a María, Dios se lo concedió, en virtud de ese inmenso amor con que la favoreció.

El principio de Escoto —que él directamente aplicó al dogma de la Inmaculada—, «pudo Dios hacerlo, luego lo hizo», puede igualmente aplicarse a todo lo demás de María, especialmente a esta asociación en la actividad divina. De ahí también deduce Suárez el gran principio mariano que parece informar todas sus obras: «Lo que a alguna creatura hizo, también lo hizo a su Madre; lo que a todas negó, no lo negó a su Madre».

O, lo que parece ser lo mismo: de María se pueden y deben afirmar todas las prerrogativas que no se opongan a alguna verdad revelada, o tiendan a sacarla de la esfera creada convirtiéndola en Dios. Todo lo que no sea Dios se puede concebir y afirmar de Ella, pues nada después de Dios hay como Ella, ni puede haber como Ella.

5. Asociación de María a la actividad divina creadora.

Las obras con que Dios se manifiesta fuera de sí mismo —obras ad extra—, son de dos órdenes: la creación de cuanto existe y su conservación en el orden natural; y la elevación de ese mismo orden natural a un plano sobrenatural por medio de Jesucristo con la Encarnación del Verbo.

La grandeza y sublimidad de esta Encarnación, con

la consiguiente elevación de la creación, supera a todo el orden natural como el cielo a la tierra. Todo lo demás lo hizo Dios como de paso, sólo esta obra la hizo como de asiento y de propósito (San Juan de la Cruz, en su comentario a la estrofa: «Mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura...»).

Si María, pues, cooperó a la Encarnación del Verbo, con mayor razón hubo de cooperar a la creación de todas las cosas. No como causa eficiente —cosa privativa de Dios—, pero sí como causa final y ejemplar, como unida y asociada a Cristo «en el cual tienen su subsistencia todas las cosas... por el cual hizo Dios los mismos siglos» (Colos. 1, 17: texto entendido por no pocos teólogos de la misma humanidad de Cristo).

Este influjo de María en la creación aparece claro en Proverbios, 8, 22-31, texto del que ya anteriormente tratamos (cap. IX). Baste, pues, aquí aducir las palabras del gran exégeta Cornelio a Lápide:

«La creación ha tenido lugar y ha sido dispuesta para la justificación y glorificación de los santos en Jesucristo por María; pues el orden de la naturaleza ha sido instituido por el orden de la gracia. Y siendo la Santísima Virgen Madre de Jesucristo, es también el medio de nuestra redención y de todo el orden de la gracia, y es por consiguiente *causa final* de la creación del mundo. El fin del universo es Jesucristo, su Madre y los santos; lo que significa que el mundo ha sido hecho para que los santos fuesen colmados de gracias en la tierra y llegasen al cielo de la gloria por medio Jesucristo y de María. Así es que, aunque Jesucristo y su Bienaventurada Madre no forman más que una parte de la creación, considerados como causa material, han precedido a la creación *como causa final*. Y son también *causa formal* de la creación; pues el orden de la gracia en que Jesucristo y María ocupan el primer puesto, es

la *idea y el modelo* que Dios siguió para crear y disponer el orden de la naturaleza» (*Tesoros de Cornelio a Lápide*, p. 236-237).

Todas las cosas que existieron, existen o existirán, deben, pues, su ser, a que han sido previstas por Dios como agradables a Jesús y a María, pues para ellos las hizo, y, en ellos, para todos los santos.

Y todas cuantas perfecciones creadas ha habido y habrá, no son otra cosa que una manifestación parcial de las perfecciones de María: «Dios —dice el mismo Cornelio a Lápide—, predijo su virginidad con la virginidad de los ángeles; su caridad con el amor de los serafines; su pureza con la del firmamento; su esplendor con el brillo de las estrellas; su hermosura con la de las verdes praderas y de las flores; los frutos abundantes de sus sublimes virtudes con los muchos árboles de la tierra. Todas las virtudes de los santos no son más que sombra de las virtudes de la incomparable María: todas sus perfecciones no eran más que un débil ensayo, un bosquejo que Dios hacía para llegar a crear a María» (*ib.*).

Por eso la Sagrada Escritura nos la presenta como siendo ordenada por Dios desde todos los siglos —«desde toda eternidad soy Yo ordenada, y desde los tiempos antiguos antes de que fuere hecha la tierra» (Prov. 8). Por eso San Bernardo la llama «negocio de todos los siglos —negotium omnium saeculorum»—, como si el preparar la creación de María hubiera sido la única ocupación de Dios.

De aquí debe brotar en nuestras almas un nuevo título de agradecimiento a María y de confianza en Ella. Todo, en el orden natural y de la gracia, nos viene de Ella, se lo debemos a Ella; todo es como Ella lo ha querido, movida del amor de Madre que nos tiene: «Por Ella existe el mundo —dice San Bernardo—; y

por Ella se ha librado de la ruina»; y San Buenaventura (*De Laud. Virg.*): «Por tu disposición, Virgen Santísima, continúa aun el mundo, que Tú con Dios desde el principio fundaste».

«Toda gracia —dice León XIII—, que se comunica a este siglo, tiene un triple proceso: De Dios a Cristo, de Cristo a la Virgen, de la Virgen a nosotros»; y Pío X: «Cristo es la Cabeza de donde todo nos viene, María el cuello por donde pasa; Cristo la fuente, María el acueducto». Si el orden de la creación se ordena al de la gracia, no se puede separar en aquel a María de Cristo, cuando en éste se nos presentan tan unidos. El mundo para nosotros, nosotros para María, María para Cristo, Cristo para Dios.

Mas pasemos ya a lo que más nos interesa: a la cooperación de María asociada a la obra redentora.

6. Cooperación de María a la obra redentora de Cristo.

Si María cooperó con Dios a la obra de la creación, esta cooperación, este influjo misterioso, se hace todavía más patente en la obra de la Redención, en el orden de la gracia, especialmente por lo que atañe a los hombres, que es el punto que aquí más nos interesa (de María con relación a la gracia y predestinación en los ángeles, véase el cap. II).

Los Santos Padres están contestes al afirmar esta cooperación, aunque frecuentemente se abstengan de detallar en qué consista. Pero el paralelismo que todos establecen entre Eva y María, contraponiéndolas, muestra la amplitud y extensión que a esta cooperación daban.

Para ellos, así como Adán es tipo de Jesucristo, así Eva lo es de María: siempre los contraponen.

Y así como el segundo Adán, Jesús, reparó las consecuencias del pecado del primero, así también María convierte en bendiciones las maldiciones por Eva merecidas.

Ahora bien, si bien no fue el pecado de Eva, sino el de Adán, el que en definitiva causó la ruina del género humano, no puede negarse que Eva tuvo su parte en ese pecado, influyendo en él de modo decisivo —Adán lo cometió para complacerla a ella—; y que sin ella hubiera sido imposible su propagación a nosotros: madre de todos los vivientes (por eso fue llamada Eva), junto con la vida les pasaba la muerte.

Su influjo, pues, es doble: en el orden moral, como tentadora de Adán al que induce a pecar; y en el orden físico, como transmisora del pecado: Adán, autor de la muerte del género humano; Eva la transmisora por la generación.

Este doble influjo, cuando menos, hay que afirmar de María en orden a nuestra redención: 1.º) Influjo moral: en cuanto la sola contemplación de la belleza de su Madre como todavía posible, ya era capaz de mover al Verbo para hacerse hombre y redimirla, para poder así llevar a cabo su obra de amor, María, en quien se había complacido. Y seguramente también influjo de instancias, de súplicas, por parte de María, para que se inmolase por los hombres, o, al menos, consentimiento de Esta en su inmolación.

2.º) Influjo físico en la transmisión de los frutos de la redención, de la vida de la gracia. Cristo, por sí sólo, redimió. Él es la causa y fuente de la nueva vida como Adán lo fuera de la muerte. Pero así como la muerte se transmitió por Eva, así la vida de la gracia se transmite

por María, y sólo por Ella, a todos aquellos en quienes deriva, y que por lo mismo pasan a ser sus hijos.

Y como no hay muerte de pecado, sino derivando de Adán por medio de Eva, así no hay vida de gracia sino derivando de Jesús por María.

Y tan íntima y mutuamente necesaria como es la colaboración de la actividad de Adán y la de Eva para transmitir a sus hijos la vida natural, y con ella la muerte del alma, es la colaboración de la actividad de María con la de Cristo para transmitirnos la vida sobrenatural, la vida de la gracia.

Notemos de paso que, así como todo el influjo de Eva, físico y moral, acerca del pecado y su transmisión, nació del amor que mutuamente ella y Adán se tenían —amor que impulsó a éste, primero a cometer el pecado, y luego a hacerla madre de todos los vivientes—, así todo el influjo de María en la obra redentora nace de sus relaciones de amor con Dios, y, más especialmente, con el Verbo.

Amor que lleva a Este a encarnarse en sus entrañas, para comenzar así su sacrificio que había de consumarse en la cruz, y amor que le impulsó a dárnosla por madre, para que fuera, con más verdad que Eva, Madre de todos los vivientes; a fin de que su alabanza no se apartare de todas las generaciones, y éstas asociaran a Él en el culto a Aquella a quien Él mismo tan estrechamente se había querido asociar en su obra redentora, hasta tomar de Ella la naturaleza necesaria para poder ofrecerse al Padre en sacrificio.

Veamos ahora de explicar más en concreto esta cooperación. Quiera la misma dulce Virgen ayudarnos y dirigir nuestra palabra.

La cooperación aparece principalmente en tres mo-

mentos: en la Encarnación, al pie de la Cruz, en el cielo.

7. Cooperación en la Encarnación.

Como toda la redención depende de la Encarnación, ya que para esto Dios se hizo hombre, en expresión de San Agustín, para hacer a los hombres dioses, y en esta deificación, por medio de la gracia, de los hombres caídos, está precisamente la redención, síguese que toda cooperación de la Virgen a la Encarnación del Verbo es cooperación a la Redención.

En primer lugar, María, como Amada de Dios, y por ser amada de Él, determina la Encarnación —influjo moral—. Así lo afirma la Iglesia con las siguientes palabras que pone en su boca con ocasión de no pocas fiestas marianas: «Congratulaos conmigo, porque siendo pequeñita agradé al Altísimo, y de mis entrañas engendré a Dios y Hombre».

El agrado de que nos habla es precisamente en orden a la Encarnación: siendo y sintiéndose pequeñita —como creatura que, al fin y al cabo, era—, agradó a Dios hasta tal punto que Éste se movió por amor a hacerse Hijo suyo: «y de mis entrañas engendré a Dios y Hombre». Luego María, como Amada de Dios, determina el hecho de la Encarnación, influye decisivamente en ella.

Por eso son muchos los teólogos que afirman haber María merecido *de congruo* —es decir, con mérito que sin obligar a Dios en justicia, le mueve infaliblemente por condescendencia y amor a hacer aquello que se merece— el ser Madre de Dios.

Así, considerado el decreto divino de la Encarnación

del Verbo en el orden de la intención, el móvil externo principal que inclina a Dios a querer encarnarse es la incomparable perfección de María como posible Madre de Dios —decimos móvil externo, porque el móvil último e interno de toda obra divina es necesariamente Dios mismo—.

Considerado ese decreto en el orden de la ejecución, Dios quiso que esa encarnación se verificase por medio de María, con el influjo y concurso de María, y por lo tanto, que en el orden de los hechos María fuese íntimamente asociada a la obra redentora de Jesús, y que sin Ella no hubiese redención.

En segundo lugar, María parece influir en la encarnación, no sólo moralmente, sino físicamente. Por el consentimiento de su voluntad, unida a la voluntad del Padre, es verdadera causa física de la Encarnación del Verbo, de modo remotamente análago a cómo tanto la voluntad del padre como la de la madre, y la acción de cada uno, es causa de la concepción y origen de un hijo natural.

Dios manifiesta a María su voluntad de hacerla su Madre; pero espera su libre consentimiento, y la encarnación del Verbo no se verifica hasta que Ella pronuncia las palabras que lo manifiestan: «He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra».

Dios sabía que la Virgen lo daría: lo garantizaba, no sólo la plenitud de gracia con que estaba adornada, sino principalmente la entrega total, irretractable, que libremente había hecho a Dios de sí misma en el primer instante de su ser o existencia.

¿Por qué, pues, si estaba seguro del consentimiento de María, se lo pide a pesar de todo, y aguarda a que se lo dé, aunque en último término no lo necesitaba, como dueño y señor absoluto que es de todo lo creado? No por otra razón, a nuestro entender, sino para mostrar

que la obra de nuestra redención, que comienza en la encarnación, era su voluntad que dependiese de María como de condición totalmente necesaria e imprescindible, como de verdadera concausa eficiente.

Tienen algunos teólogos como consideración meramente piadosa, e incluso ajena a la verdad (así, vgr. Lennerz), el que la encarnación no se hubiera verificado de no consentir María, porque la infidelidad de la creatura no podía frustrar la voluntad divina. Es verdad que la dificultad de esta hipótesis de posible infidelidad de la Virgen es más aparente que real; pues, dada la plenitud de gracia de María, la confirmación en ella que todos los teólogos la conceden, y la entrega irretractable y libre que de sí misma hiciera a Dios cuando su Concepción inmaculada, la hipótesis se verifica como absolutamente imposible. Más la fuerza de pedir Dios ese consentimiento parece ser tal que, si por un imposible, la Virgen hubiera rechazado, la Encarnación nunca se hubiera hecho, y consiguientemente, tampoco la redención. Dios quiere que esa obra cumbre de su amor se haga por María, la Amada; no sin Ella.

Esto parecen suponer los Santos Padre y Doctores de la Iglesia, cuando nos presentan a todo el universo como angustiosamente pendiente del consentimiento de María. Basten algunos ejemplos.

«Este tu consentimiento —dice San Bernardo—, lo aguarda con ansia todo el mundo, postrado a tus pies. Y no sin razón, por cuanto de tu boca depende el consuelo de los desgraciados, la redención de los cautivos, la liberación de los condenados, la salvación, en fin, de todos los hijos de Adán. Aprésurate, oh Virgen, a responder. Oh Señora, pronuncia la palabra que expectantes aguardan la tierra, los muertos, y los que moran ya en el cielo. Pues el mismo Rey y Señor, cuanto deseó poseer tu hermosura, tanto desea el asentimiento de tu

respuesta, en la cual se propuso salvar al mundo» (San Bernardo, *Sermo IV, super Missus est*).

¿Cómo explicar estas palabras de San Bernardo de una mera aceleración de la redención? Todo el mundo espera de rodillas su asentimiento; espera de ese asentimiento su salvación; el mismo Dios, enamorado de María, lo desea, porque propuso salvar al mundo por ese consentimiento; y como ese propósito es inmutable, sin él no hay salvación. No sólo María movió moralmente a Dios a encarnarse —«ansió poseer tu hermosura»—, sino que ya movido a esa encarnación en sus entrañas, no la hará sin su consentimiento, que ardientemente desea, pero, como verdadero amante, no impone.

Por este consentimiento —nos dice el mismo San Bernardo—, la Virgen pidió y consiguió la salvación de todos los elegidos, y fue hecha así Madre de todos ellos: «La Virgen, por su consentimiento en la Encarnación, entrañablemente pidió y obtuvo la salvación de todos los elegidos; y desde entonces los llevó a todos en su seno, como verdaderísima Madre a sus hijos» (Tomo III, Sermo VI, a. 2, c. II). La Virgen María ordenaba así su consentimiento a la salvación del mundo, y por tanto consentía desde ese instante en el sacrificio de Jesús, por el que el mundo debía salvarse.

El consentimiento de María, nos dice San Ireneo, la convierte en abogada de la humanidad prevaricadora: «Así como Eva fue seducida para huir o apartarse de Dios, así María fue persuadida a obedecer a Dios, para que la Virgen María fuese la abogada de la virgen Eva» (San Iren., *De Laud. Virg.*).

Y el mismo santo nos dice que Dios pidió a María este consentimiento, para que María fuese principio de todos los bienes, para que no haya beneficio ni gracia alguna en la redención que no nos venga en cierto

modo de Ella y por Ella: «¿Por qué es que sin el consentimiento de María no se lleva a cabo el misterio de la encarnación? Pues porque Dios quería que Ella fuese el principio de todos los bienes» (San Iren., *De B. Virgine*).

Por lo expuesto, nos parece que están en un error quienes pretenden que la cooperación de María al sacrificio de la Cruz, en que se consumó la redención, se reduce a un influjo físico remoto. A saber: a proporcionar la víctima para el sacrificio, que formó de sus entrañas, y crió con sus desvelos; negándole empero toda influencia próxima, ni aun moral. También los documentos eclesiásticos que luego aduciremos parecen exigir bastante más.

Los que así limitan la cooperación de María se basan en que Cristo, en toda su vida, manifiesta que viene a cumplir la voluntad de su Padre, y que en el asunto de la redención sólo a su Padre obedece, haciendo caso omiso de las relaciones de carne y sangre que con la Virgen tenía. De los textos que esto afirman, sobrado conocidos, baste espigar algunos: «¿No sabíais que Yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc. 2, 49). «Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (Joan. 4, 32, 34). «Yo hago siempre lo que a Él le agraza» (Joan. 8, 29), «He de llevar a cabo la obra para la que me envió» (Joan. 4, 34; 14, 31), etc.

Es cierto que Jesús nunca hace alusión a la voluntad de su Madre cuando se trata de la ejecución de su misión redentora; e incluso que, para ejemplo nuestro, hace positivamente caso omiso de ella cuando la ocasión se presenta.

Pero concluir de ahí que el consentimiento de su Madre no fue condición necesaria imprescindible para que su sacrificio se verificase es cosa inadmisible. Sería

olvidar que Dios *pidió y obtuvo* este consentimiento en la Encarnación.

Jesús prescinde de este consentimiento, tanto porque María ya lo había dado de una vez para siempre, cuanto porque la obtención de ese consentimiento no era cuestión suya, sino del Padre, a cuyo mandato de inmolarse por los hombres debía Jesús simplemente obedecer.

Pero este mandato no se lo dio el Padre sin contar con María, a la que pide el consentimeinto precisamente en el momento más solemne: en el de hacerla Madre de su Hijo. María sabe que este Hijo viene para tomar carne en sus entrañas, y en esa carne de Ella recibida morir por los hombres. Así lo ve San Bernardo en el texto antes aducido, cuando dice que vehementísimamente deseó y obtuvo la salvación de todos los elegidos, que no había de verificarse sino por el sacrificio de la cruz. Y Dios espera, para comenzar la obra de la redención, a que se le dé ese consentimiento.

Luego este consentimiento es al menos condición necesaria para el sacrificio de Cristo, que así depende en sí mismo, y no sólo en la aplicación de sus frutos, del beneplácito de María. Es Ella misma quien con su «Hágase» ofrece a su Hijo en sacrificio al Padre eterno por los pecados del mundo, en verdadera oblación sacerdotal.

Confirmación de este sacerdocio de María, presente en el misterio de la encarnación, es la oblación que de Jesús ya nacido hará en el Templo, y, finalmente, su presencia activa y destacada al pie de la Cruz, para animar y consolar a su Hijo, unida a su dolor.

Mas pasemos ya a la asociación de María a la obra redentora de Jesús en el momento cumbre de su vida, en que esa obra se consuma, llevándose a feliz término y remate: María al pie de la cruz.

8. Cooperación de María al pie de la cruz.

La asociación de María con Cristo en el sacrificio de la cruz la resume hermosamente Pío X, en su Encíclica «Ad illum diem» (2 de febrero de 1904, A. A. S. 36 —1903-1904—, p. 453 s.). Transcribimos sus palabras, que el lector hará bien en meditar piadosa y atentamente, como enseñanza que son auténtica de la Iglesia:

«A más de esto, no sólo hay que atribuir a la Santísima Madre de Dios, para alabanza suya, el haber proporcionado al Unigénito de Dios, que había de nacer de humanos miembros, la materia de su carne, con la cual se proporcionase víctima para la salvación de los hombres; más también hay que atribuirle el oficio de guardar y alimentar esa misma víctima, y, por consiguiente, *de presentarla* al altar del sacrificio a su debido tiempo.

»De aquí la *comunidad nunca disuelta* de Madre e Hijo en vida y trabajos, de modo que en entrambos de igual modo se cumplen las palabras del Profeta: "Desfalleció en el dolor mi vida; y mis años en los gemidos" (Sal. 30, 11). Mas cuando llegó el tiempo final del Hijo, "estaba en pie, junto a la Cruz, María su Madre", no solamente absorta en el cruel espectáculo, sino *del todo alegrándose* de que "su Unigénito se ofreciese por la salvación del género humano, y, al mismo tiempo, padeciendo tanto con Él, que, si hubiese sido posible, todos los tormentos que el Hijo padeció, con mayor gusto Ella misma los hubiera soportado" (San Buenaventura, In I. d. 48, dub. 4). A causa de esta unión de dolores y voluntad entre María y Cristo, "mereció Ella ser hecha dignísimamente *reparadora* del orbe perdido" (Eadmero, *De Excellentia Virg. Mariae,*

cap. 9), y por lo mismo, dispensadora de todos los dones que Jesús con su muerte y sangre nos obtuvo.

»En verdad no negamos que la dispensación de estos dones pertenece a Cristo por derecho privado y propio, puesto que ellos nos han sido engendrados por la muerte de Él sólo, y Él mismo, con verdadera potestad, es Mediador de Dios y de los hombres. Sin embargo, por la comunión de dolores y cuidados entre la Madre y el Hijo, de que hemos hablado, se ha concedido a la Virgen Augusta, que sea "de todo el orbe terráqueo potentísima Mediadora y Conciliadora para con su Hijo Unigénito" (Pío IX, Bula *Ineffabilis*).

»Así, pues, Cristo es la fuente, y "de su plenitud todos nosotros recibimos" (Joan. 1, 16); de quien todo el cuerpo, compacto y unido por la trabazón del ministerio... cobra crecimiento para edificación suya en caridad (Efes. 4, 16). Mas María, como bien nota San Bernardo, es el "acueducto" o canal (Sermo de Tempor., in Nativ. B. V., de Aqueductu, nr. 4); o también, el cuello, por el cual el cuerpo se une con la cabeza, y la cabeza a su vez lleva al cuerpo fuerza y virtud. "Pues Ella es el cuello de nuestra Cabeza, por la cual se comunican a su cuerpo místico todos los dones espirituales" (San Bernardino de Sena, Quadrag., "De Evangelio aeterno", Sermón 10, a. 3, c. 3).

»Es por lo mismo manifiesto que estamos muy lejos nosotros de atribuir a la Madre de Dios fuerza para hacer la gracia sobrenatural, que es propio de sólo Dios. Ella, sin embargo, porque supera a todos en santidad y unión con Cristo, y fue asociada por Cristo a la obra de la salvación humana, merece "de congruo", según dicen, lo que Cristo nos mereció "de condigno"; y es la principal administradora en la dispensación de las gracias. "Está Aquel sentado a la diestra de la Majestad en las alturas" (Hebr. 1, 5); mas María está como

Reina a su diestra, "segurísimo refugio de cuantos peligran, y su fidelísima auxiliadora, de tal modo que nada hay que temer, nada que desesperar, guiándonos Ella, animándonos Ella, siéndonos Ella propicia, protegiéndonos Ella" (Pío IX, Bull. Ineffabilis)».

Hasta aquí las palabras de Pío X. Completémoslas con las siguientes, no menos expresivas, del Papa Benedicto XV, su sucesor:

«(María) de tal modo padeció y casi murió con el Hijo que padecía y moría; de tal modo *renunció* por la salvación del mundo los derechos maternos en el Hijo, e *inmoló* su Hijo, en cuanto a Ella tocaba, a la justicia que había de ser aplacada, que con razón se puede decir, que Ella con Cristo redimió al género humano» (Benedicto XV, Litt. Apost. «Inter Sodalicia», 22 marzo 1918. A. A. S. 10 (1918), 181 s.).

Las palabras del Santo Pontífice Pío X confirman cuanto llevamos dicho sobre el influjo moral y físico de María en la obra de la redención: no sólo puso la víctima para el sacrificio, ni sólo la cuidó y alimentó hasta el día de su inmolación, sino que era también *oficio suyo presentarla* al sacrificio. La aceptación de este sacrificio, que en la Encarnación se le había pedido, la consuma ahora al pie de la cruz, presentando a Dios la víctima como había sido estipulado el día de la encarnación.

Al mismo tiempo explica en qué consiste la cooperación de María al pie de la cruz, fuera de esta oblación.

La cruz añade al mérito de la oblación anterior los dolores propios de María, así como la alegría o gozo con que los padece. María se goza totalmente de que Jesús se ofrezca por la salvación del Género humano —recuérdese lo que en otro lugar dijimos, que los deseos de la Virgen de padecer por los hombres parece modificaron el plan divino de redención, determinando

a Cristo a su Pasión—. Y, al mismo tiempo, tanto se une a sus dolores, que, a ser posible, con inmenso gusto sufriría todos los dolores de Jesús para aliviarle a Él.

Por esta unión con Cristo en los dolores y en la voluntad pronta de ofrecerse «mereció ser hecha reparadora del orbe perdido, y por lo mismo dispensadora de todos los dones que Jesús con su muerte y sangre nos ganó».

¿En qué consiste esta reparación hecha por María? Ciertamente que la reparación con relación a Dios es hecha por solo Jesucristo: sólo Él podía ser el autor de la gracia, ya que esto es propio de Dios solo, y así lo afirma expresamente el Pontífice; sólo Él podía aplacar dignamente a Dios ofendido, y satisfacer por la injuria en proporción de igualdad —*ad aequalitatem*—, porque para esto no basta creatura alguna, aunque sea tan pura y santa como la Virgen María.

La reparación de María diríamos está en un plano inferior: El Hijo reconcilia a los hombres con Dios; María a los hombres con Cristo: «Por la comunión de dolores y cuidados que la Madre tuvo con el Hijo, se concedió a la Virgen María «el que sea poderosísima mediadora y reconciliadora de todo el orbe de la tierra para con su Hijo unigénito», según se había expresado Pío IX en su Bula de definición de la Inmaculada Concepción. De modo que los dolores de María al pie de la Cruz son verdaderamente redentivos; pero el objeto de esa redención no es conciliar al hombre con Dios, como los dolores de Cristo, sino al hombre con Cristo.

Esto mismo parecen indicar las palabras del Pontífice: «Ella, por cuanto superior a todos en santidad y unión con Cristo, y por el mismo Cristo asociada a su obra de humana salvación, nos merece *de congruo* cuanto Cristo nos mereció *de condigno,* y es la sobe-

rana administradora de cuantas gracias se confieren». Cristo mereció *de condigno* todas las gracias, y fue atendido por el Padre en cuanto pidió o deseó en atención a su propia dignidad —*pro sua reverentia* (Hebr. 5, 7). María merece cuanto merece su Hijo, no *de condigno* con relación al Padre, sino *de congruo* —aunque infaliblemente—, por su unión con Jesucristo y el amor que Éste la tiene.

De otro modo expresado: Cristo impetra todo del Padre; María todo de Jesús. Pues si no puede impetrarlo del Padre *de condigno*, por ser Ella creatura, sí puede impetrarlo todo del Hijo en su naturaleza humana, con quien tiene verdadera proporción como Madre suya que es, y a quien dio esa naturaleza por la que Cristo se hizo capaz de merecer.

De ahí que así como los hombres no tienen otro Mediador al Padre fuera de Jesucristo, así tampoco tienen otro Mediador para con Jesucristo, ni otra vía para llegar a Él o recibir su gracia, sino María.

Así María, sin ser autora de la gracia, es la transmisora necesaria de ella; como Eva, sin ser autora de la muerte del pecado original, es la transmisora necesaria de ella a todos los hombres.

María, pues, es la que pone en los hombres a Jesucristo, y, con Él, la vida de la gracia: no hay gracia alguna que no derive de Ella. Cristo es la fuente —dice el mismo Pontífice—, María el canal; Cristo la Cabeza, María el cuello. Así ningún influjo pasa de Jesús a los hombres, ni de éstos oración u obsequio alguno a Jesús para ser presentados al Padre, si no es por medio de María.

Y para que la semejanza de esta relación de María a Jesús fuese más perfecta con la que Jesús guarda al Padre en la obra redentora, quiso Jesucristo revestirla de los mismos caracteres, a saber, de la infalibilidad

de su intercesión, de la omnipotencia de su súplica; para que así como el Padre nada le niega a Él, así Él mismo nada niegue a María: «Está Aquél (=Cristo) a la diestra de la Majestad en las alturas; mas María está como verdadera reina a su derecha, refugio segurísimo y auxiliadora infalible de cuantos están en peligro, de modo que nada debe temerse, de nada desesperar, siéndonos Ella guía, inspiradora, benévola, protectora».

No sería María segurísimo refugio, ni podría decirse que no hay nada que temer o desesperar con sólo que Ella nos sea favorable, si su mediación para con el Hijo no fuera infalible, si su intercesión no fuera omnipotente. La misma eficacia, pues, tiene la súplica de María a Jesús que la de Jesús al Padre.

Así es María, con más razón que Eva, Madre de todos los vivientes, de cuantos viven de la vida de la gracia. Madre de esperanza, Madre de gracia, Ella infunde la gracia en todos. Y no solamente es medio necesario de transmisión de la vida sobrenatural a las almas, sí que también goza en ese ministerio de plenos poderes, asociada al mismo Jesús en la obra santificadora.

Pero aun hay más. Benedicto XV nos dice que podemos decir pura y simplemente, con toda razón y verdad, «que Ella con Cristo redimió el género humano», y esto por tres títulos.

Primero por sus sufrimientos: la pasión de Cristo no puede considerarse como sola o aislada; forma una unidad inseparable con la pasión de su Madre: es una misma pasión en dos corazones que laten al unísono, y el fruto es de esa pasión común y única.

Segundo, por su renuncia a los derechos maternos sobre el Hijo para la salvación del mundo, lo que implica que sin esa renuncia la pasión de Cristo no hu-

biera tenido lugar; y lo que explica igualmente que Jesús muestre no tener en cuenta esos derechos, porque *sabía* que su Madre los había renunciado; de ahí que sólo se preocupe de la voluntad del Padre.

Y tercero, porque María, como verdadero sacerdote, «inmoló a su Hijo, en cuanto a Ella tocaba, a la justicia que había de ser aplacada».

Y todo eso lo ha hecho en Ella la unión de amor con el Corazón de Jesús, que la llevó a ser su Madre, y la impulsó a asociarse tan estrechamente con Él en la pasión.

Mas pasemos ya a su participación en el cielo en los bienes y actividad de su divino Hijo.

9. Cooperación de María en el cielo.

María en el cielo, en virtud de sus relaciones de amor con el Corazón de Jesús, sigue estrechamente asociada a su Hijo: en su triunfo personal —victoria ya plena del pecado y de su consecuencia la muerte, por la glorificación del cuerpo de María, asunta en cuerpo y alma a los cielos—; en su dominio sobre toda creatura —María reina de todo lo creado—; y finalmente, en su acción sobre nosotros los hombres —María Madre de la Iglesia, madre de cada miembro de Ella, Madre nuestra—.

Es la última asociación la que aquí más nos interesa, ya que dice relación directa a nosotros. Aunque recorreremos brevemente las otras dos, que confieren cada una un matiz especial a la acción maternal de la Virgen sobre nosotros.

10. María asunta en cuerpo y alma a los cielos.

La Asunción de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos es dogma de fe, definido por Pío XII (1 nov. 1950): «Pronunciamos declaramos y definimos ser un dogma divinamente revelado: Que la Inmaculada Madre de Dios siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asumida a la gloria celeste en cuerpo y alma».

En el Documento de definición (Constitución apostólica «Munificentissimus Deus»), y como justificación previa de la definición, el Papa Pío XII establece una serie de asertos enormemente importantes y orientadores para nuestro conocimiento y estudio de la Virgen María. Transcribimos los que juzgamos más útiles, o para edificación de la devoción mariana de nuestros lectores, o para confirmación de cuanto en este libro llevamos dicho:

1.°) Las Sagradas Escrituras «ciertamente nos ponen como ante los ojos a la excelsa Madre estrechísimamente unida a su divino Hijo, y participando siempre de su misma suerte» (Denz. 3031). Es la asociación íntima en todo de que venimos hablando.

2.°) El Papa aplica a la asunción el famoso principio de Escoto: «Dios pudo hacerlo, luego lo hizo», debiendo creerse que Dios no niega a María ningún honor que esté en su mano concederle: «Y, pudiendo (Cristo) adornarla de tan grande honor, como era el guardarla incólume de la corrupción del sepulcro, debe creerse que así realmente lo hizo» (*ib.*).

3.°) Pío XII afirma la unión estrechísima y activa de María con Cristo en la lucha con el demonio en or-

den a todo lo referente a la liberación del género humano, basándose en el paralelismo entre María y Eva enseñado por los Santos Padres: «Sobre todo debe recordarse que, desde el siglo II, la Virgen María es propuesta por los Santos Padres como nueva Eva al nuevo Adán, aunque sometida y subordinada a Él, estrechísimamente unida y aliada en aquella lucha con el enemigo de los infiernos; lucha que, según ya se preanuncia en el Protoevangelio (Gén. 3, 15), había de acabar en victoria plenísima sobre el pecado y sobre la muerte, que siempre se vinculan entre sí en los escritos del Apóstol de las Gentes (Rom. cap. 5 y 6; 1 Cor. 15, 21-26; 54-57)».

Por tanto, en la cooperación de María a la obra de la redención no parece puedan ponerse otros límites que los que necesariamente exija su condición de creatura.

4.º) La Virgen María, ya de toda eternidad, está unida misteriosamente a Jesucristo *por un mismo, único e idéntico decreto* de predestinación (las palabras subrayadas las toma Pío XII de la Bula de definición de la Inmaculada, «Ineffabilis Deus», de Pío IX): «Así pues, la Augusta Madre de Dios, unida en modo arcano, ya desde toda eternidad, a Jesucristo, por un mismo y único decreto de predestinación, inmaculada en su concepción, virgen integérrima en su divina maternidad, generosa compañera —o aliada— del Divino Redentor, el cual obtuvo triunfo pleno sobre el pecado y sus consecuencias, consiguió finalmente, como corona suprema de sus privilegios, ser preservada inmune de la corrupción del sepulcro, de modo que, al igual que antes su Hijo, vencida la muerte, fuese llevada en cuerpo y alma a la gloria del Cielo, donde resplandece

Reina, a la diestra de su mismo Hijo, Rey inmortal de los siglos (1 Tim. 1, 17)» (*ib.*).

Esta unicidad del decreto de predestinación de María y Jesucristo, y decreto eterno, aclarará al lector muchas cosas de las que hemos dicho (especialmente en el cap. II), que quizá pudieran parecerle puramente subjetivas: el por qué la Iglesia aplica con toda verdad también a la Virgen María todos los textos que se refieren al Verbo encarnado; el que María sea la primogénita de todas las creaturas, el que Dios la poseyera al comienzo de todos sus caminos; el que influyera en la creación, así como en la predestinación de ángeles y hombres, etc.; y, finalmente, el que sin María no hubiera habido encarnación del Verbo, como sin esta encarnación no hubiera habido Virgen María.

Dios no quiso independientemente una cosa sin la otra, o por separado de la otra: pues con un mismo decreto único y eterno —no con dos decretos independientes— decidió la predestinación —y por tanto también la existencia— de Jesucristo y de su Madre María. En el decreto eterno de Dios, la encarnación del Verbo es necesaria para la existencia y predestinación de María; pero María es igualmente necesaria para la encarnación del Verbo.

11. María Reina de todo lo creado.

María no sólo ha sido asociada en el cielo al triunfo personal de Cristo, con su glorificación en cuerpo y alma, sino también al poder omnímodo que detenta Jesucristo sobre toda la creación. Ella «está como verdadera Reina a su diestra» (Sal. 44, 10).

Esa realeza de María, ese su dominio de todo lo creado, es consecuencia de su asociación peculiar a

Cristo, en virtud de la cual «participa siempre de su suerte» (Pío XII, Munificentissimus Deus).

Es afirmada repetidamente por los Papas: «donde (en el cielo) brilla como Reina a la diestra de su mismo Hijo, Rey inmortal de los siglos» (Pío XII, Denz. 3031) «Está Aquel (Cristo) sentado a la diestra de la Majestad (divina) en las alturas; mas María está, como verdadera Reina, a su derecha, refugio seguro y auxiliar fidelísima de cuantos peligran, de modo que nada ha de temerse, de nada desesperar, siéndonos Ella guía, inspiradora, propicia y protectora» (Pío IX, Bul. *Ineffabilis*; y Pío X, que, según vimos, hace suyas también estas palabras). Precisamente nada hay que temer con María, porque Ella dispone con verdadero poder absoluto de todo lo creado en favor nuestro.

La Iglesia ha honrado esa realeza en su liturgia, con la institución de la fiesta de María Reina.

Pero, sobre todo, ha sido siempre creída por el pueblo cristiano, y desde ya muchos siglos expresamente profesada, constituyendo el quinto misterio glorioso del Rosario —«María coronada por Reina y Señora de todo lo creado»—. Cuantas aprobaciones y recomendaciones hechas por los Papas para fomentar en el pueblo el rezo del Santo Rosario —y apenas se hallará Papa que no las haya hecho—, son otras tantas confirmaciones de la creencia del Supremo Magisterio de la Iglesia en esta Realeza de María.

Así, el que María sea Reina y Señora de todo lo creado es ciertamente doctrina revelada, y como tal enseñada reiteradamente por el Magisterio infalible de la Iglesia, aunque sobre ella no se haya dado todavía definición solemne. Como era doctrina revelada, y como tal enseñada por la Iglesia, la Concepción inmaculada de María, y la misma Asunción de la Virgen María a los cielos, antes de que esos dos dogmas se definieran.

Y la extensión de ese poder de la Virgen María sobre todo lo creado, así como la profundidad o intensidad de su ejercicio, son omnímodos y totales.

Predestinada desde toda eternidad, juntamente con su Hijo en cuanto hombre —como Verbo encarnado—, por un único y mismo decreto divino, queda en todo a Él asociada en unidad perfecta: la creación se ordenará a ese Verbo hecho Hombre, e igualmente a su augusta Madre, envuelta y determinada en el mismo decreto, y por el mismo decreto, que afecta a la existencia y destino de Cristo Hombre.

Así como todas las riquezas internas de Dios son del Verbo por generación divina con que el Padre se le comunica —«Todo lo tuyo es mío» (Joan. 17, 10)—, así todas las riquezas y poderío humano de Cristo es de María por razón de su generación humana, con la que a Ella está unida.

Por lo que respecta a la creación, el Padre la ha entregado totalmente en manos de su Hijo, a quien ha dejado incluso toda potestad de juzgar (Joan. 5, 22, 27; 9, 39). El Padre somete a Cristo esa creación, hecha por El (Efs. 1, 22; 1 Cor. 15, 27), tras lo cual parece como desentenderse. Es el Hijo quien luego cuidará de llevar consigo toda esa creación a la sumisión perfecta al Padre (1 Cor. 15, 28).

Si, pues, todo el orden creado está absolutamente en manos y bajo el dominio y ordenación de Cristo Hombre, igualmente lo está en manos de María: unidos los dos, uno y mismo es el dominio de los dos: absoluto, total.

La diferencia es sólo de matiz.

Cristo se encargó de conquistar ese dominio, de merecerlo, por su Pasión y muerte redentoras, reparadoras de la creación.

María es la encargada, como Madre, de administrar

los bienes por esa conquista adquiridos, de ordenar todas las creaturas y todos los sucesos en ellas, a bien de sus hijos. El padre gana los bienes familiares; la madre los administra y distribuye con plena autoridad y autonomía.

Como Jesús al Padre en su divinidad, así puede decir María a su Hijo en su Humanidad: «Todo lo tuyo es mío», y de ello dispongo en favor de los hijos que Tú me diste, y que a mi cuidado encomendaste.

12. Cómo matizan esos dos privilegios la acción maternal de María en nosotros: sensibilidad, omnipotencia.

Y esto nos lleva a descubrir una dimensión nueva, sumamente consoladora, en esos dos privilegios en que culmina la carrera de María: glorificación en cuerpo y alma, y Realeza.

Se le dan, es verdad, primariamente, para gloria de Ella, por merecimiento de Ella. Y así debemos alegrarnos con amor desinteresado de la gloria y esplendor de nuestra Madre.

Pero, precisamente al ser nuestra Madre, María nada quiere para sí, sino para nosotros: todo lo que una Madre quiere poseer, lo quiere solo para bien de sus hijos. Por eso, esos dos privilegios se le han dado a María, según sus mismos deseos, para bien nuestro; y, por deseo expreso de Ella, a nuestro bien se ordenan.

María, desde el cielo vela como Madre por nosotros, se cuida de nosotros, mira por todas nuestras cosas, nos cría y forma hasta llevarnos a la plenitud de la edad de Cristo, hasta nuestra filiación perfecta divina.

Pero si solo su alma estuviera en los cielos, sólo nos amaría con amor racional, ciertamente igualmente efi-

caz, pero frío, e incapaz por lo mismo de atraer nuestro cariño, nuestra confianza en Ella.

Como hijos pequeños, no nos basta el amor racional y espiritual. Necesitamos sentirnos amados con amor sensible, con amor pasional; que nuestra Madre sufra con nosotros, goce con nosotros, sienta con nosotros. Sólo así podemos confiar en Ella, reposar en Ella, estarnos felices en sus brazos.

De las características de ese amor sensible, pasional, de compasión, así como de sus diferencias respecto al amor racional, hablamos en nuestra obra EL AMOR (Libro II, caps. 11 y 12). Allí remitimos al lector, para que entienda debidamente el inconmensurable beneficio, la dicha incomparable que para nosotros, desterrados, supone el que María esté en los cielos con cuerpo y alma; el que nos ame, no sólo con amor racional, eficaz, pero frío, sino con amor sensible y pasional, cual todo hombre, y más el niño, desea ser amado.

Para quien no pueda consultarlo, baste indicarle aquí lo fríos que nos dejaría el saber que desde el cielo la Virgen nos ama y quiere como Madre, pero como Madre incapaz de sentir con nosotros, de angustiarse con nosotros, de gozar con nosotros, de acariciarnos sensiblemente. ¡Qué poco nos llenaría una Madre así! ¡Cuán poco me atraería!

Y por eso Ella, que quería llenarme y atraerme, que quería sintiera yo la dicha y gozo de tenerla por Madre, quiso ser asumida al cielo en cuerpo y alma, para poderme desde el cielo cuidar y amar como mi corazón deseaba ser amado y cuidado; para poder tratarme como Madre tal cual yo como hijo aun no glorificado ansío ser tratado.

Por eso la Virgen mira su Asunción gloriosa, más que como un don hecho a Ella, como un don hecho a sus hijos necesitados de consuelo y cariño sensible; y por

eso se goza tanto en este privilegio: porque es bien mío.

Pero aunque la Virgen María deseara la glorificación de su cuerpo principalmente por bien nuestro, también la deseaba como complemento de su gloria personal. También deseaba que sus fuerzas sensitivas se saciaran en Dios, se absorbieran en Dios, a quien en cuerpo y alma estaba totalmente consagrada, a quien amaba, y por lo mismo deseaba poseer, «con toda su mente, con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con todo su ser». Por eso vimos que decía en el Salmo (62, 2): «Tuvo sed de ti mi alma; y mi misma carne de cuán diversos modos te ansía a Ti». Por eso la resurrección y glorificación de nuestros cuerpos es complemento de nuestra bienaventuranza eterna sustancial.

En cambio su realeza, su dominio absoluto sobre todo lo creado, no atrae ni complace en modo alguno a María por interés o gloria propia: sólo le agrada por lo que la capacita para hacernos bien a nosotros.

Ese dominio se le debía por su unión con el Verbo encarnado, del que era Madre. Se le hubiera por lo mismo dado, con y sin nosotros. Pero de no ser por nosotros, la Virgen nunca hubiera usado ni se hubiera servido de ese dominio, ni le hubiera prestado la más mínima atención.

Enamorada como estaba de Dios, toda su atención se hubiera centrado en Él, sin darse cuenta ni siquiera de que suyas eran todas las creaturas. Mas al ser hecha Madre nuestra, y recibir en su corazón los sentimientos correspondientes a esa maternidad, es cuando empiezan a interesarle todas las creaturas para usarlas en servicio de sus hijos, es cuando se alegra de ser dueña de todo.

Así la esposa, como precisivamente esposa —como amada y como amante—, no da importancia alguna a los bienes y riqueza de su esposo, aunque sabe son suyas

y puede disponer de ellas. Si verdaderamente ama, sólo en su esposo se goza, no en las riquezas que él pueda tener: sólo a su esposo ama, no a sus bienes, que en realidad nada le interesan, sino en cuanto realzan la capacidad y cualidades del Amado.

Mas cuando esa esposa tiene hijos, o espera tenerlos pronto y piensa en ellos, es decir, cuando se siente y procede como madre, es cuando empieza a prestar atención a los bienes y riquezas de su esposo, para ver cómo servirse de ellas y usarlas en bien de los hijos.

Entonces se interesa por cuanto gana o adquiere su marido, y quiere se le entregue a Ella, contar con ello, para ordenar el presupuesto de la casa, el tren de vida y la formación de sus hijos. Entonces, si es labradora, empieza a ver como propia cada lechuga, cada pera o manzana de la huerta, cada gallina y cada ternero o cada vaca; entonces se goza en cada flor que ve brotar, en la fertilidad del campo y en la fecundidad de los animales; entonces se enfada y rabia ante la cosecha mísera, ante las plagas que merman la hermosura de su hacienda. Y es que en todos esos bienes ve ahora el pan y la alegría de sus hijos, la educación de sus hijos, la salud de sus hijos, y hasta los caprichos y pequeños gustos que podrá dar a sus hijos.

Eso sucede con María: todo es de Ella, por donación de su Hijo; de todo puede disponer como le plazca. Como si no lo fuera. Jamás hubiera prestado la más mínima atención a esos bienes con que su Hijo la regalaba, sino que en su Hijo solo la hubiera concentrado.

Pero al hacerla su Hijo Madre nuestra, y Madre verdadera, con todas sus maravillosas implicaciones, el panorama cambia por completo para nuestra dulce Madre.

Viéndonos tan pequeños y desvalidos, y encargada no sólo de engendrarnos sino de criarnos, y desarro-

llarnos, siente gozo inmenso de ser rica y poderosa para poder atendernos: la creación se convierte en hacienda y posesión de que Ella cuida para bien nuestro, para repartir con profusión sus dones en nosotros.

Ya no hay nada en esa creación que escape a su mirada providente y cuidadosa, a su mirada de amor: desde el átomo a la estrella, desde el mosquito o el microbio al elefante, desde la humilde y reseca hierba que brota aislada en la aridez del desierto hasta los magníficos vergeles cultivados por los hombres, desde cada menuda gota singular y concreta de la lluvia hasta la inmensidad del mar, pasando por las fuentes, arroyuelos y ríos caudalosos, todo lo conoce Ella, todo lo cuida, todo lo dispone para bien de sus hijos, como la Madre de familia cuida de todos los más pequeños detalles de la hacienda, ninguno echa en olvido, nada le pasa desapercibido. Y todo lo ordena, todo lo dispone, todo lo quiere para bien nuestro.

13. La ciencia de la Virgen; María «sede de la sabiduría».

De aquí puede deducirse la incomprensible dilatación del entendimiento de María en el cielo, como Reina y señora de todo lo creado, no sólo con un dominio supremo, sino con un dominio de administración de la creación en sus más mínimos detalles.

Todo cuanto en EL AMOR dijimos de la ciencia humana de Cristo (Lib. II, caps. 5, 6, 7 y 8) debe aplicarse a María, al menos en cuanto así lo exija su privilegio de Reina del Universo y su misión de Madre nuestra. Por eso no nos extrañará que la Iglesia le aplique los textos de la Escritura que directamente se refieren

a la Sabiduría divina, al Verbo encarnado, sabiduría de Dios.

Y si esa dilatación nos extrañara, pensemos que esa dilatación es nada comparada con la de su entendimiento con relación a Dios en la visión beatífica: así el pasmo de un prodigio se nos quitará con el pasmo de un prodigio mayor.

Como el dominio que tiene María sobre todas las creaturas lo quiere Ella únicamente para servirse de él en favor nuestro, tiene que conocer hasta su raíz cada cosa en particular, y en sus relaciones con el conjunto de la creación, todas sus posibles acciones y reacciones, todos los efectos de esas acciones y reacciones aun antes de provocarlas. No puede ser a ciegas un dominio que sólo para hacernos bien quiere Ella emplear.

Mas en esta amplitud abisal del conocimiento de María —ante el que es ignorancia suma toda la sabiduría de los hombres reunidos—, confesamos perdernos. Y por eso, propuesto a la admiración de sus hijos, preferimos dejarlo ya de lado. Baste decir que nada sucede, ni el canto del ruiseñor que nos despierta por la noche, ni el zumbido del mosquito que nos desvela, o nos molesta con sus picaduras, sin que nuestra Dulce Madre lo conozca: lo conozca y lo permita; y lo conozca y lo permita como Madre, por el amor que nos tiene, por el bien que hemos de reportar.

Y este es el segundo aspecto que quisiéramos destacar. Siendo la Dulce Virgen Reina y señora absoluta de todo lo creado, no sólo conoce, según acabamos de ver, cuanto en la creación pasa o sucede, sino que nada pasa, nada sucede, sin que Ella positivamente lo quiera, y lo quiera por bien nuestro, como Madre que es.

Y no por bien *colectivo* de los hombres, sino como *bien mío concreto,* pues la madre de tal modo busca el bien colectivo de sus hijos como si buscara el de uno

sólo; y de tal modo busca el bien de cada uno de sus hijos, como si él solo existiera: nunca sacrifica un hijo a otro: únicamente se sacrifica Ella por todos y por cada uno. La sabiduría con que Dios dotó a la Virgen para armonizar así el bien de todos sus hijos de modo que resulte el mayor bien de cada uno vuelve aquí a superar toda comprensión nuestra.

Si algo en la creación sucediera o se pasara sin que la Virgen María positivamente lo quisiera, si algo contrariara a su deseo o voluntad, ya no sería María Reina y señora absoluta de todo lo creado, sino más bien sometida en la ejecución de sus deseos a esa misma creación.

Igual, pues, que todo sucede en la creación según la voluntad divina, y según la voluntad de Cristo, Rey universal de los siglos, igual todo sucede según la voluntad de la Virgen, a quien Dios nombró administradora de su creación en favor nuestro. Por eso, teniéndola a Ella propicia, nada puede temerse, nada debe considerarse como desesperado.

Las mismas acciones libres de las creaturas —muchas veces pecaminosas—, no escapan a ese dominio: se dan porque Dios, Cristo y la Virgen las permiten; y guiándolos el amor, sólo las permiten para bien de cuantos le aman y se confían a su amor, de modo que ni acción libre alguna ajena puede dañarnos.

Pero aún hay otro aspecto. Y es que la creación, de la que María es Reina y Señora, ha sido hecha según su gusto: fue hecha para Ella, tal como Ella la deseaba para bien de sus hijos: Ella estaba al lado del Creador cuando sacaba los mundos y las cosas de la nada, y Ella se deleitaba en cuanto Dios hacía, y Dios lo hacía todo como juego y diversión para Ella (Prov. 8).

Por eso María, en su beneficiarme como Madre con los bienes de la creación, ordenándolo todo a mi bien,

no se ve limitada por esa misma creación —al fin bien finito—; antes bien esa creación es limitada, y existe, según sus gustos y deseos con relación a mi bien. De modo que existe todo cuanto, y solo cuanto, María ha querido para bien mío.

Esto nos indica la seguridad con que hemos de estar en medio de un mundo aparentemente hostil, sabiendo que todo en él va dirigido por nuestra Madre. Esto nos indica la absoluta confianza con que hemos de recurrir a Ella incluso en orden a los bienes de orden temporal que puedan convenirnos. Esto nos impulsa a abandonarnos totalmente en sus brazos de Madre, sin preocupación ni inquietud alguna, pues con solo invocarla a Ella, dejarnos conducir por Ella, todo está a disposición nuestra, es riqueza nuestra: nada podrá dañarnos, todo nos servirá. Y esto, sobre todo, nos indica la extensión, la eficacia, la delicadeza de su acción maternal con nosotros, y los medios con que cuenta para mimarnos, favorecernos, protegernos y defendernos.

Mas pasemos ya a su misma acción maternal, dejando ya de lado sus condicionamientos y matices.

14. María Madre nuestra.

La asociación de María con Dios en la obra de la creación, y con Cristo en el dominio y señorío del mundo, es para que pueda debidamente conducirse en otra asociación a la actividad divina de un orden casi infinitamente superior: en la obra de santificación, cuyo término es como una divinización de la creatura.

El ser natural lo debemos a María —y en ese sentido también es Ella nuestra Madre natural: somos porque Ella nos quiso—; los padres humanos que me dan el

ser, son tales padres porque así los quiso para mí María, que quiere por ellos preparar el sujeto en que se ha de ejercer su maternidad sobrenatural.

Pero vimos que ese orden natural lo hizo Dios como de paso, aunque lo dotara de tanta hermosura. Lo hizo de paso, porque es puro medio o camino para pasar a la acción santificadora en esa creación, que llevará a integrarla en la misma divinidad por la participación de la vida divina con la gracia.

Es esa obra de santificación la que últimamente Dios intenta, la que hace como de asiento y de propósito, a la que toda otra obra ordena. Es la obra de las obras: obra divina por la causa, y obra divina por el término a que aboca. Es la obra para cuya ejecución el Verbo divino se hizo Hombre y fue de toda eternidad elegida María para Madre de Dios.

Y a esa obra está de tal modo asociada María, que nada hace Dios en las almas, nada hace Cristo, su divino Hijo, si no es con Ella.

Esa asociación está plasmada en la maternidad universal de María: María Madre nuestra.

Esa maternidad va implicada en la misma maternidad divina. Al incorporarnos Cristo a sí mismo como miembros suyos, en un cuerpo del que Él es Cabeza, necesariamente María es Madre nuestra, porque es Madre del Cristo entero. Por eso vimos en un texto de San Bernardo, citado más arriba, que «desde el momento en que pronunció su Fiat, lleva a todos los hombres en su seno». En la cruz se promulga esa maternidad ya existente desde la encarnación; en el cielo se ejerce en toda su plenitud.

Por eso todos los santos, y todas las almas piadosas, todo el pueblo cristiano, la veneró siempre como Madre, la invocó como Madre, confió en Ella como en Madre.

Por eso la Iglesia la insta llena de confianza «Mues-

tra que eres Madre». Por eso exhorta a las naciones: «Gentes redimidas, recibid con alborozo la Vida dada por la Virgen María». Por eso la Iglesia mezcla alabanza y ruego en sus himnos, destacando que Ella sustituye a Eva en la maternidad con relación a nosotros: «Recibiendo el saludo de la boca de Gabriel, nos estableces en la paz, trocando el nombre de Eva: rompe las cadenas a los reos, trae luz a los ciegos, arroja nuestros males, obténnos todos los bienes; muestra que eres Madre... liberados de las culpas, haznos mansos y castos, danos vida pura, llévanos por camino seguro, para que, viendo a Jesús, contigo nos alegremos... Lo que Eva nos arrebató, tú nos lo devuelves; tú abres las puertas del cielo para que hasta los más débiles puedan entrar en él; Tú eres la puerta del Rey excelso, y la mansión fúlgida de la luz».

Pablo VI la declaró solemnemente, con ocasión del Vaticano II, «Madre de la Iglesia», y por tanto de todos los incorporados a Cristo por el bautismo o por la caridad.

Respecto a los todavía no incorporados, vale de la Virgen lo que Jesús dijo de Sí mismo como Buen Pastor: «Y otras ovejas tengo que todavía no pertenecen al redil, y Yo he de atraerlas a Mí, y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño bajo un solo pastor» (Joan. 10, 16).

Son hijos de la madre cuantos ya ha engendrado, bien los lleve en su seno, o hayan nacido ya. Pero la madre también ama a los hijos todavía no engendrados pero que piensa engendrar, y para ellos lo prepara ya todo de antemano con verdadero amor de madre. Por eso esa providencia y ternura maternal de María se extiende a todos los hombres redimidos por Cristo, aunque de modo diferente.

Madre real de cuantos se incorporan a Cristo; Ma-

dre afectiva de cuantos aun no han sido incorporados, pero a los que Ella quiere también engendrar, como Cristo a todos quiere incorporar a Sí y salvar. Por eso el cariño maternal de María se extiende a todos los hombres, en todos se ejerce, y a todos favorece.

El contenido y significado de la maternidad de María lo precisa Pablo VI en su CREDO DEL PUEBLO DE DIOS (30 junio de 1968):

«Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos».

Se trata de una verdad de fe, pues el Papa quiere que todos los cristianos la profesen como incorporada y contenida en el Credo o Símbolo de la fe.

Los redimidos son todos los hombres. Y María es tan Madre de todos ellos en el orden sobrenatural, como Eva lo es en el orden natural.

Adán es origen primero y único de la vida, de quien la misma Eva procede y recibe la vida por influjo de Dios. Pero ya existente Eva, ninguna vida nueva engendra Adán si no es en ella y con ella. Y Eva no sólo es transmisora de la vida a sus hijos, sino también coautora de esa vida junto con Adán, en virtud de la vida que de Adán recibiera: la madre no es sólo transmisora o canal de la vida; es también concausa de ella.

Así Cristo es el origen de toda vida, de toda gracia: de Él la recibe María en plenitud. Mas a todos los demás nos comunica Cristo la vida, crea la gracia en nosotros, sólo con María, en María y por medio de María.

La cual no sólo es canal de la gracia que se nos da, sino verdadera concausa de ella, por ser Madre, y así

origen y causa de la vida de sus hijos, no sólo mera transmisora.

Aunque sea concausa en virtud de la plenitud de vida que Ella misma recibe de Jesucristo, como Eva la recibiera de Adán. De modo que la fuente de la vida es única: el Verbo encarnado, por quien «fue hecha la gracia» (Joan. 1, 17); pero en orden a los redimidos, la fuente es doble: Cristo y María. Y es única, porque la Vida que hay en María procede íntegramente de Cristo, como la vida de Eva procede de Adán.

A algunos extraña el que María, creatura, pueda ser causa verdadera de la gracia —mejor dicho: concausa—. Pero toda extrañeza cesa cuando sabemos que también los Sacramentos —signos sensibles— son verdadera causa eficiente instrumental de la gracia que significan. Causalidad que para muchos teólogos no es sólo moral sino verdaderamente física.

Pero la maternidad de María en orden a nosotros es mucho mayor que la de Eva en el orden natural. La cooperación de Eva se redujo a engendrar a nuestros antepasados: más que Madre, es abuela, y abuela en un grado muy remoto. Tan remoto, que apenas engendra devoción o afecto particular nuestro hacia ella, aunque no deje de ser cierto que todos vivimos gracias a ella; igualmente, su cariño hacia nosotros es verdaderamente muy remoto y lejano, e igual su cuidado.

Mas la Virgen María influye directamente en el nacimiento sobrenatural de cada hombre: es Madre inmediata de cada uno de nosotros: «cooperando al nacimiento de la vida divina en las almas de los redimidos». Por tanto, nadie nace a la gracia, vida del alma, si no es por María: Ella es Madre inmediata de cada uno.

Y el cuidado materno sigue con cada hijo ya engendrado con una eficacia y continuidad mucho mayor

que el de cualquier madre terrena: «cooperando al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos». Por tanto, ningún crecimiento en la vida sobrenatural, ningún desarrollo, ningún aumento de gracia, ningún sacramento recibe, ningún acto meritorio hace el hombre, en el que no tome parte como Madre la dulce Virgen María.

Hasta el niño recién nacido puede hacer algo en orden al desarrollo de su vida sin el concurso y cooperación de su madre, como respirar, llorar, gesticular, dormir. Sólo en el seno de su madre lo recibe todo de ella, que es su ambiente vital; sólo allí nada hace sin ella. Es claro que si nada podemos hacer en orden al desarrollo de nuestra vida sobrenatural sin la cooperación materna de María, todavía no hemos nacido: vamos en su seno, donde Ella nos está formando hijos de Dios.

Por eso no la vemos, aunque nos esté tan íntimamente presente como la madre al hijo que lleva en sus entrañas, y tan maravillosamente actuante. Sólo al nacer —la muerte es nuestro verdadero nacimiento—, podremos contemplar su rostro y gozarnos en su hermosura.

Creer esto, como lo exige la fe cristiana, y dejarla olvidada como si no existiera, como si no nos amara ni toda nuestra suerte dependiera de Ella; o pensar que se puede exagerar en actuar su presencia amorosa en nuestro corazón, o tener miedo de llevar más allá de los límites debidos nuestro agradecimiento a Ella, nuestra súplica, nuestra confianza y abandono, nuestro cariño y devoción, es algo verdaderamente inexplicable. Y sólo la confusión de los tiempos presentes —la «hora de tinieblas» de que hablara Pablo VI—, puede haber inducido a tantos cristianos a caer en el increíble

engaño de tener casi por superstición la devoción a la Virgen que habían mamado desde niños.

Pero hay algo que debe movernos todavía más a una tierna devoción a nuestra Madre, a tratarla con cariño de hijos. Y es la ternura incomprensible con que Ella ejerce su misión maternal y universal con cada uno de nosotros.

Nadie dudará que la Virgen María, con relación a su Hijo Jesús, ha sido la mejor madre, y la más tierna, que haya habido o habrá: por eso la eligió Dios mismo, y para eso la preparó.

Pues bien: con la misma ternura y cuidado con que atendió a su Hijo Jesús, nos atiende a cada uno de nosotros. Así lo afirma Pío XII, en su Encíclica *Mystici Corporis* (29 de junio 1943, Denz. 2291): La Virgen María «atiende al Cuerpo místico de Cristo, nacido del Corazón abierto de nuestro Salvador, con el mismo cuidado materno, y con la misma entrega de amor, con que en la cuna atendió y nutrió al Niño Jesús todavía lactante».

Si somos amados y tratados por la Virgen como Jesús Niño, es evidente que debemos venerarla, amarla, acariciarla, confiarnos a Ella, reposar en Ella, con el mismo abandono, ternura y afecto con que Jesús Infante lo hizo. Si alguno creyere exagerar en su devoción a Ella, piense si ha llegado ya a amarla y tratarla, y a esperarlo todo de Ella, como Jesús Infante lo hacía: sólo de ahí para arriba podría exagerar.

Los miembros de Cristo, que somos todos nosotros, mientras dura esta vida terrena, somos miembros en formación —nos estamos haciendo hijos de Dios (cf. Joan. 1, 22)—, como niños pequeños, aun lactantes —mejor aún, todavía no nacidos—, que necesitamos de todas las ternuras y cuidados que nuestra Madre la Virgen nos prodiga. Aparece así claro en las palabras de Pío

XII; y aún más en las de Pablo VI, pues si ningún acrecentamiento de vida sobrenatural podemos lograr sin su cooperación prueba bien claro que todavía no somos hijos grandes o formados, sino bien pequeñitos, y sobremanera impotentes: un hijo, no ya lactante, sino todavía en el seno, que en todo necesita de su madre.

De ahí el matiz especial que creemos ha de revestir nuestra devoción y nuestro cariño a la Madre del Cielo. Hemos de amarla como los niños pequeñitos aman a sus madres de la tierra, como ellos acariciarla, como ellos reposar en sus brazos con total abandono: «Si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt. 18, 3; Mc. 10, 15); si no nos hiciéremos como niños, nunca entraremos en la verdadera devoción a la Virgen María, que, como morada o trono de Dios —«aula Dei», la llama la Iglesia—, es el verdadero cielo.

Empecemos a practicar ese espíritu filial con Ella en el rezo frecuente del Avemaría: hablando con Ella como el hijo pequeño con su madre, gozándonos en su hermosura y en su encanto al recitar el Dios te salve; confiándonos totalmente a su cuidado al rezar el Santa María.

Y que toda nuestra oración sea puestos en sus brazos como hijos pequeñitos; pues son los brazos de la madre el sitio en que más contento se halla el pequeño, sea para hablar con Ella, sea para hablar con otros, sea para juguetear: que jugueteos son todas nuestras obras, toda nuestra actividad, que solo cobran valor por ser hechos en sus brazos.

15. Presencia física y activa entre nosotros de la Virgen María, y de los muertos en Cristo que la acompañan: el cielo en la tierra.

Este trato íntimo y filial tropieza con una dificultad psicológica, proviniente de la impresión de que María, en los cielos, debe estarnos tan inconmensurablemente distante que todo trato directo e íntimo con Ella se haría imposible: sería mera ilusión de trato, no trato auténtico y verdadero el que con Ella creemos establecer.

Por la fe sabemos que esta impresión es falsa. Sabemos que el cielo nos está mucho más inmediata y físicamente presente y actuante que el mismo mundo visible que nos rodea. Pero no estará de más intentar explicar el modo de esa presencia y de esa acción para que la impresión psicológica que dificulta nuestro trato con la Virgen María desaparezca para siempre.

En LA PASIÓN DE LA IGLESIA expusimos cómo la muerte de cuantos están en gracia es verdadero nacimiento a una vida incomprensiblemente plena, verdadera participación de la misma vida de Dios: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por Mí» (Joan. 6, 58).

Siendo la vida actividad, el que vive la vida de Dios participa también de su actividad. Si Dios presente en nosotros, obra en nosotros, también los difuntos, ya nacidos en Cristo, nos están presentes, obran en nosotros.

Sólo quien siga la herética «teología de la muerte de Dios», dando a Dios como muerto —o porque se niegue simplemente su existencia, o porque se niege su acción en un universo visible del que se desinteresara, cual postula un mundo desacralizado que repugna toda causalidad divina en los asuntos humanos—, podrá negar que

los difuntos en Cristo nos estén presentes e intervengan en favor nuestro, ya que su actividad en orden a nosotros es simple derivación de la actividad divina, de cuya vida participan.

Por eso los desacralizadores no han encontrado medio mejor para infiltrar insensiblemente en las almas la idea de la muerte de Dios —muerte con relación a un mundo en que ya no actuaría, que no habría de contar para nada con Él ni con su acción—, que el silenciar por todos los medios la vida plena de los difuntos, su presencia y su acción entre nosotros. San Pablo dijo: «si nosotros no hemos de resucitar, entonces tampoco Cristo resucitó» (1 Cor. 15, 13). Y éstos desacralizadores parecen decirnos, con no menos razón: «si los difuntos en Cristo no nos están presentes, ni actúan en nosotros, entonces tampoco Cristo, tampoco Dios nos está presente o actúa en nosotros».

Mas al igual que Dis está presente y actuante en todas las cosas, por más que nos empeñemos en negar esa presencia y esa acción, también se da la presencia activa de los muertos en Cristo entre nosotros, aunque pretendamos enterrarla como enterramos sus cuerpos.

De la plenitud de vida que adquiere el que cree en Cristo por su nacimiento a la vida eterna se sigue que los que llamamos difuntos están mucho más presentes a los que llamamos vivos, y actúan mucho más eficazmente sobre ellos, que cuando estaban todavía visiblemente entre nosotros, sujetos aún a corrupción.

La creencia en esta presencia actuante de los difuntos se encuentra, en mayor o menor grado, en todas las religiones y pueblos, llegando a veces a una intensidad tal que el papel de los difuntos en nuestro mundo visible aparece como mucho más importante que el de los todavía vivos. Tal sucede, por ejemplo, en la mayor

parte del África negra, donde los difuntos se consideran dueños auténticos de los bienes de sus herederos, siendo éstos meros administradores y usufructuarios, lo que hace que todo intento de reforma social que suponga compra, venta o cambio de bienes heredados —especialmente propiedades de terrenos— tropiece con dificultades religiosas insuperables.

En el Cristianismo, esta presencia activa forma la base del culto a los Santos —y no se olvide que son santos todos los salvados—, a cuya intercesión se recurre, y a quienes se dirigen plegarias, por ellos escuchadas y atendidas: el fiel los considera como poderosos protectores e intercesores, y no ciertamente ociosos.

La presencia activa de Cristo se extiende a todos: «Estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28, 20), «Vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada» (Juan 14, 23).

También la Virgen María nos está activamente presente como Madre de todos, en cuyo seno nos estamos formando hijos de Dios —¿y qué cosa puede decirse más presente al niño en el seno de su madre que su misma madre?—.

San Pedro asegura a sus discípulos que, tras su muerte, se ingeniará en llamarles con frecuencia su atención para que recuerden sus enseñanzas (2Petr. 1, 15). Santa Teresita de Jesús, ya a las puertas de la muerte, responde a la religiosa que le anuncia como buena nueva que por fin va a descansar para siempre en Dios: no pienso descansar hasta que el último hombre se haya salvado; su ocupación en el cielo será derramar flores sobre la tierra.

Los grados de amplitud de esa presencia activa variarán, naturalmente, según el oficio que cada uno de los salvados desempeñe en el Cuerpo Místico de Cristo. Pero todos estarán presentes a aquellos con quienes

en esta vida se relacionaron, pues éste es su deseo, y ningún deseo suyo será incumplido: las relaciones con ellos no las rompe así la muerte, sino que las perfecciona, haciéndolos partícipes de la actividad de la vida divina «que hace todas las cosas en todas las cosas» (1 Cor. 12, 6).

Ni es absolutamente necesario para esta presencia activa que el difunto esté ya en el cielo, goce de la visión divina. Basta que se haya salvado, pues ya así participa de la vida divina, aunque no en toda plenitud mientras no contemple a Dios.

Esto aparece claro en II Macabeos, 15, 12-16: Onías, acompañado del profeta Jeremías, se aparece a Judas Macabeo, y le dice, señalándole al profeta: «Este es el amador de sus hermanos y de todo el pueblo de Israel; éste, el que ora sin intermisión por el pueblo y por toda la ciudad santa»; tras lo cual, el mismo Jeremías entrega a Judas una espada de oro diciéndole: «Toma esta espada santa, regalo de Dios, con la cual vencerás a los enemigos de mi pueblo Israel». Mas ni Onías ni Jeremías habían entonces alcanzado la visión de Dios, que sólo tras la resurrección de Cristo habían de obtener.

Por eso la Iglesia, y el pueblo cristiano por Ella aprobado, no sólo ora *por* los difuntos del purgatorio, sino que también los invoca y toma por intercesores.

Es, pues, esa presencia activa de los muertos un elemento, y por cierto muy consolador, del contenido del depósito de nuestra fe.

Pero intentemos explicar en algún modo esa presencia activa entre nosotros de los que ya están en el cielo para que razón y fe mutuamente se ayuden y esclarezcan.

Si Jesús dice: «Así como Yo vivo por el Padre, así el que me come a Mí vivirá por mí» (Juan, 6, 58), es

evidente que quien contempla a Dios participa de modo manifiesto de la misma vida divina, vive por la vida de Dios, que Jesús le comunica; Jesús, que es «el Camino, la Verdad y la Vida». Y como la vida es actividad, participa de su actividad y su presencia.

Dios está activamente presente en todas las cosas, obrándolo todo en ellas (1 Cor. 2, 6). De esa presencia operante participan cuantos participan y viven de su Vida, cuantos han entrado ya «en el gozo de su Señor» (Mt. 25, 21).

No agotan su presencia operante —como no comprenden o abarcan comprenhensivamente a Dios, ni lo agotan—. Pero sí la participan de modo real. Y si en algún campo han de participarla, será seguramente en aquel que su corazón y voluntad natural y sobrenaturalmente desean.

Podrán así seguir cumpliendo lo que en su vida temporal dejaron inacabado, atendiendo a cuantos con ellos antes se relacionaron. Por eso San Pedro sabe que podrá seguir ocupándose de los discípulos por él evangelizados.

La amplitud de ese campo depende no sólo de las relaciones reales en esta tierra tenidas, sino también de sus deseos incumplidos: todo deseo bueno insatisfecho en esta vida será saciado en el cielo: «vuestro gozo será pleno» (Joan. 16, 22, 24), «en aquel día nada me pediréis» (Joan. 16, 23). O, como dice San Juan de la Cruz: «Esperanza de cielo tanto alcanza cuanto espera».

Por eso Santa Teresita tenía la seguridad de que llevaría a cabo en el cielo la obra misionera y de salvación que en su vida temporal deseó sin poder ejecutarla.

Y esa presencia es *física,* verdadera, aunque no local. Toda nuestra dificultad de entenderla proviene de que-

rer circunscribir a los espíritus en la categoría de lo local, de lo espacial, a la que no están sujetos, por la que no se ven circunscritos, a la que transcienden.

Y si esto vale de todo espíritu, mucho más vale del espíritu glorificado, que participa de la vida y actividad de Dios, y aún, en cierta medida, del cuerpo glorificado, que asimila las cualidades del espíritu.

Dios está presente en todo lugar; pero no está *localmente* presente. Mas su presencia es tan real, tan íntima y física, que todo ser se reduciría a la nada si Dios no estuviera en él; ninguno podría obrar, si Dios no obrara en él y con él.

El cielo no ha de concebirse primariamente como un lugar, sino más bien como una dimensión del ser, una categoría del ser, de la vida. Si el cielo consiste en ver a Dios como Él es, vivir de su misma vida interna trinitaria, estando Dios en todas partes, en cualquier parte que un alma vea a Dios, allí está el cielo. Y el alma beatificada lo ve siempre en cualquier parte que esté —así los ángeles custodios de los niños están siempre contemplando el rostro de Dios, según Jesús nos afirma (Mt. 18, 10).

Y, propiamente, el alma beatificada no está en parte alguna, porque *parte* implica aquí extensión local; y ella no tiene extensión local, y así su presencia no está ligada a circunscripción local alguna, no está *limitada* por circunscripciones locales.

También esto lo entendieron bien los pueblos primitivos, al creer que los difuntos entraban, por la muerte, en un modo de vida que desconoce las limitaciones de las categorías de espacio y tiempo.

Así, nosotros no estamos presentes a los que nacieron ya en Dios; pero ellos están presentes a nosotros. Nosotros no vemos su presencia, limitados como estamos a percibir sólo lo que es espacial y temporal —por

eso tampoco percibimos la presencia de Dios—; pero ellos nos contemplan a nosotros, actúan en nosotros, libres como están de toda limitación espacio-temporal.

La muerte nos separa así a los que aun vivimos de los que ya nacieron a Dios. Pero no los separa a ellos de nosotros. Ellos no se sienten separados; no están separados, sino más unidos a nosotros de lo que nunca antes lo estuvieran. Por eso la muerte es para ellos nacimiento puro a vida plena, aunque a nosotros se nos presente como separación, como negación. Por eso, «dichosos —sin limitación ni cortapisas— los muertos que mueren en el Señor» (Apoc. 14, 13; cf. 19, 9).

Esto es fácil entenderlo si miramos a las diversas categorías de perfección de vida, que la razón y la fe nos dan a conocer.

Diferentes son las categorías de la perfección de vida, y, según ellas, varía el modo de presencia de los seres vivos.

Las plantas, primera escala de la vida, están presentes activamente a la tierra, en la que se afincan, y a la que modifican, actuando de continuo en ella. Pero la tierra no está activamente presente a las plantas, no se da cuenta de que ellas le están presentes, porque no tiene vida.

Los animales están presentes a las plantas, de las que usan, sobre las que actúan de mil modos mediante sus sentidos, a las que ven, huelen, gustan, mordisquean y abonan. Pero las plantas no están activamente presentes a los animales, es decir, no se dan cuenta de que existen animales que usan de ellas, que actúan en ellas, cuyos ojos las contemplan, cuyos sentidos variamente las perciben.

El hombre reúne en sí la vida sensitiva de los animales, y la racional o espiritual exclusiva y propia suya. Como animal, no sólo está él activamente presente a los

demás animales, sino que también están activamente presentes a él los demás animales, que lo ven, perciben, notan su acción, y pueden a su vez actuar sobre él: la presencia es *mutua*.

Mas el hombre en cuanto racional, dotado de inteligencia y voluntad, de ideas y de quereres, está presente a los animales, y actúa en ellos: de sus ideas y de su voluntad libre —que el animal totalmente desconoce— depende la selección, cría y adiestramiento de los animales, su aumento y su disminución, y aun incluso en no pocos casos su conservación o su extinción. Pero el animal no está activamente presente al hombre en cuanto racional. Es decir, el animal no percibe los pensamientos ni los actos de voluntad del hombre, ni acusa su presencia; sólo percibe sus actos físicos exteriores, animales.

En una palabra, el hombre, que ocupa la cima de la vida orgánica, está presente y actuante en la tiera —que cultiva y modifica—, en las plantas —que cuida y selecciona—, en los animales —cuyo crecimiento y multiplicación dirige y modera más o menos a su antojo—. Pero ninguna de esas cosas está activamente presente a la parte espiritual del hombre, ninguna la percibe, aunque sea esa parte la más activa e influyente, la que le convierte en rey y dominador activo del Universo sensible.

Sobre la vida mixta —animal y racional— del hombre está la vida puramente espiritual, que poseen tanto ángeles como demonios. Nosotros no estamos presentes a ellos, no los percibimos, no nos damos cuenta de su presencia activa, debido a que estamos mediatizados por los sentidos animales y las circunscripciones locales —«El cuerpo que se corrompe apesanta al alma» (Sab. 9, 15)—, aunque, debido a nuestra parte espiri-

tual, no pocas veces como presentimos y venteamos su presencia.

Pero los ángeles y demonios están o pueden estar activamente presentes a nosotros. Así lo afirma la Iglesia, en su enseñanza sobre los ángeles custodios adjudicados a cada alma; así lo implica también su enseñanza sobre las tentaciones diabólicas; y, sobre todo, así lo inculca con machacona insistencia todo el Nuevo Testamento.

Quienes, por no percibir ellos su existencia, niegan esa existencia o esa acción, son como plantas que negaran la existencia animal, porque no la perciben; como animales o bestias que negaran la existencia y acción de la inteligencia y voluntad humana porque no las ven.

También aquí la categoría de ser superior está presente a la categoría de vida inferior, y actúa en ella; pero no a la inversa, si no es de un modo muy velado —tanto menos velado, cuánto más el hombre se espiritualiza, más vive su vida espiritual y sobrenatural.

Y esa presencia *no es local,* como no es local la presencia activa de mi pensamiento y voluntad sobre tierra, animales y plantas. Pero no por eso es menos real, menos activa, menos física.

Es presencia activa *limitada* —sólo la presencia divina es infinita—: mi pensamiento no influye activamente sobre *toda* la tierra, todos los animales o todas las plantas; y limitada es, en más o en menos, toda presencia activa de cualquier ser creado espiritual. Pero no es limitada *localmente,* sino eficazmente, en el simple ámbito, extensión y profundidad de su actividad.

Sobre la vida espiritual está la vida sobrenatural, inconmensurablemente superior, como que es participación propia y real de la misma Vida divina, infinitamente superior a toda vida, por alta que sea.

Aquellos en quienes esa vida sobrenatural no sólo existe, sino que ya se ha manifestado con todas sus consecuencias, en quienes ya ha florecido y dado fruto, es decir, aquellos que ya ven a Dios como es en Sí, siendo a Él semejantes (1 Joan. 3, 2), y están ya como inmersos en las Relaciones Trinitarias, ésos están activamente presentes a todos los demás órdenes inferiores de la vida, aunque éstos órdenes no estén presentes a ellos, es decir, no se den cuenta de su presencia ni de su acción.

Participando de la Vida divina, participan también de su presencia y de su acción en las creaturas. Y especialmente están presentes y activos con relación a aquellos cuya vida sobrenatural se halla en gestación, y a cuyo desarrollo ellos ya contribuyeron cuando vivían en este mundo.

No necesariamente presentes activamente *a todos* —participan de la Vida infinita y viven de ella, pero su participación *no es infinita*—, como tampoco el pensamiento y voluntad de cada hombre está activamente presente a toda la tierra, a todas las plantas, ni a todos los animales. Pero ciertamente estarán presentes a cuantos se extienda la capacidad de su corazón y de su deseo, inimaginablemente dilatada por la visión divina de que gozan.

Presencia no local, como no es local la de Dios. Pero no por eso menos real, menos activa o menos íntima: los difuntos que nos precedieron en la paz del Señor nos están mucho más íntima, real y activamente presentes de cuanto pudieran estarlo mientras vivían con nosotros de nuestra vida temporal.

La muerte no corta, sino que perfecciona sus relaciones con nosotros. Si «somos llevados como peregrinos por el mismo Señor a la patria hacia donde caminamos» (2 Cor. 5, 6), también podemos decir que somos

llevados como de la mano por cuantos nos precedieron a esa patria y en esta tierra nos amaron y desearon nuestra salvación.

Podemos también entender en algún modo esa presencia por otra vía.

La Virgen María en tal modo es Madre nuestra que no podemos nacer a la vida sobrenatural, ni, ya nacidos, hacer progreso alguno en ella, sino es por medio de su acción materna. Así lo afirma Pablo VI en su Credo del pueblo de Dios. Sólo el niño que todavía está en el seno de su Madre tiene de ella una tan gran dependencia, pues no más nacido puede ya hacer por sí solo actos vitales que contribuyen a su desarrollo, como respirar, moverse, llorar. Sólo mientras está en el seno de su madre necesita de la cooperación de ésta, no sólo para ser engendrado a la vida, sino para todo acto vital.

Estamos, pues, formándonos hijos de Dios en el seno de la Virgen María. Así, su presencia activa en nosotros, mientras vivimos en esta vida terrena, no podía ser mayor, más completa ni más íntima. Aunque nosotros no estemos presentes a Ella, no nos demos cuenta de que vamos en su seno, que de Ella recibimos todo, y con Ella lo hacemos todo; como tampoco se da cuenta el niño, mientras está en el seno materno, ni de la presencia ni de la acción en él de la madre.

Pero no sólo está activamente presente a ese niño en formación su propia madre, que lo lleva en su seno. También lo están, en cierto modo, todos sus familiares; todos se interesan por él; todos saben cómo va; todos procuran ayudarlo y salvar su vida, recurriendo a los médicos. Todos están así presentes y activos con relación al niño que está formándose, aunque el niño no se dé cuenta, ni pueda hablar, ni sensiblemente comunicarse con ellos o recibir su comunicación.

La ciencia moderna ha hallado modo de seguir casi paso a paso el desarrollo del niño en el seno de su madre y observar las varias vicisitudes por que pasa. La visión divina en cuantos habitan en el cielo les permite ver en Dios, con una claridad e inmediatez que ningún progreso científico humano puede alcanzar, todo el proceso de nuestro desarrollo en el seno de María; y especialmente participa de esta visión la misma Virgen María.

No es así Ella una Madre que nos engendra y luego va formando como a ciegas; sino madre consciente en toda su actividad, Madre en contacto continuo con sus hijos: contacto de entendimiento, de voluntad, de amor, de providencia. Nada se le escapa de cuanto a nosotros, sus hijos en su seno gestados, nos sucede, de cuanto nosotros hacemos, ya secundando, ya resistiendo a su acción formadora.

Así, los que nos precedieron en el cielo y ya han nacido, siguen con interés activo todas las etapas de nuestro desarrollo, nos están presentes, se preocupan de nosotros, cuidan de nosotros. Nosotros, en el seno de nuestra Madre, en el que nos estamos formando hijos de Dios; ellos, ya nacidos.

Y todos, ellos y nosotros, en el seno de Dios, como miembros de Cristo, su Unigénito, que «está en el seno del Padre» (Joan. 1, 18): ellos viéndole; nosotros, todavía en la oscuridad de la fe. En realidad, todos juntos y unidos —la Iglesia es una—: ellos velando amorosamente sobre nosotros; y nosotros, sin darnos cuenta del amor que nos rodea.

Mas, a diferencia del niño todavía en el seno de su madre, nosotros hemos sido dotados de un sentido que nos permite, aunque a oscuras, darnos cuenta de esa presencia activa amorosa que nos rodea, y hasta nos hace fácil corresponder a ella; mediante ese sen-

tido podemos tratar íntimamente con la Virgen María, hablar con Ella, comunicarnos con Ella, estarle también activamente presentes.

Es el sentido de la fe, que nos hace ver por los mismos ojos de Dios: esa fe que hace fácil y connatural el trato con Dios y con la Virgen por la oración, no como con algo lejano, sino como con algo que nos está íntimamente presente, más presente aún de lo que estamos presentes a nosotros mismos. Fe que nos hace ya ahora, cuando es viva, como experimentar y gozar de esa presencia (Hebr. 11, 1). Fe que, al morir, se abrirá como se abre el capullo de la rosa, para convertirse en luz de gloria, por la que veremos ya sin oscuridad ni velos la infinita realidad de amor en que estamos como sumergidos y anegados.

Si el cristiano tiene esto presente, le será sumamente fácil «tener su conversación en el cielo» (Filip. 3, 20), según el consejo de San Pablo.

Por la fe sabe que está en el seno de Dios; que lo está formando la Virgen Madre; que lo rodean cuantos por él conocidos le precedieron al cielo. Para él no hay muertos: sólo vivos de verdad, con la Vida divina, que invisiblemente le rodean y protegen. Y todos esos seres del cielo tendrán para él más realidad y más presencia que cuantos seres sensiblemente le rodean. Con ellos conversará; en ellos se gozará; y todo lo de este mundo palidecerá para él, perderá toda importancia, siendo para él mera sombra de una figura que pasa (1 Cor. 7, 31).

La muerte entraña así la plenitud del gozo del amor para cuantos viven aún en este mundo iluminados por la fe. No sienten ausencias, sino presencia más íntima que nunca.

Así, el vivir en fe la presencia de los muertos en Cristo sacraliza toda la vida del cristiano. Y en esa

presencia destaca la Virgen Madre como el elemento más sacralizador.

Así se comprende el que los desacralizadores y secularizadores silencien a María, olviden a los muertos, quieran mantenerlos bajo tierra como bajo ella entierran el cuerpo corruptible. Si los muertos no cuentan, si la misma Virgen está lejana, los hombres vivirán necesariamente para este mundo. Su conversación no podrá estar en los cielos —no sabrán con quién conversar allí—, y Dios quedará tan lejano de la conciencia del hombre, que para ésta será como Dios perfectamente muerto, por lo ocioso e inactivo, por la imposibilidad psicológica de conversar con Él.

Por eso, el que quiera mantener su fe, y vivir ya en el cielo, debe percibir y contar con la presencia de los muertos en el Señor —que viven en Dios, y son los únicos verdaderamente vivos—, desde Jesús muerto por nosotros y la Virgen María —ambos resucitados y vivos también en sus cuerpos gloriosos—, hasta todos los muertos que haya conocido a lo largo de su vida, manteniendo con ellos en fe al menos las mismas relaciones que en esta tierra le unieron a ellos.

Entonces su conversación y trato estará de modo connatural y espontáneo en el cielo. Y nada ni nadie podrá desacralizarle, mundanizarle, separarle de Dios, hacerle olvidar ni por un momento la bienaventuranza esperada por la que anhela.

16. Presencia de la Virgen en la Eucaristía.

Mas nosotros, circunscritos a las categorías de espacio y tiempo, naturalmente deseamos también una presencia local y temporal de María, un poder señalarla

«aquí y ahora», un poder conversar con Ella «aquí y ahora».

Y esa presencia también se nos ha dado, aunque envuelta en la oscuridad de la fe, cual lo exige nuestro estado de formación en el seno de nuestra Madre. Y se nos ha dado mediante el misterio de la presencia eucarística.

Jesús Eucaristía está en el límite o confín del cielo y de este mundo visible, temporal, espacial; en la zona límite del estado de vida de cielo y del estado de vida de este mundo, siendo así no sólo intermediario, sino verdadero lazo de unión entre cielo y tierra.

Jesús es único, y está ahora en los cielos, es decir, en un estado de vida que ha transcendido toda categoría de espacio y tiempo —el estado de vida divina—. De ese estado participa su mismo cuerpo glorioso, pues los cuerpos gloriosos participan las cualidades del espíritu (1 Cor. 15, 44).

Pero se hace también localmente presente a nosotros en la Eucaristía: de Él podemos decir con toda verdad que «está ahí y ahora», de modo que lo podemos como tocar, y señalar, cual lo exige nuestra modo de vida.

Pero se hace presente en la Eucaristía *como celeste,* permaneciendo por su estado de vida en el cielo, siendo así verdadero mediador, lazo de unión entre el cielo y el mundo espacial, entre Dios y el hombre peregrino. Por eso su presencia eucarística no reviste el modo local de los cuerpos del universo sensible, sino el inespacial de su cuerpo celeste y glorioso, porque está en el cielo; pero a la vez se hace presente en nuestro mundo, sensibilizando y manifestando su presencia mediante las especies eucarísticas.

Verdaderamente está «ahí» y «ahora», en el lugar que señalan las especies eucarísticas: presencia real, física, e incluso local, «está *ahí*». Pero no está a modo

local, no se coextiende con el espacio o lugar; por eso la fe nos dice que Cristo está presente todo entero en toda forma eucarística consagrada, y todo entero en cada una de las partes de esa forma: es el modo celeste de presencia propia de Cristo glorificado, que no se coextiende con el espacio, no es circunscrito o determinado en modo alguno por el espacio.

Esa presencia verdaderamente local —ahí y ahora—, pero no a modo local ni temporal, es verdadero misterio que hay que creer —la presencia eucarística es uno de los misterios de nuestra fe—. Pero misterio lleno de consuelo, por el que se pone a nuestro alcance, y al modo por nuestra manera de ser —todavía temporal y local— deseado y ansiado.

Así Jesús Eucaristía está en el cielo por su cuerpo y alma gloriosos y resucitados, y con Él está en contacto inmediato la Virgen María; y está con nosotros por su disfraz de las especies eucarísticas: relación perfecta con el cielo, relación perfecta con nosotros; presente en ambos órdenes de vida.

Por eso la Virgen María, sin dejar de estar en el cielo, se nos comunica como localmente mediante la Eucaristía: «Ahí» podemos hablar con Ella como a través de una cortina. La cortina es su mismo Hijo, verdadero velo que nos cubre el santuario de Dios. Cortina que mira a nosotros, está entre nosotros, por su presencia eucarística bajo las especies. Cortina que mira al cielo, está en el cielo, por la otra cara, por su modo de presencia no local, no circunscrito a espacio y tiempo.

Por eso el Sagrario es el mejor lugar para intimar con la Virgen cual nuestro corazón naturalmente lo desea, como es el mejor lugar para intimar con su Hijo. Por eso la Iglesia ha concedido indulgencia plenaria al rezo del rosario ante el Santísimo: no podía indicarnos más claramente la presencia del todo especial de María

en la Eucaristía, o la facilidad e intimidad que nuestro trato revestirá si en la Eucaristía la buscamos y tratamos.

Pero aún hay otra vinculación, para nosotros deliciosa, entre María y Jesús Eucaristía.

Jesús Eucaristía se nos da como alimento para el desarrollo de nuestra vida sobrenatural, que nos lleve a transformarnos en perfectos hijos de Dios, mediante nuestra asimilación, por la Eucaristía, al Hijo Unigénito.

Mas el niño, en el seno de la Madre, recibe todo su alimento de la misma Madre. Es, pues, claro, que es la Virgen María quien, como madre nuestra, en cuyo seno vamos, es la que nos da como alimento la sangre y el cuerpo adorables de su Hijo. Mayor presencia con Jesús Eucaristía, mayor colaboración con Él no podía darse, que el entregárnoslo Ella, con sus propias manos, como alimento.

Disueltas las especies eucarísticas tras la comunión, Jesús deja de estar presente localmente «ahí» y «ahora», de modo que podamos señalar su presencia como con el dedo. Pero no cesa su presencia a modo no local —que es como realmente está presente en la Eucaristía, como ser celeste—: «estableceremos en él nuestra morada» (Joan. 14, 23), nos dice Jesús; y también «quien me come a Mí, vivirá por mí» (Joan. 6, 58).

Nada perdemos, pues, con la desaparición de las especies eucarísticas tras la comunión: queda introducida en nosotros la presencia celeste de Jesús, sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne, vida de nuestra vida: la presencia de la vida no es local ni circunscrita. No podemos decir: en este miembro está la vida; sino: este miembro vive: vive en virtud de la vida que anima el cuerpo, pero que actuando en todo él, en ningún «ahí» se puede localizar.

Y al vivir nosotros por Jesús, nos transformamos en

Él, que es el fin de la Eucaristía: nos convertimos en sangre de su sangre, carne de su carne, y miembro de sus miembros. Y todo ello se hace con la cooperación materna de la Virgen Madre, que en su seno nos forma, y con su mismo Hijo nos alimenta, para que en Él nos transformemos.

17. María, Madre nuestra: síntesis.

Es fácil que más de un lector se haya perdido y como desorientado al seguirnos en las anteriores consideraciones. Por eso quisiéramos sintetizar en algunos puntos breves cuanto de ellas se deduce, sin que en la enumeración de esos puntos pretendamos ser completos. Mas su enumeración nos dará un conocimiento menos inadecuado de la riqueza de la Maternidad de la Virgen con relación a nosotros.

1.º) Dios ha querido asociar a María en toda su obra en nosotros como verdadera y real Madre nuestra.

2.º) Esa maternidad mira a ángeles y hombres —«Madre de la Iglesia», a la que también los ángeles pertenecen—. Pero de modo distinto: a los ángeles los engendra hijos perfectos, cual corresponde a su naturaleza. A nosotros, hijos pequeñitos, a quienes lleva en su seno, y en ese seno forma, hasta que nazcan de Ella ya perfectos hijos de Dios. De ahí su especial cariño y ternura hacia los hombres, sus hijos desvalidos y en todo necesitados de Ella; el volcarse en ellos de su corazón de Madre. Lo que matiza el amor de madre con cariño de madre es la debilidad del hijo engendrado, y los cuidados largos y prolijos que hay que prodigarle. Nuestra debilidad nos convierte en objeto del cariño

y caricias de María, que, por eso, «tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres» (Prov. 8, 31).

3.°) Como Madre nuestra, nos comunica la vida sobrenatural, y cuida de su desarrollo y crecimiento, hasta que florezca y se manifieste en todo su esplendor y su hermosura en la luz de la gloria. Pero no sólo transmite esa vida: es también causa eficiente de ella en nosotros, aunque no causa única. La gracia, vida del alma, fue creada por Jesucristo como Dios (Joan. 1, 17), y merecida toda para nosotros por Jesucristo como Hombre, por su sacrificio en la Cruz. Esa gracia se comunica toda a María —«toda la gracia de Cristo está en María, aunque de modo diferente» (San Jerónimo)—, como la vida de Adán se comunicó directamente a Eva, que así posee la misma vida de Adán, aunque de un modo propio y peculiar, personal, distinto al de Adán.

Mas Cristo no comunica ya gracia alguna, vida alguna, a las demás almas, por su sola acción, sino con María y por María. Y en esto María no es solo transmisora, sino coautora de la vida de gracia en sus hijos. La gracia que nos transmite lleva también su sello propio, el sello de la gracia cual María la posee: salimos imagen de Dios por la gracia, e imagen de María, por recibirla sellada con el modo con que Ella la posee. Como los hijos de Adán son imagen de Adán e imagen de Eva, verdaderos hijos de entrambos, con su herencia biológica influida y determinada por el concurso de ambos. Somos verdaderamente hijos de Dios; y verdaderamente hijos de María.

4.°) Para el recto desempeño de esta maternidad —de la cual han de salir *verdaderos hijos de Dios*—, María es hecha poseedora de todos los tesoros divinos

de gracia merecidos por su Hijo Jesús, para que, como Madre, especifique y diferencie la imagen divina en cada uno de sus hijos, sin verse coartada en su misión de Madre por impotencia o pobreza alguna. Ella es la tesorera del Corazón de Cristo.

5.º) Para mayor facilidad en el desempeño de esa misión, Dios la ha asociado a su obra creadora —todo es porque María, mi Madre, lo ha querido, y como Ella lo ha querido—. Y la hace reina y señora de todo lo creado, para que de todo pueda servirse a su gusto para bien de sus hijos. Así no hay obra *ad extra* divina independiente de María.

6.º) Para que nos pueda amar con un amor *también* sensible —cual los hombres viadores necesitamos, y cual toda madre naturalmente desea—, la lleva al cielo en cuerpo y alma, para que nos pueda amar, y cuidar de nosotros, no sólo con todas sus fuerzas espirituales, sino también con todas sus fuerzas sensibles, con todo su amor de compasión, que la permite totalmente asociarse a todos nuestros dolores y sufrimientos, así como a todos nuestros goces y satisfacciones.

7.º) Todo esto supone una dilatación incomprensible del entendimiento de María. Ella conoce, en conjunto y en detalle, todos los modos de participación divina en la visión beatífica, queridos por Dios, pues que es Ella quien, como Madre, ha de llevarlos a cabo y cumplimiento en cada uno de sus hijos. Por lo que el conocimiento y amor que de Dios tiene María reune en sí el de todos los bienaventurados.

Conoce así mismo hasta su raíz todas las cosas creadas, tanto en su conjunto como en su individualidad y peculiaridades, para así poder usar de todas ellas en

bien de sus hijos. Y ni siquiera halla limitación en la naturaleza de esas cosas, porque todas son como Ella las ha querido, y si de otro modo las quisiera, de otro modo fueran.

Por eso la Iglesia invoca con toda razón a María como «Sede —trono, residencia o morada— de la Sabiduría».

8.°) Implica igualmente una dilatación inconmensurable del Corazón de María. Respecto a Dios, ya lo hemos visto en el apartado anterior —María tiene en su corazón el amor de todos los bienaventurados—. Respecto a nosotros: si Dios dilata su seno para que sea Madre verdadera y real de todos, ha igualmente de dilatar su corazón para que conozca y ame a cada uno de sus hijos como si él solo existiera, y con el mismo amor con que los ama a todos juntos, con el mismo cuidado con que cuida de todos. Esto lo hace Dios hasta con las madres terrenas, que, amando con *todo su amor* al primer hijo que tienen, con ese mismo amor aman y cuidan del segundo... y del décimo, y del vigésimo, si lo tienen.

Si Jesús «conoce a sus ovejas, y las llama a cada una por su nombre» (Joan. 10, 3, 14, 15), igualmente María ha de conocer a cada uno de sus hijos por su nombre, lo llama, atrae y acaricia por su nombre, lo cuida e intima con él como si él solo existiera: el amor de María es amor de Madre: no puede ser anónimo, ni en montón. Como Cristo se da todo entero y a solas a cada alma en la Eucaristía, por muchas que sean las que le reciban, así la Virgen se entrega toda entera y a solas a cada uno de sus hijos.

9.°) Nuestra misma existencia natural la debemos a la Virgen María. Fuimos creados sólo para que Ella

nos pudiera engendrar a la vida sobrenatural, sólo porque Ella nos quería hacer hijos suyos: todo lo que es, debe el ser a su beneplácito. Así los padres terrenos nos dan esa vida natural sólo como instrumentos de María, que ha querido usar de ellos para que empezáramos nuestra existencia rodeados de un amor que en algún modo nos significara el amor que Ella nos tiene, así como el amor con que quiere ser correspondida. La paternidad humana es un don de María: don que nos introduce en el conocimiento del amor con que nos ama; don que nos enseña cómo debemos amarla.

10.°) Y toda esa acción de María en nosotros, al ser asociación a la acción divina, es eterna e intemporal, aunque se termine o ejecute en el tiempo —como toda obra *ad extra* de creación o de gracia—.

Por eso, así como la redención de Cristo, consumada en la cruz, abarca a todos los hombres, y para todos es eficaz —de su tiempo, o de antes y de después de su venida—, y aun para los mismos ángeles, así la acción materna, y el cuidado maternal de María, abarca a todos los hombres de todos los tiempos, y aun a los mismos ángeles.

11.°) Nuestra relación actual con María es la del niño engendrado y concebido, pero todavía no nacido, todavía en el seno de su Madre. Pero de una Madre consciente de todo lo de su hijo, e incomprensiblemente amante y solícita por él. Nos ama con el mismo amor con que amó a Jesús cuando lo llevaba en sus entrañas. Y desea y procura nuestra formación de hijos de Dios como deseaba el nacimiento humano de Jesús tras haberlo formado hombre perfecto. A nadie echará de su seno, de nadie desesperará o se cansará, mientras libremente no renuncie de modo definitivo e irretractable a

quererla y aceptarla por Madre. Tiene medios suficientes, según vimos, y amor entrañable, para remediar todas nuestras quiebras y pecados, para compensar todos nuestros retrasos. No es Ella Madre que quiera el aborto para ahorrarse penas y trabajos; antes quiso tomarlos todos sobre sí para salvarnos.

12.°) Además del contacto físico e inconcebiblemente íntimo que tiene con cada uno de nosotros como Madre que nos lleva en su seno, establece otro contacto especial con nosotros mediante Jesús Eucaristía, que Ella misma nos da como alimento. Contacto por el que en cierto modo nos hace experimentar su presencia: nos hace como tocarla en la oscuridad de nuestra fe.

13.°) Nunca está la madre tan presente a su hijo, tan actuante en él, como cuando lo lleva en su seno, aunque el hijo no experimente su presencia. En el cielo, ya nacidos, la veremos y tocaremos; pero no la tendremos más presente y actuante que ahora.

14.°) El cariño de la Virgen Madre a cada uno de nosotros es el mismo que tenía a su Jesús aun mamoncete (Pío XII). Mejor: el que tenía a Jesús cuando lo llevaba en sus entrañas.

15.°) Por lo mismo, hemos de tratar a María, gozarnos en Ella, abandonarnos a Ella, acariciarla, y estar seguros de Ella, tal como lo hacía Jesús cuando aún mamaba (Pío XII).

Depender de Ella, sentirnos seguros en Ella, conversar con Ella interiormente, gozarnos en nuestra total dependencia de Ella, como Jesús cuando estaba en su seno.

En paz perfecta, en seguridad total, en asilo y refu-

gio seguro, porque nada ni nadie podrá dañarnos en el seno de esa Madre.

Y también en docilidad perfecta a su acción, que es toda de amor: y de amor de madre: sensible, como de Madre; espiritual, generoso, exento de todo asomo de egoísmo, virginal, como de Madre Virgen.

«En paz, en su seno, me reposaré y me dormiré» (Sal. 4, 9).

Capítulo XII

EL TÍTULO O ADVOCACIÓN QUE SINTETIZA LAS RELACIONES DE MARÍA CON EL CORAZÓN DE JESÚS

«La caridad es vínculo de perfección» (Colos. 3, 14.-0, en la traducción litúrgica actual: «La caridad es vínculo de unión consumada»).

Hemos contemplado, aunque como a vista de pájaro, las relaciones de amor que vinculan a la Virgen María con el Corazón de su Divino Hijo. Y hemos mencionado también el título que sintetiza y presenta ante nuestros ojos esas relaciones.

1. Utilidad del título que expresa y formula esas relaciones.

La contemplación de esas relaciones es necesaria e inherente a toda devoción mariana: sin ella, apenas si puede concebirse como existente tal devoción; y si existiera, sería sumamente deficiente e imperfecta. El título, como tal, no es necesario, aunque sí sumamente

conveniente: tiene la ventaja de poner ante los ojos de todos el conjunto de esas relaciones, llamar inmediatamente y de modo eficaz nuestra atención sobre ellas, y, con ellas, sobre la riqueza insondable de María, sobre su íntimo ser personal.

«Está la reina sentada a tu derecha, ceñida con un vestido de oro, rodeada de variedad» (Sal. 44, 10). La riqueza de la Virgen supone inagotable variedad; tenemos el peligro, de, al fijarnos en esos detalles varios, absorbidos en ellos, no contemplar a la persona, no reducir todo a la unidad. El título nos llama la atención sobre el vestido de oro del amor, sobre la totalidad de la persona de María, contemplando de un golpe todas sus perfeciones en su simplicísima unidad.

San Pablo nos enseña que la caridad es vínculo de perfección, es decir, todas las perfecciones se enlazan y armonizan en la caridad. Si adoptamos la actual tradución litúrgica —quizá no del todo acertada—, «la caridad es vínculo de unidad consumada», y, por tanto, nos da la *totalidad*. La totalidad de María, en nuestro caso.

2. El amor en la vida sobrenatural.

La caridad es el amor. Toda la perfección de un acto, de cualquier virtud que sea, depende del mayor o menor influjo que en él tenga el amor. Si el amor nada influyera en él, ni aun siquiera radicalmente, su mérito sería nulo, por elevada que en sí misma fuese la virtud de que inmediatamente proceda.

Tal sucede con la misma virtud teológica de la fe, raíz de toda justificación: la fe sin caridad, la fe informe, como la llaman los teólogos, no nos merece el cielo; por eso Santiago la llama «fe muerta» (Jacob. 2, 17,

26): entonces empezará a ser meritoria, cuando el amor comience a informarla, a vivificarla.

Todo acto de virtud que no vaya informado por el amor es un cadáver, que o acabará animándose, o degenerará en corrupción, desintegrándose. Las demás virtudes dan a sus actos el cuerpo, la materialidad del acto; mas la caridad da a ese cuerpo la vida, lo vivifica con la savia de la gracia, uniéndolo a Cristo como el sarmiento a la vid.

Las acciones hechas en amor son acciones de Cristo; las hechas sin amor, aunque reciban de Él algún influjo, como la fe informe, no es tal que las haga verdaderamente suyas y meritorias. La caridad es así a la perfeción y a los actos de las demás virtudes lo que el alma al cuerpo: el cuerpo, un conjunto de miembros unidos por el alma; si ésta falta, el cuerpo se descompone, acaba incluso dejando de ser cuerpo, pues no hay cadáver indefinidamente estable.

En otro aspecto, toda acción buena nuestra supone una moción de la divina gracia en nosotros, que antecede nuestra acción, la acompaña y la sigue; ni un solo momento deja sola a nuestra actividad. Esa moción se llama gracia actual. Si gracia, no nos es debida; si no debida, y a pesar de eso se nos da, se nos da por puro amor. Así, toda acción buena va informada por el amor que Dios nos tiene.

Sobre esto, la gracia santificante, en cuya virtud el alma sobrenaturalmente y verdaderamente merece el cielo, es nuevamente un efecto, como gracia, de la complacencia de Dios en nosotros, que sólo por amor nos hace hijos suyos, partícipes de su naturaleza.

Mírese, pues, por donde se mire, la actividad sobrenatural del alma, ya sea considerada como propia, ya se mire bajo el aspecto del concurso divino, la hallare-

mos sumergida en el amor; y en tanto sumergida, en cuanto sobrenatural.

Todo en María es hermoso y gracioso a los ojos de Dios. No hay en Ella acto virtuoso alguno meramente natural, dada su vida sobrenatural intensísima —no en vano es «la llena de gracia»—. Por eso en Ella siempre hallaremos el amor. Varían sus misterios, varían sus actividades, varían sus ocupaciones, sus oficios y ministerios —«está circundada de variedad»—; pero siempre hay de común en todo eso el amor: el amor de Dios a Ella, que la hace graciosa; el amor de Ella a Dios que la impulsa a esas actividades, las informa y anima como el alma al cuerpo.

3. El título que me da la totalidad de María.

Al tratar de los títulos, vimos la necesidad, o al menos la gran utilidad, de encontrar uno que me uniera las diversas perfecciones de María, los variados aspectos de su persona, para así tener un conocimiento más perfecto y complexivo de Ella: un título que directamente me situara en el punto en que se cruzan todas las sendas que a Ella conducen.

Hemos hallado ese título que todo lo armoniza y une, y que, a la vez, en cada perfección concreta que considero, me da, aún formalmente, la perfección misma integral de María: el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, o Virgen del Sagrado Corazón, que me la sitúa en la encrucijada del Corazón de Cristo, en sus mismas relaciones de amor con Dios.

Es el título que presenta a mi mirada esas relaciones mutuas de amor, necesariamente existentes bajo cualquiera de los aspectos mil bajo los que a María yo considere. Y esas relaciones, en cada misterio par-

ticular, me llevan directamente a conocer la Perfección de María, que es tanto mayor, no cuanto más goce, más padezca o trabaje, sino cuanto más ama y es amada, cuanto más se agrada en Dios, y a Dios es agradable.

Ya no contemplo así las flores particulares y como aisladas del jardín de María; sino a ese jardín hermoso en su conjunto, manifestado en las flores; no a un misterio particular, sino al amor mismo representado, plasmado en ese misterio.

En esa unidad, en esa armonía, en ese llegar de un golpe y por cualquier camino a la raíz y esencia de la Perfección de María, sin detenerse en las ramas o en las hojas, están la hermosura y la eficacia de la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Ahí radican todos sus frutos, porque va a la fuente misma de la Vida; no se contenta con coger algún fruto o alguna flor de María —«huerto cerrado, fuente sellada» (Cant. 4, 12)—, deteniéndose en alguno de sus aspectos o virtudes, sino que planta en el alma el árbol entero de la devoción mariana, del conocimiento y amor de esa dulce Reina, cuyo fruto divino —Jesús— es manjar de inmortalidad, mucho más que el del paraíso, que sólo era su figura.

Puedo considerar a María en muy diversas circunstancias, bajo los más varios aspectos —Ella es la «rodeada de variedad»—. Mas no hallaré ninguno que no me lleve a esa corriente vivificadora de amor mutuo. Ese amor se impone como la causa de todo, como el aroma que embalsama y perfuma todos los instantes y aspectos de María.

Si la consideramos en su Inmaculada Concepción, limpia de todo pecado y llena de gracia, esa limpieza y plenitud las vemos como don del amor divino; y, simultáneo a ese don, se presenta a nuestros ojos el

agradecimiento inmenso de María y el amor con que su alma pura desde ese instante amó.

Si la miramos en su soledad ansiosa hasta la encarnación, ya en su familia, ya en el templo, nada veremos en Ella más que fuego de amor, y, de parte de Dios, miradas de complacencia. Si contemplamos un fuego intenso, siempre veremos llama. Esa llama podrá provenir de diversos combustibles, mas no por eso la llama varía en sus efectos esenciales. Y si la llama es mucha, los mismos combustibles desaparecerán transformados en ella, sin que pueda ya distinguirse fácilmente un carbón encendido de un hierro puesto al rojo.

Tal el amor que consumía a María, que, descendido del cielo, consumía el holocausto de su alma: los combustibles de ese amor varían; el amor, esa llama ardiente de la voluntad, siempre inquieta, siempre ansiosa, que se eleva siempre hacia lo alto, que asciende a Dios, siempre es el mismo, transformando en sí totalmente el alma de María, y no dejando ver más que amor.

Si la vemos con el Niño en sus entrañas, no vemos más que relaciones de amor orientadas a nuestra salvación. Si visita a Santa Isabel, va en ansias de amor que la hacen subir a las alturas. Si contemplamos los goces del nacimiento, su vida en Nazaret, su milagro de Caná, ¿qué otra cosa puede herir nuestra alma como el amor mutuo, la intimidad, la confianza, la unidad de voluntades y sentimientos que entre María y su Hijo resplandecen?

Y si en lugar de contemplar los goces miramos las angustias, el mismo amor aparece. Si al huir a Egipto va llena de congoja, es el amor de Jesús quien pone en su corazón esa congoja. Si al pie de la Cruz goza y sufre con Jesucristo, goza y sufre por la unión de amor: como dos espejos clarísimos se comunican sus penas y

sentimientos uno a otro... Pero también sus triunfos: por eso juntos reinan, por eso juntos transmiten la vida a las almas.

Nada hay en María que no pueda contemplarse bajo el aspecto del amor. Todas las demás cosas podrán variar: lo que no faltará nunca serán esas relaciones de amor ordenadas a nuestro bien. Por eso estas relaciones son de verdad lazo de unión consumada. Lazo de unión, porque siendo siempre el mismo, informa los más diversos atributos, y así los une.

Todo lo de María puede adecuadamente condensarse en tres apartados: obras de Dios en Ella, obras de Ella hacia Dios, obras de Ella hacia nosotros. Y en los tres reina y domina el amor, las relaciones de amor.

Las obras que en Ella hace Dios, son puro efecto del amor de Dios a Ella. Las de Ella ordenadas a su Dios se reducen a la correspondencia de amor, a volver a Dios amor por amor, que es lo único que Dios pide a su creatura. Y las obras de influjo redentor de María en nosotros, son el efecto de la unión de amor con su Jesús, que la hace partícipe de su obra redentora; de la unión de María con el Espíritu Santo, que así como quiso, por amor, asociarla a la obra de la formación del Cuerpo físico de Jesucristo, la ha querido asociar también a la del Cuerpo místico, haciéndola Madre nuestra, para que como Madre participe en la santificación de todos, en la misma infusión de la gracia santificante en todos.

Así destacan en estas relaciones las tres notas del título perfecto: atracción, totalidad, omnipresencia del objeto.

1.ª) Las relaciones de amor a que inmediatamente nos conduce el título son de sí sumamente atractivas para el alma, sobre todo para el alma del pueblo fiel

y sencillo, que entiende mucho mejor el lenguaje del corazón que el de la inteligencia. Nada más atractivo que el amor, y más si ese amor lo consideramos como amor de nuestra Madre: amor a su Hijo Jesús, de Jesús a Ella, de Ella a nosotros por Jesús. Así esta primera nota lo hace asequible a todos, y apto para excitar en todos el amor.

2.ª) Esas relaciones amorosas no sólo son en sí mismas la perfección más atractiva de María, mas también la raíz de donde proceden todas sus demás grandezas y privilegios: su santidad ontológica viene de la relación de amor de Dios a Ella; su santidad moral de la relación amorosa de Ella a Dios; y su influjo en las creaturas, sobre todo en el orden de la redención, es consecuencia inmediata de su íntima unión de amor con Dios, que la hace participar, a su modo, de la misma actividad divina. Así este título, o las relaciones por él expresadas, nos conduce a un conocimiento perfecto de la excelencia de la Persona de María, haciéndonos percibir en su conjunto y totalidad todas sus perfecciones con la mutua dependencia y concatenación que entre sí guardan.

3.ª) Estas relaciones amorosas acompañan a todas las demás perfecciones y manifestaciones de María, y así no hay perfección alguna de la Persona de María que escape al objeto de su consideración. En una palabra, el objeto formal de esta devoción está omnipresente en todo lo de la Virgen María.

4. La devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Estas tres notas se dan igualmente en la devoción al Corazón de Jesús, con el que María se vincula por el título expuesto.

El objeto de la devoción al Corazón de Jesús es el amor simbolizado en su Corazón. Pero: a) Nada más atractivo para el hombre que el amor, sensibilizado en el Corazón para hacérsenos más asequible. b) El amor es la raíz de todas las acciones y pasiones de Cristo, y por tanto de su perfección moral. Ese mismo amor, en cuanto increado e infinito —«el infinito amor de Dios» (Pío XI)— es la causa de la encarnación del Verbo, y en consecuencia de todas las gracias, dones y excelencias con que ha sido enriquecida la naturaleza humana de Cristo. c) El amor acompaña inseparablemente todas las acciones, pasiones y misterios de la vida de Cristo, e incluso toda su actividad celeste.

Por eso la devoción al Sagrado Corazón es llamada en las revelaciones hechas a sus apóstoles una segunda redención, a causa de la aplicación ubérrima que traerá a las almas de los frutos de la redención única, consumada en la cruz: de ahí la extensión universal a que está llamada.

En ella Cristo se nos presenta como Corazón, como Amor. Y Pío XI nos dice que venerar a Cristo así es «forma perfecta de religión», que por lo mismo nos llevará a la perfecta vinculación y unión con Cristo, con Dios, con la Trinidad beatísima: si queremos de verdad llegar al conocimiento y al amor de Cristo, y servirnos de Él como de camino que nos lleve a Dios, hemos de verlo y tratarlo como Corazón, como amor: eso es lo que expresa el Papa cuando nos dice que esa devoción es «forma perfecta de religión».

Mas así como en la redención es imposible a los hombres ir a Cristo si no es por medio de su Madre, corredentora y mediadora universal para con su Hijo —«A Jesús por María»—, así es imposible, en esta segunda redención, ir al Corazón de Jesús para recibir sus frutos, si no es por medio de María en cuanto rela-

cionada con ese mismo Corazón, con ese mismo Amor.

Y como esas relaciones están precisamente expresadas en el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, síguese que este título, o mejor, la devoción mariana fundada en las relaciones por ese título expresadas —úsese, o no, el título que las expresa—, ha de tener la misma extensión que la devoción al Corazón de Jesús, como necesaria para llegar a Él.

Esta necesidad la vieron ya los primeros apóstoles de la devoción al Corazón de Jesús. Bien que no hallaran la fórmula sintética y feliz del título, manifiestamente conocieron su contenido, y usaron de él para llegar al Corazón divino. La devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón está indisolublemente unida a la del Sagrado Corazón: es su complemento necesario. Podrá haber, e indudablemente hay, muchas almas devotas del Sagrado Corazón, y desconocedoras de este título. Mas ni las hay ni las puede haber en modo alguno desconocedoras de la doctrina en el título encerrada.

Ninguno ha habido que no haya considerado el amor del Sagrado Corazón en la obra de su Madre como aquella en que más resplandece y se manifiesta; ninguno que no haya tomado a María como modelo de su correspondencia amorosa. Ninguno que no la haya tomado como Maestra, como guía, como introductora al Corazón de Jesús, como suplente de sus propias deficiencias en sus relaciones con ese Corazón. Ninguno, pues, que no haya reconocido, contemplado y asimilado esas tres relaciones de amor que vinculan a María con el Corazón de su Hijo.

Por eso todos los apóstoles y devotos del Corazón de Jesús han sido extremadamente devotos de la Virgen María: advertían que era Ella el camino para llegar al Corazón de su Hijo, el punto al que convergen

todas las sendas que les llevaban al Corazón divino, la encrucijada en que encontrarían a ese mismo Corazón, donde se unirían con Él.

Todos hicieron suyo el deseo y ansia de la esposa en el Cantar de los Cantares: «¿Quién me dará, hermano mío, que te encuentre a solas, mamando en los pechos de mi Madre, y que te bese allí, y ya nadie me desprecie?» (Cant. 8, 1).

ÍNDICE